

ALFAGUARA



# Rachel Kushner

## La sala Marte

Narrativa Internacional Traducción de Rubén Martín Giráldez

D.J.57

---

Rachel Kushner

La sala Marte

Traducción del inglés de Rubén Martín Giráldez

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara\_es



@editorial\_alfaguara

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

---

*Siento el aire de otros planetas.  
Se desvanecen en la oscuridad  
los rostros amables que se volvían hacia mí.*

**I**

# 1

La Noche de Cadenas se da una vez por semana, los jueves. Una vez por semana tiene lugar el momento decisivo para sesenta mujeres. Para algunas de las sesenta, ese momento decisivo se da continuamente. Para ellas, esto es rutina. Para mí solo se dio una vez. Me despertaron a las dos de la madrugada, me esposaron y contaron, Romy Leslie Hall, reclusa W314159, y me pusieron en la fila con las otras para un trayecto valle arriba que duraría toda la noche.

Mientras nuestro autobús salía del perímetro de la cárcel me pegué a la ventanilla reforzada con malla para intentar otear el exterior. No había mucho que ver. Pasos a desnivel y rampas de incorporación, bulevares oscuros, desiertos. No había nadie en la calle. Atravesábamos un momento tan remoto de la noche que los semáforos habían dejado de pasar del verde al rojo y se limitaban a parpadear un ámbar constante. Se nos puso otro vehículo al lado. Iba sin luces. Embalado, dejó atrás el autobús, una cosa oscura llena de energía demoniaca. Había una chica en mi unidad de la cárcel del condado que se ganó la perpetua solo por conducir. Ella no disparó, se lo contaba a quienquiera que la escuchase. Ella no disparó. Lo único que hizo fue conducir el coche. Nada más. Habían usado un lector de matrículas. La grabaron con cámaras de videovigilancia. Lo que tenían era una imagen del coche, de noche, avanzando por la calle, primero con los faros encendidos, luego con los faros apagados. Si el conductor apaga los faros es premeditación. Si el conductor apaga los faros es asesinato.

Nos trasladaban a esa hora por un motivo, por muchos motivos. Si nos hubiesen podido lanzar a la cárcel en una cápsula, lo habrían hecho. Lo que sea con tal de evitar que la gente corriente tuviera que vernos, una panda de mujeres esposadas y encadenadas en un autobús del departamento del sheriff.

Algunas de las más jóvenes sollozaban y sorbían los mocos mientras nos metíamos en la autopista. Había una chica en una jaula que parecía embarazada de ocho meses, tenía la barriga tan grande que le tuvieron que

poner más cadena de la cuenta alrededor de la cintura para esposarle las manos a los lados. Hipaba y se estremecía con la cara hecha un mar de lágrimas. La tenían en la jaula por su edad, para protegerla del resto. Tenía quince años.

Una mujer de la primera fila de asientos se volvió hacia la que lloraba en la jaula y le chistó como quien rocía espray antihormigas. Al ver que no funcionaba, le gritó.

—¡Calla la boca!

—Puñetas —dijo la persona que estaba delante de mí.

Soy de San Francisco y un transexual no me pilla de nuevas, pero esta persona tenía pinta total de hombre. Unos hombros anchos como el pasillo y barba por debajo del mentón. Di por hecho que venía del corral de bolleras de la cárcel del condado, donde meten a las camioneras. Era Conan, a quien conocería más tarde.

—Puñetas, a ver, es una niña. Déjala que llore.

La mujer le dijo a Conan que se callase, se pusieron a discutir y los polis intervinieron.

En la cárcel del condado y en la prisión ciertas mujeres ponen normas para todas las demás, y la mujer que seguía exigiendo silencio era una de ellas. Si acatas sus normas, ponen más normas. Te tienes que pelear con la gente o acabas sin nada.

Yo ya había aprendido a no llorar. Dos años antes, cuando me detuvieron, lloraba sin parar. Mi vida se había ido al garete y era consciente de que se había ido al garete. Era mi primera noche en la cárcel y seguía con la esperanza de que el estado de irrealidad de mi situación tenía que quebrarse, de que me despertaría. Pero la única realidad a la que despertaba una y otra vez era la de un colchón apestando a orines, así como portazos, chaladas gritando y alarmas. La chica de mi celda, que no era una chalada, me sacudió sin miramientos para que le hiciese caso. Levanté la mirada. Se dio la vuelta y se levantó la camisa del uniforme para enseñarme el tatuaje que llevaba en los riñones, su sello de golfa. Decía

*Calla la puta boca.*

Conmigo funcionó. Dejé de llorar.

Ese fue un momento grato con mi compañera de celda. Quiso ayudarme. No todo el mundo es capaz de callarse la puta boca, y aunque lo intenté yo no era mi compañera de celda, a quien más tarde llegaría a considerar una especie de santa. No por el tatuaje, sino por su lealtad al mandato.

\* \* \*

Los polis me habían puesto con otra mujer blanca en el bus. Mi compañera de asiento tenía una melena castaña lacia y lustrosa y una sonrisa horripilante, como si estuviera anunciando blanqueador dental. En la cárcel y en la prisión pocas tienen los dientes blancos, y ella no era una excepción, aunque sí tenía esa sonrisa amplia e inapropiada. No me gustó. Parecía que le hubiesen extirpado parte del cerebro. Se me presentó con su nombre completo, Laura Lipp, y dijo que la transferían de Chino a Stanville, como si no tuviésemos nada que ocultarnos. Desde entonces nadie se me ha presentado por el nombre completo ni ha intentado darme ninguna explicación verosímil de quién es en un primer encuentro, y nadie lo haría, ni yo tampoco.

—Lipp, con dos pes, es el apellido de mi padrastro, lo adopté después — dijo como si se lo hubiera preguntado. Como si por alguna razón me interesase.

—Mi padre-padre se apellidaba Culpepper. De los Culpeppers de Apple Valley, no de los de Victorville. Es que en Victorville hay un zapatero Culpepper, pero no somos parientes.

Se supone que en el bus nadie habla. Esa norma no la detuvo.

—Mi familia se remonta a tres generaciones en Apple Valley. Que suena a lugar maravilloso, ¿verdad? Prácticamente puedes oler las flores de los manzanos, oír a las abejas, y te hace pensar en sidra fresca y tarta de manzana recién hecha. En los adornos de otoño que empiezan a poner cada julio en el Craft Cubby, hojas brillantes y calabazas de plástico: lo que es tradicional en Apple Valley sobre todo es la elaboración y cocinado de la metanfetamina. En mi familia no. No quiero que te lleves una impresión equivocada. Los Culpepper son gente útil. Mi padre era dueño de su propia constructora. No como la familia de mi marido, que... ¡Ay! ¡Ay, mira! ¡Es la Montaña Mágica!

Estábamos dejando atrás los arcos blancos de una montaña rusa al otro lado de la enorme autopista multicarril.

Al mudarme a Los Ángeles tres años antes, ese parque de atracciones se

me había antojado la puerta de entrada a mi nueva vida. Fue la primera gran visión que tuve mientras bajaba a toda mecha desde la autopista, brillante, fea y emocionante, pero eso ya no importaba.

—En mi unidad había una señora que robaba niños en la Montaña Mágica —dijo Laura Lipp—, ella y el tarado de su marido.

Tenía una manera particular de voltearse la brillante cortina de pelo sin usar los brazos, como si tuviese la melena conectada al resto del cuerpo por medio de una corriente eléctrica.

—Me contó cómo lo hacían. La gente se fiaba de ella y de su marido porque eran viejos. Ya sabes, ancianos entrañables y encantadores; si una madre tenía niños corriendo en tres direcciones y se iba a perseguir a uno, la anciana (compartía celda con ella en CIW, una prisión para mujeres de California, y me contó toda la historia), que estaba sentada haciendo punto, se ofrecía a vigilarle a otro niño. En cuanto el progenitor desaparecía de su vista, al niño lo acompañaban al cuarto de baño con un cuchillo bajo la barbilla. La anciana y su marido tenían montado un sistema. Al crío le encasquetaban una peluca, ropa distinta, y luego el par de viejos marrulleros sacaba a la pobre criatura del parque.

—Es horrible —dije, e intenté apartarme de ella tanto como me permitieron las cadenas.

Tengo un hijo, Jackson.

Quiero a mi hijo, pero se me hace duro pensar en él. Intento evitarlo.

\* \* \*

Mi madre me puso el nombre por una actriz alemana que en un programa de televisión le dijo a un ladrón de bancos que le gustaba muchísimo.

Muchísimo, dijo la actriz, me gusta usted muchísimo.

Al igual que la actriz alemana, el hombre estaba allí para que lo entrevistasen. Normalmente, los entrevistados, que permanecían sentados en las sillas a la izquierda de la mesa del entrevistador, no charlaban entre ellos. A medida que transcurría el programa, ambos fueron apartándose de allí.

\* \* \*

Se empieza *por fuera*, me dijo una vez un capullo refiriéndose a los

cubiertos. No era algo que hubiese aprendido ni que me hubieran enseñado. Me estaba pagando por salir con él, y en este intercambio sintió que no le sacaría provecho a su dinero a menos que encontrase pequeñas maneras de humillarme a lo largo de la velada. Al salir de su habitación esa noche, cogí una bolsa con compras que había junto a la puerta. No se dio cuenta, supongo que le había dado un descanso a su empeño en degradarme y podía regodearse en la cama del hotel. La bolsa era de Saks, en la Quinta Avenida, y dentro tenía muchas otras bolsas, todas de regalos para una mujer, di por hecho que su esposa. Ropa sosa y cara que jamás me pondría. Crucé el vestíbulo con la bolsa a cuestas y la embuté en un contenedor de basuras de camino al coche, que había aparcado a varias manzanas, en un garaje de Mission, porque no quería que aquel tío supiese nada de mí.

\* \* \*

En la silla apartada del plató de televisión se sentaba un ladrón de bancos que había acudido al programa para hablar de su pasado, y la actriz de cine alemana estaba a su lado y se giró hacia el ladrón de bancos y le dijo que le gustaba.

Mi madre me puso el nombre por esa actriz que habló con el ladrón de bancos en lugar de con el presentador.

\* \* \*

Creo que le encantó que le robase la bolsa con las compras. Después de eso quiso verme a menudo. Andaba buscando una chica de compañía, y a un montón de conocidas mías esto les parecía un chollo: esos hombres pagaban por adelantado el dinero de un año de alquiler; con uno de esos tenías la vida solucionada. Yo había acudido a la cita porque mi vieja amiga Eva me convenció. A veces lo que otra gente desea se te antoja deseable, momentáneamente, antes de disolverse frente a tus propios deseos. Esa noche, mientras aquel pijo de Silicon Valley fingía que teníamos una complicidad de amantes, lo que implicaba tratarme a patadas, decirme que era guapa de un modo «ordinario», usar su dinero para tratar de ejercer poder socialmente sobre mí, como si aquello fuese una relación pero, teniendo en cuenta que pagaba por ello, debíamos interactuar según sus normas y podía

decirme lo que yo debía decir, cómo tenía que andar, qué debía pedir, qué tenedor usar, qué debía fingir que me gustaba..., me di cuenta de que ser una chica de compañía no era lo mío. Seguiría ganándome la vida como bailarina de striptease en la sala Marte de Market Street. Me daba igual si era un trabajo honrado o no, lo importante era que no me repugnaba. Gracias al lap dance sabía que frotarse contra alguien era más fácil que hablar. Todos somos distintos en lo que se refiere a baremos personales y lo que podemos ofrecer. Yo no puedo fingir amistad. No quería que nadie me conociese a fondo, aunque había un par de tíos a los que les daba migajas. Jimmy el Barbas, el portero, que solo requería que yo fingiese que su sádico sentido del humor era normal. Y Dart, el encargado nocturno, porque los dos éramos aficionados a los coches antiguos y siempre andaba diciendo que me iba a llevar a las Hot August Nights de Reno. Estaba de broma, y no era más que el encargado nocturno. Hot August Nights. No era la clase de evento de automoción que me interesaba. Fui al circuito de Sonoma con Jimmy Darling, comí perritos calientes y bebí cerveza de barril mientras los coches de carreras salpicaban barro contra la valla metálica.

Algunas chicas de la sala Marte querían hacerse con los habituales y siempre andaban trabajándose los. Yo no, pero acabé con uno igualmente, Kurt Kennedy. Yuyu Kennedy.

\* \* \*

A veces pienso que San Francisco está maldita. Pienso, sobre todo, que es un pueblucho de mierda. La gente dice que es bonita, pero la belleza solo es visible para los recién llegados, e invisible para quienes tuvieron que crecer allí. Igual que el azul bahía que se vislumbra a través de los corredores de la calle que rodea la parte trasera de Buena Vista Park. Más tarde, desde prisión, pude contemplar esas vistas como un fantasma que pasease por la ciudad. Casa por casa, contemplé todo lo que había que ver, aplasté la cara contra las puertas de los corredores de los edificios victorianos de toda la cresta oriental de Buena Vista Park, el azul del agua suavizado por un leve resto de niebla, una pizca de humedad, un resplandor. No admiraba estas vistas cuando era libre. Mientras crecía, ese parque fue un lugar de borracheras. Donde los viejos hacían cruising y se tumbaban a hurtadillas en colchones escondidos bajo los matorrales. Donde chicos a los que conocía daban palizas a los del

cruising y donde tiraron a uno por un barranco después de que les comprase una caja de cervezas.

En la Décima Avenida con Moraga, donde había vivido de niña con mi madre, se podía ver el Golden Gate Park, luego el parque nacional de El Presidio, las zonas rojo mate del Golden Gate Bridge y detrás los empinados repliegues arrugados por la vegetación de las Marin Headlands. Sabía que el resto del mundo consideraba el Golden Gate Bridge algo especial, pero para mis amigos y para mí no era nada. Solo queríamos pillar una turca. Para nosotros, la ciudad era un puñado de dedos pegajosos de niebla abriéndose paso por nuestra ropa, siempre aquellos dedos pegajosos y grandes bancos de niebla húmeda atravesando Judah Street mientras yo esperaba junto a unos raíles arenosos el N, que pasaba cada hora por la noche; esperaba y esperaba con el barro pegado en el dobladillo de los vaqueros, el barro de los charcos del aparcamiento de Ocean Beach. O el barro de subirme a la Acid Mountain puesta de ácido, que para eso es para lo que servía la Acid Mountain. La sensación incómoda del peso extra tirando de mí cuesta abajo, del barro pegado al dobladillo de los vaqueros. La sensación incómoda de meterse cocaína con desconocidos en un motel de Colma junto al cementerio. La ciudad representaba pies húmedos y cigarrillos empapados durante un botellón en pleno aguacero en el Grove. Lluvia, cerveza y peleas sangrientas el día de San Patricio. Vomitonas de Bacardi 151 y mi barbilla partida contra una barrera de hormigón del Minipark. Uno con sobredosis en un dormitorio en uno de los barrios cutres de los blancos de Great Highway. Alguien poniéndome una pistola cargada en la cabeza porque sí en Big Rec, donde la gente juega al béisbol en el parque. Era de noche, y el psicópata ese se nos acopló mientras estábamos sentados bebiendo nuestras litronas, una situación tan típica, aun cuando nunca se repetiría, que no recuerdo cómo se resolvió. San Francisco para mí eran los McGoldrick, los McKittrick, los Boyle, los O'Boil, los Hick, los Hickey y sus tatuajes de *Erin go Bragh*, «Irlanda para siempre», las peleas que iniciaron y ganaron.

\* \* \*

Nuestro autobús se pasó al carril de la derecha y disminuyó la marcha. Tomamos la salida de la Montaña Mágica.

—¿Nos van a invitar a unos viajes? —preguntó Conan—. Estaría fetén.

La Montaña Mágica estaba a la izquierda, al otro lado de la autovía. A la derecha, el centro penitenciario para hombres. El bus giró a la derecha.

El mundo se había dividido en buenos y malos, pero pegados. Parque de atracciones y prisión del condado.

—No pasa nada —dijo Conan—. Tampoco me entusiasmaba la idea. Los tiques son la hostia de caros. Mejor volverse a la O mayúscula. Or-lan-do.

—Mirad lo que dice esta tonta —comentó alguien—. Tú no has estado en Orlando ni por el forro.

—Me pulí veinte mil, ahí —respondió Conan—. En tres días. Me llevé a mi chica. A sus hijos. Suite con jacuzzi. Pase con todo incluido. Filetes de cocodrilo. Orlando está fetén. Mucho más fetén que este bus, eso seguro.

—Creías que te llevaban a la Montaña Mágica —dijo la mujer sentada delante de Conan—. Tonta del culo.

Tenía la cara tatuada de arriba abajo.

—Puñetas, a ti te sobra tinta. Miro a todas las que estamos aquí y voto por ti como Predestinada a la Gloria.

La otra chasqueó la lengua y se dio la vuelta.

\* \* \*

Lo que acabé por entender, a propósito de San Francisco, fue que me encontraba inmersa en la belleza sin que me estuviera permitido verla. Aun así, no me decidí a largarme, no hasta que me obligó mi cliente habitual Kurt Kennedy, pero la maldición de la ciudad me persiguió.

\* \* \*

En otro sentido, aquella actriz a la que debo el nombre fue una persona desgraciada. Su hijo se subió a una verja, se cercenó una arteria de la pierna y murió a los catorce años, y luego ella se dio a la bebida hasta morir a los cuarenta y tres.

Yo tengo veintinueve. Catorce años son una eternidad, si eso es lo que me queda. En cualquier caso, pasará más del doble de eso —treinta y siete años— antes de que vea a una junta de libertad condicional, momento en el cual, si es que me la conceden, podré empezar mi segunda cadena perpetua. Tengo dos cadenas perpetuas consecutivas más seis años.

No planeo tener una larga vida. Ni una corta, necesariamente. No tengo ningún plan en absoluto. El caso es que continúas existiendo, sea eso lo que tienes planeado o no, hasta que dejas de existir, y entonces tus planes ya no tienen sentido.

Pero que no tenga planes no significa que no me arrepienta.

Si no hubiese trabajado en la sala Marte.

Si no hubiese conocido a Yuyu Kennedy.

Si Yuyu Kennedy no hubiese decidido acosarme.

Pero decidió hacerlo, y de manera implacable. Si nada de esto hubiese sucedido, no estaría en un bus rumbo a una vida en un zulo de hormigón.

\* \* \*

Estábamos en un semáforo después de una salida. Al otro lado de la ventanilla, un colchón apoyado contra un pimentero. Incluso estas dos cosas, me dije, tienen que ir juntas. Ni un pimentero —ramas de encaje y granos rosas— sin su viejo y sucio colchón apoyado contra el tronco de corteza de puzle. Todo lo bueno pegado a lo malo, y maleado. Todo maleado.

—Yo siempre creía que eran míos —dijo Laura Lipp ojeando el colchón abandonado—. Iba con el coche por Los Ángeles, veía un colchón y pensaba: ¡eh, alguien me ha robado el colchón! Pensaba: ahí está mi cama..., ahí está mi cama. Siempre. Porque, en serio, era *clavado* al mío. Iba para casa y la cama estaba donde la había dejado, en el dormitorio. Arrancaba la colcha y las sábanas para ver el colchón y asegurarme, para ver si seguía siendo el mío, y todas y cada una de las veces lo era. Siempre lo encontraba ahí, en casa, a pesar de haber visto exactamente el mismo colchón tirado en plena calle. Me da la sensación de que no soy la única, y eso como que es la confusión máxima. La cosa es que forran todos los colchones con idéntico material, y los edredones lo mismo, así que no puedes evitar pensar que es el tuyo cuando ves uno arrumbado en la salida de una autovía. En plan ¡para qué habrán traído mi colchón aquí!

Dejamos atrás un letrero luminoso: TRES TRAJES 129 \$. Era el nombre de una tienda. Tres Trajes 129 \$.

—En ese sitio te maquean a base de bien. Sales hecho un pincel —dijo Conan.

—¿De dónde han sacado a esta boba? —dijo alguien—. Venga a hablar de trajes de cuatro duros.

De dónde nos habían sacado a cualquiera de nosotras. Solo lo sabía cada una y nadie iba a decirlo. Nadie excepto Laura Lipp.

—¿Quieres saber qué hacían con los niños? —me preguntó Laura Lipp—. ¿Esa anciana y el tarado de su marido de la Montaña Mágica?

—No —respondí.

—No te lo creerías —continuó—. Es inhumano. Los...

Un anuncio estalló por los altavoces del bus. Debíamos permanecer sentadas. El bus estaba parando para dejar a los tres hombres enjaulados por separado en la parte de delante. Las armas nos encañonaron a unas y a otros durante lo que duró el traslado.

—Aquí hay mucho loco hijo de puta —dijo Conan—. Estuve seis meses dentro.

A la mujer que tenía delante se le fue la olla.

—¿En serio eres un tío? ¿En serio? Mierda. ¡Funcionario! ¡Funcionario!

—Tranquilízate —dijo Conan—. Estoy donde me toca. O sea, donde no me toca. No me toca ni por el forro. Pero han corregido mi expediente. Se confundieron y me metieron en el club de los galanes, en la Central para hombres. Una metedura de pata de las buenas.

Se oyeron risas y cachondeo.

—¿Te metieron en la trena de los tíos? ¿Se creyeron que eras un tío de verdad?

—No solo en la del condado. Estuve en la prisión estatal de Wasco.

La incredulidad se extendió por el pasillo. Conan no protestó. Más tarde me enteré de los detalles. Conan estuvo de verdad en una prisión para hombres, al menos por sentencia. Realmente parecía un hombre, y así es como lo vi yo desde el momento en que lo conocí.

\* \* \*

Me arrepiento de la sala Marte, y de Kennedy, pero hay otras cosas de las que tal vez querríais o esperaríais que me arrepintiera cuando no es así.

De los años que pasé colocándome y leyendo libros de la biblioteca no me arrepiento. No era mala vida, incluso a pesar de que quizá no volvería atrás. El striptease me procuraba un sueldo y podía permitirme comprar lo que

quisiera, que eran drogas, y si nunca habéis probado la heroína os voy a decir una cosa: te hace sentir bien contigo misma, sobre todo al principio. Te hace sentir bien en relación con los demás. Quieres darle al mundo entero una oportunidad, un respiro, dedicarle una mirada tierna. No hay nada más reconfortante. Primero coqueteé con la morfina, una pastilla que alguien derritió en una cuchara y me ayudó a inyectarme, un tío que se llamaba Bill en quien no me había parado a pensar demasiado, como tampoco pensé en cómo sería la droga, pero el cuidado con el que me ató el brazo y me encontró la vena, el modo en que entró la aguja, tan fina y delicada, la experiencia entera de aquel desconocido a quien no volví a ver jamás pinchándome en una casa abandonada fue exactamente lo que una chica sueña que puede ser el amor.

—Sentirás un hormigueo de aúpa —me dijo—. Te agarrará por la nuca.

El subidón me agarró firmemente la nuca con sus pinzas de goma, luego me bajó un calor por todo el cuerpo. Fue la sudada más relajante de toda mi vida. Me enamoré. No echo de menos aquellos años. Así os lo digo.

\* \* \*

De vuelta en la autopista, me aparté de Laura Lipp tanto como pude y cerré los ojos. A los cinco minutos de intentar dormir empezó a susurrarme de nuevo.

—Si estoy en este marrón es porque soy bipolar. Por si te lo preguntabas. A lo mejor tú también. Es cromosómico.

O quizá dijo «cromosomático». Porque esa era la clase de gente que ahora tenía alrededor. Gente que pensaba que todo era una conspiración científica. No conocí a una sola persona en la cárcel del condado que no estuviese convencida de que el sida lo había inventado el gobierno para aniquilar a los gais y a los adictos. Discutir con esa gente se hacía cuesta arriba. En cierto sentido parecía verdad.

La mujer que había estado silbando y chistando a todo el mundo se giró como buenamente se lo permitieron sus cadenas. Llevaba tatuada una lágrima descolorida y borrosa y las cejas perfiladas con bolígrafo. Sus ojos emitían un resplandor verde grisáceo como si estuviésemos en una peli de zombis y no en un bus camino de una prisión de California.

—Es una asesina de bebés —nos dijo en voz alta, o quizá solo a mí. Se

refería a Laura Lipp.

Un poli de transporte se acercó por el pasillo.

—Anda, pero si es Fernandez —dijo—. Como oiga una palabra más te meto en una jaula.

Fernandez ni lo miró ni le contestó. Volvió a ocupar su asiento.

Laura hizo una mueca, una leve sonrisa, como si acabase de ocurrir algo un tanto bochornoso pero a lo que no valía la pena prestar atención, como si a alguien se le hubiera escapado una ventosidad, pero no a ella, claro.

—Puñetas, ¿mataste a tu niño? —dijo Conan—. Eso es muy chungo. Espero no tener que compartir habitación contigo.

—Yo diría que tienes problemas peores que la asignación de compañera de celda —le dijo Laura Lipp a Conan—. Pareces el tipo de persona que se pasa mucho tiempo en cárceles y prisiones.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque soy negro? Al menos yo encajo aquí. Tú pareces una de las chicas de Manson. No es por ofender. Yo no tengo nada que esconder. Este es mi expediente: no rehabilitable. TND. Significa trastorno negativista desafiante. Tengo una mentalidad criminal, soy narcisista, con tendencias reincidentes y poco colaborador. También soy adicto al pruno[1] y un calentorro.

\* \* \*

La gente se había ido quedando callada, y al final algunas se durmieron. Conan roncaba como una excavadora.

—Vaya perlas nos traemos al valle —me susurró Laura—. Y oye: no soy una chica Manson y sé de lo que hablo. Conozco la diferencia. En la CIW teníamos a Susan Atkins y a Leslie Van Houten. Las dos con la cicatriz entre los ojos. Susan se ponía una crema especial pero no había manera de esconderla. Era una esnob engreída con una X grabada en la frente. En la celda tenía cositas elegantes. Perfumes buenos. Una lámpara sensible al tacto. Me supo mal cuando una de las chicas consiguió que un guardia abriese la celda de Susan y saquearon todas sus cucadas. En eso pensé cuando oí que había muerto. Con medio cerebro fuera de combate y paralizada, y no la dejaron que se fuese a casa. Cuando me enteré, pensé en aquellas tías abriendo su celda en la CIW, llevándose su lámpara y sus lociones. Leslie Van Houten encaja más en lo que considerarías una reclusa. Hay quien piensa

que es un tratamiento de respeto. Pero yo no. Eso no es más que pensamiento grupal. Morirá en prisión igual que Susan Atkins. No la van a soltar. Por lo menos no hasta que dejen de fabricar café Folgers, y eso es como decir nunca, porque ¿qué va a tomar la gente por las mañanas? Una de las víctimas fue una heredera de Folgers, ¿sabes?, no quieren que suelten a Leslie y son gente de gran influencia. Mientras dure Folgers, Leslie morirá en prisión.

\* \* \*

Su madre tuvo un escarceo con Hitler. La madre de la estrella de cine alemana. Por la que me pusieron el nombre. Su madre tuvo un escarceo con Hitler, pero en esa época, por lo que sé, ¿quién no?

\* \* \*

—¿Cómo es que no hablas alemán? —me preguntó una vez Jimmy Darling.

La idea de que mi madre me enseñase alemán no se me había ocurrido jamás. La idea de que me enseñase cualquier cosa era difícil de imaginar.

—Estaba demasiado deprimida como para tomarse la molestia.

Algunos padres crían a sus hijos en silencio. Silencio, irritación, desaprobación. ¿Cómo iba a aprender alemán de ahí? Tendría que haberlo aprendido de frases como «¿Me has cogido dinero de la cartera, asquerosa?» o «No me despiertes cuando vuelvas».

Jimmy dijo que solo sabía una palabra en alemán.

—¿Es *angst*?

—*Begierden*. Significa lujuria, deseo. Para decir deseo dicen *bigardo*. Tiene sentido.

\* \* \*

Intenté dormirme, pero la única postura para dormir que me permitían las cadenas era clavar la barbilla en el pecho. Las esposas, que estaban unidas a la cadena de la cintura por el centro y me inmovilizaban las manos a los lados, me producían un dolor intermitente en los brazos. Parecía que hubiesen puesto el aire acondicionado del autobús a doce grados. Estaba helada e

incómoda y solo íbamos por Ventura County. Nos quedaban seis horas. Empecé a pensar en aquellos niños a quienes encasquetaban pelucas en un urinario de la Montaña Mágica, disfrazados a toda prisa con gafas de sol y ropa distinta. Acabarían irreconocibles no solo por sus nuevos disfraces sino por sus nuevas vidas. Serían desconocidos, niños distintos, niños contaminados y echados a perder por su propio secuestro, mucho antes de que los usasen para cualquier malvado propósito que les deparase su nuevo y repentino destino. Vi a los niños con sus pelucas y la muchedumbre dispersa de clientes del parque de atracciones que no sabrían ayudar a un niño perdido y robado. Vi a Jackson, como si me lo estuviese arrebatando una anciana que tejiese en un banco y yo no pudiese hacer otra cosa que contemplar mentalmente las fotos de su carita pecosa, fotos que flotaban y parpadeaban y que no se difuminarían ni desvanecerían.

\* \* \*

Jackson está con mi madre. Lo que tiene en su poder es la única bendición de mi vida, por más que ella no me caiga demasiado bien. No es una abuela psicópata que teje en un banco. Es una alemana arisca y fumadora compulsiva que salta de matrimonio en matrimonio y de divorcio en divorcio. Conmigo es gélida, pero con Jackson es cariñosa. Hace unos años discutimos, pero cuando me detuvieron acogió a su nieto. Entonces tenía cinco años. Ahora tiene siete. Durante los dos años y medio que estuve en la cárcel del condado, mientras mi causa seguía su periplo por los tribunales, me lo trajo de visita tan a menudo como le fue posible.

Si yo hubiese tenido dinero para un abogado privado, lo habría contratado. Mi madre me propuso hipotecar su piso, un estudio en el embarcadero de San Francisco, pero como ya lo había hipotecado dos veces adeudaba más de lo que valía. La vieja y famosa stripper Carol Doda, cuyos pezones de neón rojo habían parpadeado en Broadway cuando yo era niña, vivía en el edificio de mi madre. Cuando iba a visitarla la veía por el pasillo, bregando con las bolsas de la compra y un perrillo gritón. No tenía muy buen aspecto, pero tampoco mi madre, en paro y adicta a los calmantes.

Por un breve periodo de tiempo se planteó cierta posibilidad caritativa para mi ayuda legal: un caballero amigo de mi madre, un hombre llamado Bob, que conducía un Jaguar bermellón, vestía trajes de tartán y bebía Manhattans

premezclados. Bob, dijo mi madre, me iba a pagar el abogado. Pero entonces Bob se esfumó; literalmente desapareció. Luego encontraron su cadáver bajo un tronco en el río Ruso. Mi madre no tiene buenos contactos; a menudo sus contactos son dudosos. Me asignaron un abogado de oficio. Teníamos esperanzas de que las cosas fuesen de manera distinta. No fueron de manera distinta. Fueron de esta manera.

\* \* \*

Nuestro bus rugió por el carril derecho con los camiones remolque. Dejábamos atrás Castaic, la última parada antes de la Grapevine. Una vez estuve en un bar de Castaic con Jimmy Darling, después de huir de Los Ángeles para librarme de Kurt Kennedy, de quien era víctima por entonces. Jimmy Darling se había mudado a Valencia para dar clases en la escuela de arte. Subalquiló un sitio en un rancho no lejos de Castaic.

Cosas que a una no le está permitido decir: sigo siendo la víctima de Kurt Kennedy, aun cuando esté muerto.

Conocía esta zona, y la Grapevine también, que era ventosa, vacía e inclemente, una prueba por la que debías pasar para llegar al norte de California. Desde nuestra cercanía a la región velada, al otro lado de la ventanilla de mallas, deseé que la realidad se retorciese como una bolsa y abriese un agujero en el doblez, rasgase la bolsa y me dejase salir, que me soltase en medio de aquella tierra de nadie.

Como si pudiese leer mis pensamientos, Laura Lipp dijo:

—Personalmente, me siento más segura aquí, viendo lo que se cuece ahí fuera. Cosas chungas, siniestras y perturbadoras, ni te lo imaginas.

Miré por la ventanilla y no vi más que la alfombra de piedras y matorrales de la naturaleza pasando a toda pastilla en un rollo interminable y lleno de baches.

—Muchos camioneros son asesinos en serie y no los pillan. Siempre están en marcha, claro. De estado en estado. Las jurisdicciones no se comunican entre ellas, así que nadie sabe nada. Tanto camión cruzando el país. Algunos con mujeres atadas y amordazadas en la parte trasera de la cabina. Tienen esas cortinas que van bien para esconder a las mujeres. Las asesinadas acaban en contenedores de áreas de descanso; un trozo en este, otro trozo en aquel. De ahí les viene el nombre. Se deshacen allí de sus cargas. Los cuerpos de

mujeres y chicas.

Pasamos por un área de descanso. Qué concepto más serio y hermoso. Cualquier cosa que pudiese imaginar era hermosa comparada con este autobús y la mujer con la que compartía asiento. Lo que hubiera dado por estar dormida detrás de las máquinas expendedoras del área de descanso, cuya fría luz resplandecía según las dejábamos atrás. Cualquiera que pasase casualmente por un área de descanso era mi alma gemela, mi aliada contra Laura Lipp. Pero no tenía a nadie, y estaba atada a Laura Lipp.

—*Estoy viva* —dijo—, pero eso poco significa. Me sacaron el corazón con una sierra mecánica.

Descendíamos y estábamos pasando por una zona de frenado de emergencia, lanzándonos a la boca de la Grapevine y penetrando en el valle. Conocía aquel tramo exacto. Era una carretera de gravilla que no conducía a ninguna parte, para vehículos con frenos defectuosos. No volvería a ver aquella zona de frenado de emergencia y me encantaba, era una zona de frenado de emergencia buena y fiable, solo ahora lo apreciaba; lo bueno, fiable y entrañable, lo frágil y entrañable que era todo.

—¿Sabes eso que dicen de que lo que ofreces a alguien que no lo quiere es lo que no tienes?

Le eché una mirada hostil.

—Me refiero al amor. En plan, pongamos que salgo por ahí y recojo una piedrecita. Me la llevo y le digo a alguien: toma, esta piedra soy yo. Cógela. Y piensan: no quiero esta piedra. O dicen, gracias, y se la guardan en el bolsillo o igual la meten en un triturador de piedras, y lo mismo les da que esa piedra sea yo, porque en realidad no soy yo, sino que he *decidido* que era yo. Me he *dejado* triturar. ¿Me entiendes?

No dije nada pero ella continuó. Iba a continuar hablando durante todo el trayecto hasta Stanville.

—En prisión por lo menos sabes lo que va a pasar. Es decir, no es que lo sepas *de verdad*. Es impredecible. Pero de una manera aburrida. No es que pueda pasar algo trágico y terrible. Es decir, desde luego que puede pasar. Claro que puede pasar. Pero en prisión no puedes perderlo todo, porque eso ya te ha pasado.

\* \* \*

La camarera de Castaic flirteó con Jimmy Darling la noche en que acabamos allí. Una de las pegadas de salir con él era que tenía que ver cómo las buenorras intentaban comunicarle el mensaje tácito de pégale la patada a esa zorra conmigo delante.

Aunque no me pegó la patada. No hasta más tarde, cuando me encontraba en la cárcel y lo llamé, y supe por cómo sonaba su voz que se había acabado, pero hice como si no me importase para protegerme. Necesitaba concentrarme en lo que me estaba pasando. Me preguntó cómo estaba con una formalidad cortés. Le dije:

—Acabas de aceptar la llamada a cobro revertido de una reclusa de un correccional de Los Ángeles, ¿cómo coño te crees que estoy?

Mi etapa, mi fase, había acabado del todo, para mí y para él. Me escribió una vez, pero toda la carta iba de que se acercaba la temporada de béisbol y no aludía a la sentencia de por vida a la que me enfrentaba.

Vosotros quizá habrías hecho lo mismo en caso de estar en el pellejo de Jimmy Darling. No me refiero a lo de escribir una carta sobre béisbol, sino a cortar lazos con alguien condenado. Cualquier persona sensata abandonaría a una mujer a la que van a encerrar permanentemente, si se tratase solo de un novio o un amante, si se supusiera que tenía que ser algo divertido. Deja de ser divertido cuando entra en juego la prisión. Pero quizá fui yo quien lo apartó.

\* \* \*

Jimmy Darling se crio en Detroit. Su padre trabajaba en la General Motors. En la adolescencia, Jimmy Darling trabajó en una empresa de lunas para coches. Me contó que la primera vez que olió el adhesivo que se usaba para pegar las lunas en su sitio se dio cuenta de que había soñado con aquel olor exacto, el olor de aquel pegamento en concreto, y que su destino era trabajar cambiando lunas. Gracias a su buena fortuna, tuvo múltiples destinos. Después de abandonar la universidad empezó a hacer películas sobre el cinturón industrial. Se había educado en el trampeo, en el camelo, era el Señor Cineasta Obrero. Yo me burlaba de él por eso, pero aquel apego romántico suyo a Detroit también se me antojaba conmovedor. Una de sus películas consistía en su mano pasando una por una las cartas de una baraja con el logo de la General Motors que le habían regalado a su padre en

agradecimiento tras cuarenta años en la cadena de montaje. La empresa le agradeció con una baraja de cartas décadas de fidelidad y de partirse la espalda trabajando. «¿Saben qué hay ahora en la sede central de GM, en el Cadillac Place? —decía Jimmy Darling—. Una oficina de pagos de la lotería». Se quedó fuera todo el día esperando para grabar a un ganador que entrase a recoger el dinero. No apareció nadie.

Conocí a Jimmy Darling a través de uno de sus alumnos, con el que me acostaba por entonces. Un chaval que se llamaba Ajax, joven y sin blanca, que vivía al sur de Market en una cúpula geodésica en lo alto de un almacén. Ajax era conserje en la sala Marte. La gente me hacía bromas por acostarme con el chaval que se encargaba de vaciar los cubos de basura llenos de condones usados, pero a mí me daba igual. Además, tiene nombre de detergente, me decían, pero él me contó que era un nombre griego. Aquellas mujeres y sus criterios de pacotilla; puedes vender tu culo, pero salir con conserjes no. Aun así, Ajax era joven e irritante; aparecía con regalos para mí pero eran detalles excéntricos e inútiles, como una aspiradora estropeada recogida de la calle, y una vez se presentó puesto de ácido y hablando con acento irlandés, y cuando le dije que parase, me contestó que no podía. Una noche me llevó a una fiesta de la escuela de arte, me presentó a Jimmy y se acabó. Me fui de la fiesta con Jimmy, que era más guapo y no me ponía de los nervios.

\* \* \*

—¿Cómo es que no fuiste a la universidad? —me preguntó una vez Jimmy Darling.

Él me veía preparada, pero tenía esa cosa ingenua de la gente cultivada de dar por hecho que el motivo de que otros no hayan ido a la universidad tiene que ser simplemente porque no se han sabido apañar.

—Estaba demasiado deprimida.

—Eso es lo que dijiste cuando te pregunté por qué tu madre no te enseñó alemán.

—No por eso deja de ser menos cierto. ¿Para ti es una sorpresa que una chica que trabaja en un club de striptease sea lista? Todas las strippers que conozco son listas. Algunas son prácticamente genios. Igual puedes pasearte por ahí con tu camarita y preguntarles una por una por qué no fueron a la

universidad.

Conforme fui creciendo, todo el mundo decía que tenía potencial. Me lo dijeron profesores y otros adultos. Si era verdad, no hice nada al respecto. Me las arreglé para no acabar como Eva, y ya lo consideraba un triunfo, no andar deambulando por las calles Eddy y Jones a las siete de la mañana entre semana. Dejé las drogas cuando descubrí que estaba embarazada, pero no lo cuento como un logro, más bien evité el desastre. Trabajaba en la sala Marte, haciendo lap dances. Ni siquiera es el mejor de los clubes de striptease de San Francisco. No te da ningún estatus a no ser que te impresione saber que la sala Marte no es un club de striptease corriente o mediocre, sino, sin lugar a dudas, el peor sitio y el más infame, el más sórdido y lo más parecido a un circo que existe. Quizá yo le encontraba la gracia al lugar igual que Jimmy me encontraba la gracia a mí. Era algo extremo, y por eso mismo especial y divertido, y algunas de las mujeres eran auténticas genios.

No estoy diciendo que yo sea especial ni extrema, pero Jimmy Darling nunca había estado con una chica que lo echase a empujones de su Impala sin frenar. Íbamos despacio, a diez o quince kilómetros por hora. Después de hacerlo aquella vez, porque estaba enfadada, me pidió que lo repitiese, por la coña, pero yo me negué. Él no había conocido a nadie que viviese en un hotel del Tenderloin, y siempre andaba un poco desorientado por la estampa del rellano, el caos y el griterío, y el hecho de tener que pagar para subir a mi planta. En una tienda de comida sana nos topamos con una chica que yo conocía, colocada y rascándose. Le preguntó a Jimmy si sabía si el zumo que había cogido era orgánico, y él se comportó como si jamás se hubiese encontrado con semejante contradicción, yonquis que rechazaban el zumo no orgánico. Era un poco reservado, como la mayoría de gente que viene a la ciudad desde donde sea. Normal, educado, con empleo, sentía que su existencia tenía un propósito y demás, y no entendía a la gente criada en la ciudad, el nihilismo, la incapacidad para ir a la universidad o entrar en el mundo convencional, conseguir un empleo corriente o creer en el futuro. Para él yo encajaba en cierto tipo de narrativa. Lo que no significa que Jimmy Darling estuviese sumergiéndose en una clase más baja por salir conmigo. Para nada. Era tan corriente como yo, más aún, pero quien se mezclaba con la purria era él.

\* \* \*

¿Os habéis fijado en que las mujeres son capaces de parecer corrientes mientras que los hombres no? Nunca oiréis a nadie describir la apariencia de un hombre como corriente. El hombre corriente quiere decir el hombre medio, un hombre típico, una persona honrada y trabajadora con sueños y recursos modestos. Una mujer corriente es una mujer con pinta vulgar. A una mujer con una pinta vulgar no hay por qué respetarla, de manera que tiene cierto valor, cierto valor vulgar.

\* \* \*

En la sala Marte no tenía que llegar a la hora, ni sonreír, ni obedecer ninguna norma, ni considerar a la mayoría de hombres más que como unos desgraciados de los que aprovecharse aunque estuvieran convencidos de que eran ellos quienes se aprovechaban de nosotras, así que lógicamente era un entorno bastante hostil, aun cuando estuviese revestido de sumisión fingida (la nuestra). La sala Marte era un sitio donde podías hacer lo que quisieras, al menos eso había creído yo. Cuando salía con el padre de Jackson, le rompí una botella en la cabeza y él me pegó un puñetazo en la cara, y me presenté cinco horas después a trabajar con un ojo morado y gafas de sol y nadie dijo nada. Había llegado varias veces tan borracha que apenas podía caminar. Algunas chicas, como parte de su rutina, se pasaban las primeras horas del turno echando cabezadas en el camerino con un espejito de maquillaje en la mano. Ningún problema con eso. A la dirección no le importaba. Había chicas que se trabajaban al público con el uniforme estándar, consistente en sujetador y bragas de encaje, pero con deportivas hechas polvo en vez de tacones de aguja. En la sala Marte, si ibas duchada se te consideraba una profesional competitiva. Si tus tatuajes no tenían faltas de ortografía, eras un chollo. Si no estabas preñada de cinco o seis meses, eras la triunfadora de la noche. Alguna le vaciaba el spray antivioladores a un cliente en la cara y acabábamos todos en la calle, tosiendo y ahogándonos. Una bailarina se cabreó con D'Artagnan, el encargado nocturno, y le pegó fuego al camerino. La dejaron largarse, es verdad, pero eso fue excepcional.

Teníamos que ponerles buena cara a los clientes y ya está, era lo único, y ni siquiera obligatorio. Lo hacíamos para ganar dinero, así que el incentivo bastaba. Con Jimmy el Barbas y Dart tenías que procurar que no te cogieran

ojeriza. Pero eso también era fácil. Flirteabas con ellos y todo bien. La debilidad de sus grandes egos casi resultaba cómica.

A Jimmy el Barbas, por cierto, no hay que confundirlo con Jimmy Darling. No tienen nada en común salvo el nombre. Jimmy el Barbas era un segurata de la sala Marte y Jimmy Darling fue, al menos por un tiempo, mi novio.

\* \* \*

He dicho que todo iba bien, pero nada iba bien. Me estaban chupando la sangre. El problema no era de tipo moral. Nada que ver con la moralidad. Aquellos hombres atenuaban mi resplandor. Me entumecían el tacto y me ponían furiosa. Yo daba, y recibía algo a cambio, pero nunca era suficiente. Desplumaba las carteras —que es como consideraba a los hombres, como carteras andantes— tanto como podía. La conciencia de que no se trataba de un intercambio justo me protegía con una especie de película. Algo se gestó en mí a lo largo de los años que estuve trabajando en la sala Marte, restregándome contra los clientes, sumida en aquel intercambio viciado. Aquello se gestó en mí y empezó a echar espumarajos. Y cuando dirigí el chorro —una decisión que no tomé en ningún momento, sino que tomó mi instinto— se acabó.

\* \* \*

Aunque Jimmy el Barbas y Jimmy Darling tenían en común algo más que el nombre. A mí. Y luego dejaron de tenerme en común.

\* \* \*

Ahora veo que ciertos blancos de mi ira no eran reales. Como aquel hombre que quería una chica de compañía, el que corregía mis modales en la mesa: el motivo por el que me desagradó fue que me recordaba a alguien de los recovecos de la infancia, un hombre al que había preguntado cómo llegar a un sitio. Tenía once años y había quedado en el centro con Eva para ver un espectáculo de medianoche en el club de punk rock. Era tarde y me perdí. Empezó a llover. Por la noche el centro de San Francisco está desierto, pero me encontré con un hombre mayor de pelo cano cerrando un precioso

Mercedes y me preguntó si necesitaba ayuda. Tenía pinta de padre, de hombre de negocios respetable, trajeado. Y yo necesitaba ayuda. Le conté a dónde pretendía llegar y me dijo que estaba demasiado lejos para ir caminando.

—Podría darte dinero para un taxi.

—¿En serio? —le pregunté confiada.

La lluvia me estaba empapando.

Me dijo que estaría encantado de ayudarme, que tendríamos que ir a su hotel y luego me ayudaría. Estaría encantado de ayudarme, pero primero debíamos subir a su habitación y tomarnos una copa.

\* \* \*

El hombre del Mercedes no era muy distinto de aquel que quería una chica de compañía y corregía mis modales en la mesa. No supe el nombre de uno ni de otro. Y, de hecho, ambos querían lo mismo.

\* \* \*

Nuestro autobús se lanzó cuesta abajo rumbo al Central Valley.

—Mucha gente echa pestes de la cárcel, pero tienes que vivir tu destino minuto a minuto —dijo Conan—. Vívelo y punto. La última vez que estuve en la trena me corrí juergas que ni os creeríais. Aquello ni parecía la cárcel. Teníamos toda clase de priva. Música de la hostia. Pastillas. Bailarinas de barra americana.

—¡Eh! —Fernandez estaba gritando a los guardias sentados delante—. Venid a ver a esta señora que tengo al lado.

El poli de transporte que conocía a Fernandez se giró y le dijo que se calmase.

—Pero a esta señora... ¡le pasa algo!

La mujer enorme que tenía al lado estaba arrellanada con la cabeza gacha. Así era como dormían todas.

\* \* \*

Vosotras no habríais ido. Lo entiendo. No habríais subido a su cuarto. No

le habríais pedido ayuda. No habríais deambulado perdida a medianoche con once años. Habríais estado a salvo, secas y dormidas, en casa, con unos padres que se preocupaban por vosotras y fijaban normas, toques de queda, expectativas. Todo habría sido distinto para vosotras. Pero si hubieseis sido yo habríais hecho lo que hice. Habríais ido, confiadas y estúpidas, a recoger el dinero para el taxi.

\* \* \*

En algún punto en lo más recóndito del Central Valley, con el cielo aún oscuro, miré por la ventanilla y vi dos enormes sombras negras que se cernían allá en lo alto. Parecían géiseres oscuros y aceitosos enroscándose hacia arriba a un lado de la autopista. ¿Qué cosa horrenda chorreaba así por el cielo llenándolo de hollín? Eran gigantescas nubes negras de humo o veneno.

Había leído algo de un escape de gas, kilos de polución inoculados en el cielo de Fresno o no sé dónde. Cuando las cantidades gaseosas se calculan en kilos sabes que hay problemas. Quizá se trataba de algún tipo de desastre medioambiental, petróleo que había reventado la tubería subterránea o algo demasiado siniestro como para que dieran explicaciones, un fuego negro en lugar de naranja.

Al acercarse nuestro autobús del departamento del sheriff a los géiseres negros y gigantes pude echar un vistazo con más detalle.

Eran las siluetas de unos eucaliptos en medio de la oscuridad.

Ninguna emergencia. Nada de apocalipsis. Solo árboles.

\* \* \*

Al despuntar el día estábamos rodeados de una niebla densa. El Central Valley entero se había desviado mar adentro. Por la autopista volaban húmedos penachos. No veía nada más que humo gris.

Laura Lipp había estado esperando a que me despertase.

—¿Leíste lo de la mujer que encontraron asesinada en su coche? Un tío la pilla con un cuchillo o algo así, algún arma, le dice llévame a un cajero automático. Se le mete en el coche y acaba matándola, le machaca la cabeza sin motivo. Sin ningún motivo. Ni siquiera se conocían. La vida en la ciudad se ha vuelto cruel y peligrosísima, imagínate, las dos de la madrugada.

Sepulveda Boulevard. Unas horas más tarde la encontró la policía. Al tío lo habían soltado de la cárcel esa mañana. Dio vueltas por ahí hasta que encontró a alguien a quien matar. Ya te digo, estamos más seguras encerradas. A mí no me pillan fuera, nanay. Ni de coña. No.

Estábamos rodeadas de sembrados. No vi a ningún ser humano trabajando en los campos. Los campos estaban abandonados a las máquinas y yo estaba abandonada a Laura Lipp.

—Si no lo hubiesen soltado, ella estaría viva. Para algunos, la realidad es demasiado fina. Para algunos la luz es más que evidente, cierto tipo de persona, un tipo loco de persona, una persona con una enfermedad mental, y sé de qué hablo (como dije, estoy aquí porque tengo un trastorno bipolar), y me alegro de que tengan este aire acondicionado en marcha porque el calor dispara mi dolencia. Me saca de quicio muy rápido.

\* \* \*

A medida que el sol fue subiendo, la niebla se evaporó. El viento azotaba las grandes y frondosas adelfas de la mediana de la autopista, las flores color melocotón se doblaban malhumoradas y furiosas, luego volvían a su posición y el viento empezaba a abofetear de nuevo sus cálices color melocotón.

El bus se llenó de peste a vaca, cosa que por lo visto despertó a Conan. Bostezó y miró por la ventanilla.

—Lo curioso de las vacas es que van vestidas todas de cuero —dijo—. De la cabeza a los pies, nada más que cuero. Brutal. O sea, cuando de verdad te paras a pensarlo.

—La pobre tenía un niño —me dijo Laura Lipp—. Ahora es huérfano.

Había eucaliptos a un lado de la autopista, árboles que en la noche oscura me habían parecido negras sombras del apocalipsis. Ahora solo parecían polvorientos y tristes. En el sur de California, los árboles tienen exactamente las mismas hojas durante décadas. Los árboles que no pierden sus hojas hacen otra cosa: acumulan polvo año tras año, se cargan de polvo y del humo de los tubos de escape.

—Me he enterado de ese filete que tienen ahora en Outback. A las vacas les dan cerveza —dijo Conan mientras contemplaba a aquellas criaturas de aspecto desgraciado acurrucadas en el polvo, nada más que polvo, de manera que los animales parecían también polvo, polvo viviente, polvo orgánico que

respira y caga, ni una brizna de hierba a la vista—. Budweiser, para ser exactos. Se la embuten a las vacas a la fuerza. Las obligan a bebérsela. Pone tierna la carne. Pero, eh, ¿esas vacas tienen edad suficiente para beber? Quiero probar ese filete. Eso es lo que voy a hacer cuando salga de esta mierda: directo a Outback.

Un guardia se acercó por el pasillo para hacer su inspección rutinaria.

—¿Has comido alguna vez flor de cebolla? —le gritó Conan. El guardia continuó caminando. Conan gritó a su espalda mientras se alejaba pasillo arriba—. La abren a porrazos, la empanan, la fríen bien. Caray, qué buena. Eso no lo puedes comer en ningún otro sitio. Está patentado.

Pasamos por un caserón con un neumático que servía de columpio. Un grupo de desgredadas palmeras de abanico californianas, también conocidas como ratas de la palma, la mascota no oficial del estado. Un cartel en el jardín, VOTE A KRITCHLEY PARA FISCAL DEL DISTRITO DE FRESNO. Vote a Kritchley.

En el carril izquierdo trabajaba una cuadrilla de obreros, y un hombre sostenía una señal para que los vehículos redujesen la marcha y se apartasen a la derecha.

—¡Esa camisa te la he hecho yo, hijo de puta! —gritó Conan al cristal.

El hombre no le oyó. Solo nosotros podíamos oírle. «London, baja la voz», dijo un poli por los altavoces.

—En Wasco hacemos esa ropa de trabajo. Te quedas pegado con los reflectores.

Empecé a ver unas cosas blancas y livianas pasando junto a la ventanilla del bus. Estaban por toda la autopista. No llovían del cielo, sino que planeaban y daban vueltas. Desechos blancos y algodinosos que iba soltando el camión de carga que iba delante de nosotras. No supe qué clase de desechos eran hasta que adelantamos al foco, un camión que llevaba un montón de jaulas metálicas apiladas. En las jaulas había pavos, tan hacinados que tenían que agachar los largos cuellos. El viento les arrancaba las plumas, que salpicaban la autopista de pelusas blancas. Estábamos en noviembre. Eran pavos de Acción de Gracias.

—¡Será mejor que le echéis un vistazo a esta! —estaba gritando Fernandez de nuevo a propósito de su compañera de asiento, que se estaba inclinando a un lado—. ¡Eh!

La mujer era enorme. Bien podía pesar ciento treinta kilos. Empezó a resbalar del asiento. Resbaló hasta quedar acurrucada torpemente en el suelo del pasillo del bus. Hubo una conmoción, la gente susurraba y chasqueaba los labios.

—A eso lo llamo yo una buena siestecita —dijo Conan—. Grogui total. Ojalá pudiera hacerlo yo. Me cuesta coger la postura buena en los buses de transporte.

—¡Eh! —gritó Fernandez hacia los de delante—. Tenéis que venir a hacer algo. A esta señora le está pasando algo.

Uno de los polis se levantó y fue hacia atrás. Se plantó delante de la mujer que había resbalado hasta el suelo. Gritó:

—¡Señora! ¡Señora!

Cuando eso no funcionó, le sacudió el hombro con la punta de la bota militar.

El poli gritó al de delante:

—No responde.

Se hacían llamar funcionarios del correccional. Los polis de verdad no considerarían polis a los guardias de prisión, sino desgraciados en el escalafón más bajo del cuerpo de seguridad.

El funcionario de delante hizo una llamada.

El otro estaba a punto de volverse, pero se paró y se encaró con Fernandez.

—He oído que te casaste, Fernandez.

—Que te den.

—Deja que te pregunte una cosa, Fernandez. ¿Ahí tienen matrimonios especiales, igual que tienen Olimpiadas especiales?

Fernandez sonrió.

—Si alguna vez me caso con un retrasado como usted, supongo que lo averiguaré, caballero.

Conan soltó un aullido de aprobación.

—Los retrasados como yo no nos casamos con presas putas y gordas, Fernandez.

Se fue pasillo arriba y se sentó. Parecía haberse olvidado de la mujer inconsciente.

Laura Lipp se echó a dormir, lo que significaba que por fin se callaría.

Circulamos en silencio, con una mole humana desparramada en el suelo del autobús, con medio cuerpo debajo de uno de los asientos.

Mi problema con San Francisco era que jamás podría tener un futuro en aquella ciudad, solo un pasado.

La ciudad para mí era el Sunset District, nebuloso, sin árboles y desolador, con innumerables casas idénticas edificadas sobre dunas de arena que se extendían a lo largo de cuarenta y ocho manzanas hasta la playa, casas ocupadas por chinos americanos de clase baja y media y por irlandeses católicos de clase obrera.

Aló flito, decíamos al pedir el almuerzo en el colegio. Arroz frito, que venía en una cajita de cartón. Estaba delicioso pero nunca teníamos bastante, sobre todo si íbamos colocados. Los llamábamos *gooks*. No sabíamos que *gooks* significaba vietnamitas. Los chinos eran nuestros *gooks*. Y los laosianos y camboyanos eran nuestros espaldas mojadas. Eran los años ochenta, así que imaginaos lo que esa gente tuvo que padecer para llegar a Estados Unidos. Pero nosotros no teníamos ni idea ni sabíamos cómo preocuparnos por ello. No hablaban inglés y para nosotros olían igual que su comida extranjera.

El Sunset era San Francisco, y a mucha honra, y aun así era un Sunset alternativo al que tal vez conocierais: la tónica no eran banderas multicolor, ni poesía beat, ni calles empinadas y retorcidas, sino niebla, bares irlandeses y licorerías por todo el camino hasta la Great Highway, donde un mar de cristales rotos centelleaba a lo largo del interminable aparcamiento de Ocean Beach. La tónica era un grupo de chicas en la parte trasera del Charger o Challenger de alguien, recorriendo aquellas cortas —y sin embargo largas—, cuarenta y ocho manzanas hasta la playa, con un chico de copiloto, un extintor robado en ristre, gente concentrada en las esquinas, víctimas acribilladas de espuma blanca al azar.

Si hubieseis estado visitando la ciudad, o si hubierais sido vecinos de las otras partes más admiradas de la ciudad de excursión por la playa, tal vez habríais visto, al otro lado del rompeolas, nuestras hogueras, que hacían que a

las chicas el pelo nos oliese a humo. Si hubiera sido enero, habríais visto hogueras aún más grandes, hechas con árboles de navidad abandonados, que, secos e inflamables, explotaban en las altas piras. Tras cada explosión tal vez oyerais nuestros vítores. Cuando digo *nos* me refiero a nosotros, los WPODs. Amábamos la vida más que el futuro. «White Punks on Dope»[\[2\]](#) solo es una canción; ni siquiera la habíamos escuchado. El acrónimo ya era otra cosa, no una banda sino una categoría. Una actitud, una manera de vestir, vivir, ser. Alguien cambió nuestro grafiti a White Powder on Donuts[\[3\]](#), y eso que muchos de nosotros ni éramos blancos, lo que se hace aún más difícil de explicar, porque el quid de la cuestión de los WPODs del Sunset era el *white power*, no *powder*, pero se trataba de creencias de chavales nada poderosos que probablemente terminarían pasando por centros de rehabilitación y cárceles, a menos que fuesen de los pocos escogidos, las poquísimas chicas y chicos que, respectivamente, o bien se matriculaban en la Escuela de Belleza Deloux o bien los contrataban en Revestimientos y Techados John John, en la Novena Avenida entre Irving y Lincoln.

\* \* \*

Cuando era pequeña vi una portada de una revista vieja en la que aparecían las túnicas y los pies de la gente que había bebido el Kool-Aid que les dio Jim Jones en Guyana. A lo largo de toda la infancia seguí pensando en aquella imagen y sintiéndome mal. Una vez se lo conté a Jimmy Darling y me dijo que en realidad no era Kool-Aid. Era de la marca Hi-C.

¿Qué clase de persona querría precisar algo así?

Un listillo, ¿quién si no? Una persona que está a salvo de esa imagen de un modo que para mí era imposible. No era probable que me uniera a una secta. Ese no era el peligro que atisbé al ver los pies de los muertos, el cuenco del que bebieron. Era el hecho probado, en la fotografía de los pies, de que podías beber la muerte y unirte a ella.

Cuando tenía cinco o seis años vi la cubierta de un libro en el supermercado con el dibujo de una mujer y su cuerpo desnudo tenía dos cuchillos clavados, con sangre encharcándolo todo a su alrededor. La cubierta del libro decía *Dos veces asesinada*. Ese era el título. Me encontraba lejos de mi madre, que estaba comprando en algún otro punto del supermercado. Estábamos en el Park and Shop de Irving y me sentí no como si estuviese a

unos pocos pasillos de ella, sino como si el mar se me hubiese tragado para siempre hasta llevarme al universo engullidor de *Dos veces asesinada*. En el camino de vuelta a casa tuve náuseas. No pude comerme lo que preparó mi madre. En realidad no cocinaba. Probablemente me hiciera unos fideos instantáneos, y luego se puso a esperar al tío con el que estuviese saliendo por entonces.

Durante años, cada vez que pensaba en esa imagen de la cubierta de *Dos veces asesinada*, se me revolvía el estómago. Ahora veo que lo que experimenté era normal. En la niñez te enteras de que existe el mal. Absorbes ese conocimiento. Cuando sucede por primera vez, no es fácil de digerir. Es como tragarse una pastilla gigante.

\* \* \*

A los diez caí bajo el hechizo de una chica mayor que yo que se llamaba Tyra. Tenía ojos vidriosos, la piel aceitunada y una voz ronca, de tipa dura. La noche que la conocí yo iba en el coche de no sé quién, dando vueltas por ahí y bebiendo cerveza Löwenbräu light. Lights de Lowie, botellines verdes con una etiqueta azul celeste. Recogimos a Tyra en Noriega, en un edificio que era una casa de acogida oficiosa para chicas. El hombre que la dirigía, Russ, se colaba en el cuarto de las chicas, de un modo imprevisible pero previsible. Si te quedabas allí, tarde o temprano ibas a recibir una visita nocturna de Russ, que era viejo, musculoso y malo. Las chicas se quejaban de que las violaba como si fuera una forma de severidad o un alquiler. Estaban dispuestas a soportarlo porque no tenían otras opciones. Los demás no hacíamos nada al respecto porque Russ nos invitaba a alcohol y qué íbamos a hacer, ¿llamar a la policía? Uno de ellos era conocido por llevarse a las chicas a la reserva natural de Point Lobos en lugar de a la comisaría de Taraval.

Tyra se pidió amenazadoramente el asiento del copiloto, se subió delante y puso los pies en el salpicadero. Ya iba pedo, nos dijo arrastrando las palabras de una manera que se me antojó glamurosa. Llevaba pendientes de diamantes. Destellaban en sus orejitas mientras apuraba una Lowie light y la lanzaba vacía por la ventanilla del coche. Puede que los pendientes de Tyra fueran falsos. Daba igual. El efecto era el mismo. Para mí, tenía su magia.

Aquel año tuve la oportunidad de conocer a una chica maja, con madre y padre, de clase media. Vino a dormir a casa una noche. A la semana siguiente

contó a todos los del colegio que en casa comíamos pastelitos para cenar y que tirábamos los envoltorios debajo de la cama. De eso no me acuerdo. No digo que no fuese verdad. Mi madre me dejaba cenar lo que me daba la gana. Normalmente estaba con cualquier tío con el que estuviese saliendo en ese momento, y a quien no le gustarían los críos, así que se quedaban encerrados en su dormitorio. Teníamos cuenta en el supermercado de la esquina y yo bajaba allí a coger chucherías, botellas de refresco, lo que me apeteciese. No se me ocurrió fingir que vivía de otra manera para impresionar a otra niña. Me entristeció lo que dijo de mí y de nuestra casa aquella chica. No se me fue la tristeza ni tras clavarle un imperdible en el culo cuando se bajaba del autocar escolar después de clase. La esperé en la puerta trasera y en cuanto salió se lo hiqué a través de los pantalones. Todo el mundo lo hacía. Robábamos los imperdibles del departamento de Economía Doméstica. Era algo normal, pero si te lo hacían a ti era imposible atajar las lágrimas.

\* \* \*

Que supuestamente los diamantes son para siempre era algo sobre lo que Jimmy Darling bromeaba. Todos los minerales de la tierra son para siempre, decía. Pero hacen que parezca que los diamantes son más para siempre que los demás a fin de venderlos, y funciona.

Unos días después, Tyra me llamó y planeamos ir el domingo al Golden Gate Park, al puente, donde la gente se reúne y hace skate. Tyra vino a mi casa, dado que yo vivía a pocas manzanas del puente.

—Tengo que partirle la cara a una zorra —me dijo.

Yo dije que vale y nos fuimos al parque.

La chica cuya cara tenía cita para que se la partieran ya estaba allí, con dos hermanos mayores. No eran del Sunset; luego supe que vivían en el Haight. Los hermanos eran adultos, mecánicos en un garaje de Cole Street. La chica, la contrincante de Tyra, era alta y de aspecto delicado, con una brillante coleta negra. Llevaba unos pantaloncitos rosas y una camiseta que decía «Lo que tú digas». Se había repasado los labios con un brillo verde azulado. Tyra tenía un cuerpo atlético y duro. Nadie quería pelearse con ella. La patilarga de la coleta y Tyra dejaron los skates. Pelearon en la hierba, en calcetines. Los calcetines no suavizaron la cosa.

Tyra soltó una patada brutal pero la otra chica le agarró el pie, Tyra perdió

el equilibrio y acabó en el suelo. La chica se abalanzó sobre ella, le clavó las rodillas en el pecho y empezó a darle puñetazos en la cara, alternando los puños, izquierdo derecho izquierdo, como si estuviese amasando pan, dándole forma a porrazos. Puño va, puño viene, una masa donde hubo una cara. Sus hermanos la animaban a gritos. La apoyaban, pero si hubiera estado perdiendo no se habrían metido, no me cabía ninguna duda. Estaban allí como creyentes de la honradez de una pelea y del orgullo de pelearla bien. La chica machaca que machaca. Sus brazos parecían demasiado delgados como para transportar ninguna fuerza en el contacto puño contra cara, pero resultó que sí acababan produciendo su daño. Ni se me ocurrió meterme en medio. Observé cómo aporreaban a Tyra.

Cuando la chica consideró que había dejado bien clara su postura, se levantó. Se puso en pie, rehaciéndose la coleta, y se separó los pantaloncitos de la raja del culo. Tyra se incorporó, intentando limpiarse las lágrimas. Fui a ayudarla. Tenía el pelo hecho una maraña. Estaba llena de briznas de hierba.

—Me ha dado una buena paliza —dijo—. ¿Has visto el golpe que le he dado en el pecho a esa zorra?

Tenía los dos ojos casi cerrados por la hinchazón. Las mejillas se le habían vuelto un par de bultos duros y brillantes. El anillo de la chica le había dejado una brecha en la barbilla.

—Me ha dado una paliza de las buenas —repitió.

Era la mejor manera de verlo, pero la verdad era que había recibido una tunda brutal, y a manos de una remilgada que llevaba una camiseta con el lema «Lo que tú digas», una ganadora improbable que no era una ganadora improbable, eso quedó claro en cuanto comenzó la pelea. La ganadora era Eva.

\* \* \*

No me hice amiga de Eva ese día, sino tiempo después. Por mucho que hubiese pasado, un año quizá, el recuerdo de ella y de sus puñetazos no había disminuido. Sabía algo de ella. La mayoría de chicas van de matonas y luego arañan y tiran del pelo o no se presentan a la pelea.

Supongo que puede decirse que cambié a Tyra por Eva, igual que cambié a Ajax por Jimmy Darling. Pero en ambos casos el primero estuvo allí para llevarme al segundo. La vida permite evaluaciones y reevaluaciones. Y de

todas maneras, ¿quién quiere quedarse con una perdedora?

Eva era una profesional. Una de esas chicas que siempre lleva mechero, abridor, rotulador de grafitera, botellitas, nitrato de amilo, navaja, incluso su propio desacoplador de sensores (ese aparato que las dependientas de las tiendas usan para arrancar los antirrobo de las prendas de ropa). Lo había robado. Las demás arrancábamos los sensores a la fuerza antes de salir de la tienda con el botín sustraído. Un ruido en un probador es una pista, así que nos lo llevábamos metido debajo de la axila, que amortiguaba el sensor e impedía que saltase la alarma. No éramos cleptómanas. Ese es un término para gente rica que roba de modo compulsivo. Encontrábamos maneras innovadoras de adquirir maquillaje, perfume, bolsos y ropa, todas esas cosas normales que se espera que una chica tenga y quiera y que no podíamos permitirnos.

Toda mi ropa tenía agujeros de los sensores arrancados. Eva los quitaba de su ropa robada como había que hacerlo, con su aparatito mágico. Una vez se metió directa en la I. Magnin, cortó los cables antirrobo de un abrigo de piel de conejo con unas tenacillas, se lo puso y salió corriendo. Los cables iban metidos por las mangas de las chaquetas de piel y de cuero, con unos aros enormes que colgaban de los extremos como si fuesen esposas gigantes.

Eva atravesó una fase de marimacho y dejó de llevar chaquetas de piel. Se vestía como los tíos del Sunset, pantalones Ben Davis y un llavero como los de los conserjes colgando de la trabilla del cinturón. Cuantas más llaves en el llavero, mejor. Lo mismo daba que no abriesen más que botellines de cerveza. Llevaba una cazadora Derby negra, con el forro interior estampado de cachemira y las costuras de hombro a hombro marca de la casa. Al igual que los chicos, remataba el atuendo con botas de puntera metálica, para reventar cabezas a patada limpia si surgía la necesidad.

Una noche me topé con un grupo de tíos sentados a oscuras bebiendo 151 en Big Rec, gente mayor a la que no había visto nunca, de Crocker Amazon, que venía a ser territorio enemigo. Querían enseñarme polaroids de Eva. ¿Esta es amiga tuya? En las fotos, Eva estaba desmayada por la borrachera y sin su uniforme de tipa dura, con un bate de béisbol entre los muslos al aire.

Eva se peleaba a puñetazos con tíos y ganaba. Los superaba drogándose y bebiendo. Aquellos chicos de las fotos sabían lo que significaba haberle hecho eso a Eva y querían que yo lo viese.

Nunca se lo conté, e incluso teniendo en cuenta lo que pasó luego, Eva

convertida en una adicta al crack en el Tenderloin, las polaroids con el bate siguen siendo lo peor que le hicieron. Ella se hizo cosas mucho peores a sí misma, pero eso es distinto.

\* \* \*

Algunos chavales son tremendamente proclives a drogarse. No pueden evitarlo. Eva era así. La primera vez que le robó Valium a su madre nos tomamos una pastilla cada una y nos fuimos a West Portal. Yo no noto nada, ¿tú sí?, me preguntó. No, aún no. Vamos a tomarnos otra. Sigo sin notar nada, ¿y tú? Un poco. Vamos a tomarnos otra. ¿Ya estás colocada? No estoy segura. Nos tomamos el frasco entero y nos despertamos varias horas más tarde con la cara caliente contra la superficie de una máquina de Pac-Man del Round Table Pizza. Volvimos a casa a trompicones y dormimos tres días seguidos.

No mucho después, estaba en la parada del bus de Laguna Honda delante de la Forest Hill Station. Era medianoche y los autobuses cumplían su horario nocturno, uno cada hora. Había otra persona esperando, un hombre que me ofreció un cigarrillo y fuego, y luego me preguntó si sabía dónde podía conseguir pastillas. Tal vez fuese joven, veinteañero, pero entonces no pensé en su edad. Cualquiera mayor de dieciocho años me parecía viejo. Ese sabía cómo hablar a las chicas, adularlas. Fanfarroneé de que podía venderle unos Valium. Era mentira. Yo era una chavala de doce años con una amiga que había tenido suerte con la provisión casual de su madre. Aun así, le dije que igual podía conseguirle algunos. ¿Puedo comprarlos ahora?, me preguntó. Le dije que tenía que llamar a mi amiga. Quiso darme su número para que pudiese llamarlo después de hablar con ella. No teníamos ni papel ni boli, y en el fondo dudaba que pudiese conseguir más Valium, pero estaba atrapada en mi mentira. Se quitó un zapato. Eran zapatos de adulto, zapatos de vestir, y usó el tacón negro para escribir los siete dígitos de su número de teléfono en el estucado rugoso del muro de contención que había junto a la marquesina de la parada. Yo observé a aquel hombre, empapado en medio de aquella noche fría, garabateando su número en la pared con el tacón del zapato para que pudiese llamarlo cuando tuviera lo que necesitaba, y pensé: qué he hecho.

\* \* \*

Normalmente no tenía planeado pasarme de vueltas hasta que Eva llamaba a la puerta. Una mañana llegó con dos dosis de algo llamado Delcourt, que era una mezcla de ácido y PCP. Nos tomamos una cada una. Eso fue en el verano después de sexto, otro día aburrido y brumoso sin nada con que llenarlo, como mucho jugar a los videojuegos en el Café Roma con Irving; comernos un piroshki, que era un donut relleno de ternera picada y queso; beber unas cervezas malísimas que se llamaban Mickey's en el parque; charlar con el dependiente de la tienda de cómics, que me contó lo que era tener los cojones llenos (probablemente yo se los estaba llenando al preguntárselo).

Para hacer diferente aquel día, nos tragamos la mezcla de ácido y PCP y nos pateamos el camino del tranvía hasta Ocean Beach. Nos paramos en el 7-Eleven de Judah. Me compré un Butterfinger, le pegué un mordisco y la chocolatina se me volvió arena en la boca. Pensé; odio mi vida. Luego nos sentamos en una furgoneta en el garaje de no sé quién a escuchar a Slayer y Eva echó la cabeza atrás, cerró los ojos y yo observé su cara y su larga melena negra de perfil y tuve claro que el diablo sostenía las riendas del futuro, el mío y el de Eva, y que nada podía salvarnos.

Eso fue antes de que la peña empezara a ir a la casa de Anton LaVey, donde se adoraba a Satán en grupo. Era en el Richmond, en la otra punta del Golden Gate Park. Yo nunca fui, pero algunos chavales que conocía sí. Tenías que venir de un entorno convencional para meterte a fondo en el rollo de la adoración al diablo. Mi madre era atea y se hubiese burlado de mí solo de pensar que me metía en algo religioso, aunque fuese una religión satánica. A la Nórdica, mi futura compañera del taller de carpintería en Stanville, le habría encantado que la hubieran invitado a la casa de Anton LaVey. Pero ella está en prisión, y la casa de Anton LaVey es cosa del pasado. Anton LaVey ha muerto y su casa negra también se ha esfumado, la han sustituido por pisos.

La casa que más me interesaba pertenecía a un grupo de gente a quienes llamaban los Chusmeros. Allí me llevó Eva. Estaba por el Masonic, cerca del Haight. Un viejo caserón típicamente victoriano con esos ventanales de vidrio esmerilado que temblaban cuando los autobuses a motor diésel pasaban colina abajo. El 43, rumbo a Sear, en Geary, donde nos tumbábamos en las

camas de la sección de mobiliario cuando estábamos cansadas. No sabía nada de los Chusmeros, quiénes eran realmente ni cuánto tiempo llevaban viviendo en aquella enorme vivienda. Allí dentro nunca había dejado de ser 1969. Todas las habitaciones estaban pintadas con pelotas de tenis. Habían sumergido las pelotas en pinturas de diferentes colores y luego las habían hecho rebotar por los cuartos (paredes, suelo, techo, un desbarajuste de espaguetis de colores que daba al lugar una monotonía en absoluto tranquilizadora). Aquello era el garabateo de un cerebro caótico proyectado contra las paredes, una especie de porquería ambiental. En ese lugar vivía mucha gente sin parentesco que formaba parte de un negocio familiar dedicado a la venta de tripis morados. Una mujer enorme se sentaba en la cocina a repartir los micropuntos con un cuchillo de cocina en bolsitas de papel parafinado. Los micropuntos no se desperdiciaban. La mujer distribuía las bolsitas, y si estabas allí para comprar, te sentabas a la mesa y cuando ella estaba lista levantaba la mirada, cogía tu dinero y te daba la bolsita. La primera vez que fui, un chaval descamisado con una mirada vacía de sonámbulo estaba de pie detrás de ella hirviendo agua en el fogón para prepararse unos macarrones con queso. Era flaco y flexible, con el pelo de un rubio tan descolorido como el de las liendres de piojo. El ruido de la pasta seca al deslizarse por la caja me dio un mal presentimiento. Abrió el queso y lo espolvoreó directamente en la cazuela. Comió con la cuchara que había usado para remover los macarrones. Iba descalzo y al pantalón le hacía falta una correa. Aparentaba unos diez años.

\* \* \*

¿Quiénes eran aquellos Chusmeros y adónde se fueron? Hay un montón de historia que desconocemos. Han existido multitud de mundos sobre los que no podéis consultar en la red ni en ningún libro, ni aun cuando creáis que tenéis la libertad para encontrar cosas que yo no tengo, dado que carezco de acceso a internet. Googlead Chusmeros y no encontraréis nada, ni rastro; pero existieron.

Y si alguien los recordase, alguien aparte de mí, el testimonio de esa persona los volvería menos reales, porque mi recuerdo de ellos tendría que ser corregido por hechos, que nunca tienen en cuenta lo que produce una impresión, lo que se queda clavado en la mente después de tantos años, las

auténticas imágenes que me atenazan desde el pasado borrado y no me sueltan.

\* \* \*

El bar de la parte alta del Haight donde la madre de Eva pasaba el rato se llamaba Pall Mall. Dejaban entrar a los chavales y la gente nos invitaba a Love Burgers, que no eran más que hamburguesas, salvo que si querías te ponían curry en el pan y a lo mejor eso era el amor, una salsa que te manchaba las manos de un brillante polen amarillo. Al salir del bar le dabas lo que no te ibas a acabar a Cueroman.

¿Os acordáis de Cueroman? Mucha gente del Haight se acordaría de Cueroman si les preguntarais por él. Cueroman vestía pantalones negros de cuero, camisa de cuero, gorro de cuero. Los pies descalzos los llevaba tiznados y renegridos de las calles. Se plantaba fuera del Pall Mall o vagaba por la linde noreste del parque, por Stanyan, una orilla en la que rastrojaba. En lugar de conchas estaba llena de los desperdicios de la franquicia de McDonald's de la calle de enfrente. Se rumoreaba que Cueroman jamás se quitaba su ropa de cuero. No se la había quitado en décadas. Una vez, mientras la madre de Eva estaba con nosotras en el Pall Mall, vimos a Cueroman rebuscando en un cubo de la basura. La madre de Eva dijo:

—Ya sabéis qué pasaría si se quitase la ropa, ¿no, chicas?

Negamos con la cabeza.

—Se moriría.

Soltó el humo y lanzó el cigarrillo a la calle de una manera que más tarde copié, disparándolo entre el pulgar y el índice, un gesto diminuto que me hacía parecer una tipa dura.

Cueroman recogió la colilla y dio las últimas caladas que la madre de Eva era lo bastante rica como para compartir.

\* \* \*

No hay que confundir a Cueroman con Higadoman, aunque nadie que los hubiera conocido a ambos habría tomado a uno por otro.

Higadoman se paseaba por la 71 de Noriega. Solo lo vi una vez y supe de inmediato que aquel era el individuo infame del que había oído hablar.

Llevaba soldado o acoplado a la cabeza un pedazo de plástico duro que parecía hecho de carne, como de hígado. La condición fija de la cosa, adherida a él, parte de él, era lo que convertía el conjunto en una estampa brutal. Una porción sólida, brillante, pegada allí donde debería haber tenido pelo o cuero cabelludo. Alguien dijo que era un veterano de la guerra de Corea. Veterano de alguna herida que había concluido en el encolado de aquel objeto en lo alto de su cabeza.

El Locomotora era otro de los espectáculos ocasionales. Lo desarrollaba en la otra punta del parque, cerca del Baskin-Robbins, en Geary, donde yo trabajaba cuando iba al instituto. El Locomotora iba caminando a paso normal y de repente se le activaban las piernas a todo trapo, como si fuese una máquina diseñada para abrillantar la acera, abrillantarla con la suela de los zapatos. Se deslizaba como una locomotora manzana abajo, se detenía, luego retomaba el paso normal. Bien podría haber sido algún tipo de trastorno, algo de los nervios, pero parecía cosa del destino. Era el hombre que se ponía a taconear en Geary y al rato se detenía.

Eso de que *trabajaba* es mucho decir. Servíamos helado y nos cuidábamos de no marcar todas las ventas en la caja registradora, y al final de la noche, cuando cuadrábamos caja, nos llevábamos las ganancias robadas. Nos colocábamos con el óxido nitroso del tanque con el que se rellenaban los dispensadores de nata montada. Allí contrataban a chicas, sobre todo, y dejábamos que los chicos patinasen por dentro de la tienda, que pasasen tras el mostrador, que tomaran lo que quisieran del tanque de nitrógeno y que se sirvieran su propio helado. Al final de la noche derramábamos agua por el suelo para cumplir con el deber de fregar, después de adelantar el reloj para cerrar pronto. Aquel lugar lo dirigían las chavalas, sin supervisión, porque la encargada de la tarde, una escocesa alcohólica que se llamaba Helen, se iba pronto, después de hacer los pasteles helados, que era una habilidad especial suya de la que el resto carecíamos.

\* \* \*

Del hombre de la parada de bus de Laguna Honda que quería el Valium lo que me alarmó fue su optimismo avasallador, la insistencia de apuntarme su número de teléfono en una pared con el tacón del zapato. Necesitaba drogas y estaba dispuesto a hacer negocios con una niña de doce años. Necesitaba

creerla, cuando era más que probable que estuviera mintiendo.

\* \* \*

La madre de Eva era blanca. Su padre era filipino. Su madre era heroinómana. Su padre era estricto. Trabajaba para una empresa de seguridad que lo tenía apostado en la entrada de la vieja y gigantesca fábrica de cerveza Lucky Lager, en Bayview, que había cerrado. Fuimos allí una vez, para sacarle dinero. Hizo un gurrño con los billetes, se lo lanzó a Eva y se metió en la fábrica. Una década después estaba yo con unos tíos que allanaron el sitio. Mis amigos robaron un montón de equipamiento. Uno de ellos volvió más tarde con una retroexcavadora alquilada para llevarse maquinaria pesada. Por entonces el padre de Eva ya estaba jubilado. Eva vivía en la calle. Su madre había muerto de sobredosis. El Pall Mall estaba cerrado. Los Chusmeros se habían largado. El Sunset se había transformado. La tienda de comestibles de Irving era de delicatessen. Una antigua compañera mía del instituto trabajaba en el mostrador de la charcutería. Las calles estaban llenas de chavales con pinta de pertenecer a una fraternidad universitaria, con sus sudaderas de la facultad y sus refrescos saludables en vasos enormes de poliestireno. Incluso cambiaron de sitio la antigua oficina de correos, cosa que se me antojó una afrenta personal. Todo fue transformado por medio del dinero y empecé a echar de menos aquellos lugares sombríos que no me traían ningún buen recuerdo, pero que quería recuperar. Los bares de suelos pegajosos y dispensadores de condones con relieve en los lavabos, como el Golden Grommet, al que llamábamos el Golden Vomit, por el viejo irlandés que dormía en la entrada hasta que abrían a las siete de la mañana. Echaba de menos los tranvías solitarios e inseguros que ahora campanilleaban cada ocho minutos e iban llenos de gente con zapatos caros y el pelo cuidado.

Habían reformado la paradita cubierta en la que acostumbraba a esperar el 44 en Laguna Honda. Habían desaparecido la peste a meados y el color rosáceo-beis del muro de contención y de la marquesina en sí, que habían tenido el mismo tono pardusco que el Centro de Orientación Juvenil al final de la calle, en lo alto de la colina. El centro se llamaba ahora de otra manera, a fin de parecer más amable, más empático. El muro donde el hombre había escrito con el tacón del zapato había sido pintado.

Pero ¿y si no hubiesen pintado aquella pared? ¿Y si por algún milagro los

números que garabateó aquel hombre en el rugoso estucado siguiesen allí, sangrando a través del tiempo, unos números que escribió con el betún del tacón? ¿Quién respondería a aquella línea de teléfono? ¿Y dónde está ahora ese hombre? ¿Dónde está el chaval que removía la cazuela en el Masonic, el joven Chusmero, dónde está Cueroman, dónde está Eva? ¿Dónde están todos y qué ha sido de ellos?

### 3

- Prohibido llevar ropa naranja
- Prohibido llevar prendas de cualquier tono azul
- Prohibido llevar ropa blanca
- Prohibido llevar ropa amarilla
- Prohibido llevar ropa beis y caqui
- Prohibido llevar ropa roja
- Prohibido llevar ropa morada
- Prohibido llevar vaqueros de cualquier color
- Prohibido llevar sudaderas y pantalones de chándal
- Prohibido llevar sujetadores con alambre o piezas metálicas
- Las señoras deberán llevar sujetador
- Prohibido llevar ropa transparente y translúcida
- Prohibido llevar más de una capa de ropa
- Prohibido llevar los hombros al aire
- Prohibido llevar camisetas de tirantes y de manga corta por encima del hombro
- Prohibido llevar camisetas cortas
- Prohibido llevar partes del cuerpo a la vista innecesariamente: ni camisetas por encima de la cintura ni pantalones caídos
- Prohibido llevar marcas y sellos
- Prohibido llevar pantalones pirata
- Prohibido llevar pantalones cortos
- Prohibido llevar faldas y vestidos por encima de la rodilla
- Prohibido llevar pantalones del tipo «shorts largos»
- Prohibido llevar camisas sin cuello
- Todas las camisas deben ir metidas por dentro del pantalón
- Prohibido llevar joyería (un anillo de bodas «de buen gusto» es admisible y será inventariado por los funcionarios del correccional en la entrada)
- Prohibido llevar piercings

Prohibido llevar horquillas y pinzas metálicas para el pelo

El pelo debe ir peinado y recogido hacia atrás

Prohibido llevar sandalias de ducha

Prohibido llevar chanclas

Prohibido llevar gafas de sol

Prohibido llevar chaquetas

Prohibido llevar camisas encima de camisetas

Prohibido llevar prendas con capucha

Prohibido llevar ropa ceñida

La ropa no debe ser excesivamente ancha ni holgada

La apariencia, el pelo y la ropa han de ser profesionales y de buen gusto.

Aquel que se presente en un centro penitenciario del estado con un vestuario inapropiado será enviado de vuelta a casa y su visita con el recluso quedará cancelada.

Si sus alumnas eran capaces de aprender a pensar bien, a disfrutar leyendo libros, una parte de ellas se liberaría de la prisión. Eso era lo que Gordon Hauser se decía, y lo que les decía a ellas también. Pero había días, como cuando una mujer entró en el aula de la prisión y le tiró agua hirviendo con azúcar a otra en la cara, que Hauser no se lo creía. Había días en los que parecía que el auténtico fin del trabajo que desempeñaba era destruir su propia vida a fuerza de tratar de enseñar a personas que querían escaldarse la cara las unas a las otras. Los celadores lo hacían todo más difícil, con su odio contra aquellas mujeres y su hostilidad hacia el personal del mundo libre como Gordon. A los celadores los habían obligado a soportar un curso de formación de sensibilidad, y estaban furiosos por eso. «Esto es porque siempre estáis llorando y pidiendo explicaciones, cabronas. Con vosotras todo es por qué, por qué, por qué, zorras», decían. Todos recordaban los buenos tiempos, cuando trabajaban en centros para hombres, donde contemplaban apuñalamientos sangrientos a través de monitores de circuito cerrado desde la seguridad de la sala de vigilancia y lidiaban con presos que se regían estrictamente por códigos de comportamiento impuestos por los mismos reclusos. Las presas discutían con los celadores y se quejaban, y por lo visto estos consideraban aquella manera de enzarzarse con ellos, de replicar por todo, más peligrosa que contener disturbios. Ningún guardia quería trabajar en una cárcel de mujeres. Gordon no lo había comprendido hasta que llegó a la NCWF, que escogió porque era accesible desde Oakland y porque trabajar con mujeres le parecía menos arriesgado que en el aula de una prisión para hombres.

Su primer puesto había sido en un centro de menores en San Francisco. Trabajó allí seis meses, pero era demasiado deprimente. Chavales encerrados que le contaban historias sobre sus casas de acogida, sobre abusos sexuales, toda clase de abusos. La mayoría no tenía padres, pero algunos sí. Gordon veía a esos padres en la sala de espera de los juzgados cuando cruzaba una

puerta de seguridad camino de su aula: gente con sudaderas agujereadas, camisetas que anunciaban marcas variadas, zapatos inapropiados, personas pobres con vidas caóticas. ¿Acaso no se daban cuenta los jueces de menores, con solo echar un vistazo a los progenitores, de que esos chavales no tenían ni la más mínima oportunidad? Había carteles que indicaban que te subieses los pantalones porque llevarlos caídos era una falta de respeto. Gordon tenía un alumno que siempre estaba metiéndose en líos por llevarlos demasiado caídos. Un chico grandote, blanco, con los ojos muy juntos en el centro de la cara. «Hablas como si fueses negro pero tienes pinta de retrasado», le había dicho un chaval negro al chico blanco de los ojos incrustados de mala manera. PROHIBIDO DESCALZARSE, avisaba un cartel en la entrada al edificio. Como si alguien fuese a intentar entrar en un centro de menores y un tribunal, un edificio municipal situado en una esquina ventosa y desolada, nada cerca de la playa, sin zapatos. Otro cartel, PROHIBIDAS LAS CAMISETAS DE TIRANTES. Y debajo, por lo general, tres generaciones de una misma familia todos en tirantes, con la carne al aire. ¿Y qué problema había con los hombros? ¿Qué peligro veían en los hombros los responsables de la ley?

\* \* \*

—Para acabar aquí tienes que ser feo como un pecado, desdentado y estar como una bola —le había dicho el funcionario responsable del patio de la NCWF a Gordon en su primera semana allí. Mientras lo decía pasaban por su lado mujeres guapas, celadoras con fregonas y escobas que empujaban cubos de la basura sobre ruedas, algunas de ellas delgadas y con toda la dentadura, criaturas jóvenes y sonrientes que le hacían guiños a Gordon como si todo aquello fuese una broma a costa del funcionario, dado que era obeso.

Hubo una que de inmediato captó la atención disimulada de Gordon. Su cara pensativa, aniñada, y sus grandes ojos negros lo conmovieron. Aquello debía de ser la belleza, supuso, cuando la cara de alguien avivaba sentimientos. La joven siempre estaba leyendo, los ojos clavados en las páginas. Lo más habitual era que las atractivas fuesen claramente conscientes de su belleza. Era algo con lo que sometían a los demás, algo que vendían, canjeaban y controlaban. A Hauser nunca le había entusiasmado esa clase de jueguitos, ni en prisión ni en su otra vida, la real, que cada vez se le

antojaba menos real. Aquella chica no sabía utilizar su belleza para manipular, ni siquiera sabía que era guapa, eso intuía Gordon, y cuando un día la miró durante un rato, ella le echó una ojeada y, antes de que desviara la mirada él vio miedo o lo que le pareció miedo.

No sabía en qué unidad vivía. Había estado en el grupo de mantenimiento del patio, pero la debían de haber cambiado de sitio, porque ya no salía. La había visto unas cuantas veces en la biblioteca jurídica, ocupada como las demás presas en presentar un recurso de *habeas*. Una vez en la capilla, rezando con un grupito. Y otra en admisiones, esperando un paquete, y sintió unos celos irracionales de que le enviaran un paquete... ¿De quién sería? Un rival, probablemente un hombre. Era demasiado guapa como para que el paquete no fuese de un hombre. Y si, en cambio, el paquete era de la madre o la hermana de la chica, significaba que ella no era solo la huérfana de Gordon, sino la querida pariente de alguien, y la conexión que fantaseaba entre ella y él podía verse ensombrecida por la lealtad a otras personas reales, para él desconocidas, relacionadas con la vida de la joven.

\* \* \*

NCWF eran las siglas de Northern California Women's Facility, pero los guardias la llamaban No Cunt Worth Forty K[4], que sonaba como si se enfrentasen a un dilema entre su oficio y la acción directa con las presas. En dicha fantasía, el guardia bajaba la palanca de una tragaperras al fichar y sacaba o bien símbolos de dólar por triplicado, o bien una fila de cerezas. Y si el guardia tiraba de la palanca y le salían cerezas, le correspondía a cada cual tener la fortaleza de carácter, el sentido común, para resistir.

—He de reconocer que tienes muchísimo autocontrol —le había dicho a Gordon su padre cuando, siendo él pequeño, lo recogió de la biblioteca pública Martínez, que era más grande que la diminuta del pueblo al lado de Carquinez Strait donde se había criado.

El padre trabajaba en la metalurgia y pensaba que cualquiera que se pasase todo el día sentado mirando simbolitos en una página debía de estar negando otros impulsos. Pero el impulso, para Gordon, era leer. Ensanchaba su mundo. En el instituto se enamoró de Dostoyevski, un autor que encajaba con su incertidumbre melancólica. Dostoyevski significaba no creer nada más que en el repulsivo mundo terrenal por donde los humanos deambulaban, se

peleaban, se corrompían y mataban. Además, Dostoyevski era cristiano, y quienes peleaban y deambulaban en sus novelas se habían extraviado, mientras que Dios no. Dostoyevski era algo vasto —del tamaño del universo—, un universo que tenía orden, pero no un orden griego fijo y artificial. Era un universo aislado lleno de sufrimiento y caos, y cuando Gordon leía a Dostoyevski sabía que se internaba en el territorio de la verdad.

Ahora su padre estaba muerto, y Gordon tenía por fin la clase de empleo que aquel habría aprobado: sindicado y con prestaciones laborales. Gordon nunca había tenido la intención de trabajar en el ámbito penitenciario. Se sucedieron etapas de renuncia, intentó quedarse unos años más en la universidad como investigador, aprobó los exámenes orales a la segunda, recibió becas en el ciclo medio (el máster en Literatura Inglesa). Pero la tesis que había planeado escribir sobre Thoreau... La imagen thoreauniana de una época de muda espiritual, de un nuevo hombre, la funesta noción de un Adán norteamericano, una idea que agradaba a Gordon por su arrogancia, y es que ¿quién no desea cambiar su vida?, ¿renacer sin restricciones y sin pecado?, ese proyecto había constituido una fuente de estrés apabullante. Ni su tutor ni él congeniaron. Cuantos más progresos realizaba en la dirección deseada por el profesor, menos capaz se veía de identificar ninguna pasión sobre su propio tema. Se sintió atrapado en un compromiso imposible. Tenía deudas y estaba a punto de perder la beca de profesorado. Necesitaba trabajar. Encontró un puesto de adjunto en la universidad pública de Oakland. El empleo apenas cubría sus gastos básicos y no le dejaba tiempo para la tesis. Quizá fue una ventaja. Se libró de trabajar en ella. Pero el trabajo de adjunto era intermitente. Sin blanca y un tanto desesperado, mandó una solicitud para un puesto de profesor que había publicado el California Department of Corrections. Se presentó a una entrevista. Quisieron contratarlo como profesor a jornada completa, y de golpe su estrés por el dinero se esfumó. Su amigo Alex leyó una tesis sobre Melville y entró en el mercado laboral como americanista, aun cuando echase pestes de los americanistas y dijese que eran una panda de sensibleros. Alex se quedó con las ceremonias de bienvenida, las entrevistas, las charlas sobre trabajo. La gente lo llamaba niño prodigio, por más que tuviese la misma edad que Gordon y sus otros compañeros. Aparentaba dieciocho, era por eso. Sabía moverse entre gente poderosa, ofrecer la mezcla adecuada de ironía y deferencia. Hubo gente en el departamento que lo tomó bajo su protección, lo asesoró. Gente que nunca se

había entusiasmado mucho con Gordon. Él puso de su parte para seguir siendo amigo de Alex. No era envidioso, se decía.

\* \* \*

Antes de que se diera cuenta, los días de clase en la NCWF se estructuraban dependiendo de si iba a tener oportunidad de entrever a aquella chica sobre la que le gustaba elucubrar. Se planteó intentar hablar con ella.

Cuando descubrió que trabajaba en la escuela de cosmética, la imprevisibilidad de sus días llegó a su fin. En cosmetología había un salón donde la plantilla se podía cortar el pelo por doce dólares. Se apuntó y se aseguró de ir cuando estuviera ella. El día memorable se sentó, lo taparon, lo tapó ella, muy cerca de él, con un delantal. El tacto de sus dedos en el cuero cabelludo lo dejó clavado en la silla de barbero y detonó una reacción nerviosa en cadena.

Podría haberse dado el caso de que, aquel día en la silla de barbero, fuese hipersensible al tacto, dado que llevaba meses estando solo. El extremo del peine, cuando la chica se lo pasó por la raya, le provocó un alud de cosquillas que le bajó por la nuca. Un circuito eléctrico encendiéndose. El contacto del peine le produjo la doble sensación de descomunal añoranza y añoranza satisfecha.

—Tienes un pelo bonito —dijo la chica.

Él tenía un pelo tremenda y excepcionalmente normal. Liso y castaño.

A Gordon le resultaba extraño cómo a veces la belleza le parecía esplendorosa y otras no era nada y no lo conmovía. La chica tenía mala piel, y la piel mala la hacía aún más guapa, la hacía real. Llevaba las zapatillas reglamentarias, «chicles» las llamaban las chicas, un calzado que te señalaba como indigente, porque si eras un poco avispada encargabas unas deportivas nuevas de un catálogo de venta por correo. No parecía darse cuenta ni importarle que no la embellecieran las privilegiadas marcas del suministro por catálogo, de la ayuda exterior. En la fantasía de Gordon Hauser sobre ella, la ropa azul de rigor se le antojaba casi una bata de hospital, ropa de enfermera, no carcelaria: el uniforme de una persona que cuida de otros, y vaya si los cuidaba. Le cortó el pelo, le tocó la cabeza con el peine.

Pero había algo más. Era una chica negra, pero a Gordon le hablaba como una chica blanca. Vivía en el dormitorio preferencial y llevaba una Biblia allá

donde iba. El hecho de que él asociara la lectura de la Biblia con el gusto por los libros quizá era una confusión, o tal vez no.

Gordon empezó a ir a cortarse al pelo una vez por semana. Un día aquel cerdo corpulento del funcionario del patio pasó en su cochecillo de golf cuando él se dirigía al salón.

—¿No va demasiado a menudo a visitar a esa preciosura, señor Hauser? ¿No lo vi cortándose el pelo la semana pasada?

Aquel y otros funcionarios, muchos de ellos demasiado obesos para caminar, le recordaban a Gordon a los gemelos obesos del *Libro Guinness de los récords*, unos gemelos con sombrero vaquero que cogían el ciclomotor para ir del dormitorio a la cocina.

Miró al funcionario con un leve desdén y luego más allá, hacia la mujer que había ido a ver, que sacudía el pelo de la silla de barbero del fondo de la escuela de cosmética, la silla donde se sentaría, donde pronto ella estaría tocándole la cabeza.

Eran tan gordos que apenas podían caminar, y la mayoría traía fiambreras del tamaño de una maleta. Cajas con asas plegables y ruedas, demasiado grandes para cargar con ellas. ¿Qué le importaba a ese tío la frecuencia con la que Gordon pagaba doce dólares para que la chica le tocara la cabeza? No era asunto suyo.

Le respondió que por lo visto el pelo le crecía muy rápido. El funcionario pareció satisfecho de haber incomodado a Gordon, de haberlo puesto un poco nervioso.

Se alejó montado en su cochecillo con el culazo como una B tumbada dentro de los pantalones militares.

\* \* \*

Hasta gente como el padre de Gordon, que poseía pocos libros, tenía en casa un ejemplar del *Libro Guinness de los récords*. En la biblioteca de la prisión había varios. Era una biblia para los iletrados del mundo.

Hasta mucho más tarde Gordon no cayó en la cuenta de que relacionaba la delgadez de su bienamada con el conocimiento debido a que los gordos funcionarios de la penitenciaría eran estúpidos. En realidad nunca pensó que aquello fuera verdad. Su encaprichamiento era el resultado de muchas cosas juntas: su propio esnobismo, lo ajena que se le antojaba la cultura militar del

lugar, una atracción física hacia la chica. Todo aquello construyó un sentimiento, una especie de esperanza centrada en ella, la promesa de algo, y no lo que realmente sucedió.

\* \* \*

Había tenido una novia, Simone se llamaba, una profesora de la universidad pública donde había sido adjunto. Era agraciada, extremadamente lista y no hablaba demasiado. La mayoría de gente hablaba para rellenar silencios y no era consciente del daño que hacía. Simone solo hablaba cuando tenía algo que decir, pero Gordon puso punto y final a la relación; a veces no había ningún motivo. Quizá a ella le había gustado más Gordon de lo que él habría querido. Comprendió que había personas que no deseaban ser los deseantes, pero no era capaz de forzarse a ello. En cuanto una mujer le dirigía una mirada necesitada, ya estaba largándose. De vez en cuando echaba de menos a Simone, pero justo después de sentir deseos de volver a verla siempre se sentía aliviado de no tener que tratar con ella. Si hubiera podido aparecer en algunos momentos concretos —cuando estaba cachondo, o cuando necesitaba a alguien con quien hablar— habría ido de perlas, pero a la gente eso no le gustaba. Había horas y horas en las que tenías que escuchar a alguien expresando sus sentimientos sobre algo que a ti no te parecía importante, y no te quedaba otra que asentir y fingir que lo era. Tenías que disfrazar tu ambivalencia y fingirte enamorado el cien por cien del tiempo, y él antes prefería arder en los fuegos del infierno.

La chica lo saludaba con familiaridad, como si supiese por qué iba tan a menudo a cortarse el pelo. Pero no le daba ninguna pista sobre sus sentimientos. Otras mujeres le llamaban bombón, se mofaban de él por tontear. Esta no hacía nada de eso. Le cortaba el pelo y evitaba su mirada. Contestaba a sus preguntas con timidez, con parquedad. Nada en su lenguaje corporal insinuaba que estuviesen coqueteando. Esto lo volvía todo inofensivo. Se reducía a la sensación del peine en su cuero cabelludo. Su respiración queda. El lento sonido matizado de las tijeras cerrándose sobre el pelo húmedo. Sus dedos sacudiéndole mechones de los hombros.

A pesar de la obsesión que sentía por la chica, a veces quería dejar el empleo de la prisión, pero el cambio era una noción tan escurridiza... Uno puede decir a diario que quiere cambiar de vida, que va a cambiarla, y cada

día la queja se vuelve una mera parte de la vida que ya está viviendo, de modo que el deseo de cambio es, de hecho, una especie de estancamiento que permite la continuación de la vida sin cambios, porque al menos uno sabe desaprobársela, cosa que lo convence de que no todo está perdido.

Una noche, mientras Gordon guardaba unos documentos en su maletín, la chica entró en su aula vacía con un permiso de pasillo. No era alumna de su clase. Cerró la puerta a sus espaldas. La sala tenía una ventanita de observación, pero Gordon sabía que ningún funcionario pasaría por allí en los siguientes diez o quince minutos.

Le gustaría decir que no pasó nada. Sobre todo por lo poco que pasó, y porque sintió que ocupaba el lado vil de la justicia. Después de cerrar la puerta, la chica se le acercó. Sus labios se tocaron. Sí, la besó y no solo eso. Acarició con una mano la pechera de su camisa y luego le acarició levemente entre las piernas, para ver si respondía, y la respuesta fue la adecuada, la conveniente, y cualquiera diría que aquello fue meditado, escogido, controlado, pero Gordon no. No fue meditado. Estuvieron pegados el uno contra el otro, nada serio, vestidos, durante un minuto, quizá menos, y luego llegó el momento del recuento nocturno y ella tuvo que marcharse a su unidad.

La chica presentó una queja 602, alegando que él le había metido mano. Aquella preciosa mujer había ido a por él. Lo hizo, como entendió más tarde, por algún enrevesado motivo relacionado con su novia, alumna de Gordon. Fue su palabra contra la de ella. La Unidad de Servicios de Investigación contactó con él, lo entrevistaron y no encontraron nada recusable, pero consideraron que había un peligro de exceso de familiaridad. Aconsejaron su reasignación a otro centro. Lo sacaron del Central Valley como quien tira una lata vacía por un pasillo. Lo transfirieron a la Stanville Women's Correctional Facility, donde nadie, pero nadie, quería trabajar.

Tal vez decidáis vincular mi destino con la noche que me encontré a Kurt Kennedy esperándome, pero yo lo relaciono con el juicio, con el juez, con el fiscal, con el abogado de oficio.

Esto es lo que recuerdo del día que conocí a mi abogado: que me metieron en un ascensor con el acero inoxidable ionizado por el olor a sudor humano. La penumbra eléctrica de la luz del panel fluorescente. La tonalidad de la sala del juzgado. Las zapatillas con la inscripción Distrito de L. Á. a cada lado.

Cuando llegó la hora, los alguaciles me condujeron por un pasillo. Avanzaron y yo trastabillé con los grilletes hasta la larga caja de cristal del departamento treinta, donde los acusados detenidos se presentan ante el juez. Me colocaron en la cabina de lectura de cargos, con un orificio a la altura de la cara para que los acusados pudiesen dirigirse a sus abogados. Tenía una panorámica de la sala. Mi madre estaba allí. Yo era su hija y su hija era inocente. Su presencia me dio una esperanza infantil. Cuando me vio me dirigió un saludo triste. Un alguacil se acercó y le dijo algo. Que nada de saludos, probablemente.

Los letreros de la sala decían «Prohibido recostarse. Prohibido mascar chicle. Prohibido dormir. Prohibido comer. Prohibidos los teléfonos móviles. Prohibidos los niños menores de diez años a menos que hayan sido citados por el estado en calidad de testigos». En cada uno de los juzgados en los que he estado a medida que se desarrollaba mi causa, me he esforzado por no leerlos. Tienes que irradiar un arrepentimiento inconmensurable cada vez que alguien te eche una ojeada, un miembro del jurado, un pariente de la víctima o el juez. Tienes que aparentar en todo momento que no puedes seguir viviendo después de lo que has hecho. No puedes dar la sensación de estar aburrida ni cansada. Solo puedes parecer inexorablemente culpable, a fin de parecer quizá un poco menos culpable.

Escruté el foso frente al estrado de la jueza donde estaban los abogados para averiguar cuál era el mío.

Mi causa iba después de la del acusado que tenía al lado, una persona a quien el tribunal llamó Johnson, Johnson contra el Pueblo. Yo estaba ansiosa por ver a mi abogado pero, dado que no aparecía, observé al tal Johnson intentando comunicarse con el suyo, un hombre mayor con una melena gris que le caía por la espalda.

—Mi madre es sheriff —dijo Johnson trabajosamente. Tenía la cara llena de suturas, de manera que apenas podía abrir la boca. Hacía ruidos guturales como si estuviera amordazado.

—Señor Johnson, ¿su madre es sheriff? —el viejo abogado habló en un tono de fingido asombro—. ¿En qué división?

—La mía no. La de mi novia. Es agente de fianzas.

—¿Su novia trabaja en el negocio de las fianzas? Entonces quizá no sea sheriff, ¿no, señor Johnson?

—Es de su madre.

—¿Su suegra tiene un negocio de fianzas? ¿Cómo se llama?

—Yolanda's.

—¿Dónde está ubicado, señor Johnson?

—Están por todas partes.

—¿Entonces trabaja en una sucursal?

—Es suya. Ya se lo he dicho. YO-LAN-DA.

El fiscal de la causa de Johnson apareció ante la jueza. Resplandecía como un objeto lavado con una manguera a presión.

De ese día en adelante, cada vez que me vi obligada a pasar tiempo en la sala, los fiscales se revelaron, con diferencia, las personas de aspecto más competente del tribunal. Eran atractivos, elocuentes, pulcros y ordenados, con sus trajes a medida y sus maletines de cuero caros. Los abogados de oficio, en cambio, se podían reconocer por su mala postura, los trajes astrosos y los zapatos gastados. Las mujeres llevaban el pelo corto, feo, práctico. Los hombres lucían diversos estilos de corte o melenas sin arreglar, y todos se excedían en la longitud de la corbata. Los botones de las camisas sueltos, a punto de desprenderse. Los fiscales parecían todos republicanos ricos, bien descansados, mientras que los abogados de oficio eran machacas sobrecargados de trabajo que llegaban tarde y jadeando a la sala, y perdían por el camino los papeles, papeles con marcas de pisadas que atestiguaban que se les habían caído antes. Me di cuenta de que Johnson, yo, todos los que dependíamos de la defensa de oficio, estábamos jodidos, pero totalmente

jodidos.

Johnson le dijo al abogado que necesitaba su medicamento para la tensión. Llevaba tiempo sin tomar la medicación psiquiátrica. Necesitaba sedantes. Padecía dolores crónicos por una herida de bala. Se levantó la camisa carcelaria y se la enseñó al abogado. No pude verle el pecho. El abogado reculó.

—Dios mío, señor Johnson. Es asombroso que siga vivo. ¿Y qué le ha pasado en la boca?

El viejo abogado estaba gritando, como si Johnson fuese duro de oído, mientras yo miraba al frente, tensa y alerta porque me tocaba a continuación.

—Me la han cosido. Me rompí la mandíbula. Soy un buen ciudadano. Tengo una hija.

El abogado le preguntó cuándo había nacido la hija.

—Mil novecientos ochenta.

—Señor Johnson, creo que eso es cuando nació usted.

El acusado, el tal Johnson, tenía veintiún años. Heridas de bala. Tensión alta. Dolores crónicos. Aparentaba cuarenta y ocho. Observé cómo los hechos de su vida eran expuestos como bolsillos vueltos del revés.

—Vale, vale —dijo Johnson—. Me mantienen drogado. Lo siento. Espere...

Vi cómo levantaba una pierna y se enrollaba con torpeza la pernera con las manos encadenadas. Llevaba la fecha de nacimiento de la hija tatuada en la pantorrilla. La leyó lentamente como tratando de descifrar una placa histórica.

—A la jueza no le gustan los asaltos domiciliarios, señor Johnson.

—Dígale que lo siento —respondió con dificultad Johnson a través de la boca cosida.

\* \* \*

Quise creer que Johnson, en su elemento, podía sentirse perfectamente en casa, que llevaba las riendas de sus asuntos, fuesen estos los que fuesen. La vida. Llevar las riendas significaba controlar tu vida. Apañártelas. Ser alguien que inspira respeto. Alguien amado por las mujeres y temido por los enemigos, y ahora lo habían arrancado de aquello que lo hacía brillar. En cualquier caso, Johnson era un ser humano de la cabeza a los pies, aun

cuando no fuese capaz de recordar cuándo había nacido su hija.

Tras mi propia inmersión en aquel nuevo mundo de Johnson, supe por qué había parecido tan memo en la cabina de lectura de cargos: los muy gilipollas le habían puesto una inyección de Torazina líquida sin su consentimiento. Cuando se programaba el traslado de cierta clase de presos a los juzgados, una inyección sin previa consulta facilitaba la labor de los agentes. Babeantes y colocados de desagradables embotadores cerebrales, estos acusados no daban la talla ante el juez, ni delante de sus propios abogados de oficio, que se dirigían a ellos como quien habla con un niño de tres años.

Cuando finalizó la lectura de cargos, los alguaciles se pusieron los guantes azules de goma para manejar a Johnson. Trató de caminar como buenamente pudo con los grilletes. Cuando le hicieron pasar, los alguaciles lo mantuvieron tan a distancia como les fue posible. Con la calma, le dijo uno. Se apartaron de un salto cuando Johnson se tropezó. Se cayó con la cara partida contra el suelo de la cabina. Nadie lo ayudó. Llevaba un mono marrón, que significaba sección médica. Una muñequera del condado indicaba heridas abiertas. Podía propagar una infección bacteriana o algo peor. Rebeldía. Depresión. Dislexia. Sida. Deterioro mental. Muy mala suerte.

\* \* \*

Yo era la siguiente, pero allí no pasaba nada. La jueza abandonó el estrado. Esperé sentada puede que veinte minutos, con un alguacil a mi espalda, sin que ningún abogado pronunciase mi nombre, notando la tristeza de mi madre, incapaz de mirarla a los ojos porque, de hacerlo, aquello aún sería más duro. Observé el águila en lo alto del asta. El ave se cernía sobre el asta de madera como si lo que acabase de atrapar fuese la bandera norteamericana que colgaba de la pértiga. Yo he visto ondear banderas enormes, izadas en lo alto de altísimas astas. Los vendedores de coches usados las ponen. A veces las tienen en McDonald's, banderas gigantescas enarboladas por el comercio y que anuncian «América». Aquí, en esta sala, las banderas cuelgan lisas y quietas, acumulando polvo. Una bandera necesita viento, pensé, justo cuando la jueza pronunciaba mi nombre y el número de mi causa, y al momento de nuevo, mi nombre y el número de mi causa.

Me habían dicho que mi primer contacto con mi asesor legal sería durante

la lectura de cargos. Me puse en pie como me ordenó el alguacil, pero no apareció ningún abogado.

El abogado de Johnson, el de la melena gris y suelta, renqueó hasta donde estaba yo. Qué quiere este, me pregunté.

—¿Señorita Hall? ¿Romy Hall? Soy su abogado de oficio.

\* \* \*

Podéis tenerle simpatía al abogado de Johnson, si queréis, pero yo no se la tengo. Sus intenciones eran buenas, pero era un viejo incompetente y sobrecargado de trabajo. Me consiguió dos cadenas perpetuas y fue incapaz de hacer creíble toda la historia sórdida de Kurt Kennedy y su obsesión conmigo.

Kennedy estaba obsesionado. Se había tomado como una tarea personal esperarme en la puerta de casa. Estar en el garaje donde yo aparcaba el coche. Acechar entre los pasillos atestados de la tienda de la esquina. Seguirme a pie y en moto. Cuando yo oía el motor de aquella moto, que emitía un ruido agudo, daba un respingo. Tenía la costumbre de hacerme treinta llamadas seguidas. Cambié de número. Consiguió el número nuevo. Venía a la sala Marte o ya estaba allí. Le pedí a Dart que le aplicase un ochenta y seis y se negó. Es buen cliente, dijo. Yo era prescindible. Los hombres que se gastan el dinero, no. Kennedy me perseguía y no me daba tregua. Pero el fiscal convenció a la jueza de que el comportamiento de la víctima era irrelevante. Dicho comportamiento no implicó una amenaza inminente durante la noche en cuestión, de modo que el jurado no llegó a oír ni una palabra de aquello, ni un solo detalle. Fue la jueza quien desestimó la prueba, pero yo le eché la culpa al abogado. Le eché la culpa al abogado porque se suponía que tenía que ayudarme y no me pareció que lo hiciese.

—¿Por qué no puedo testificar y explicarme? —le pregunté.

—Porque la destrozarían en el interrogatorio —respondió—. No puedo permitir que se haga usted eso. Ningún abogado competente la subiría al estrado.

Cuando se lo volví a plantear me empezó a bombardear con preguntas. Sobre cómo me ganaba la vida. Sobre mi relación con Kennedy y otros clientes. Sobre el hecho —el hecho, insistió— de que hubiese golpeado a un hombre sentado en una silla, un hombre que no era capaz de caminar sin dos

muletas. Intenté responder a aquellas preguntas. Despedazó mis respuestas y las convirtió en preguntas, y yo traté de contestar a mi vez, pero me costó. Cuando me hizo otra pregunta le grité que parase.

—Usted no va a subir al estrado —me dijo.

Lo que aquellas doce personas sabían era que una joven de moral dudosa —una stripper— había matado a un ciudadano honorable, un veterano de la guerra de Vietnam que había sido herido en acto de servicio y había quedado incapacitado de por vida. Como había un menor presente, añadieron un cargo por poner en peligro a un menor, independientemente de que se tratase de mi hijo y de que la persona que lo estuviese poniendo en peligro fuera Kurt Kennedy.

El abogado de Johnson intentó convencerme de que me declarase culpable. Me negué. Sabía cómo funcionaba el sistema, por lo menos vagamente. La mayoría de causas no llegaban al tribunal porque los fiscales atemorizaban a la defensa para que se declarase culpable, y los abogados apoyaban esa vía interesadamente por no perder un caso. Mi situación era distinta. Contaba con unas circunstancias especiales. Cualquiera que hubiese estado allí y conociese la historia habría comprendido lo que había ocurrido y por qué, aunque la verdad es que nadie estuvo ni lo comprendió.

Lo que no advertí en ese momento fue que la mayoría de gente se declara culpable porque no quiere pasarse la vida en prisión.

\* \* \*

Nunca lo consideré mi abogado. Siempre fue el de Johnson, aun cuando yo no llegase a conocer a Johnson ni volviese a preocuparme de qué había sido de él; no era más que otro cuerpo arrojado al sistema, un Johnson entre miles de Johnsons. Aun así, me cayó bien. La madre de su novia era sheriff y a tomar por saco quien lo pusiese en entredicho.

\* \* \*

En la sala del juzgado, el abogado de Johnson no dejaba de repetir «Tache eso» a mitad de cada frase, «Tache eso». Igual era normal. No lo sé. Pero cada vez que lo decía se me caía el alma a los pies.

\* \* \*

El jurado no supo lo que me había hecho Kurt a mí, el acoso incansable, las acechanzas, las persecuciones, las llamadas, más llamadas, las apariciones por sorpresa. De eso no se habló una palabra en la sala. Lo que supo el jurado fue que se usó una palanca de hierro (Prueba n.º 89). Que la víctima estaba sentada en la silla de un jardín cuando recibió el primer golpe (Prueba n.º 74), y que se le oyó gritar pidiendo ayuda (Testigo n.º 17, Clemence Solar).

\* \* \*

¿Cuántas autopsias ha llevado a cabo?, le preguntó el fiscal al forense, su primer testigo.

—Más de cinco mil, señor.

—¿Cuántas con traumatismo craneal?

—Cientos, diría.

El forense situó y señaló en fotografías dos heridas fatales. La causa declarada de la muerte era traumatismo craneoencefálico grave. El forense subrayó que el señor Kennedy parecía haber vomitado una gran cantidad de sangre en el porche de la acusada.

—¿Cuántos impactos recibió el señor Kennedy en la cabeza? —le preguntó el fiscal.

—Como mínimo cuatro. Quizá cinco.

—¿Experimentaría el señor Kennedy un dolor considerable al recibir estas heridas?

—Desde luego.

—¿Existen otras heridas en brazos y manos típicas de alguien que ha intentado defenderse?

—Sí, correcto.

—¿No es cierto que una persona entrada en la cincuentena puede fracturarse el cráneo con más facilidad que alguien más joven? —esto lo preguntó el abogado de Johnson en el interrogatorio.

—Supongo, pero...

—Protesto. Hipotético.

—Protesta admitida.

\* \* \*

El fiscal hizo venir a una de mis vecinas como testigo. Clemence Solar era capaz de decir cualquier cosa con tal de llamar la atención, como contar que oyó gritar pidiendo ayuda a Kurt. Era una mentirosa. Un testigo de la defensa, un tipo que se llamaba Coronado, vivía en una casa más allá de la de Clemence. Nunca habíamos hablado. Él solo hablaba español y yo solo hablo inglés. Recordaba haberlo visto fuera arreglando coches. Una vez, uno de sus coches perdió todo un depósito de gasolina en medio de la calle y otro vecino se puso a gritarle. Coronado dijo a la policía que había visto a Kurt Kennedy llegar en su moto, aparcar y esperar. Oyó una disputa y estaba seguro de que lo sucedido había sido en defensa propia. Ese era el plan. El abogado de Johnson se había entrevistado con él y el hombre estaba de acuerdo. Daría su testimonio.

—El señor Coronado tiene órdenes de arresto en el condado de San Bernardino —le dijo el fiscal a la jueza—. En los últimos años ha protagonizado varios casos de conducción en estado de embriaguez y se ha sometido a tratamiento obligatorio.

Un intérprete se lo tradujo al testigo, mi testigo, mi vecino, el señor Coronado, que se volvió hacia la jueza y habló. El intérprete tradujo.

—Señoría, quiero solucionar esto ahora mismo. Estoy listo para solucionarlo. Haré lo que haga falta.

La jueza y el secretario judicial comentaron en voz alta lo de la orden de arresto del hombre, en qué tribunal atendían sin cita previa y en cuál no.

—Señor, sus problemas legales atañen al condado de San Bernardino. Tendrá que hablar con ellos. Hoy es viernes y no atienden sin cita previa. Preséntese allí el lunes por la mañana.

El hombre intervino de nuevo, en apariencia sin acabar de asimilar lo que el intérprete le había dicho.

—Señoría, estoy listo. Pagaré las multas y cumpliré condena. Quiero solucionar esto ahora mismo. Estoy listo, señoría. Quiero solucionarlo.

Ese fue nuestro testigo. Un hombre que quería ayudarme, pero que no podía.

\* \* \*

El día del alegato final el abogado de Johnson parecía borracho. Le gritó al jurado y pegó pisotones en el suelo. Se dirigió a sus miembros con tono de reprimenda, como si el jurado hubiese hecho algo malo. El jurado no quiso saber nada de él, ni de mí. Rellenaron un formulario y se lo tendieron a la jueza. Hay dos casillas en el formulario. El portavoz marcó una.

## 6

Los niños estarán bajo supervisión, callados, y se comportarán en todo momento. En caso contrario, se pedirá a los guardias que los saquen de la zona de visita

Las presas no pueden usar tarjetas para las máquinas expendedoras

Las máquinas expendedoras no aceptan monedas. Hay que comprar una tarjeta de prepago en admisiones

Las tarjetas cuestan cinco dólares. Se devolverán dos dólares con cincuenta centavos *si su tarjeta se encuentra en condiciones de volver a ser utilizada*

Las presas no pueden permanecer a menos de un metro de las máquinas expendedoras

Un breve abrazo al comienzo de la visita es aceptable, y otro al final. Prohibido el contacto corporal continuado. En caso contrario, la visita se dará por terminada

Cogerse de las manos es contacto continuado y no será tolerado

Prohibido chocar los cinco

Prohibido tener las manos debajo de la mesa durante la visita. Los visitantes y las presas deben mantener las manos a la vista de los funcionarios en todo momento

Prohibido llevar las manos en los bolsillos

Prohibido gritar

Prohibido alzar la voz

Prohibido discutir

Prohibido hacer «payasadas»

Prohibido carcajearse y alborotar

Reducir el llanto a la mínima expresión

La carretera que lleva a la prisión de Stanville es recta. Va directa a las montañas, que pueden verse desde el patio grande los días de poca niebla. En invierno las cimas aparecen espolvoreadas de blanco. La nieve está lejos. Nunca nieva en el suelo del valle donde Stanville está situada. Vemos esas cimas blancas a través de las capas de aire recocado del valle. La nieve nos resulta tan remota como nuestro hogar.

\* \* \*

Solo la gente que va camino de Stanville transita esa carretera. La mañana de nuestra llegada no la transitaba nadie más que nosotras. La carretera estaba flanqueada por almendros. No me hubiera enterado de lo que crecía, ni me hubiera importado, de no ser porque Laura Lipp estaba despierta y charlando de nuevo, y dijo que lo que empaquetaban como almendras no eran almendras auténticas, sino semillas frutales venenosas, ¿lo sabía yo?, y que uno de sus hijos casi se muere por comerlas.

—¿Alguna vez has partido por la mitad un hueso de melocotón? —dijo Laura Lipp—. De ahí vienen. No son almendras de verdad. Son la parte venenosa del melocotón. Una vez, una vecina le dio a mi hijo unas cuantas sin preguntarme y de no ser por los paramédicos lo habría matado.

—Lo mataste tú —dijo una mujer que teníamos detrás.

Noté un revuelo a mi alrededor, la gente chasqueando la lengua con desagrado.

Las mujeres blancas de la cárcel han cometido dos delitos: o son asesinas de bebés o conductoras ebrias. Desde luego, cometen muchos más delitos, pero esos son los estereotipos que ayudan a imponer orden entre las mujeres y las razas.

—No saben lo que pasó —dijo Laura Lipp—. Ni lo que pasó con él ni lo que me hizo, lo que nos hizo... a mí y al bebé. Ninguna de vosotras tiene

derecho a juzgarme. No sabéis nada. Igual que yo no sé nada de vosotras.

Se volvió hacia mí, como si yo fuese la única persona con la que se pudiera razonar.

—¿Sabes quién es Medea?

—No —le dije—. Mejor que te calles. No te conozco y no quiero hablar contigo.

—Quieres que me calle, pero me callaré cuando haya terminado y no antes. Fui a la universidad, a diferencia de vosotras. El marido de Medea la abandonó y eso es lo que me pasó a mí. Le arrebató todo, incluidos sus hijos. Ella tuvo que infligirle dolor. Para que pudiera ser consciente del dolor de ella. Está escrito en la historia. Es real. No puedes hacerle eso a una persona impunemente. Él le hizo trizas la vida, así que ella encontró la manera de devolvérselo. Ese es mi único consuelo. Es muy muy muy pequeño. Es tan pequeño que la mayor parte del tiempo ni siquiera lo veo.

Yo tenía los ojos cerrados. Le di la espalda. Me veía atrapada por ella pero deseando estar en cualquier otro lugar. Me imaginé a una mujer en el rellano de un hotel, recogiendo pelusa de una fea moqueta roja para ver si era crack. Recogiendo una miga, la cabeza de una cerilla, pelusilla. Observa el objeto entre los dedos, lo huele, lo roza con la lengua, lo deja de nuevo en el suelo. Recoge otra migaja, la examina de la misma manera. Se echa a llorar, la mujer, en plena búsqueda, en su interminable búsqueda. Pocas cosas más tristes he visto. Seguí viéndolo, aunque no quería, mientras Laura Lipp continuaba hablando.

Me di cuenta de que la mujer que rebuscaba en la moqueta era Eva. Hay cosas que bloqueo. Lo hacemos todos. Es saludable. Pero al tratar de bloquear las palabras que emitía Laura Lipp pensé sin querer en algo malo. Eva se subió al carro de la coca enseguida. Al principio la inhalaba, luego se la pinchó y al final le bastó con el crack, que lo era todo. Se quedó flaca, perdió un diente en una pelea, cojeaba por un accidente de coche. Pero seguía siendo Eva y yo la quería.

\* \* \*

Cuando ves luces aún más altas que las de un estadio deportivo es que estás en prisión.

Nos sacaron del autobús de dos en dos a empujones, gritando: Venga,

vamos. Yo intentaba no tropezarme. Conan, delante de mí, caminaba sin dificultad. Tenía unos andares que las cadenas no podían entorpecer. No sé cómo lo hacía. Prácticamente flotaba. Arrastraba los pies de un modo delicadamente sincopado. Eran los andares que tendría una en las calles de Compton, o en el aparcamiento del Forum de Inglewood durante la exposición de coches de Pomona, no en una fila de mujeres esposadas entrando en admisiones penitenciarias.

Los celadores que nos recibieron estaban furiosos. Sobre todo las mujeres. Fue una bienvenida tosca y agresiva, pero al menos le calló la boca a Laura Lipp. La única persona que recibió un trato amable fue la señora tamaño extragrande que se había desplomado del asiento. La tumbaron con cuidado mientras nos empujaban a las más capaces y despejadas pasillo adelante por el bus. La mujer parecía estar durmiendo pacíficamente cuando pasé renqueando por su lado. Fue la última pasajera, la sacaron en camilla del vehículo unos médicos que la declararon muerta y la colocaron en el suelo de la recepción, la cara tapada con una tela.

\* \* \*

Las demás nos pusimos en fila para la desinsectación y los muumuus. La teniente se llamaba Jones, un armario empotrado que, como comprendí más tarde, en parte debía su silueta a su chaleco a prueba de puñaladas. A los hombres los chalecos les dan aspecto de cachas de gimnasio y a las mujeres aspecto de cajas de embalaje.

Nos embadurnamos con pomada Lindane para matar los piojos y demás. Es veneno puro: dos veces la había usado para una sarna que pillé en la sala Marte y las dos veces empecé a menstruar a las pocas horas. Querían que la chica, la de quince años que parecía estar de ocho meses, la usase también. Le dije que no lo hiciese. Estábamos una al lado de la otra en las duchas. La obligaron y ella se echó a llorar mientras se ponía Lindane. Si hubiese sido declarada oficialmente embarazada podrían haberla dispensado de ciertos procedimientos, pero era necesario que esa atribución figurase en su tarjeta de dormitorio y ninguna de nosotras tenía aún tarjeta de dormitorio. Se vería obligada a esperar al papeleo de la prueba de embarazo, que tenía que hacerse aun cuando prácticamente se pudiera ver al bebé dando pataditas en la

barriga. Con el tiempo le otorgarían la calificación de «Embarazada», con un uniforme que lo anunciase en letras enormes en la parte de atrás de la camisa y del chubasquero. No se le concedería comida extra, ni exámenes prenatales, ni vitaminas, ni terapia. Lo único que sacaría con eso sería ocupar la parte inferior de la litera y un poco más de tiempo para tenderse boca abajo en el patio cuando sonase la alarma. Por eso en la chaqueta se leía EMBARAZADA. Igual que SWAT. Significaba «No disparen (soy lenta)».

A continuación tocaba el cacheo integral, al que me había acostumbrado en la cárcel. Las polis nos gritaron que separásemos más las piernas, sobre todo a las mujeres con el vello púbico más tupido. Dirigían sus linternas hacia nosotras, mientras nos agachábamos. Algunas de las chicas lloraban. Fernandez, la que le había gritado a la preñada que se callase cuando subimos al autobús, les gritaba ahora a las chicas que lloraban por el cacheo integral. Todos los polis la conocían.

—Otra vez aquí, Fernandez —iban diciendo, y ella se mostraba amigable y bromeaba o bien los mandaba a tomar por culo. Las demás parecían tenerle miedo.

Nos dieron unos muumuus a topos de talla única y unas zapatillas de tela con tres tallas para elegir. Hasta al enorme y corpulento Conan, con su barba de tres días, lo obligaron a ponerse un muumuu. Echó atrás los hombros para que las polis viesan que le iba pequeño.

—Necesito pantalones y una camisa. No puedo ponerme esto. No me va bien, sargento.

Levantaba los brazos.

—Me aprieta en los hombros.

—¿Qué tiene pensado hacer mientras lo lleva, señora, dirigir una orquesta? —le preguntó Jones—. Cállese y baje los brazos.

Los muumuus me hicieron pensar en el dicho «Aunque la mona se vista de seda...». No debería compararse a ninguna mujer con una mona ni obligarse a nadie a ponerse las ropas que nos daban. Y no, tampoco a Conan. Las zapatillas estaban bien. Me recordaban a las de lona que llevábamos de niñas, que se podían comprar en la tienda del ejército naval de Market Street. Allí adquiriría también el chándal para gimnasia. Más tarde, cuando me hice mayor, pasaba por delante de camino a la sala Marte. Ambos locales estaban cerca de la esquina donde el hombre de negocios del Mercedes me había prometido

dinero para un taxi una noche de lluvia. San Francisco era así, una ciudad donde las capas de mi historia se superponían unas sobre otras en un mismo plano. Entre la tienda del ejército naval y la sala Marte estaba el Fascination, donde Eva y yo pasamos muchas horas de adolescentes mientras ella tonteaba con el cajero, antes de que mi amiga se echase a perder en el Tenderloin, al norte del Fascination, en los bulliciosos y sucios hoteles que formaban las perlas del collar de su vida precaria, más precaria aún que la mía.

La última vez que vi a Eva fue en la boda de otra amiga, una antigua prostituta que dejó las drogas, conoció a otro tío en proceso de recuperación y se adhirió con él a la Iglesia de Cristo. Asistimos a una boda sin alcohol donde la gente sonreía como si estuviésemos en la televisión cristiana. Le habían hecho algo a nuestra amiga. Se le veía en la cara. Lloró en el altar. Para mí estaba claro que había habido un ajuste de cuentas. La habían subyugado y ahora eran sus amos morales. Estaba tan hermosa como lo pueda estar un adorno de flores de plástico en una funeraria. Otra chica del distrito de Sunset no dejaba de hacer alusiones a su novio y a que no había podido ir a la boda porque un tipo de su club había muerto y esa mañana se celebraba el funeral. Su club. Ese día se celebraba un gran funeral público por un Ángel de la Muerte. Quería presumir pero aparentando ser discreta. No dejaba de hablar de la pasta gansa que ganaba como camarera en el Pier 39. Dijo, como si por alguna razón supiese cómo me ganaba yo la vida: «Yo me gano el dinero de una manera respetable». El Pier 39 es un basurero.

Eva apareció en mitad de la ceremonia. Entró con un gordo seboso. Tenían pinta de llevar despiertos tres días. Eva llevaba un maquillaje un tono demasiado claro para su piel. No se quitó las gafas de sol al entrar. Se volvió hacia mí con aquel maquillaje que le borraba media cara.

—Romy, ¿qué coño pasa aquí?

Esa era la pregunta exacta, esa era la cuestión.

Probablemente el gordo seboso fuera su camello. Ella dijo novio pero esa distinción no importa. El año anterior, Eva había salido con un tío que en un principio había sido putero. Se convirtió en cliente habitual y luego no quiso que ella se viese con otros puteros. Empezó a costearle su drogadicción para que no tuviese que trabajarse la calle. El tío me esperó una noche fuera de la sala Marte para hablar. Buscaba a Eva. Estaba desconsolado. Me contó que se había gastado ocho mil dólares para pagarle la cocaína de ese año y que ahora ella se había largado. ¿Qué esperaba? Yo no pongo en duda que la amase, ni

que al menos fuese consciente de que jamás conseguiría a una mujer como Eva, tan maravillosa y libre, sin aflojar la pasta y sin que dejase de ser por encima de todas las cosas una adicta que necesitaba algo de él.

—Largo de aquí —le dije, y lo dejé plantado en la entrada de la sala.

Henry, así se llamaba el putero obsesionado con Eva. Empezó a aparecer casi en cualquier parte adonde me dirigiera, esperando que fuese a ver a Eva y poder atraparla. Pero yo no había hablado con ella, no sabía dónde estaba y Eva no era de esas personas a las que puedes llamar por teléfono. Yo tenía como diez números de teléfono suyos y ninguno funcionaba. Más tarde me olvidé por completo de Henry y de aquel episodio, porque pronto tuve mi propio acosador: Kurt Kennedy. Henry no era realmente mi acosador, sino el de Eva. A mí solo me acosaba o me seguía para localizarla a ella. Eva desapareció para escapar de él. Cuando pienso en Henry o en Kurt se me tensa la piel de la garganta.

\* \* \*

Estábamos esposadas a un banco en un vestíbulo, a la espera de que nos interrogasen en un cuartito de hormigón sobre consumo de drogas, historial sexual, salud mental y sobre si pertenecíamos o no a pandillas o teníamos enemigas encarceladas en ese momento en Stanville. Tras varias horas así, nos dieron a cada una un petate y un *Manual del delincuente del Departamento Correccional de California*, así como una *Guía para el manual del delincuente del Departamento Correccional de California*. Conan se preguntó en voz alta si también nos proporcionarían una guía para la guía del manual.

—No informar de la infracción de una norma —dijo Conan con voz nasal — es también una infracción de las normas. No informar de la infracción de no haber informado de la infracción de una norma es otra infracción de las normas.

—No llevas ni seis horas en prisión, London —dijo Jones—, y ya te has ganado tu primer 115.

Supuse que lo decía con sarcasmo, pero se dirigió a la cabina de los policías y se puso a apuntar su nombre.

—London —dijo alguien—. London.

Algunas chicas se rieron y se burlaron de que a Conan lo estuviesen

apuntando. Habríais pensado que íbamos a hacer piña. Aquella chusma del bus, las sesenta juntas, podíamos incluso haber vencido a los dos polis de transporte con bastante facilidad, secuestrar aquel vehículo y poner rumbo a México. Pero no había cooperación. Nada más que personas deseosas de ver cómo las demás se llevaban los palos que habían sufrido ellas mismas.

En la cárcel también había sido así. Cuando entré en la del condado enseguida perdí mi vaso de poliestireno. Parecía desechable, pero era el único vaso que me iban a dar. Yo no lo sabía, y las demás mujeres no me lo dijeron. Se reían mientras rescataba una lata de refresco de la basura. Estuve bebiendo agua con eso durante dieciocho meses. La cárcel es la incubadora perfecta para desarrollar una actitud policial, pero en todas partes hay policías. En la sala Marte, entre bastidores, las mujeres criticaban a otras mujeres por no llevar vestidos vistosos o no tener un espectáculo coreografiado y con gracia en el escenario. Qué más daba: ese curro es para ganar pasta, no para gastársela en vestidos; y, sin embargo, en los camerinos había mujeres que querían establecer una serie de normas para el striptease. Creían que tenías que ofrecer un buen espectáculo y comprarte vestidos caros porque así el oficio era más digno y profesional, respetuoso para con ciertos principios que ellas pretendían mantener. Pero la mayoría trabajábamos en aquel ambiente porque éramos de las que no creen en los principios ni trataríamos jamás de mantener principio alguno. No tienes por qué creer en nada para trabajar en la sala Marte. Las rusas, cuando empezaron a trabajar en la sala Marte, trajeron un nuevo talante postsoviético despiadado, una saludable ausencia de miramientos hacia la vestimenta y el glamur, hacia cualquier cosa que no estuviese directamente ligada al beneficio. La mayoría hacía pajas entre el público, cosa que mermó las ganancias de las demás.

Los tíos más asquerosos llegaban al club con pantalones de chándal finos y resbaladizos para asegurarse el máximo contacto posible, pero muchos eran menos experimentados, o más caballerosos. Algunos ni siquiera querían que te sentases en su regazo, sino a su lado, para charlar. Yo prefería a los del chándal. Con ellos apenas había que esforzarse. Ni sonreír, ni fingir otra personalidad, ni simular complicidad. Te movían de aquí para allá como se les antojaba y no hacía falta que te matases, y eso por veinte dólares la canción. Pero después de que las rusas invadiesen nuestro club todos los hombres empezaron a exigir pajas de verdad por veinte la canción. Las rusas socavaron las ganancias del resto. Vaciaron las carteras de dinero.

\* \* \*

Nos reunimos en la zona común de nuestra nueva unidad habitacional mientras esperábamos a que nos asignasen una cama. Era un edificio de bloques de hormigón con hileras de celdas en dos plantas. Todo era o bien hormigón visto o estaba pintado de un tono rosa sucio. Las mujeres de las celdas aplastaban la cara contra la estrecha ventanilla de cristal de su puerta para mirarnos. Una gritó desde el otro lado de la puerta que parecíamos una panda de cerdas feas del carajo. ¡Eh, cerda! ¡Eh, estúpida! Ven y límpiame el culo. Chúpame el coño ya de paso. Siguió gritando hasta que un guarda golpeó su puerta con la porra.

Laura Lipp se sentó a mi lado. Intenté cambiar de sitio, pero Jones me pegó un berrido.

—Siéntate donde te he puesto. Esto no es el juego de la silla.

—Al lado de la asesina de bebés —dijo Fernandez, y no en voz baja—. Sois como las gemelas Bobbsey.

¿Quiénes son las gemelas Bobbsey? No parece que nadie lo sepa. Se refería a que éramos parecidas, por blancas, así que iba a tener que hacer algo. Apartarme de Laura Lipp.

\* \* \*

—¿Cuántas sois disléxicas? —preguntó Jones a nuestro grupo de sesenta presas.

Todas levantaron la mano menos yo.

Jones hizo un recuento y no advirtió que mi mano no se había alzado. Por mí bien. Como acabé entendiendo, la Ley de Estadounidenses con Discapacidades era a menudo la única barrera que evitaba que nos trataran con una agresividad ilimitada. Laura Lipp aprovechó ese momento para confraternizar.

—En realidad no soy disléxica, pero así te dan más tiempo para rellenar las solicitudes. ¿Te gusta leer?

Miré para otro lado. Intenté captar la mirada de otra, pero nadie me miraba.

—Si al final logras ir a parar al dormitorio preferencial, allí las chicas se intercambian libros, aunque la mayoría lee mierda.

Jones comenzó por descifrarnos en voz alta los letreros de la sala de día, dado que éramos todas disléxicas o presuntas analfabetas. Todos los letreros empezaban de la misma manera.

Señoras, informen al personal si tienen una infección por estafilococo.

Señoras, está prohibido lloriquear.

Señoras, saltarse las normas supone automáticamente un 115.

El letrero sobre disparos de advertencia era más tajante. EN ESTA ZONA NO SE EFECTÚAN DISPAROS DE ADVERTENCIA.

El reloj de la pared tenía una cuña pintada de rojo que iba desde cinco minutos antes de la hora en punto hasta cinco minutos después. Era para las mujeres que no sabían leer la hora. Jones explicó la cuña roja. Lo único que necesitáis saber, dijo, es que cuando la aguja grande está en la parte roja las puertas de las celdas están desbloqueadas.

En prisión todo va dirigido a esa mujer para quien se pintó de rojo la cuña del reloj de pared, la imbécil. Nunca me he topado con ella. He conocido a un montón que no sabían leer, y algunas no sabían decir la hora, pero eso no significaba que no fuesen gente espabilada y sobresaliente capaz de burlar a cualquier lumbreras. La gente de la cárcel es lista de cojones. De la imbécil a la que se dirigen las normas y letreros no hay ni rastro.

Jones leyó la guía del manual, y luego el manual en sí. Había normas para todo, la apariencia, los pensamientos, las cartas y el lenguaje; la comida, la actitud y la agenda; las herramientas, los utensilios y su uso. Muchas instrucciones sobre a quién no tocar (a nadie) y dónde no tocar (en ningún sitio), y desde luego estaba prohibida la fornicación, como recalcó Jones, pronunciando la palabra despacio, como un cura cachondo.

—¿Fornicación qué era? —preguntó Conan—. Follar solamente, ¿verdad?

Las mujeres empezaron a quedarse dormidas; habíamos viajado toda la noche y estábamos agotadas. Jones no levantaba la mirada, no interrumpía su recitado mecánico. Yo también di una cabezada, pero me despertaron unos gritos.

La chica embarazada se agarraba la barriga y chillaba. Jones le echó una ojeada, se chupó el pulgar, pasó la página del manual y continuó leyendo. Tenía que leer las ochenta páginas de la guía y la guía para la guía cada viernes cuando llegaba un nuevo autobús de presas, así que se lo sabía bien, podía leerlo a toda velocidad para tener luego más rato de descanso. La chica

embarazada interrumpió la lectura de Jones al ponerse de parto.

Os decía que las mujeres disfrutaban participando en el castigo de sus compañeras presas, pero eso no siempre es verdad. Aquel día algunas ayudamos al alumbramiento. Jones dijo que todo el mundo se quedase sentado y esperase al servicio médico. Fernandez ignoró las órdenes y fue a ayudar a la chica, la misma chica a la que había gritado en el autobús. Lo mismo hice yo. Era mi oportunidad de apartarme de Laura Lipp. Y no soportaba ver a aquella pobre criatura sufriendo sola. Chillaba desesperada. Le cogimos una mano cada una. Conan impidió a Jones y los otros funcionarios de admisiones que se nos acercaran. Cuando lo rociaron con espray de pimienta solo consiguieron que se cabrease aún más. Conan tiró al suelo de un empujón a Jones. Sonó una alarma. Yo seguía hablándole a la chica. Le decía que respirase. Ella decía «no» una y otra vez, como si no quisiera tener un bebé, como si pudiese impedir al futuro que se mezclase con el ahora. Entraron polis en tromba en nuestra unidad. Entre cuatro derribaron a Conan.

Todo irá bien, le iba repitiendo yo a la chica. No era verdad, teniendo en cuenta que estaba en prisión, pero la consolé lo mejor que pude, hasta que entraron más policías y me apartaron de un tirón de ella y me esposaron. No atendían a la chica de parto; estaba sola y chillando de dolor.

Fernandez, como Conan, era valiente. La rociaron con el espray y pareció ni enterarse. Continuó resistiéndose hasta que le dispararon con una táser y la metieron en una jaula.

A mí también me metieron en una jaula. Las jaulas no eran lo bastante grandes, así que tuve que agachar al máximo la cabeza. Me había convertido en uno de los pavos de la carretera. Conan estaba prácticamente embutido ahí dentro. Conan dentro de una jaula era incluso peor que Conan con un muumuu. La llenaba por completo, todo él miradas asesinas y músculo palpitante. A los tres nos aplicaron el régimen de incomunicación.

Mi primer día en prisión y ya me había cargado la audiencia de libertad condicional, que me tocaba dentro de treinta y siete años.

\* \* \*

Los del servicio médico habían llegado, pero era demasiado tarde para mover a la chica; estaba en pleno parto. Tuvo al bebé en admisiones. La

criatura soltó un sollozo que rebotó por la sala de hormigón, un penetrante chillido de existencia.

Un nacimiento debería ser motivo de alegría. Aquel fue un nacimiento solitario. La madre estaba en manos del estado, lo mismo que el bebé, y uno y otro no contaban con ningún otro lazo que aquel, el de la burocracia. Los funcionarios del correccional, por lo visto, pensaron que tenía gracia ver a un bebé en admisiones. Se suponía que no tenía por qué haber ningún bebé ahí. Aquel bebé era contrabando.

Jones sacudía la cabeza, como si un nacimiento en su unidad fuese un ejemplo más, una prueba más, de nuestra incapacidad para vivir en sociedad. Los médicos tumbaron a la chica en una camilla. Ella pidió que le dieran a su bebé, pero su petición fue ignorada por los médicos, uno de los cuales sostenía al pequeño recién nacido lejos de su cuerpo como si fuese una bolsa de basura que pudiese gotear.

\* \* \*

Jackson nació en el Hospital General de San Francisco, adonde tienen que llevarte incluso si no tienes seguro. La enfermera me lo puso sobre el pecho y él levantó la mirada hacia mí, una criatura húmeda y salvaje surgida de un pantano, toda ojos, ojos como platos, y su llanto no era histérico, no era un quejido, sino una pregunta vehemente: ¿Estás aquí? ¿Estás aquí por mí?

Yo también lloraba, y no dejaba de contestar: Estoy aquí, aquí mismo. Una enfermera lo lavó, lo puso en una cuna de plástico transparente y durante toda la noche diversas enfermeras y ordenanzas fueron yendo y viniendo, manoseándolo, dándole toquecitos y molestándolo. Yo estuve allí, como le había prometido, pero no fui su protectora.

El padre de Jackson era un portero del Crazy Horse, un club al final de la calle de la sala Marte donde yo también trabajaba en ocasiones. Salió por ahí con sus amigos la noche en que nació su hijo, en lugar de quedarse conmigo en la deprimente sala de recuperación que compartía con otra mujer que tampoco tenía acompañante y que se pasó toda la noche viendo la televisión. Cada vez que el padre de Jackson venía a mi apartamento en los días y semanas que siguieron al nacimiento, le gritaba por ser un holgazán, cosa que era, así que dejó de visitarnos. No quería ni verlo, pero cuando oí que había muerto de una sobredosis no fui capaz de mirar a mi pobrecito Jackson sin

sentirme culpable. Había perdido al perdedor de su padre. Solo le quedaba una persona en la que confiar. Bamboleaba la cabeza, con aquellos ojos azules húmedos de asombro miope, aquella corona de pelusilla, tieso y atento, y no sabía que era huérfano de padre. Solo sabía que yo era la única. Yo era la única.

Por entonces vivíamos en el barrio de las avenidas. Cuando Jackson tenía tres meses, el propietario vendió el edificio de apartamentos. La nueva dirección se deshizo de los inquilinos para subir el alquiler. La ciudad estaba cambiando. Los alquileres eran altos. Se trataba de vivir con mi madre, que nunca me lo había ofrecido, probablemente porque nos peleábamos y estaba harta de mí, o mudarme al Tenderloin, donde todavía podías conseguir un estudio asequible si eras capaz de tolerar la atmósfera de aquellos edificios. Me mudé a Taylor Street. Evalandia, como lo consideraba yo. Volví a la sala Marte y pagué a mi nueva vecina para que cuidase de Jackson. Mi vecina tenía una niña de tres años y estaba en una situación parecida a la mía. Sin dinero, criando a su hija sola. Cuidó mucho de Jackson, sobre todo cuando empecé a salir con Jimmy Darling.

\* \* \*

Los tres nos revolvíamos en nuestras jaulas de pavo mientras Jones intimidaba a las demás presas para que se sentasen y atendiesen durante el resto del curso de orientación. Todo el mundo se había puesto nervioso. La gente lloraba. Jones les dijo que se callasen y les recordó que todas habían elegido, que Sanchez, como llamó a la chica que acababa de dar a luz, había tomado muy malas decisiones y que tendría que haber pensado en el futuro de su bebé antes de quebrantar la ley.

Jones llamó a las celadoras, dos chicas blancas y lúgubres con el pelo recogido en trencitas y la piel escoriada, para que limpiasen los restos del parto. Era imposible saber si estaban tristes por la situación o se mostraban de ese modo normalmente.

Las lúgubres celadoras echaron chorros de los productos de limpieza reglamentarios y lo regaron todo con mangueras. Un torrente espumoso inundó los desagües.

El llanto del bebé se me quedó clavado en la cabeza durante el tiempo que permanecí sentada en la jaula, mucho después de que se fuesen él y su madre.

No tenían prisa por ocuparse de nosotras. Inmovilizadas en jaulas, se nos podía dejar esperando, observando las paredes sucias de color rosa mientras alguien lentamente, muy lentamente, rellenaba el papeleo para nuestro traslado de admisiones al régimen de incomunicación, que era aún peor que la prisión normal.

Por desgracia para el bebé, fue niña.

POR FAVOR, REFIERA SU VIDA LABORAL DE LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS  
PROCURE SER MINUCIOSO Y PRECISO

En la sección de experiencia laboral del formulario, la sospechosa anotó que tenía experiencia como empleada. El funcionario de admisiones le explicó que no era suficiente.

\* \* \*

En la transcripción del interrogatorio del sospechoso con los agentes de homicidios, al preguntársele qué clase de trabajo desempeñaba normalmente, el sospechoso respondió: «Reciclaje».

Control de calidad, anotó ella en cuanto al tipo de trabajo.

Soy un empleado, había declarado él, pero pareció incapaz de especificar de qué clase.

\* \* \*

Reciclador.

Equipo de mantenimiento.

Venta al por menor.

Venta al por mayor.

Reparto de folletos.

Almacén de distribuidora.

Tiendas de todo a un dólar.

Centro de distribución.

Supermercado.

Él declaró que repartía folletos.

Había anotado reciclador.

Ambos trabajaron con un grupo que repartía folletos.  
Él repartía periódicos gratuitos, pero no habitualmente.  
Trabajó en un centro de distribución.  
Ella anotó control de calidad.  
Él declaró que trabajaba a media jornada ayudando a un amigo que limpiaba tiendas de todo a un dólar por la noche.  
Cajera.  
Desempleada.  
Sin empleo en la actualidad.  
CC, que ella explicó que significaba control de calidad.  
Descargaba camiones.  
Encargado de equipaje.  
Desempaquetaba cajas, declaró él, en un centro de distribución.  
Cuando se le preguntó cómo se ganaba la vida, la sospechosa dijo que trabajando.  
Reciclaje, había escrito el sospechoso.  
Llevaba envases retornables a un centro de reciclaje, explicó.  
Reciclador.  
Recicladora.  
Reciclador.  
Recicladora.  
Retornables, declaró él.  
Redentores es lo que anotó ella.

\* \* \*

La sospechosa declaró que en general se ganaba la vida recogiendo botellas y latas.

Cuando googleas Stanville aparecen caras: fotos de fichas policiales. Después de las fichas policiales, un artículo que alude a Stanville como la ciudad con el porcentaje más elevado de empleados con salario mínimo del estado. El agua de Stanville está contaminada. El aire polucionado. La mayoría de empresas antiguas están precintadas. Hay tiendas de todo a un dólar, gasolineras que venden bebidas alcohólicas y lavanderías de autoservicio. Los que no tienen coche recorren a pie el bulevar principal a la hora más calurosa del día, cuando la temperatura es de cuarenta y cinco grados. Avanzan por la cuneta empujando a toda prisa carros de supermercado vacíos, horadando las horas muertas del final de la tarde con el desmadejado traqueteo metálico. No hay aceras.

Stanville es idéntica a su prisión. Como sucede con Corcoran, Chino, Delano, Chowchilla, Avenal, Susanville y San Quentin, denominaciones de ciudades que albergan cárceles con las que comparten nombre, de una punta a otra del estado.

\* \* \*

Gordon Hauser alquiló un sitio sin haberlo visto, una cabaña en lo alto de la montaña de la misma Stanville, al oeste de las colinas de Sierra. La cabaña tenía una habitación con una chimenea. Sería su año Thoreau, le escribió a su amigo Alex, y en el mismo mensaje le enviaba el enlace de la inmobiliaria.

*Tu año Kaczynski*, le respondió Alex tras mirar las fotos de la cabaña.

*Es verdad que los dos vivieron en cabañas de una sola habitación — contestó Gordon—. Pero no veo demasiada conexión entre uno y otro.*

*Veneración de la naturaleza, independencia. K. hasta era lector de Walden —escribió Alex—. Sale en la lista de libros de su cabaña. También R. W. B. Lewis, tu ídolo.*

*¿No estás simplificándolo todo un poco?*

*Sí. Pero además: ambos murieron vírgenes.*

*Kaczynski no está muerto, Alex* —respondió Gordon.

*Ya me entiendes.*

*Pero a Thoreau le preocupaban los trenes* —replicó Gordon—. *Ted K. vivía en la época de la bomba atómica. Vivió en medio de la destrucción tecnológica del mundo.*

*Confieso que es una diferencia significativa, claro. No se les puede sacar de su contexto histórico. Además, Thoreau habría sido absolutamente incapaz de enviar cartas bomba. Su acto de resistencia más incendiario fue no poner felpudo de bienvenida en la puerta de casa.*

Cuando tomaron unas cervezas de despedida en el bar habitual de Shattuck Avenue, Alex le regaló a Gordon, en plan de broma, un librito de Ted Kaczynski. Gordon le había echado un ojo al manifiesto. Como todo el mundo. El tío había sido profesor en Berkeley durante un breve periodo.

Brindaron por la marcha de Gordon.

—Por mi rusticación —dijo Gordon.

—¿Eso no es cuando te expulsan de Oxford?

—No, solo te mandan al campo por un tiempo.

\* \* \*

Gordon dejó el centro de Oakland a primera hora de la tarde y puso rumbo al este, y al sur. Mientras se abría paso en la negrura y la vasta llanura de sembrados de la autopista 99, mientras un olor chamuscado a fertilizante sintético entraba por las rejillas de ventilación, incluso en modo recirculación, empezó a ver un fulgor anaranjado en el extremo más alejado de la autovía, un enorme nimbo rodeado de oscuridad. Una misteriosa fuente de luz, como si hubiera una gigantesca fábrica en medio de los campos oscurecidos. Eran ellas, lo sabía: las mujeres, tres mil mujeres. Al igual que la NCWF, este era un sitio donde no podía ser de noche porque la seguridad debía mantenerse veinticuatro horas diarias, siete días a la semana.

Se registró en una pensión. Al día siguiente se entrevistaría con su jefe y le darían las llaves de su nueva casa. Le entraron ganas de preguntarle a la chica del mostrador si conocía a alguien que trabajase en la prisión de Stanville. No preguntó. Preguntó si el agua del grifo era potable.

—¿Tengo pinta de no beber agua del grifo? —dijo la chica con una

cadencia ascendente.

Preguntó si podía recomendarle algún lugar para comer.

—A ver, ¿es usted amante de los langostinos fritos?

Por lo visto, eso también dependía de la pinta que uno tuviera.

\* \* \*

El suministro de agua de la cabaña de la montaña estaba contaminado. No por la agricultura. Contenía trazas de uranio de manera natural, así que había que llevar agua embotellada. A Gordon le gustaba la cabaña. Olía a pinos recién plantados. Era lógica en su simplicidad. Acogedora, incluso. Estaba alzada sobre estacas, en una ladera escarpada, con pocos vecinos, y contaba con una amplia vista del valle.

Se suponía que debía presentarse en su nuevo empleo al cabo de una semana. Se pasó los días sacando de las maletas sus escasas pertenencias y cortando leña. Salía de paseo. Por las noches le echaba troncos a la estufa y leía.

Supo que Ted Kaczynski comía sobre todo conejos. A las ardillas, refería Ted, no les agradaba el mal tiempo. Los diarios de Ted hablaban principalmente de cómo vivía y de lo que sucedía en la naturaleza que lo rodeaba, y Gordon vio que la comparación con Thoreau no era tan burda como había sospechado al principio. Pero Ted jamás escribiría lo siguiente: «Por medio de nuestra propia inocencia recobrada distinguimos la inocencia de nuestro prójimo».

Todos sus nuevos vecinos eran blancos, cristianos y conservadores. Gente que trasteaba con camionetas y motocicletas de cross y que hacía conjeturas sobre Gordon que él no se esforzaba en disipar, porque sabía que dichas conjeturas lo favorecerían si necesitaba su ayuda. Nevó en la montaña. Cerraron las carreteras, cortaron el acceso a los suministros. Se desplomaron árboles y se llevaron por delante tendidos eléctricos. En verano y otoño los incendios lo arrasaban todo. A Gordon no le gustaba el ronroneo machacón de los motores de dos tiempos de las motos de cross, cuyo eco resonaba por todo el valle durante los fines de semana, pero el campo era eso: no un mundo puro e ilimitado de vida natural primigenia y trinos de aves, sino gente campesina que talaba los árboles de su terreno con motosierras y que pavimentaba, o ponía césped artificial, o desbrozaba senderos por el bosque

para hacer carreras de motocross y pasear en moto de nieve. Gordon se cuidó de hacer juicios precipitados. Aquella gente sabía mucho más que él de vivir en la montaña. De cómo sobrevivir al invierno, a los incendios forestales y a las inundaciones de barro de las lluvias primaverales. Del modo en que almacenar leña adecuadamente, como le enseñó paciente su vecino al pie de la colina después de que sus dos pilas de maderos acabasen en el camino de entrada a la casa por culpa de un tío llamado Beaver al que le faltaban casi todos los dedos. Gordon aprendió a cortar los maderos por la mitad. Primera parte de su rusticación.

El vecino que le ayudó a apilar la leña tenía esposa o novia. Gordon no la conocía, pero los oía discutir. El eco de las voces se propagaba colina arriba.

Una noche de aquellos primeros días de su nueva vida en la montaña, Gordon se despertó por lo que le pareció el lejano grito de una mujer en la oscuridad total. Buscó a tientas la lámpara. Estaba convencido de que era la mujer del vecino. Su casa estaba al pie de la colina, como a unos trescientos metros. Oyó otro grito. Un chillido de terror. Esta vez más cerca. Alguien lo estaba pasando mal.

Salió al porche en ropa interior. La casa de su vecino tenía las luces apagadas. Se quedó esperando un buen rato, pero no oyó nada más. Decidió que no podía arriesgarse. Se vistió y bajó por la ladera hacia el punto del que había provenido el sonido. Se paró en la carretera y aguzó el oído.

No había luna y no se le acostumbraba la vista. Casi no veía nada, solo el contorno difuso de las copas de los pinos más altos tocando el cielo.

El parpadeo irregular de las estrellas, que pasaba de brillante a tenue y vuelta a brillante, le recordó a los faros de un coche. Un vehículo de noche, avanzando por una carretera de tres carriles, con las luces resplandeciendo intermitentemente. Pero las estrellas eran maravillosas y los faros podían ser siniestros. Las estrellas eran naturaleza. Los coches eran un propósito humano desconocido.

Los árboles silbaban agitados por el aire, y Gordon se preguntó si era el viento lo que hacía parpadear las estrellas, un viento del espacio exterior que guardaba alguna relación con el viento de allí abajo.

Volvió a oírlo, el chillido de la mujer, ahora más lejos.

—¿Hay alguien ahí? —gritó—. ¿Está bien?

Esperó de pie en medio del frío. Solo oía el viento.

Subió la colina y volvió a la cama. Intentó dormir y no pudo.

Mientras andaba en medio del frío implacable descubrí un puercoespín en un árbol y le disparé. Al principio parecía muerto, pero luego me di cuenta de que seguía respirando. Por culpa del pelaje tupido y las púas no fui capaz de ubicar la zona del cerebro en la cabeza. Puse la pistola contra el lugar donde supuse que debía de estar más o menos y disparé. Fue difícil despellejarlo porque el pellejo no se despegaba bien de la carne y porque tenía que andarme con cuidado para no pincharme con las púas. Tenía muchas lombrices en el estómago, así que al acabar me lavé las manos y el cuchillo a conciencia con una potente solución de Lysol. Naturalmente, la carne la cocinaré mucho rato.

Esta mañana he estado caminando por la nieve un par de horas. Cuando he vuelto, he hervido el resto del puercoespín (corazón, hígado, riñones, unos pegotes de grasa y un buen cuajarón de sangre sacado del pecho). Me comí los riñones y parte del hígado, que estaban deliciosos. También parte del cuajarón de sangre, que no estaba mal pero tenía una textura seca que tampoco me hizo mucha gracia.

Tras el primer deshielo, los estallidos de la dinamita empezaron a retumbar por las colinas. De vez en cuando se oían desde mi cabaña. La Exxon dirigía una exploración sísmica en busca de petróleo. Un par de helicópteros sobrevolaban las colinas, bajaban un cacharro con dinamita colgado de cables y lo hacían estallar contra el suelo. Unos instrumentos miden las vibraciones. Al final de la primavera salí de acampada con la esperanza de dispararle a un helicóptero en la zona este de Crater Mountain. Resultó ser más difícil de lo que había pensado, porque un helicóptero siempre está en movimiento. Solo una vez tuve lo más parecido a una oportunidad. Dos disparos rápidos mientras el aparato cruzaba un espacio entre dos árboles. Fallé los dos. Cuando volví a la tienda me eché a llorar, en parte por la frustración de haber

fallado. Pero sobre todo por la lástima que me da lo que le está sucediendo al campo. Es tan hermoso. Pero si encuentran petróleo, desastre.

—¡Vale, tira de la cadena!

Sammy Fernandez me estaba enseñando a pasar cosas a través del váter. Deslizas una cuerda por el desagüe para mandar cosas hacia arriba o hacia abajo. Burritos. Chocolatinas. Cigarrillos. Pruno en una botella de champú.

Sammy y yo compartimos celda en régimen de incomunicación durante noventa días, el castigo que nos impusieron a las dos por desoír las órdenes de los policías. Estábamos en una habitación de dos por tres metros con un váter y dos camas de hormigón con colchones de plástico. Charlábamos y nos turnábamos junto a la ventanita de la puerta para vigilar el pasillo, también conocido como la calle Mayor, donde, con suerte, podías ver a alguna otra persona de incomunicación esposada mientras dos policías la empujaban por detrás hacia las duchas, siguiendo el protocolo de incomunicación. Estábamos encerradas veinticuatro horas al día, salvo las dos veces por semana que nos llevaban por el pasillo para ducharnos, y una vez a la semana en que nos daban una hora de patio en una jaula exterior.

Debajo teníamos el corredor de la muerte, en el mismo edificio. Los polis lo llaman «categoría A». Lo decían como cincuenta veces al día y probablemente la administración penitenciaria consideraba que era malo para la moral del personal decir sin parar «corredor de la muerte».

En el desagüe de nuestro váter, una planta más abajo, estaba una vieja amiga de Sammy, Betty LaFrance. Betty LaFrance, como cualquier mujer en el corredor de la muerte, tenía acceso a la cantina y al contrabando. Nosotras teníamos acceso a Betty, a través del váter y el conducto de ventilación, y a Dios gracias, porque Betty no hablaba con cualquiera, y mucho menos pasaba a cualquiera burritos o alcohol destilado en el catre. Sammy y ella habían estado juntas en la cárcel del condado años atrás, cuando Betty bregaba en su caso.

—¿Eres mi chicanita? ¿Sammy? —nos gritó la primera noche por el conducto de ventilación.

Betty tenía sus negritas y sus chicanitas, y Sammy era la preferida.

Betty había sido modelo de piernas para medias Hanes Her Way. «Contrató un seguro millonario para esas piernas. Tiene una curva especial en la planta del pie, como de muñeca Barbie, pero de verdad.» Sammy decía que Betty tenía zapatos de tacón en la celda del corredor de la muerte. Le pagaba una pasta a un poli para que se los colase, solo para poder ponérselos de vez en cuando y admirarse las piernas.

Una pasta. Millones. No puedes creerte nada de lo que diga la gente. Pero lo que dicen es lo único que tienes.

Ya fuera modelo de piernas o no, el pruno de Betty, como todos los prunos, tenía el aspecto y el olor del vómito. El olor a basura que despide el pruno es tan característico que cuando la gente lo prepara esparce polvos de talco por la celda para disimular el aroma.

—Esta es la mejor priva casera de Stanville, pero hay que decantarla dos veces, cariño —nos gritó Betty conducto arriba—. No os olvidéis de decantarlo. Tiene que respirar.

Lo preparaba de la manera habitual, vertiendo cartones de zumo en una bolsa de plástico y mezclándolo con sobrecitos de ketchup y azúcar. En la bolsa se metía un calcetín lleno de pan, la levadura, durante varios días de fermentación.

A continuación, Betty nos mandó una copa de vino, de las de plástico con la base de rosca.

—¿De dónde puñetas ha sacado esta copa?

—De donde siempre —dijo Sammy—. De la cueva o de la canoa.

Las mujeres pasaban de matute heroína, tabaco y teléfonos móviles de la sala de visitas introduciéndoselos en la vagina o el recto. Betty contrabandeaba con copas de plástico.

Sammy y yo nos fuimos pasando el pruno y me contó que Betty había planeado el asesinato de su marido para cobrar el seguro de vida. No se habla de los crímenes de las demás. Pero Betty era distinta. El corredor de la muerte era distinto. Allí estaban las grandes celebridades de Stanville, y el cotilleo sobre celebridades siempre suscita interés.

El sicario que mató al marido era su amante, pero mientras esperaba el dinero a Betty le entró miedo de que el hombre se volviese contra ella, así que hizo que lo matase un poli corrupto que conoció en un bar de Simi Valley. Estaba a punto de quitarse de encima al segundo sicario —el poli

corrupto que había matado al primer sicario— cuando la pillaron. Temía que se chivase, o que la amenazase con chivarse y la chantajeara. Estaban en Las Vegas de juerga con el dinero del seguro. Le preguntó a un guardia de seguridad del casino El Cortez si mataría al poli a cambio de una recompensa.

—Cariño, NO era El Cortez —gritó Betty conducto arriba—. Era el Caesars Palace. Y, la verdad, si vas a contar mi historia y no distingues el Caesars de El Cortez no quiero ni pensar qué otras cosas no sabrás. El Cortez es para chóferes de limusina en su noche libre y para filipinos. No tengo nada en contra de ellos. Debería haber contratado a uno de esos para librarme de Doc cuando tuve oportunidad.

Doc era el poli corrupto, dijo Sammy.

—Ha intentado que le redujesen la pena a mi costa como cinco veces. Yo diría que una mujer en el corredor de la muerte se merece un poco de tranquilidad. Que la dejen en paz.

Entre las pruebas que condujeron al arresto de Betty había una foto suya tumbada desnuda bajo una montaña de dinero. La foto la tomó Doc, el poli corrupto, justo después de que ella cobrara el seguro de vida del marido. A Betty le encantaba el dinero, dijo Sammy, y en la cárcel del condado había dormido con una almohada rellena de billetes. Le pidió a Sammy que le guardase la almohada cuando fue al tribunal. Sammy dijo que se sintió como una reina al pensar que una persona de categoría como Betty La France le confiaba su almohada repleta de dinero.

A Betty y a Doc los detuvieron en Las Vegas. Sammy se sabía las historias, pero para Betty merecía la pena repetirse cada vez que tenía nuevo público. Nos contó a través del conducto de ventilación cosas sobre la cárcel de Nevada donde la retuvieron antes de extraditarla de vuelta a California. Dijo que las chicas de allí —las chavalas de allí— trabajaban todas. Todas y cada una de las mujeres de la cárcel del condado de Las Vegas tenían que contar naipes, ponerlos en orden y formar barajas para los casinos. La obligaron a hacer eso, dijo, y acabó con los dedos agrietados a más no poder.

Llegadas a ese punto, llevábamos una buena moña de la priva.

—¿Te enseñó esa foto, la de ella con el dinero?

Quería verla.

No se la había enseñado, pero Sammy dijo que Betty tenía allí abajo todo un archivo sobre sí misma, todos los artículos aparecidos en los periódicos, la transcripción de su juicio, todo. Su caso era cosa seria, cosa fina, dijo

Sammy. Betty contratando diversos sicarios, el poli implicado en un montón de casos más, un escándalo tremendo en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Sammy vociferó conducto abajo y le preguntó a Betty si podía ver la foto. En mi estado de ebriedad lo único que quería, la totalidad de mis esperanzas y deseos consistía en ver la fotografía de la persona cuya voz oía a través del conducto de ventilación, una mujer cubierta de dinero. Pero en realidad quería ver cualquier otra cosa aparte de las paredes de hormigón de nuestra diminuta celda.

Betty se negó a enviar la foto por el váter. Le daba miedo que se estropease. Se pueden envolver cosas en plástico lo suficientemente bien como para que el agua no traspase. Enviábamos helados de tipo sándwich de la cantina por los váteres, envueltos en salvaslips a modo de aislante y otra capa de plástico. Se estaba haciendo de rogar. Sammy le preguntó a McKinnley, el sargento que trabajaba ese día en incomunicación, si le podía pasar un libro de Betty para leer. Todas lo llamaban Papaíto.

—Tengo que acabarlo, Papaíto —dijo Sammy—. Me leí todos los capítulos menos el final, la última vez que estuve aquí.

Si decía que sí, Betty podría meter la foto entre las páginas.

—No puedo pasar nada, Fernandez. Como te pillen con algo que no es de tu propiedad te caen más años. Lo sabes. No me gusta ver sufrir a mis chicas. Límitate a seguir las normas, Fernandez, y pronto te reinsertarán.

—Papaíto —dijo Sammy—, ojalá hubieses sido mi padre. Toda mi vida podría haber ido de otra manera.

—Vamos, Fernandez —respondió el sargento McKinnley—, seguro que tu padre lo hizo lo mejor que pudo.

Oímos sus botas alejándose por el pasillo.

—¡Yo no conocí a mi padre! —le gritó Sammy por la trampilla para la comida—. ¡No lo conocía ni mi madre! ¡Ni siquiera está segura de quién era!

Betty nos oyó reír y con eso bastó. Ya no era el centro de atención, así que accedió a pasarnos la foto por el váter.

Después de despellejar las treinta capas de plástico, Sammy desdobló un artículo del periódico acompañado de la imagen incriminatoria. Yo me había imaginado un desnudo clásico con un bikini de billetes de cien dólares, las largas piernas bronceadas aseguradas con millones.

La imagen era de una mujer tumbada en una cama inmóvil como un cadáver, aplastada bajo una enorme avalancha de dinero de la que únicamente

sobresalía la cabeza. Parecía como si un volquete se hubiese acercado marcha atrás hasta la cama y le hubiera soltado su carga de varias toneladas encima, sepultándola en dinero.

No dijimos ni una palabra. Sammy plegó la imagen, la envolvió de nuevo y la mandó tubería abajo.

\* \* \*

Nuestro único rato de patio semanal no era en el patio de verdad, sino en el de incomunicación. Una pequeña zona de hormigón rodeada de alambradas. Pero allí podíamos ver a Conan, en su propio trozo de hormigón adyacente rodeado de alambradas. Conan hacía flexiones y me hablaba de coches. La cosa empezó cuando me preguntó de dónde era yo.

—Ah, de Frisco —dijo—, donde tenían ese rollo de los ejes extendidos en los años noventa. Con pinchos en los tapacubos. Tía, tenéis muchas explicaciones que dar.

Decir «Frisco» es tan estúpido y desacertado como un eje extendido, pero tenía razón. Fue como si una mañana me hubiese levantado para descubrir que todos los vecinos de mi bloque habían extendido los ejes de las ruedas del coche, de manera que sobresalían por ambos lados. Ahora era un recuerdo lejano, algo pasado de moda. Eso fue antes de mudarme desde las avenidas del centro, cuando la ciudad fue invadida y ya no podía permitirme nada más que un sitio en el Tenderloin. Los ejes extendidos no tenían más importancia que cualquier otro recuerdo que abordáramos como tema de conversación: la vida tal y como la habíamos conocido.

Recordamos juntos las llantas gruesas, las llantas flotantes, las giratorias. Las luces en los bajos de los coches. Los carburadores Holley y los motores Hemi. Las furgonetas y todoterrenos más populares. El Chevrolet Intruder. La versión del Dodge.

Conan y yo coincidimos en que el Intruder parecía diseñado como para ser insertado en algo.

—Va a salir un nuevo Nissan que se llama The Cube —dijo Conan—. Solo se puede conseguir en Japón. Pero ¿quién quiere un coche cuadrado? The Cube. Ahora es un concepto aerodinámico. Nissan hace unas furgonetas a las que puedes serrarles el convertidor catalítico en tres minutos. No puedo cruzarme con una sin robarle el silenciador. Debería demandar al fabricante

por abocarme a un comportamiento criminal.

Nos reímos del Smart. A mí me recordaba la tapa de la pata de un mueble. Un chisme vertical y chato que correteaba de aquí para allá.

—¿Qué coche tienes? —me preguntó Conan.

—Un Impala del sesenta y tres —contesté.

—La leche.

—No veas, tú —dijo Sammy—. Di que sí, chica.

Pero en el momento en que lo dije, la diversión se fue al traste. Ya no tenía coche.

—¿Sabes lo que más me jode? Cuando la gente truca el tubo de escape de un Escalade —dijo Conan mientras yo intentaba contener mis pensamientos, escuchar, no preocuparme de nada—. Los putos Escalades. Tienen algo de plástico, de barato. A un El Dorado no le haría ascos, mira. En los setenta se acabaron los coches americanos buenos. En este país hacíamos furgonetas. Ahora hacemos cataplines para furgonetas.

—¿Esos chismes tan feos de caucho que llevan colgando por la carretera a ciento veinte kilómetros por hora? No sabía que los llamaban así.

Le dije a Conan que la idea de que los hombres quisiesen llevar un escroto artificial (la parte más frágil de un cuerpo masculino) en la parte trasera de sus furgonetas era absurda, y él estuvo de acuerdo.

—¿Qué motivo de orgullo hay en ir arrastrando eso del parachoques? Si yo fuese un tío, llevaría un remolque con una Harley —dijo Conan—. O llevaría la Harley solo.

—De hecho, te oí presumir delante de McKinnley de que conducías una Harley.

—A eso me refiero. Si yo fuese un tío, sería como soy ahora. Salvo que no estaría en la cárcel.

Sammy nos dijo que a los quince años tenía un Trans Am. Su camello y novio Smokey se lo había regalado.

—Conozco a un Smokey —dijo Conan.

Yo también lo conocía. No en persona. El Smokey que yo conocía era Smokey Yunick, el ingeniero de la NASCAR. Smokey Yunick era alguien a quien habíamos frecuentado Jimmy Darling y yo. Smokey Yunick hacía trampas con todas sus innovaciones para la NASCAR, pero como todos. Además, cuando de joven era piloto de carreras, corría con un brazo fuera del coche, apoyado en el borde de la ventanilla. Smokey Yunick tenía garbo.

Pero estaba muerto. Yo estaba en prisión. A saber dónde estaría Jimmy. Con alguna otra, sin duda, y cualquiera que fuese esa otra mujer me recordaba lo que no era yo. Lo que ya no era.

—El Smokey del que hablas es el de Bell Gardens, ¿no? —dijo Conan.

Sí, era ese, dijo Sammy.

—¿Smokey era tu novio? Yo soy de Bell Gardens, y el Smokey que conozco era mujer.

—No lo sabía cuando lo conocí —respondió Sammy—. Se presentó un tío bueno con un collar de conchas de no sé qué y nos fuimos de juerga (llevaba un frasco de fenciclidina), y cuando me quise dar cuenta estábamos en un motel de Whittier y habían pasado dos días.

—Conchas de puka —dijo el sargento McKinnley por el altavoz.

Estaba en la sala de programación, detrás de un vidrio unidireccional, escuchando nuestra conversación por unos micrófonos de largo alcance.

—Me desperté y no recordaba para nada cómo había llegado allí. Estaba cubierta de chupetones y tenía al tal Smokey durmiendo al lado. Los dos en plan, vamos, en cueros. Eché una ojeada debajo de las sábanas y allí tenía lo mismo que yo. Me quedé pasmada. Luego estuvimos juntas dos años.

Smokey era capaz de puentear cualquier vehículo.

—Robaba un coche, nos íbamos de farra, limpiaba las huellas y se deshacía de él.

Cierta vez se habían peleado y Sammy estaba intentando comprar heroína en una hamburguesería de Compton. Smokey venga a darle gas a un camión-hormigonera ruidosísimo, con el cacharro aquel dando vueltas ahí atrás a toda mecha. Sammy le gritó por encima del estruendo a Smokey que lo parase.

—No podía pillar con una hormigonera al lado, así que empecé a avanzar para alejarme de ella y de aquel cacharro ruidoso, y Smokey se puso a mi paso. Ningún camello me iba a vender nada con un espectáculo así. Yo venga a gritarle apaga la como se llame, eso que gira, y ella: «No sé pararla». Solo sabía arrancarlo y conducir. Nos estuvimos pegando gritos y al final me subí para poder pelearnos en privado. Dimos varias vueltas por ahí con la hormigonera y nos fuimos reconciliando. Se me pasó el cabreo. El conductor se había dejado la fiambrrera del almuerzo en el asiento. La abro pensando en beberme el zumo y comerme el bocadillo, lo que llevase, y dentro de la fiambrrera está la cartera del tío. Nos pusimos a pelearnos de nuevo. Se le metió en aquella mollera de yonqui que como había puenteadó el camión-

hormigonera la cartera era suya. Nanay. Se siente. Cogí la pasta y me largué. Nuestra relación estaba plagada de escenitas así. Formas diferentes de pensar.

\* \* \*

Cuando se activaba el cierre de emergencia no teníamos hora de patio. A veces era por la niebla. Otras por escasez de personal. En mi tercera semana fue porque una prisionera de mínima seguridad traspasó el campo de almendros. Para que te den trabajo en el huerto es necesario que te queden menos de sesenta días de condena. La chica que tomó esa decisión lo estaba mandando todo al carajo. Betty se enteró por la televisión y transmitió la noticia por las tuberías. A la chica la capturaron en la casa de su madre. Se había ido directa a casa. Sammy me contó que nadie se había escapado nunca con éxito de Stanville.

—Una tal Angel Marie Janicki con la perpetua casi lo consigue. Estuvo a punto. Pero a puntito.

Tenía ropa escondida en el patio, un mono de mecánico y una gorra de béisbol, para disfrazarse como uno de los contratistas de la obra. Alguien le había proporcionado un cortacables. Un día de niebla espesa como leche en el valle buscó un hueco disimulado en la torre de vigilancia, en la pista principal. Hizo un agujero en la valla, lo atravesó y echó a andar. Un guardia que salía de la prisión vio una silueta a un lado de la carretera y sospechó. Las carreteras que rodeaban la prisión no eran para seres humanos. Eran para vehículos industriales agrícolas a control remoto y transportes de la institución. La trincaron en cuestión de minutos. Ahora Stanville tenía una valla electrificada. Electrífritante, como dijo Sammy.

—Como la toques, te deja frita.

—¿Y si te escondes en la caja de un camión de obras? —le pregunté.

—¿Tú te crees que no los registran? Registran vehículo por vehículo.

—Entonces debajo. Te agarras al bastidor.

—Tienen espejos con ruedas. Comprueban todos los vehículos. Como no tengas un noviete con un helicóptero capaz de tirotear a los guardias de la torre y aterrizar en el patio, no sales. Quizá si finges una enfermedad grave y consigues que te lleven al hospital de Stanville, y tienes allí esperando un comando para sacarte con granadas y metralletas de asalto, y un helicóptero, y si además tienes un pasaporte nuevo, pasta en efectivo, todo lo que

necesites, listo y planeado.

\* \* \*

La quinta semana en el patio de incomunicación Conan nos contó cómo lo habían clasificado como varón.

—Estaba en un centro del valle donde me pusieron con los vagabundos y vi la manera de hacer que se confundiesen. Nunca los corrijas, porque sus errores son tus aciertos. Esperas, ves cómo va a ir la cosa, ves si vas a sacar provecho de su cagada. Después de pasar media noche allí, me trasladaron al centro de la ciudad. Tenían a tanta gente pendiente de procesar cuando llegué a Recepción de Reclusos que como no fueses un K-10 prácticamente te metían a paladas. Llevaba un mechero y no se dieron cuenta. Se limitaron a iluminarme el culo con una linterna y a decir el siguiente. Me entrevistaron y me preguntaron si era gay. Dije que sí: siempre que puedas, sé sincero. Me preguntaron a qué clubs vas, qué hay ahí, y yo me lo inventé pero respondí correctamente. ¿Cómo se llama el segurata?, va y dice el poli. Rick, digo. ¿Estás seguro?, me pregunta. Sí, digo, pero no lo adiviné, y el poli dice: Largo de aquí. Solo los maricas de verdad obtienen dormitorios gays. Nada de zumba para ti, chaval. Los polis no dejaban de repetírmelo. Nada de zumba para ti. Como si me hubiese dejado trincar para tomar clases de zumba en la cárcel central de hombres de L. Á. No sé ni lo que es el zumba. Me dieron el uniforme habitual azul oscuro de los prisioneros del condado en lugar del azul cielo y me pusieron con la población general. Me salió bien. Tenía un compi de celda guay, un tío que se llamaba Chester. Le ayudé a rapiñar una rejilla de ventilación de encima de las duchas porque yo era la persona más alta de aquella hilera y él a cambio me cubría las espaldas. La cárcel de hombres es mejor en muchos sentidos. Mejor comida. Buen equipamiento de gimnasio. Una biblioteca cojonuda. Más teléfonos, agua con más presión...

—¿Te duchabas y nadie se dio cuenta de que no eras un tío? —le pregunté.

—El trullo de tíos estaba abarrotado —dijo Conan—. La gente tiene que estar lista para pelear y atenta a los motines. Todo el mundo se ducha en calzoncillos y con botas de trabajo.

»Suge Knight estaba ahí cuando llegué. Los funcionarios decían que tenía ocho mil dólares en las cuentas de la prisión. Eso son un montón de fideos

precocinados. Un montón de desodorante.

¿Qué tramaba Chester con la ventilación?, pregunté.

—Estaba haciendo un arpón. Aquello estaba muy en boga por entonces, un arpón con una barra extensible hecha de Biblias enrolladas.

—¿Y qué iba a hacer con eso?

—No lo sé. No es asunto tuyo preguntar en qué anda la gente. Tía, no aguantarías ni un minuto en un trullo de tíos si preguntas gilipollecas como esa.

De la Cárcel Central de Hombres a Conan lo transfirieron a la prisión estatal de Wasco. En Wasco, un día, mientras los presos estaban desnudos para el registro, se dieron cuenta de que biológicamente era una mujer. Lo metieron en el bus, lo reprocesaron para meterlo en la prisión del condado de mujeres y se lo trajeron a Stanville.

\* \* \*

Una mañana, McKinnley gritó desde el otro lado de la puerta que esa tarde me tocaba curso de Certificado de Educación Secundaria.

—Cuando vuelva el personal después de comer no quiero payasadas, Hall.

Yo no me había apuntado al Certificado de Educación Secundaria, que es la única educación que se ofrece en Stanville. Me había sacado el título en el instituto. No era mala estudiante cuando me esforzaba. Pensé en lo que había dicho Conan. No les corrijas. Sus fallos podrían ser tus aciertos.

Esa tarde me sacaron de la celda. Tras todas esas semanas de encierro, cuando me esposaron y me empujaron por el pasillo me sentí libre. Me metieron en una jaula para pájaros en la oficina del programa de incomunicación y me dejaron esperando, oyendo el tartajeo metálico de las máquinas de coser del corredor de la muerte.

—Hinca los codos, Hall. Demuestra a todos que se equivocan. Demuestra al mundo que no eres tan mala.

McKinnley se alejó a zancadas por el pasillo con sus botazas.

\* \* \*

Si hubiese comprendido cuánto odiaban al personal civil los celadores, habría sido más amable con G. Hauser, que es lo que se leía en la placa

identificativa de la camisa del monitor del Certificado de Educación Secundaria. El tío se sentó al lado de mi jaula en una silla con un fajo de ejercicios. Era de mi edad o un poco más mayor, y llevaba un bigote nada irónico y unas zapatillas deportivas feas.

—Vamos a empezar con algo sencillo —leyó la primera pregunta del ejercicio de matemáticas—. Cuatro más tres, igual a a) ocho, b) siete, c) ninguna de las dos.

—Tú estás de coña.

—¿Es a) ocho, b) siete, c) ninguna de las dos? A veces ayuda usar los dedos para contar.

—Siete —dije—. Creo que podemos ir a algo más difícil.

Pasó unas páginas.

—Muy bien, ¿qué tal un problema de vocabulario? Si tenemos cinco niños y dos madres y un primo que van al cine, ¿cuántas entradas necesitan? a) siete, b) ocho, c) ninguna de las dos.

—¿Qué peli van a ver?

—Eso es lo maravilloso de las matemáticas, que no importa. Puedes contar sin saber los detalles.

—Me cuesta imaginarme a esa gente sin ver quiénes son ni qué película van a ver.

Asintió como si mi respuesta fuese razonable, como si no supusiera un problema.

—Igual nos estamos adelantando. ¿Y si nos inventamos una respuesta? —dijo—. O, mejor aún, cogemos la pregunta y la simplificamos.

El tío tenía la paciencia de un auténtico idiota.

—Hay tres adultos y cinco niños: ¿cuántas entradas necesitan?

No había sarcasmo en su voz. G. Hauser estaba tan decidido a trabajar con quienquiera que pensase que era yo que no lograba seguirle el juego.

—Si el cine deja entrar gratis a los niños, ¿cómo voy a saber cuántas entradas necesitan? Y dependiendo de la clase de gente que sean... ¿Son marginados o pijos como tú? Porque a lo mejor dejan entrar a hurtadillas a uno de los adultos, o a ese primo, por una puerta de emergencia después de pagar dos entradas.

Vi la moqueta de felpa sucia del multicine del aeropuerto de Oakland, en el que un primo se colaría por la salida de emergencia en lugar de pagar. Probablemente ya no existe, igual que los demás cines que conocía. El

Strand, en Market, donde de niñas Eva y yo bebíamos vino Ripple con los mayores. El Serra, en Daly City, donde fui con mi madre de pequeña para ver una película protagonizada por la actriz que mencioné antes. En la película se repetía el mismo accidente de coche en segmentos ralentizados. Supongo que hice demasiadas preguntas, porque al final mi madre me sacó a rastras del asiento y me dijo que nos íbamos. Le había chafado la película.

—Son pijos —dijo G. Hauser—. Como yo.

—¿Los niños tienen todos entrada?

Asintió.

—La respuesta es ocho.

—Excelente —dijo él.

—Acabas de felicitar a una mujer de veintinueve años por sumar tres más cinco.

—Por algún sitio hay que empezar.

—¿Qué te hace pensar que no sé contar?

—Aquí hay mujeres que no saben cálculo. A las que les cuesta sumar. Te puedo dar un examen de prácticas para el Certificado, y si te ves segura lo aprobarás, te apuntaré para que lo hagas.

—No necesito un Certificado —dije—. Estoy aquí porque me han obligado a venir.

—Quizá piensas que no lo necesitas, pero en el futuro, cuando te suelten, te alegrarás de tenerlo.

—No voy a salir —dije.

Se embarcó en un discurso sereno y semirrobotico sobre la gente que no tiene fechas de salida y los numerosos programas para presas de sentencias largas a las que optaría con un Certificado de Educación Secundaria. No le conté que había aprobado el instituto. Le dije que me lo pensaría y me llevaron de vuelta a la celda.

\* \* \*

Jimmy Darling acostumbraba a hacer mates con Jackson por diversión. Empezó con una clase sobre historia del cálculo en la mesa de pícnic del rancho de Valencia. Jimmy dibujó un círculo en un trozo de papel.

—Esto es un establo donde un hombre guarda a sus animales —dijo. Dibujó tres círculos para los animales.

—¿Qué clase de animales? —preguntó Jackson. Supongo que a los dos nos gustaba conocer información irrelevante.

—Ovejas, ¿qué te parece? El granjero tiene tres ovejas, cada una con su nombre: Sally, Tim y Joe. Cada mañana, el granjero deja sueltas a las ovejas para que pasten. Por la tarde las guía de nuevo al redil. Como solo son tres, le es fácil repasar la lista de tres nombres y asegurarse de que por la noche Sally, Tim y Joe están de nuevo a buen recaudo, donde los lobos no se las pueden comer.

»Pero pongamos que el granjero tiene diez ovejas, en lugar de tres. Si le pone nombre a cada una, tendrá que recordar diez nombres cuando vuelvan. Tiene que reconocer a diez ovejas. Cada nombre corresponde a una oveja en particular. Si Sally es la oveja preñada, puede reconocerla por el vientre inflado y tacharla de la lista cuando vuelva de pastar. Pero pongamos que el granjero tiene treinta ovejas. Demasiadas para ponerles nombre, ¿verdad? Así que se hace con una cesta llena de piedras, con tantas piedras como ovejas tiene. Saca una piedra de la cesta por cada animal que sale del redil cada mañana. Según van volviendo por la tarde, mete la piedra en la cesta. Cuando todas las piedras están en la cesta sabe que todas las ovejas están a salvo en casa. Las ovejas ya no necesitan nombres. El granjero solo necesita saber cuántas hay.

Le explicó a Jackson que el origen de los números fue el recuento y que el recuento se originó con los nombres. Era como en prisión, de un nombre se pasaba a un número. Salvo que mi número era más como un nombre que como una piedra adjudicada a un animal, porque la piedra podía corresponder a cualquier animal, y mi número solo me correspondía a mí. Aunque nos contaban a diario. El recuento era un conteo total del número de gente en prisión, y no por el número de cada recluso. Así que éramos las dos cosas: animales que no pastaban e individuos que no podían ser confundidos.

Cuando nos escoltaban fuera para la hora semanal de patio, veíamos desde arriba la zona de barrotes del corredor de la muerte. Sammy vociferaba desde la pasarela.

—¡Candy Peña, te quiero! ¡Betty LaFrance, te quiero!

Candy levantaba la mirada. Esbozaba una sonrisa triste y se le dibujaban hoyuelos en las mejillas. Estaban allí abajo ante sus máquinas de coser, haciendo una costura en una arpillera, luego giraban noventa grados la tela, otra costura y giraban de nuevo el tejido para hacer una tercera costura, antes

de echarla en una pila. No vi a Betty, que a menudo se negaba a trabajar y perdía sus privilegios.

En el corredor de la muerte cosían sacos de arena. Nada más. Tenían seis máquinas y cosían sacos de arena para controlar inundaciones. Si veis una pila de sacos de arena a los lados de una carretera de California, los han tocado las manos de nuestras celebridades.

El salario son cinco centavos por hora, menos el cincuenta por ciento de impuestos, y el trabajo es repetitivo y carece incluso de la satisfacción de fabricar una cosa acabada. No están terminados. Todavía hay que llenarlos.

¿Quién acaba los sacos? Imagino que hombres. Los hombres los llenan de arena y los cierran.

\* \* \*

Otras veces, cuando íbamos a ducharnos, ellas estaban en los dos teléfonos del corredor de la muerte, o haciendo cola para usarlos. Hablando con periodistas y abogados, me contó Sammy. Las mujeres del corredor de la muerte se trabajaban a los medios de comunicación y siempre andaban hablando con gente del exterior. Conocían a toda clase de personas gracias a quienes eran. Las atraían y las persuadían de que tal vez accederían a dejarse entrevistar o visitar, promesas que no tenían pensado mantener. No estaban interesadas en conceder entrevistas. Estaban interesadas en tener gente a la que llamar, gente que quisiera algo de ellas; les gustaba que las persiguiesen. El juego consistía en llamar la atención. Un juego que no era tal porque no tenían otra cosa.

En incomunicación no se nos permitían llamadas ni correos. Aun así, me sentía afortunada en comparación con aquellas mujeres de la planta de abajo que charlaban con el *Fresno Bee*. Mi madre vendría a la prisión con Jackson en cuanto se me permitiesen visitas, tras cumplir aquel plazo de incomunicación, y me transfiriesen —me devolviesen— a la población general. Ella me metería dinero en las cuentas para que pudiese comprar lo que necesitara —café, pasta dentífrica y sellos—, para sobrevivir. Sammy no dejaba de repetirme lo importante que era tener a alguien fuera, pero yo no le dije que contaba con ayuda. Ni que tenía dos condenas de por vida más seis años. Eso no le incumbía a nadie más que a mí. Igual que en el camerino de la sala Marte no das tu nombre real. No das información. No hablas de ti

misma porque con eso no ganas nada.

Sammy había vuelto a incomunicación la noche en que Candy Peña recibió sus documentos de ejecución. Candy tenía que escoger qué método prefería y firmar el formulario. Sammy oyó llorar a Candy Peña mientras leía el documento que le ofrecía gas o inyección.

—Apagamos las luces para protestar y todas las de incomunicación rechazamos la bandeja de la comida. Tienen que rellenar formularios por cada persona que rechaza su bandeja y apaga las luces de seguridad. Candy no dejaba de pegar chillidos. Todas las de incomunicación y el corredor de la muerte lloraban. Hasta los funcionarios lloraban. Hubo una señora discapacitada que aceptó su bandeja, pero creo que no comprendió qué pasaba. Candy escogió inyección letal.

Candy Peña había acuchillado a una niña. Iba puesta hasta arriba de metanfetamina y fenciclidina. Rezaba a diario, a cada hora, a cada minuto, en el altar que se había hecho en su celda del corredor de la muerte, para honrar a la chiquilla. Lloró, firmó los documentos y Sammy, que era tan bravucona como ser humano, se sintió conmovida. Entrar en incomunicación y no dejar de conmoverte. Oyes llorar a una mujer y es real. No es un tribunal, donde se hacen todas las preguntas pertinentes y equivocadas, donde se exigen repetidamente los detalles irritantes para sortear la contradicción y establecer la intencionalidad. El silencio de la celda es donde la auténtica pregunta resuena en la mente de una mujer. La única pregunta verdadera, imposible de contestar. El por qué lo hiciste. El cómo. No el cómo a efectos prácticos, sino el otro. Cómo pudiste hacer algo semejante. Cómo pudiste.

\* \* \*

El delito de Sammy fue mojar la cama. Me lo contó todo. Sé que he dicho que en prisión no das datos personales, pero Sammy me lo contó todo.

—Cuando tenía cuatro años vivíamos en un remolque y no teníamos electricidad porque mi madre era adicta y se tenía que gastar lo que tuviese en colocarse. Por las noches me meaba en la cama para calentarme. Me salió urticaria en las piernas. Un vecino me las vio y llamó a Protección de Menores.

Protección de Menores se llevó a Sammy. Fue saliendo y entrando de diversas residencias y acabó en un centro de menores, donde aprendió a

pelear.

—Allí pillas un montón de habilidades que necesitarás en prisión.

Para cuando cumplió los doce ya estaba fuera del centro de menores, de vuelta en casa y prostituyéndose para contribuir a la adicción de su madre. A los hombres les gustaban las jovencitas. Su primer madurito fue un agente de fianzas que se llamaba Maldonado. Al final ella también se enganchó, la arrestaron, se metió cantidad de narcóticos, una cantidad nunca vista, dijo, y desde entonces había estado entrando y saliendo de prisión por cargos de venta y tráfico. Su madre había muerto hacía mucho. Mucha gente con la que había vivido en el centro de menores estaba en Stanville. Su red de contactos era amplísima. Contactos de toda una vida en prisión.

Sammy había obtenido la condicional seis meses atrás. Su tiempo fuera de la prisión fue breve. Estaba deseando volver al régimen ordinario para recuperar sus pertenencias. Tenía un televisor, un ventilador para ella sola y una resistencia para calentar agua. Su amiga Reebok se había quedado con su antifaz para dormir.

—Tiene un estampado de cerditos y quiero que me lo devuelva.

Había repartido sus cosas pero con la condición de que si volvía podría recuperarlas. Sabía que sus salidas de prisión no eran verdaderas partidas sino vacaciones.

Pero no esperaba regresar tan pronto. Se la entregaron a un nuevo marido, un tío al que había conocido por correo. Todo comenzó con una carta que escribió él, pero no a Sammy. Le había escrito a otra mujer de Stanville, y aquella usó la carta como moneda de cambio, algo que vender a otra reclusa que quisiese un amigo por correspondencia. La gente siempre está buscando amigos por correspondencia. Seguro que alguien pagaría por un intercambio con el tipo. La carta la habían leído tantas mujeres cuando le llegó a Sammy que las líneas por donde la plegaban y despleaban estaban desgastadas. La carta y su autor, Keath no sé qué —no me quedé con su nombre—, tenían potencial, así que la mujer que había recibido la carta continuó subiéndole el precio. Cuando la carta llegó a manos de Sammy la puja superaba los cincuenta dólares. Quien hiciese la oferta más alta se haría con el sobre donde figuraba la dirección de Keath. Sammy me contó que en cuanto empezó a leer la carta supo que valía mucho más, pero que muchísimo más, de cincuenta dólares.

—Tenía una caligrafía como de chaval de primaria —dijo con un tono

serio, como para indicar que aquello denotaba un valor inmenso—. En su propio nombre había una errata. ¿K-e-a-t-h? ¿Quién coño lo escribe así?

Keath llevaba la palabra víctima escrita en la cara y con erratas.

La mujer que vendía la carta había usado la foto de una reina del baile de fin de curso del anuario de un instituto en su página de amigo por correspondencia. La gente ponía fotos que encontraba o intercambiaba, de la hija de alguien, de la prima de alguien, de alguien. No de ellas mismas. Era esencial contar con recaderos, gente que te enviase dinero dentro: una manera de conseguir recaderos era dar con hombres que te escribiesen. Keath había escrito a la que creía la tal reina del baile del instituto, pero que no era más que una mujer que había usado esa foto. Era una reclusa anciana que padecía cáncer de garganta y tenía una electrolaringe. Se apretaba un artefacto a pilas contra el cuello mientras negociaba el precio con Sammy, que le ofreció su reproductor de CD como pago. La mujer le tendió el sobre con la dirección de Keath.

Sammy le escribió a Keath y se presentó, dijo que había notado una conexión instantánea al leer su carta. Se inició un cortejo. Tenía la condicional en pocos meses y necesitaba no solo al típico recadero, sino una casa en la que alojarse. Un apartamento, estabilidad económica y la posibilidad de un empleo remunerado demostrable, o la junta de libertad condicional no la dejaría salir. Sammy tenía un antiguo novio llamado Rodney que podía acogerla en su casa de Compton, pero Rodney le pegaba, me contó, y ya estaba harta. Keath empezó a antojársele la solución.

Keath decía haber estado en el ejército aéreo pilotando aviones y contaba con una buena pensión militar. Cuando vino a la prisión la primera vez, le propuso matrimonio a Sammy. Era un chicarrón blanco, fofo y torpe con un ojo desviado. Ella le dijo que sí pero no fue capaz de besarlo en la sala de visitas. Al igual que todas las demás, había desempeñado todo tipo de trabajos sexuales, pero no fue capaz de dejar que aquel pobre cateto le plantase un beso en la mejilla. Le dijo que había perdido sus privilegios y que no le permitían abrazar ni besar. Keath se lo creyó.

—Ay, reinita, no quiero meterte en líos —le respondió él—, ¿por qué no nos damos la mano y punto?

Le concedieron la condicional. Se casaron en un tribunal del condado cerca de Stanville, en Hanford, un polvoriento pueblo agrícola donde el padre de Keath vendía equipamiento para tractores. Su familia les había puesto un

apartamento y lo había pintado todo de azul, porque Sammy dijo que era su color favorito. Cortinas azules, colcha azul, cuencos para el microondas de color azul. No tenía color favorito. Solo le estaba diciendo a Keath lo que pensaba que quería oír. Dijo azul porque era el color que vestía ella aquel día en la sala de visitas, como todas las demás reclusas de la sala de visitas.

Allí estaba ella, una mexicana de Estrada Courts, al este de L. Á., viviendo en un pueblecito del Central Valley con un marido blanco que resultó que jamás había pilotado aviones en el ejército, y que en lugar de eso se pasaba el día viendo carreras de coches en la tele. Decía que iba a ir a Daytona, hablaba sin parar de Daytona. Una vez al mes rellenaba los formularios de la pensión gubernamental con la mano izquierda para que el gobierno creyese que era lento, aún más lento de lo que ya era. Su gran familia pueblerina y fofa no sabía nada de Sammy y ninguno le preguntó a Keath dónde la había conocido. Él la llevó a un pícnic por la I-5. Era una reunión para gente a la que le gustaba simular que combatía en la guerra de Secesión. Había cabañas de madera donde mujeres con atuendos de antaño cocinaban bollitos. Keath quería que Sammy se uniese a las demás. Sammy no había cocinado más que revoltijos carcelarios. Era capaz de hacerse un pastel de queso con Sprite y leche en polvo, o tamales con Doritos de la cantina remojados en agua y hechos pulpa amasándolos a mano. Se quedó allí plantada incómoda, deseando llevar manga larga para taparse los tatuajes de la cárcel.

—Me encanta tu bronceado —le dijo una de las mujeres blancas mientras aplanaba la masa de bollitos.

Los hombres disparaban cañones. Uno hizo sonar una corneta. Keath fingía ser capitán en el ejército fingido y ese día ganó una espada de verdad. Tenía que deshacerse de aquello, le explicó Sammy durante el largo trayecto de vuelta a Hanford. Estaba en el nivel cuatro de la condicional: ni armas de fuego, ni cuchillos de hojas de más de veinticinco centímetros de longitud, o la mandarían directa a prisión.

—Jo, qué chasco —Keath hizo petardear los labios como un niño. Como un Keath Nosequé que vive en un sueño, que se agencia a una sureña de Stanville y se la lleva a un pícnic donde los blancos admiran su bronceado.

Pero después de eso Keath no volvió a llevarla a ningún lado. Él mismo solo salía de casa una tarde por semana, los domingos, cuando trabajaba como guardia de seguridad voluntario para la Cruz Roja. Se daba muchos aires. Siempre se llevaba un maletín y decía que guardaba allí documentos

importantes que tenía que estudiar para su próxima carrera en Daytona. En realidad, no era un maletín. Era un estuche vacío de un viejo juego de backgammon. Una vez Sammy lo abrió. Estaba lleno de chocolatinas.

Sammy no tenía dinero, ni coche, estaba atrapada con un zopenco medio retrasado en un apartamento junto a una unidad de engorde. Keath se pasaba los días balanceándose de izquierda a derecha en su silla, como si estuviese en la carrera que veía en la tele. Llevaba una camiseta brillante de Daytona con la palabra «Pennzoil» en el hombro. Sammy empezó a pedirle dinero. Él le dio algunos dólares, con reticencia. Ella se iba a la licorería, compraba un botellín de licor de malta y se lo bebía mientras charlaba con los jornaleros que vivían en cobertizos detrás del aparcamiento. Una noche llegó borracha a casa. Keath daba volantazos en su silla mientras los coches de carreras se embalaban por la pista en la tele. Sammy no pudo soportarlo más. Agarró un pesado cenicero de cristal y lo golpeó en la cabeza, luego salió corriendo del apartamento.

Era una fugitiva sin ningún lugar adonde ir. En un cruce de vías oyó una sirena a lo lejos. Se escondió detrás de un conmutador a la espera de que el sonido se extinguiese, y luego siguió las vías. Llegó a la autopista y se quedó en la calzada en dirección sur hasta que consiguió que la llevaran.

Sammy conocía los bajos fondos, había sobrevivido allí una y otra vez entre periodos de libertad, y allá se fue. Era un lugar donde una persona podía desaparecer si se andaba con cuidado. Se las arregló para eludir el arresto durante varios meses, pero al final la pillaron en una redada. Keath presentó cargos, pero no llegaron a formalizar un divorcio, de modo que, hasta donde sabía Sammy, seguía casada con aquel idiota pueblerino que vivía allí al lado.

\* \* \*

Durante nuestra hora semanal en la jaula exterior asfaltada vi al profesor del Certificado de Educación Secundaria a través de la alambrada. Estaba en el camino que conducía al edificio de alojamientos de incomunicación. Le grité hola. Me respondió entre las alambradas de púas.

—¿Has pensado lo de ponerte con el Certificado?

Le dije que no.

—Si quieres presentarte al examen, házselo saber a administración. Las

preguntas te parecieron fáciles, y eso es buena señal. Aunque no te evalué en lectura.

—Sé leer —le dije—. Y aprobé el instituto.

Asintió.

—No me di cuenta.

—Podría haber ido a la universidad. Fui admitida en la de Berkeley.

Antes de entrar en prisión no se me daba muy bien mentir. El instinto de mentir al personal y a los guardias es automático. Ellos nos marean, nosotros los mareamos.

—¿En serio, de verdad? Allí estudié yo.

Le solté un rollo sobre lo triste que me puse por no poder matricularme porque mi padre estaba enfermo y tenía que cuidarlo.

—Echo mucho de menos la lectura. Me encantan los libros.

Eso no era mentira.

—Sería un placer conseguirte algunas lecturas, si quieres. Y ahora que sé que tienes un nivel más alto no serán manuales para el Certificado de Educación Secundaria, te lo prometo. ¿Qué te gusta leer?

\* \* \*

—¿Qué te gusta leer? —dijo Sammy imitándolo después de que se alejase—. Ese tío tiene una pinta de sátiro integral. Podría ser tu Keath particular —hizo como que recogía el carrete de una caña de pescar—. Tú despacito, con cuidado, y cuando menos te lo esperes: Keath II.

Fingí que me interesaba el profesor de secundaria, pero solo porque me compadecía de Sammy, que tenía que ver a todo el mundo como una posible víctima, cuando víctima significaba salvador.

\* \* \*

Los pavos que había visto desde el autobús de la prisión la mañana después de la Noche de Cadenas, las plumas arrancadas por el viento que se arremolinaban por encima de los carriles, no iban rumbo a Stanville.

Acción de Gracias marcó un mes de incomunicación. Nos metieron la comida de la festividad por la trampilla. Miré mi bandeja. Había un enorme y jugoso muslo. Extrañamente grande. Nunca había visto un muslo tan grande.

—Aquí cada año es lo mismo —dijo Sammy.

—¿A qué te refieres?

—Carne de Acción de Gracias extragrande. Dicen que es de emú.

Los emús son aves grandes, feas y agresivas de casi dos metros cuando se yerguen. El vecino de al lado del rancho donde vivía Jimmy Darling criaba emús. A veces se nos colaban en la propiedad y se paseaban por allí. Eran como personas, violentas e impredecibles, con cerebros del tamaño de una avellana.

Tras la repugnante comida, McKinnley nos dejó en el cuadrado de hormigón enrejado, como privilegio especial de la festividad. Helaba. El cielo tenía el blanco puro de los viejos aparatos de cocina. Sentadas en el suelo, el viento nos metía el polvo en los ojos mientras esperábamos para ver pasar al personal o a los guardias al otro lado de la alambrada. Vivíamos para esa clase de emociones. Pasó una enfermera. Luego dos más. Conan gritó:

—¡Salvad una vida!

Su manera de gritarlo hizo parecer que la misión de las enfermeras era menos urgente. Y la volvió cómica. La vida no significaba gran cosa. No era más que una razón para que Conan gritase mientras miraba cómo les botaban los pechos.

Yo estaba hambrienta. No me había comido el emú. Sammy tampoco.

—Si no estuviese en comunicación podría haber vendido el muslo —dijo Sammy—. Las negras lo mezclarían con el relleno y el maíz en lata. El año pasado vi a una negra meter de matute un buen muslo de ave de la cantina. Se le quedó todo el interior de la pierna ampollado de la quemadura.

—¿Por qué tienes que ser tan racista? —dijo Conan—. Las negras esto, las negras lo otro. Solo porque mandamos en esta prisión.

—Nosotras podríamos haber mandado aquí —dijo Sammy refiriéndose a las latinas— si la mayoría no estuviésemos colocadas.

—De todas formas, buena idea lo de vender un muslo, y mezclarlo con maíz y relleno —comentó Conan—. Igual luego meterle nachos con queso, añadir jalapeños en conserva. No estaban mamoneando con ese trozo de carne. Era una cosa seria de cojones. No era la ración Mortimer.

Se suponía que Mortimer era una presa de Stanville que demandó a la prisión. Por su culpa tenían que servirnos mil cuatrocientas calorías exactas al día, para que no pudiésemos demandarlos por nuestra gordura como hizo Mortimer. La ración Mortimer es una cantidad de comida insuficiente. Pero

en lugar de culpar a la prisión, el personal nos dice que culpemos a Mortimer, que nos fastidió a todas al rellenar el formulario de queja 602, que se convirtió en una frívola demanda. Abundaban las normas como esa, con el nombre de una presa. Para conseguir medicinas, esperabas en una caja Armstrong. La caja Armstrong es un cuadrado rojo pintado en el suelo alrededor del mostrador de las pastillas. Es para preservar la privacidad. Si no te habían llamado para que fueras a la ventanilla, si simplemente estabas andando por el pasillo y pisabas la línea roja, te ganabas un 115, gracias a una presa paranoica llamada Armstrong.

Odiábamos a las presas que nos fastidiaban a las demás, pero esa gente probablemente no existía. Sammy me contó adónde iban realmente los 602: a una trituradora de papel del despacho del ayudante del fiscal. Yo dudaba que una presa pudiese hacer historia, lograr que su nombre se adhiriese a una nueva norma, cuando para empezar era imposible presentar siquiera una queja.

\* \* \*

La gente dice que los días festivos en prisión son deprimentes. Es verdad. Es porque no puedes evitar pensar en la vida que tuviste o no tuviste. Las festividades son una idea de cómo debería ser la vida.

Mi último día de Acción de Gracias en el mundo libre lo había desperdiciado, trabajando en el turno de día de la sala Marte. Los hombres no se toman vacaciones de sus adicciones. Los festivos son días atareados, porque los hombres necesitan escapar de sus vidas reales en sus vidas verdaderamente reales con nosotras, sus fantasías.

Nadie me obligó a pasarme el día de Acción de Gracias en la sala Marte. No necesitaba tanto el dinero aquel día en concreto. ¿Por qué no hice algo con Jackson? Se lo entregué a mi vecina para que me lo cuidase. Celebraba una comida con unas amigas. Los niños se divirtieron. Yo me metí en una sala a oscuras con Kurt Kennedy. A aquellas alturas me había hecho a la idea de conseguirme un cliente habitual. Estaba en contra de eso por instinto, pero se me había planteado como una certeza. Él estaría allí durante mi turno. Me escogería automáticamente. Yo no deambularía por la sala escudriñando, a la espera de un hombre que durante el almuerzo, en su oscuro feudo, la sala Marte, hubiese decidido que yo era la chica a la que le apetecía pagar a

cambio de compañía.

Consiguen lo que buscan o ven algo mejor, a otra, y te dicen que te largues. Con un cliente habitual, ese momento no llega. Yo era la elección de alguien antes incluso de entrar en la sala, antes de que entrase él. La elección de Kennedy. En unas pocas horas me daba varios centenares de dólares. Lo único que quería era que fingiese ser su chica.

Eres mi chica, ¿verdad? La piel áspera y seca de sus manos en los muslos. La voz cavernosa. Llevaba el peso de la conversación. Le habían disparado en la pierna en acto de servicio y por eso cojeaba. Dijo que era detective o algo así, pero luego contó que no era del todo verdad, se pasó un buen rato hablando de su auténtico trabajo y yo ni le escuchaba ni me importaba lo que hacía ni si me mentía o decía la verdad. Era discapacitado y tenía mucho tiempo libre. Quería llevarme por ahí en su barca. Detesto los barcos, no se lo dije. Claro. Suena divertidísimo. No tienes ni idea de lo que cuesta un atracadero en ese muelle. Desde luego que no. Veinte mil al año, dijo, tendiéndome otros veinte. Ajá. ¿Te gusta que te azoten? Quiero azotarte. Pásame otros veinte. A veces sus billetes eran nuevos y tenían un tacto tan crujiente y suave que me daban ganas de comprobar si eran de verdad. El dinero es dinero. El gran neutralizador: este es un trabajo, y esto es el pago. Quiero ponerte el culo rojo. Uf, Dios, pero al rojo vivo. Palmoteándomelo suavemente con aquella mano áspera. La suavidad de la palmada: estaba absorto en sus pensamientos. Si se les puede llamar pensamientos. No habría sesiones de azotes. No había necesidad. Yo era su máquina de realidad virtual mientras le apretaba el culo contra su regazo para vaciarle la cartera. Cuando la cartera estuviese vacía, o bien se iría al cajero del vestíbulo de la sala Marte para sacar más, o no, pero en cualquier caso volvería al día siguiente.

\* \* \*

Unos días después de Acción de Gracias, el sargento McKinnley me dijo que había un mensaje para mí en la sala de programación.

Fui para allá, esposada, con McKinnley y otro poli detrás.

En la sala de programación me puse delante de la teniente Jones.

—Ha fallecido un pariente tuyo.

—¿Un pariente?

—Tu madre, es lo que dice el mensaje.

Hay tres mil mujeres en Stanville. Cada dos por tres te dan una información equivocada; eres seropositiva, y resulta que no es verdad. O te entregan el correo de otra persona. Yo estaba convencida de que Jones se equivocaba. O de que me estaba torturando porque aquel era su papel, el de torturadora.

Dije que no la creía.

—Gretchen Becker, dice aquí. Murió en un accidente de coche el pasado domingo, trece de noviembre.

—No —dije—. No. Eso no puede ser.

—Ingresaron ella y un niño en el Hospital General de San Francisco —leyó Jones mecánicamente—. El niño no presentaba ninguna herida que pusiese en riesgo su vida.

—Ese es mi hijo. Solo tiene siete años. No tiene a nadie más. Tengo que ir allí.

—¿Que tienes que ir allí? Tienes dos sentencias estatales indeterminadas, Hall. No vas a ir a ninguna parte.

—Es mi hijo. Está en el hospital, tengo...

—Hall, si hubieses querido ser la madre de alguien, habrías debido pensarlo antes.

Me abalancé sobre el papel que sostenía Jones entre las manos. Tenía que verlo.

McKinnley me agarró. Intenté zafarme. Necesitaba ver el papel.

McKinnley me tiró al suelo. Me retuvo con suavidad pisándome un hombro con su enorme bota, inmovilizándome. Yo era consciente de que no quería hacerme daño. Lo notaba. Pero Jones era teniente, su superior. Presionó con la bota. Su bota decía: Tu madre se ha marchado. Mi madre se había marchado. Solo quedábamos yo y esto, esta guerra.

—Déjeme ver el papel —dije—. Por favor.

No estaba serena, es cierto. Cuando dije por favor lo chillé. Por favor. Por favor. Démelo. Deme el puto papel.

—Antes me sentía mal por vosotras, zorras —dijo Jones—. Pero si quieres ser madre no acabas en prisión. Así de claro. Así de claro.

Intenté ponerme en pie. Tenía encima a más polis. Mordí una mano, no sabía de quién. Me aplastaron la cabeza contra el suelo. Me escurrí de lado y escupí. Le escupí a McKinnley y me llevé un golpe de porra en la cabeza. Sonó una alarma. El sonido de la alarma baló en mis oídos y yo no hacía más

que forcejear.

—¡Es mi familia! ¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!

Traté de alzar la cabeza, me proyecté hacia delante, pataleé hasta que me inmovilizaron los pies, hasta que me inmovilizaron todo el cuerpo.

---

**II**

Doc había sido desde el principio un corruptor entre los agentes de la Unidad de Rampart del departamento de policía de Los Ángeles. Ahora que lo pensaba, llevaba intrigando desde mucho antes de que todos se ganaran su mala reputación. Por eso Doc se consideraba un adelantado a su tiempo. El tiempo de su condena era vida sin tiempo, en el módulo de Casos Delicados de New Folsom.

El módulo de Delicados contaba con unas gradas ascendentes de hormigón y un amplio escenario en el que tenían lugar los dramas cotidianos ante una serie de puertas automáticas, azules todas, cada una con una ventanita de vigilancia. La celda de Doc medía dos metros y medio por tres, como las de los demás, y, como los demás, la compartía. No se escoge al compañero de celda. Y en Casos Delicados de New Folsom hay un cien por cien de probabilidades de que tu compañero de habitación sea un violador de niños, un chivato o un transexual, puesto que Casos Delicados se montó para alojar a este tipo de gente. Un compañero de celda transexual... Doc no tendría ningún problema con eso. No le molestaban los hombres con tetas. Había probado con unos cuantos, no frontalmente ni nada de eso, más que nada los había magreado y explorado por detrás; una experiencia que, como todo en la vida, había tenido sentido en su momento. Los transexuales de su módulo jugaban al sóftbol femenino y a Doc le gustaba ver los partidos tanto como a cualquier varón de sangre caliente. A todos les gustaba. ¿Cómo no te iba a gustar siendo un tío hetero encerrado en la trena de por vida con una panda de tíos? De repente tienes ahí a esas criaturas con esos culazos y tetas auténticas, de verdad, rebotando bajo los jerséis tricotados de algodón reglamentarios mientras corren de base a base y saltan de aquí para allá, tan monas en su desamparo en el puesto de bateadoras, o corriendo tras una pelota que les pasa por delante sin llegar a atraparla. Eran divertidas, estúpidas y descoordinadas y olían bien, igual que las mujeres, y, al igual que las mujeres, tenían cerebros de mosquito y hablaban con voces suaves y agudas.

Se habría ido a la cama con una sin problemas. En lugar de eso, le tocó compartir dormitorio con un personaje desagradable que había violado a su propia hija. El tío dijo que era su hijastra, cuando Doc pidió el expediente de su nuevo compañero de celda, una costumbre obligatoria en plantas delicadas. Vale, todos tenemos nuestras historias. Doc habló abiertamente de cuando su padre de acogida lo violó de niño. No incordió a su compañero. Esto es la prisión. Nadie es amigo. No hay necesidad de lidiar con los sentimientos de los demás. Pones normas para la celda y no te cruzas en el camino del otro. Las normas de Doc eran en su mayoría protocolos de higiene. Un montón de tíos en Casos Delicados de New Folsom tenían protocolos de higiene. El hormigón de la zona común relucía como el cristal de tanto como lo pulían y repulían; era un conjunto de capas de limpia y reluciente perfección. El olor de la marca de desinfectante Cell Block 64 en la unidad de Doc era asfixiante. Iba del aroma omnipresente a una sensación totalizadora, el olor como una manera de respirar, pensar, ser. Doc, portero del módulo, podía usarlo. Tenía su provisión personal de Cell Block 64. Bien podría haberlo usado como colonia, pero tenía dinero en sus cuentas y usaba colonia de verdad y tampoco es que se pusiera la Puñetera Old Spice. Una buena colonia de la marca de un diseñador italiano que nunca recordaba cómo se llamaba. Pero entonces se acuerda: Cesare Paciotti. Siempre le cuesta unos instantes recordar el nombre. El Cell Block 64 era únicamente para quitar el polvo y la suciedad a sus pertenencias personales, es decir: su mercancía de contrabando. Si hacían una redada o una batida y encontraban algo en tu celda que no hubieses comprado y de lo que no guardases recibo para demostrarlo, lo perdías. Cualquier cosa no permitida explícitamente por el DCC, el Departamento de Correcciones de California, es contrabando. Perdón, el Departamento de Correcciones y *Rehabilitación* de California, una palabra que habían añadido aquel año. Pero no había un nuevo programa. Solo aquella estúpida letra: R.

\* \* \*

Doc está tumbado en su catre hojeando su archivo en busca de una buena imagen. La pornografía no está permitida. No tiene internet, evidentemente. Donde almacenas tu material para meneártela es en la mente. Doc va pasando las imágenes que tiene guardadas. Frecuenta con gran diferencia los

recuerdos de la última mujer con la que practicó sexo, Betty LaFrance, que lo metió aquí. Se concentra en la época previa a que lo dejase en la estacada.

Se ve recorriendo a toda velocidad las calles en un coche particular. Ya que puede evocar su antigua vida, lo hace partiendo de un momento álgido.

Había una camarera de nariz chata. El bar de Eagle Rock al que le gustaba ir, un sitio llamado Toppers.

Un poli de paisano entra en un bar.

Nunca se le ocurría ninguna continuación para ese chiste.

Un poli de paisano entra en un bar. Nada más. No iba a ninguna parte.

Aquella noche en que la camarera del Toppers iba tan borracha que no se ofendió cuando él le deslizó un billete de dos dólares canadienses —de menor valor aún que dos dólares americanos— en un lado de las bragas. Jajaja. ¿Por qué iba en bragas una camarera? Era parte del misterio del Toppers. Era el único misterio del Toppers. Resolvió el misterio, se la llevó al coche. Le bajó las bragas y le metió una mano en la entrepierna. Ella se había puesto crema depiladora o cera, así que tenía lo de abajo como una niña, cosa inaceptable para Doc, que era un protector y defensor de los niños. La sensación del coño lampiño lo sobresaltó y tuvo que apartar la mano; había olvidado esa parte cuando seleccionó aquella carpeta de su fichero mental. Le lanzó un billete de veinte hecho una bola y le ordenó que se bajase del coche. Ahora su mente repta por las regiones de los hombres viles y de los niños inocentes y en lugar de evocar un striptease o lo que sea o una mujer suplicando que le meta la polla en la boca, sueña con pintar el paisaje con un Uzi. Pintar todo el enorme paisaje de pederastas.

Uzis. Aquella niña de minúsculos pantalones cortos rosas que se cargó a su instructor de tiro en Las Vegas. Todo el mundo vio la noticia en la televisión, decenas de miles de hombres repartidos por todo el estado cumpliendo perpetuas sin condicional, como Doc, tumbados con sus diminutos auriculares baratos conectados a la maquinaria mundial, deseosos de captar el instante en que la niña de los pantaloncitos color golosina abatía a un adulto con un Uzi. Los informativos la mostraban apuntando, luego una pausa, y el monitor exclama un «¡Muy bien!» alentador. En plan: *Eso es, buena chica*. Y entonces ella se dispone de nuevo a disparar pero el informativo corta antes de que se lo cargue. Nunca lo enseñan, pero todos los de Casos Delicados siguen viendo el segmento, con la esperanza de conseguir llegar el final. Como si a fuerza de ver el segmento, cada vez que lo reproducen, creasen la

posibilidad de que el metraje del informativo quizá, solo quizá, por quién sabe qué clase de chiripa tecnológica, por algún fallo del universo, los lleve directos a donde se supone no que deben ir: a la parte en la que la niña reduce el cerebro de su monitor a un amasijo de sesos y esquiras.

Doc apartó su mente poco a poco de aquello. Puede conseguir lo que sea. Es importante tenerlo en cuenta cuando andas rebuscando en tus recuerdos. Pero a veces tener demasiadas opciones es una tiranía.

La tiranía de la elección no es exactamente lo que consideraríamos el problema número uno en una prisión. Y, sin embargo, Doc era incapaz de concentrarse en una imagen en ese momento. Su compañero de celda estaría fuera hasta que la puerta se desbloquease a la hora indicada, así que quería emplear su tiempo de manera productiva.

Volvió a la época en que todavía era agente, circulando de incógnito, entregado a sus fechorías en una noche templada. Se había convertido en un gran conocedor de aquellos bares de Los Ángeles donde la prostitución se practicaba de un modo franco y natural. El Polished Knob de Wilshire, en el barrio de Koreatown, un restaurante temático medieval con una mazmorra en el sótano. El Bobby London de Beverly con Western, que solo servía a hombres coreanos y al Departamento de Policía de Los Ángeles, y al DPLA solo en calidad de soborno, y de todo el DPLA solo a Doc, y en realidad no era soborno: era chantaje.

Un poli entra en un burdel.

Ese tampoco sería capaz de recordarlo.

Las Brisas estaba en un tramo desierto de Sunset Boulevard, cerca del Dodger Stadium, donde los coches iban a más de cien kilómetros por hora. Podías montártelo con la camarera del almacén de Las Brisas, y era amable y materno-sensual. Olía a tamales de ternera y a Fabuloso, una fragancia floral aceitosa no muy distinta al olor del Cell Block 64, ahora que lo pensaba. Sus visitas a Las Brisas comenzaban con abrazos efusivos y estrujones de ingle contra ingle con varias señoritas que pendoneaban en aquel establecimiento, pero siempre terminaban en el almacén con la camarera que olía como el Cell Block 64. Se echaba un chorro en la mano, untaba a Doc, se untaba ella, y empezaban con el resbaladizo metesaca de pie, con Doc empotrándola contra una pila de cajas de cerveza. La generosa señora siempre se mostraba alegre, como si el orgasmo de Doc fuese motivo de orgullo, Doc era su hombrecito que le traía una docena de rosas rojas de largos tallos cada vez que se corría

entre sus muslos.

Doc respira hondo pero sin hacer ruido, porque la puerta se ha abierto: quedará desbloqueada durante los próximos diez minutos, con un temporizador automático. Vuelve su compañero de celda, se sienta en el catre de debajo.

Rosas rojas. Había rosas rojas abiertas a las puertas de Old Folsom, donde cumplió condena primero. Las vio por la ventanilla cerrada y atrancada del autobús, unas flores pesadas y enormes, y se convenció de que las olía, sin importarle que el bus hediese a lejía y sudor rancio. Olió aquellas rosas de cálices caídos. Eran el aroma de la libertad de alguien. El mundo libre de las ancianas de gafas de ojo de gato y rebeca. Mujeres con pianos de pared que no tocan y fotos de nietos que no las visitan. Maridos difuntos con cortes de pelo de la época anterior a los derechos civiles. Las grandes orejas agrietadas y flácidas de los jubilados. Hombres con nombres como Floyd. O Lloyd. Los maridos muertos de esas ancianas con su libertad bordada y sus rosas perfectas en el poste de la entrada. Mujeres que sacudían la cabeza como si dijese no sin parar, un tic producto de la edad avanzada o de la medicación. Mujeres que siempre mostraban su desaprobación, como las de su propia familia, que no lo querían y lo habían entregado al centro de acogida.

Cuando llegó a Old Folsom, Casos Delicados no existía. No es que no hubiera ese tipo de casos, claro, sino que no existía una unidad dedicada a la custodia protegida de una población penitenciaria de ratas y polis. No se paseaba mucho por la cárcel. Había recibido una carta de amenaza que obviamente provenía de Betty LaFrance, aun cuando esta no pudiese escribirle directamente, una carta escrita con las letras de palo de un psicópata y firmada por un tal Fred Fudge que le anunciaba que los presos de su patio se enterarían pronto de que no era más que un poli rastrero. Típico de ella. Venga, fóllame, poli rastrero. Y él no se lo pensó dos veces. Fue ingenuo. Los habían pillado por culpa de la bocazas de Betty LaFrance, y estaba seguro de que seguía largando para quien quisiera escucharla. Se quedó tumbado en su celda y soñó con fugarse. Los muros de Old Folsom eran molares gigantescos de granito que se hundían en la tierra más de lo que sobresalían, contruidos por antiguos presos a los que Doc envidiaba y guardaba rencor: su labor lo confinaba a él, y además les habían dado un quehacer, un proyecto tangible. La frontera de detrás de la prisión era el American River, rápidos turbulentos con una torre de vigilancia.

La canción «Folsom Prison Blues» había sido popular cuando Doc era niño. Doc tenía sentimientos encontrados por culpa de Vic, su padre de acogida, a quien le encantaba, y que era un sádico con Doc. Años después, cuando había dejado de ser el saco de boxeo de Vic y era un hombre adulto cargado de armas y placas, Doc volvió a oír aquella canción. Fue en la jukebox del Toppers, y la parte sobre disparar a un hombre en Reno solo por verlo morir era una verdad que Doc conocía mejor que muchos, porque para ser sinceros había disparado a gente justo por esa razón, aunque nunca en Reno.

Johnny Cash era un cocainómano, otra cosa que tenía en común con Doc. El cantante tenía profundas arrugas en la cara, y un aspecto tenso y demacrado de extenuación como el de un atleta que saltara vallas, aunque en su caso era por pasarse la noche entera fumando crack.

La única adicción de Vic había sido pegar y violar al pequeño Doc. Por lo demás, era un perito de seguros que fumaba exactamente seis cigarrillos al día y se tomaba una copa de Lancers ocasionalmente. Vic patrullaba el jardín como un loco para asegurarse de que Doc hubiera rastrillado hasta la última hoja.

De niño, Doc había visto a Johnny Cash por televisión actuando en el famoso concierto de la cafetería de Old Folsom, la mismísima cafetería donde más tarde comería Doc cuando se atreviera a ir a zampar sin miedo a que lo apuñalasen. Al segundo mes de estar en Old Folsom estalló un motín en la cafetería. Alguien no recibió un trozo de pastel lo suficientemente grande y se desató la cólera de cuatrocientos setenta hombres. Los guardias salieron en tromba de la cafetería al verse superados en número. Doc se metió debajo de una de las mesas y se quedó mirando el suelo mientras caían cubiertos, sangre y trozos de comida. Las bandejas de metal se usaban como instrumentos para machacar cabezas, casi como si estuviesen diseñadas para eso. Los policías volvieron pero se quedaron en el perímetro, en el estrecho pasadizo vallado de salida, separados de la cafetería por una pared irrompible. Iban con el equipamiento antidisturbios. Echaron dentro de la cafetería una granada de gas. Alguien, un preso, la agarró y la lanzó de vuelta. La granada empezó a soltar gas en medio del pasillito atestado de polis embutidos en su uniforme antidisturbios, que chillaban y se empujaban para salir unos por delante de los otros y no asfixiarse. Los presos se partían de risa, aun cuando el gas se colase en la cafetería y los hiciese llorar al

mismo tiempo. Lágrimas de gas lacrimógeno.

\* \* \*

Lo que a Doc le gustaba de la camarera de Las Brisas era la apariencia de total aprobación que transmitía. A veces eyacularle a alguien encima es la manera que tiene esa persona de comunicarte que te acepta total y completamente por lo que eres.

Y luego estaba el viejo sentado siempre en Las Brisas, que le guiñaba un ojo a Doc cuando lo veía salir del almacén, y no, no era un chulo, no era más que un viejo mexicano con cara de reloj de sol cocido al que le gustaba tomarse su Tecate a sorbitos y hacerles guiños a los hombres, y su guiño decía: Me alegra ver lo que veo y saber lo que sé.

Un tío va a una cita a ciegas. Ese se lo sabía, Doc, el chiste de la cita a ciegas.

Un tío que se llama Richard va a una cita a ciegas con una mujer que se llama Linda. Han quedado por teléfono. La tal Linda dice: «Quedamos en el bareto». El tal Richard se presenta en el bareto y espera.

Una muchacha se le acerca. «¿Eres Richard?», le pregunta.

Él dice que sí.

La chica lo mira de arriba abajo y dice: «Yo no soy Linda».

\* \* \*

Doc estuvo casado con una chica búlgara. Un acuerdo temporal, así lo consideraba pasado el tiempo. Nunca sería capaz de justificar ni comprender por qué se había casado con ella. Ahora se la follaría, si tuviese la oportunidad. Se imagina levantándole el camisón de Sears que le regaló hace tanto, metiéndole la polla y meneándose. El sexo era tan simple que no comprendía por qué la gente tenía tantos complejos con ello. A él le gustaba chingar. Eso nunca le había dado problemas. La chica de Bulgaria se quedaba en silencio como una muerta mientras practicaban sexo, cosa que le había dado un poco de grima. Ni siquiera respiraba distinto mientras él la embestía, al alcanzar el momento crítico, cuando estaba a punto de explotar y soltarle la nieve por el vientre. Doc piensa en eso ahora, mientras su compañero de celda se revuelve en el catre de abajo. No piensa en por qué se quedaba en

silencio. Eso no le preocupa lo más mínimo. Está recordando qué se sentía al embestirla.

Es muy triste lo normal que se vuelve masturbarse a plena luz del día con tu compañero de celda ahí debajo de tu catre, casi no hace falta que Doc os lo cuente.

A veces, en plena noche, a Doc le parece oír al módulo entero cascándose. Un coro de ritmos húmedos por lo bajo. Qué asco, estaréis pensando, quizá. A Doc le gustaría recordaros que se trata de seres humanos. La sangre corre por sus penes estén o no encarcelados, y cuando un pene humano se hincha y no hay posibilidad inminente de sexo, el macho humano se echa instintivamente la mano al miembro hinchado y realiza un movimiento de ascenso y descenso.

Cosa que le hace pensar en aquel chiste.

Es el único chiste que es capaz de recordar entero. La de chistes que van y vienen: un caballo entra en un bar; cuántos cholos hacen falta para..., ¿para qué? Ni siquiera se acuerda del inicio.

En todos sus años de vida solo se le había quedado permanentemente un chiste en la cabeza.

Un tipo y su esposa tienen problemas conyugales. El problema es que no chingan. Así que van a un, ¿cómo se llama?, a un terapeuta sexual. El terapeuta dice que por lo que parece no se les da bien comunicarse sus necesidades. El hombre y su mujer convienen en que les resulta bochornoso hablar de sexo. El terapeuta les propone que creen un idioma de pistas físicas, una manera de hacer saber al otro cuándo están de humor. La mujer dice: «Vale, cariño, a ver qué te parece esto: si te pones retozón, me das dos golpecitos en la barriga. Y si no estás de humor, me das solo uno». El marido dice: «Pues suena bien, amorcito. Un golpecito, que esta noche no; dos golpecitos, que empiece la fiesta. Y ahora el código para ti: si te apetece follar, me frotas la polla una vez; si no estás de humor, me la frotas cien veces».

\* \* \*

Los tíos de la Rampart se referían a la chica búlgara como la novia por correo de Doc, pero desde fuera nadie entiende lo que hay entre dos personas y por qué se juntan. Él tenía veintitrés años, un novato recién salido de la

academia de policía. Ella le preguntó una dirección en la calle. A él le gustaron sus hoyuelos y su incapacidad casi total para hablar inglés. La acercó en coche hasta donde iba y consiguió su número de teléfono. Era como una huérfana en un gigantesco país desconocido. La adoptó, por un tiempo, y a ella se le daba bien cocinar y limpiar. Pero se enfurruñaba con frecuencia, y Doc se dio cuenta de que la gente callada puede controlarte con tanta eficacia como la gente gritona. Lo que pasa es que lo hacen de maneras distintas. Se hartó de sus enfurruñamientos y lloriqueos y puso fin a aquello.

Se divorció a los veintisiete y se prometió no volver a casarse jamás. Lo pasaba bien con las mujeres y tuvo unas cuantas. No amó a ninguna. No había amado a la novia por correo. Diez años después del divorcio, conoció a Betty LaFrance y se enamoró. Se enamoró hasta las trancas de aquella mujer que ni cocinaba, ni limpiaba y que hacía un montón de ruido cuando se la follaba, aunque lo mismo podía ser teatro, ¿y qué diferencia había? ¿En qué sentido importaba esa diferencia? La cosa era descargar.

De una manera retorcida echa de menos a Betty, aun cuando le encantaría mandar que la asesinaran. Lo ha intentado, pero parece imposible. Ella está en el corredor de la muerte y no hay manera de llegar hasta ella porque las mujeres son demasiado estúpidas como para cometer actos inspirados de violencia carcelaria. En el trullo de hombres se puede poner precio a la cabeza de cualquiera. Se hace a cambio de un bol de fideos. Son capaces de matar por unas pastillas de Puñetero Jabón Irish Spring (huele bien, hace buena espuma para machacársela). Pero las únicas mujeres que pueden llegar hasta Betty son el resto de tristes psicópatas del corredor de la muerte, que probablemente están por ahí tiradas gimiendo y llorando, mientras que los hombres demuestran cualidades ingeniosas como afilar la bisagra de una taquilla hasta convertirla en un pincho capaz de atravesar un tórax, o incrustar una hoja de afeitar en el mango de un cepillo de dientes para poder arrancar una cara a hachazos.

Betty, en cambio, era de las que iban a por todas. En cierto modo era por eso por lo que le gustaba. Si necesitaba ponerle precio a la cabeza de alguien, Betty sería la única hembra capaz de llevar a cabo tal cosa, pero, desde que ella era el objetivo, no había esa opción.

\* \* \*

Betty solía pincharlo con que sus problemas con las mujeres venían de sus complejos con la figura materna. Pero ¿qué sabía Betty de la madre de Doc? El propio Doc sabía bien poco, dado que solo había vivido con su madre hasta los cinco años. Se acordaba de haberle preguntado de qué trabajaba porque siempre traía a desconocidos a casa y lo dejaba a él sentado en el sofá durante lo que se le antojaban pequeñas eternidades. «Favores —le contestó ella—. Hago favores».

Betty le había dicho que quería un hijo suyo, pero resultó que tenía el útero estropeado. O igual él tenía la polla estropeada. Es decir, funcionaba a la hora de follar, pero no se quedaba embarazada por más que Doc hiciese puntería con su lefa dentro de ella un montón de veces en busca de un posible Doc junior (normalmente Doc prefería eyacular sobre un cuerpo o, lo ideal, una cara).

Un caballo entra en un bar.

Un caballo entra en un bar y el camarero dice: «¿A qué viene esa cara tan larga?».

Me la frotas cien veces. La hilaridad de aquel chiste nunca se extingüía para Doc, ni aun cuando a veces te apeteciese frotarte en tu soledad. En la cárcel no hay mucho donde elegir aparte de tu mano, a menos que quieras que otro hombre te agarre la polla. Una vez le hizo una paja a uno y, si no eres gay y es la primera vez, vaya, te espera una sorpresa. La polla erecta de otro tío, para un hetero, es como un rábano al tacto. Las mujeres están acostumbradas y los tíos conocen el tacto de su propia polla dura, pero la tuya no la notas, la haces notar. Cuando Doc tocó el miembro de otro, más o menos como el suyo, pero sin ser el suyo, una biorretroalimentación le puso el cerebro patas arriba. Apartó la mano y no continuó con la cosa. Era uno de aquellos transexuales del sóftbol. Una guapa latina apetitosa, y a Doc le entraron ganas de hacerla suplicar y gemir, de que echase la cabeza hacia atrás como una mujer de verdad. Sería algo distinto en un lugar donde no hay casi variación de un día para otro, pero entonces la chavala tuvo una erección tremenda y a Doc no le gusta pensar en ello, pero a veces se permite pensar en ello para acordarse de no repetirlo.

El único pene que toca es el suyo. Se lo está tocando ahora. La mayoría de hombres se la cascan a diario. Luego te limpias las lágrimas, las pruebas, y todo el mundo lo sabe y nadie lo sabe, y la verdad es que, en realidad, no se oye esa clase de actividad a una escala colectiva o coral en el módulo de Doc.

El masajeo y el meneo son cosas que Doc simplemente da por hecho, que es como funcionan muchos tipos de conocimiento: no esperamos a la prueba empírica. En este caso, ni siquiera la quieres. Lo sabes. Lo sabes y punto.

\* \* \*

Betty tenía aquella manera de retarlo a ser un hijo de puta. Le gustaba la gente tirada y rastrera y sentía una debilidad especial por los polis. Bebían un montón y esnifaban mucha cocaína. A Betty le gustaba comérsela. Doc no había conocido a nadie más que hiciese aquello, comerse la cocaína: él prefería el método eficaz de inyectársela.

Encocado y enamorado como estaba, él le había asegurado estúpidamente que era el más rastrero de todos los policías. Así era como se entendían. Eran charlas poscoito. Chorradas que se dicen en la piltra, sobre varios abusos de poder, cosas que se hicieron por la jeta, gente a la que habían matado.

Betty, al enfrentarse a la pena de muerte, desembuchó todo lo que le había contado Doc. Lo habían encerrado por matar al primer asesino a sueldo que Betty contrató y por otro asesinato a sueldo en el que se había visto envuelto años atrás, el del encargado de un club para caballeros. Pero se había cargado a otras dos personas, aunque no tenían pruebas y no podían condenarlo. Uno era un tío al que nadie echaba de menos. El muy cerdo acababa de violar a su hijo de cinco años. Un vecino, harto de las agresiones, había llamado al 911. Doc fue el primer agente en llegar a la escena, el tío ni siquiera se había subido la cremallera de los pantalones. El niño lloraba, sangrando por el ano. Doc le dijo al sospechoso que se tranquilizase, y en cuanto este bajó los brazos, se puso a disparar.

\* \* \*

El chiste de Linda y Richard era, de hecho, cosecha de Doc. Una historia suya. Pero cuando lo contaba la gente siempre pensaba que estaba de broma. Iba al instituto cuando le pasó. Fue una experiencia aislada, pero toda su adolescencia, la vida de Richard Lyn Richards, alias Doc, podía resumirse en aquel instante de humillación a manos de una chica llamada Linda en el bareto de Magnolia Street con Burbank. La historia de su vida podía reducirse al tamaño de la cabeza de un alfiler. Yo no soy Linda.

\* \* \*

Floyd y Lloyd eran gente de verdad. Hermanos que se casaron con dos tías abuelas de Doc. Uno de los pocos recuerdos que tenía de aquellas dos mujeres antipáticas y de sus hermanos-maridos era un chiste que intentaba contar en ocasiones. Floyd tenía un melocotón y le pegó un mordisco. Se volvió hacia Lloyd y le dijo: «Este melocotón sabe a coño. Increíble». Le corría jugo por la barbilla. Le tendió la fruta a Lloyd, que le pegó un bocado a su vez, pero lo escupió en el césped. «Sabe a mierda», dijo Lloyd. Floyd le dijo a Lloyd que le diese la vuelta al melocotón, que lo había mordido por donde no era. Doc se queda extrañado. El chiste hay que contarlos como si fuese una escena, pero no es una escena auténtica de la que haya sido testigo de niño. Floyd y Lloyd, sus tíos políticos, no se hablaban entre ellos. No hablaban a nadie, nunca. Eran hombres que se pasaban la vida tumbados viendo la tele, haciendo que las mujeres y los niños se sintiesen atemorizados y amenazados por existir. Además, otra cosa, y esto todo el mundo lo sabe, no es exclusivo de la familia trágica de Doc, es universal: los melocotones son deliciosos, verdaderamente deliciosos, y nunca, repite Doc, *nunca* saben a mierda.

A Romy, mi compi de celda, la trasladaron pero no sé adónde. Papaíto no me lo quiso decir. «Ocúpate de tus asuntos, Fernandez», me repetía.

Ahora estaba sola. Otra mujer de incomunicación afirmó que habían pasado a Romy a prevención de suicidios. No la creí. Incomunicación es un hervidero de rumores poblado de gente encerrada chillando detrás de cada puerta. Papaíto no me iba a hacer ningún favor. Ni siquiera era capaz de sacarle algún libro para leer. Siempre con su «Nada de intercambios, Fernandez. Nones». Igual estaba intentando que lo ascendiesen.

Un año leí ocho novelas de Danielle Steel en incomunicación. Esa autora escribió una novela carcelaria que es la bomba. La estábamos leyendo todas. Partimos el libro por secciones para pasarlo por debajo de las puertas de las celdas, y la gente no hablaba de otra cosa. Se propagó por la prisión como un incendio forestal. Nunca habría pensado que unas mujeres presas querían leer sobre otras mujeres presas. Quieres leer sobre un mundo que conoces, no sobre los que no conoces.

No tengo nada que hacer ni nadie con quien hablar. Estaba harta de los gritos de Betty LaFrance por el conducto de ventilación. Tenía dieciocho años cuando la conocí y me llevé una impresión de la hostia. Era rica y llamaba a todo el mundo «querida». Enseñaba modales a las mujeres de la cárcel del condado. Pero de eso hacía décadas y una acaba harta de la gente. Siempre voy a querer a Betty porque forma parte de mi historia, y porque es demasiado estafalaria y rara como para que no te caiga bien. Pero a veces te entran ganas de que se calle un poco.

Se pasaba todo el santo día contando sus últimos planes a voz en grito por el conducto de ventilación. Decía que por fin iba a trincar al poli cara de rata aquel. Le dije que se callase. Pero es incapaz. Betty es así. Se puso a perorar sobre la Biblia. Cuando yo era joven y estúpida, Betty me convenció de que el Libro de Daniel iba en realidad sobre la llegada de los extraterrestres a la Tierra. No veas cómo acojonaba. Esta vez su perorata iba sobre el Libro de

los Jueces.

—Eh, Sammy, ¿qué es más dulce que la miel y más fuerte que un león? — me preguntó varias veces por la tubería del conducto.

—¿Más dulce que la miel y más fuerte que un león?

No sabía de lo que me estaba hablando. Se le da mejor hablar de dinero, o de las piernas que tiene aseguradas en millones.

—Al león lo mata Sansón —dijo—. Abre la panza del león y dentro se encuentra una colmena. Las abejas hacen miel, ¿lo ves?

Dijo «miel» como si fuese la clave del acertijo y se supusiera que yo tenía que comprenderlo todo. Como si miel fuese una especie de código.

—Dentro del cadáver hay miel. Miel dulce —dijo—. Pero no hay manera de encontrarla a menos que mates al león. Primero tienes que matar al león. Le he puesto precio a su cabeza. Lo tengo acorralado.

Se puso a hablar de la guerra, pero yo había dejado de escucharla.

—¿Sabes siquiera que estamos en guerra? —preguntó después de que yo dejase de responder.

—Sí —dije.

Pero no sabía gran cosa. En el trullo del condado no hay informativos en la tele. Demasiado peligroso o no sé qué. Echan reposiciones de *Friends*. En la cárcel a todo el mundo le encanta *Friends*. Los personajes son prácticamente compis de celda.

—Hay soldados norteamericanos por todo Irak —gritó Betty— protegiendo tu libertad.

—Que se queden con mi libertad —grité yo—. Qué asco.

Cuando estuve en la cárcel del condado, alguien de mi hilera supo por su familia que habíamos invadido Irak. Me paseé por el lugar preguntando si alguien sabía por dónde quedaba y ni una sola mujer lo sabía. Ni siquiera las presas que habían estudiado lo sabían. Es como esos sitios que no existen hasta que los bombardean.

Betty empezó a incordiar a los guardias de abajo. La oía por el conducto de ventilación, pidiéndoles que rezasen por las tropas con ella.

\* \* \*

Charlar con Romy me hizo pensar en el pasado. Una noche soñé con el motel Snooty Fox. Iba caminando por la galería de fuera de las habitaciones.

Era de día y alcanzaba a oír el tráfico de Figueroa. Pasaba por delante de puertas con el cartel de NO MOLESTAR en el pomo, las cortinas echadas. Me encontré un cuarto con la puerta abierta. Estaba vacío y limpio, así que entré, cerré la puerta, me tumbé encima de la colcha y me quedé dormida. Creo que la prisión te deja tan cansada que en tus mejores sueños lo que haces es dormir. Con eso es con lo que soñamos. Con dormir. Cuando me desperté me sentí como si hubiese descansado más de lo habitual. Después de que Papaíto me pasase el desayuno por la trampilla, llamé a voces a Conan, que estaba al final de la hilera, y le conté lo del sueño. Le dije que me sentía como si hubiese dormido el doble, puesto que dormí dentro del sueño del Snooty Fox.

Betty LaFrance gritó por la tubería:

—¿El Snooty Fox? ¿El Snooty Fox? ¿Cómo es que me sé ese nombre? ¿Qué es?

—Es un motel —dije.

—Creo que Doc iba por allí.

Típico de Betty. Todo tenía que tratar sobre ella.

El Snooty Fox era mi cuartel. Las camas de las habitaciones más bonitas tenían un cobertor aterciopelado rojo y eran camas que daban masajes. Les metías monedas y cobraban vida debajo de ti. Las duchas tenían dos boquillas, una a la altura habitual y otra a la altura de las partes pudendas. Un cliente mío, un viejo que trabajaba en los juzgados del centro, me contó que un presidente famoso, Lyndon B. Johnson, tenía una ducha como aquella, con una boquilla a la altura de la entrepierna. Lyndon B. Johnson y su ducha para lavarse las pelotas, igual que en el Snooty Fox.

Las habitaciones menos elegantes costaban diez dólares la hora. Yo negociaba con un cliente y le decía que el cuarto se cobraba a veinte la hora, o treinta, y me quedaba con los beneficios además de lo que me pagase. Tenía gente haciendo cola, a veces hasta cinco clientes solo en una hora.

Una noche, la señora coreana del despacho de enfrente vino y llamó a la puerta mientras yo estaba con un cliente. Gritaba:

—¡DEMASIADOS PRIMOS! ¡DEMASIADOS PRIMOS!

¿Qué dice?, me preguntó el tío; no tenía ni idea de lo que pasaba. Yo me partía de risa.

Al final, acabé cambiándome al Hub Motel de Long Beach Boulevard, en Compton, donde no se preocupaban de cuántos primos me traía a la

habitación. Long Beach Boulevard es donde conocí a Rodney, ahí mismo, en The Hub. No en el motel. Así es como llaman también a Compton. The Hub City, El Meollo.

Estaba con Ojos Verdes, las dos acabábamos de hacernos a unos clientes y queríamos comprar una piedra, pero mi camello no andaba por allí. Ojos Verdes dijo que conocía a alguien, así que nos fuimos al apartamento donde vivía este otro camello. Entramos y el camello resultó ser Rodney. Pensé que era la persona más fea que había visto en mi vida. Se dirige a Ojos Verdes: «¿Esta quién es?», señalándome, y Ojos verdes en plan: es Sammy. Y él me dice con tono arisco y cortante: «¿Te gusta la fruta?».

Yo miraba a Ojos Verdes a ver si me hacía una seña, para saber cómo se suponía que debía contestar, porque estábamos intentando pillar y no hay manera de prever nada sobre el otro hasta que has trapicheado unas cuantas veces con él. Esperaba que Ojos Verdes me hiciese una seña, en plan, ¿cómo contesto? ¿Me gusta la fruta? Y Ojos Verdes susurra: «Di que sí, estúpida».

Vamos a ver, me estaba preguntando algo *personal*. Me pilló desprevenida. ¿Qué le importaba al tío aquel lo que me gustaba?

—¿Quieres una naranja o una manzana? —dice.

Le dije que solo me gustaban las fresas y la sandía, que esas eran mis frutas favoritas. Salimos de allí con la piedra. Más tarde estaba yo sentada en una parada de autobús trabajando y se detiene un coche y negociamos, pero el tío no tiene suficiente dinero, así que dejo que se largue. Se para lentamente otro coche. La ventanilla baja y es Rodney. Me dice que en plena calle podrían hacerme daño y que debería tener cuidado. No tenía ningún cliente, así que me fui con él a una tienda. Me compró fresas y nos las llevamos a su casa. Me quedé toda la noche allí, fumándome una piedra, charlando, comiendo fresas, y así es como empezó. Ahora lleva mi nombre tatuado por el cuerpo veintiséis veces.

Rodney era de Gonzales, Luisiana. Estuvo encerrado en la prisión de Angola, Nueva Orleans, de los diecisiete a los veintidós. Lleva bigote para taparse la cicatriz que le hicieron con la vara de azotar a los caballos. Tuvo que trabajar plantando oca. Se destrozó los pies de pasar tanto tiempo en el agua sin botas de goma. Cuando salió de Angola lo expulsaron del estado. Se fue a Compton con Luisiana auestas. Era pueblerino y supersticioso. Mientras menstrúas no debes cocinar. Y su idea de la higiene era obsesiva. En gran parte actuaba como la gente de esta cárcel, yo incluida. Me gusta la

limpieza. Es una manera de tener algo de control, quizá. Aunque yo me lo puedo tomar a risa. Es curioso que la mayoría de nosotras estuviésemos haciendo la calle para sufragarnos la adicción al crack, viviendo en tiendas de campaña y cagando en cubos en los barrios bajos, pero que aquí, en nuestro papel de cabecillas, hagamos que las mujeres se duchen tres veces al día y que frieguen con lejía el suelo del baño después de lavarse los dientes. Mandamos en la habitación como si estuviésemos en el ejército, con normas e inspecciones, gritos y agresiones, y soy yo quien reparte golpes a diestra y siniestra. Como me encuentre una sola gota de agua en la pila, me voy a cebar contigo.

Rodney me apaleaba como a un perro. Yo de verdad creo que lo hacía porque me quería, que era una manera de cuidar de mí, una forma estricta de cuidado y amor, digamos. Y yo era una adicta. Era como cualquier perdularia con su camello, chicas a las que la droga echa a perder y caen en manos de esos matones que las controlan a base de dinero y poder.

Rodney tenía sus excentricidades. Era una persona extraña. Solo comía alimentos insípidos: nada de sal, pimienta, ketchup ni salsa picante. Nada de alcohol ni de drogas, nada de música rap ni rhythm and blues. Y cuando digo nada quiero decir nada. Lo suyo era el dinero. Punto. Pasta. Nada más.

Por la mañana me levantaba y me bebía una cerveza de litro. Rodney se bebía un cartón de leche, y así empezábamos el día. Trapicheábamos juntos; yo hacía el turno de noche. Teníamos tres puertas de emergencia en el pasillo del apartamento, una, dos, tres, para que nadie nos robase. Y guardábamos el alijo, el dinero y las armas en una caja fuerte en el suelo, debajo de la nevera, que tenía un panel que se deslizaba para acceder a la caja. El tío que la instaló era un fumeta, así que le pagamos en piedras como a todos. Mantenlos enfangados, igual que en la cárcel. Yo solía mantener enfangadas a todas las de mi celda a base de pasarles droga gratis para que ninguna se chivara.

A Rodney lo respetaban en Compton, pero no era un pandillero. Tenía carta blanca. Un permiso. Podía trapichear y lo dejaban en paz, como un lobo solitario sin afiliación. No a todo el mundo lo dejan andar por su cuenta así, pero Rodney tenía contactos entre pandilleros influyentes, había hecho un montón de favores a gente y se había ganado un estatus.

Trapicheábamos sobre todo en el apartamento de Rodney. Manejábamos las ventas nosotros mismos. Nunca tuvimos chavales en la esquina trabajando, como hacen ahora. Qué manera de explotar a esos niños. Das con

un chaval sin fichar para que te venda. Cuando lo pillan no va a la cárcel, dado que es su primera infracción, pero ya no es útil, así que te buscas otro. Vas de chaval en chaval y acaban todos fichados. Trabajábamos solo con billetes de cinco y diez, porque los de veinte eran los que marcaban los agentes de narcóticos. Recuerdo que una chica se presentó en la puerta con billetes de dólar y Rodney la echó a la calle y le dijo que no volviese jamás a intentar comprarle con calderilla.

Rodney y yo teníamos dos Cadillacs. Uno era color zarzaparrilla y tenía mi retrato con aerógrafo en la puerta del maletero como si fuese la virgen de Guadalupe, y debajo una frase: «*Let me tell you about the blues*». A menudo era la única latina allí. Conocí a un montón de mujeres negras. Pero siempre me he mezclado sin problemas con toda clase de gente; no soy de las que van solo con una raza. Hablo con cualquiera. Rodney me llevaba a las timbas. Allí las chicas son muy atractivas. Les hacen el pelo y las uñas a diario. Si lo del pelo les lleva más de un día, duermen con las manos bajo la mejilla para que la melena no toque la almohada. Entrás en el club y todo el mundo está consumiendo botellas de Hennessy. En la barra tienen strippers.

Nos gustaba viajar. Fuimos a Las Vegas. A San Francisco. Durante los viajes siempre trapicheábamos, y llevábamos armas. Subíamos a Sierra Madre, donde había un campo de tiro ilegal, para practicar. Es una pasada, ese gran peñasco. Tienes que ir con los tíos que lo llevan, por una carretera de tierra, en su enorme todoterreno. Recuerdo que tenía una calavera por cambio de marchas. Esa clase de blancos zumbados. Allí arriba vendían armas limpias de ocasión. Les compramos SKS que venían directas de Irán. Tenían una potencia tremenda. Yo era mejor tiradora que Rodney.

A veces no nos poníamos de acuerdo sobre cómo llevar el negocio. Una mañana, había un tío pintando un edificio en una esquina cerca de nuestro apartamento. Estaba trabajando en el exterior y empezó a charlar con Rodney e intercambiaron información. Más tarde el tío —blanco— llama y dice que quiere comprar una buena cantidad de cocaína pero que no se puede mover de Laguna Niguel y nos dice que bajemos hasta allí. Para mí estaba clarísimo que si estaba en Laguna Niguel y compraba habitualmente debía de tener algún contacto allí. ¿Para qué nos necesitaba? Pensé que ir allí era correr un riesgo innecesario, pero Rodney se empeñó en ello porque creía que el trato podía ayudar a ampliar el negocio. Fuimos. Era una zona elegante, tal y como sospechaba Rodney. Las casas tenían largos caminos de entrada con

telefonillos en la verja. Llegamos al telefonillo y decimos quiénes somos y se abre un portón al instante. Subimos con el coche hasta una casa con un camino circular y sale el tipo. Le entrega a Rodney el dinero y Rodney le da la merca. Cuando me quiero dar cuenta, salen unos tíos de entre los árboles. Veinte o treinta, todos de negro, con máscaras. Me pusieron una pistola en la sien. Yo tenía un Camel sin encender en la boca. Me temblaba; el cigarrillo me saltaba entre los labios sin parar. No me daba miedo que me detuviesen. Ni de coña. Había estado en prisión doce veces ya y lo consideraba parte de mi vida. Pensé que aquel tío estaba a punto de dispararme en la cabeza; por eso estaba asustada. Sacaron a Rodney del coche y lo rociaron con spray de pimienta. Nos cayeron ocho años de golpe. El tío de Laguna Niguel tenía una serie de condenas acumuladas. Nos había vendido para reducir su condena. Se presentó en los juzgados, nos señaló a los dos ante la fiscalía. Sin avergonzarse de nada.

Rodney no buscó venganza, pero podría haberla obtenido. Lo que se hace en esos casos es contratar a un detective privado para encontrar al chivato. En Los Ángeles los detectives consiguen así a muchos de sus clientes. La gente se cree que su oficio va sobre todo de esposas infieles. No. La mayor parte del negocio viene de camellos y pandilleros que necesitan trincar a alguien. A veces es para pactar un ajuste de cuentas. Los detectives saben que no hay que hacer preguntas. Encuentran a la persona y punto, acto seguido se apartan porque han cumplido con su trabajo. Evidentemente, están al tanto de lo que sucede a continuación. Si no lo matan directamente, al chivato lo cogen y se lo llevan a un garaje de tortura para darle una lección. Los garajes están en ubicaciones secretas repartidas por todo el sur de Los Ángeles. Yo he estado en dos. Te cuelgan del techo. No es un sitio en el que querrías acabar tus días.

Rodney no necesitaba un garaje de tortura para castigarme y controlarme. Ahora parece que es viejo y yo soy vieja y ya pasamos el uno del otro.

Después de huir de Keath, supe que me acabarían pillando. Me daba igual. Es duro vivir en la calle. En prisión puedes ser alguien. La vida tiene orden si sabes organizar tu tiempo, y yo sé. Soy una experta. Vivir en una tienda de campaña es algo temporal. Lo haces hasta que vuelves a prisión. Así es como funciona, simplemente.

Lo que me pasó es que me cansé. Ser una adicta es un ajetreo constante; te roba muchísima energía. Cuando estuve en la cárcel del condado después de que me pillaran, tuve que quitarme porque no podía conseguir droga.

Después de quitarme, tomé conciencia de golpe, como si se me hubiese encendido una bombilla. Iba a mantenerme limpia. Esta vez la vida iba a ser distinta.

—Señorita Hall, ¿puede parar de llorar, señorita Hall?

Si una presa no puede parar de llorar, marcan una casilla en el formulario de riesgo de suicidio. No era que pretendiesen salvar una vida. Trataban de evitarse el papeleo y las investigaciones internas.

Me habían llevado a una parte distinta de la prisión, la enfermería, donde nadie podría oírme gritar, nadie aparte del policía de servicio. Seguían protocolos de una hoja de conducta. Estaba sola en una celda de aislamiento, sin ropa y sin sábanas en la cama, en un pabellón donde metían a las piradas.

Mi madre había estado en el juzgado, incapaz de salvarme, pero en cierto sentido me había salvado por existir. Ahora yo no tenía a nadie, y Jackson no tenía a nadie.

Durante aquellos días en prevención de suicidios comprendí por qué alguien podía llegar a creer que la manera de atacar a aquella gente era suicidándose. Sin otra cosa que cucharas y comida blanda, ni tenedores ni cuchillos, la mente se veía obligada a preguntarse cómo podía ser útil un utensilio prohibido. Al no proporcionar sábanas ni almohada, se ponía sobre la mesa la pregunta de cómo asfixiarse una misma, con qué, y atándolo a qué. Pero yo no tenía tendencias suicidas. Pensaba en Jackson, y en qué podía hacer, ahora que nos habíamos quedado huérfanos.

Jackson era la partícula de realidad en el centro de mis pensamientos. Podía imaginarme su cara dulce y despejada, más despejada aún gracias a aquel tupé que le daba un aspecto anticuado, casi de pelo engominado. No se cepillaba el pelo. Se lo apartaba de manera natural de su amplia frente. Jackson era guapo como su padre. A diferencia de su padre, Jackson siempre andaba buscando una forma de ser feliz.

Al poco de mudarnos a Los Ángeles, Jackson oyó el claxon del camión de las verduras que aparcaba en nuestra calle y salió corriendo a ver qué era aquel escándalo. El conductor se bajó del camión y abrió la parte de atrás. Las viejas en bata formaron cola para hacer la compra en la trasera del

vehículo. Pensé que ese camión era para las mexicanas y que Jackson y yo iríamos a Vons a comprar como los blancos. Pero Jackson insistió en que nos pusiésemos a la cola. Compramos aguacates, mangos, huevos, pan y salchichas que el vendedor tenía colgadas del techo del vehículo, y la comida costaba la mitad que en Vons. Así conocimos a todos nuestros vecinos.

Jackson creía en el mundo. Escudriñé su cara con los ojos cerrados. Noté el tacto de su mano húmeda. Oí su voz, noté la calidez de su cuerpo cuando me abrazaba por la cintura.

Me concentré en la partícula de Jackson, en la sensación de notarlo. Nada que me hiciesen podía tocar aquella partícula. Solo yo podía tocarla, tocarla y tenerla cerca.

No había ninguna manera de contactar con él. No iban a contarme nada. Él me necesitaba y yo no podía hacer nada de nada. Me tumbé en mi diminuta celda e intenté imaginarme a Jackson, estar un rato con él.

Jackson quería que yo supiese cosas que él sabía, que estudiase lo que él estudiaba, así que me hizo un examen de columnas cuando las descubrió en un cuaderno de colorear sobre Grecia que mi madre le dio. Si tenían un amasijo de dibujos en lo alto, yo podía adivinarlo: «Corintia». Me hacía preguntas como si pudiese confiar en mí para enterarse de la verdad. «¿El talón es toda esta zona del pie, o solo la parte plana?» Cuando mis respuestas correspondían con el mundo que estaba construyendo en su mente, con nombres y definiciones correctos, con hechos, mi hijo asentía con la cabeza. Ponía a prueba sus hechos. «Mami, ese gato igual no tiene dueño, porque no lleva collar.» Cuando un hombre bajó Alvarado Street blandiendo un palo de golf, golpeando los postes telefónicos y luego la marquesina de la parada del bus, Jackson dijo que el hombre tenía un problema en el cerebro, que era una enfermedad y que ojalá mejorase.

Jones, que era mi consejera de admisiones asignada, vino a ver cómo estaba. Consejera no quiere decir que dé consejos. Tu consejero de prisión determina tu clasificación de seguridad y cuándo puedes reintegrarte a la población general. Tu consejero acumula fichas sobre ti e informa a la junta de la condicional, si es que aspiras a la condicional. Los consejeros tienen un poder enorme sobre lo que nos sucede, y siempre son gilipollas.

Le pregunté a Jones si había alguna manera de averiguar si Jackson estaba bien. ¿Seguía en el hospital? ¿Estaba herido?

—En los hospitales hay normas de privacidad, Hall —dijo Jones.

—¿Tiene niños, teniente Jones?

—Solo su tutor legal o un abogado asignado por un tribunal pueden verificar que el niño esté en un hospital. Usted no es su tutora, Hall.

—Pero ¿quién es su tutor? Necesito averiguar en qué estado se encuentra mi hijo.

Jones estaba saliendo de mi celda. Moderé mi tono de voz, esperando hacerla volver.

—Por favor, teniente Jones. Por favor.

Estaba sucediendo. Estaba suplicando con voz de niña a una sádica.

Jones se detuvo, fingió reaccionar con decencia.

—Señorita Hall, sé que es duro, pero su situación se debe en un cien por cien a decisiones que tomó usted y a acciones que llevó a cabo. Si hubiese querido ser una madre responsable, habría tomado decisiones distintas.

—Lo sé —dije mientras las lágrimas aterrizaban en el suelo de la celda.

Estaba en el suelo, a cuatro patas, con la cara pegada a la trampilla de la celda, que era la única manera de comunicarse con alguien en el pasillo.

Intenté pensar en qué haría Sammy. No lloraría. Costaba no llorar. Juré que pararía.

Me concentré en salir del pabellón de piradas y volver a incomunicación, y luego dejar incomunicación y reintegrarme, para poder hacer llamadas, encontrar un abogado, conseguir información, hacer algo.

Una noche soñé que estaba en la cama de Jimmy Darling, en el rancho de Valencia. Jackson estaba dormido en un catre. Jimmy acababa de tener una pesadilla, y estaba contento de que no fuese real. Yo también estaba contenta, pero entonces me desperté con aquellas luces blancas enrejadas zumbando en el techo sobre mi cabeza.

Jimmy no me quería de aquella manera. Cuando la policía me detuvo en la vida real, él me trasladó al pasado. Lo supe cuando oí su voz al otro lado del teléfono de la cárcel.

\* \* \*

Te puedes quedar en prevención de suicidios para siempre, pero en incomunicación no te puedes quedar para siempre. Necesitan las celdas para otra gente que quieren meter en incomunicación. Tres meses después de que muriese mi madre, y cuatro después de la Noche de Cadenas, fui devuelta a la

población general, en el patio C, en la unidad 510.

Una unidad son doscientas sesenta mujeres, en dos plantas con una zona abierta común y una garita para el guardia —una cabina para el poli— en el centro. Las habitaciones eran grandes, mucho más que las celdas de incomunicación, y estaban atestadas de catres. Cada cuarto era para cuatro mujeres, pero metían a ocho.

Me alegró enterarme de que estaba en la habitación de Conan y no me alegró enterarme de que también era la habitación de Laura Lipp.

Se me acercó mientras me hacía la cama.

—¿Qué hay?, soy Laura Lipp y soy de Apple Valley.

Yo seguí haciéndome la cama.

—Está en el desierto de Mojave. Es más seco que un higo y no hay manzanas. Un restaurante Applebee sí hay.

Laura Lipp no recordaba nuestro trayecto de ocho horas juntas. No se lo pregunté, no quería darle confianza.

Estaba metiendo mis escasas pertenencias, las fotos de Jackson, en mi taquillita cuando entró otra compañera de celda.

—¡No-no! —gritó en dirección a mí—. Nada de palurdas hijas de puta en este cuarto. Largo de aquí cagando leches.

La llamaban Lágrimas. Era enorme y me habría destrozado en caso de pelearme con ella, pero Conan intervino a mi favor.

—Es buena gente. Respondo por ella.

Salieron al pasillo a hablar.

—Aunque me parece que el Applebee está cerrado —prosiguió Laura como si no hubiese pasado nada—. Hemos sufrido muchos cambios. Ninguno a mejor.

Me hice un Fernandez y le dije que se callase la puta boca.

—Aunque la ciudad tiene su historia —dijo mientras se apartaba con cuidado, a una distancia prudencial del alcance de mi puño, por si acaso—. Era un sitio magnífico y ahora está de capa caída. Éramos una región vaquera. Toda la gente del campo y del oeste venía por el cantante country Roy Rogers. Tenía un museo con una gran exposición de todos sus anzuelos de pesca. Era dueño del Apple Valley Inn. Mi padre nos llevaba allí a comer los domingos. Era un rato de despreocupación. No había problemas como ahora. ¿Sabes lo que le preocupaba a la gente? La atracción electrostática. Ese era el mayor temor en la televisión y en el corazón de la gente. La

atracción electrostática.

Conan y Lágrimas volvieron.

—¡No te dejes nada fuera de la taquilla! —me gritó, pero en un tono ligeramente más amable, como si se hubiese resignado a permitir que me quedara—. Y nadie deja correr la puta agua hasta que yo me levanto por las mañanas, ni del grifo ni de la cisterna.

Button Sanchez, la que parió a su bebé en admisiones, también estaba en nuestra habitación. Las otras tres compañeras de celda eran lo que Sammy habría denominado anodinas. Mujeres con condenas cortas que se ocupaban de sus asuntos y se mantenían al margen.

El motivo de que yo fuera una palurda y Laura no se me escapaba, hasta que deduje que Laura le pagaba a Lágrimas un alquiler extorsionador para quedarse en la habitación. Al ser una asesina de bebés, nadie la quería, de modo que posiblemente aquella fuera su única opción.

A la hora de la comida vi a Sammy en la fila del comedor e intenté hablar con ella. Me miró y negó con la cabeza. Un poli me apuntó con un foco. EMPUJE SU BANDEJA, su voz retumbó en un micrófono. Te dan diez minutos para comerte esa bazofia y hay que hacerlo en silencio. La mayor parte de las que no tienen dinero van al comedor. Lágrimas solo comía en la habitación, de su provisión personal de la cantina, cuencos de ramen a los que añadía agua y que calentaba con una resistencia.

Aquella tarde apunté mi nombre en la hoja de inscripciones e hice cola para los teléfonos de la zona común. La gente gritaba a los aparatos porque otras gritaban a su lado. Los letreros de las paredes de hormigón eran iguales que los de admisiones, aquellos ruegos en cursiva: *Señoras, nada de llantos. Señoras, informen al personal si experimentan síntomas de norovirus.* La misma pintura rosa mugrienta en las puertas y barandas, un color con el que tal vez se pretendía serenar a las zopencas de las reclusas. La fila iba rápida, porque la gente a la que llamaban no cogía el teléfono. Marqué el número de mi madre. Mi madre tenía una cuenta con Global Tel Link, la compañía que monopolizaba las llamadas desde cárceles y prisiones. No puedes comunicarte con un número que no tenga cuenta de Global Tel Link. Sabía que estaba muerta. Aun así, tenía que intentarlo. Nadie descolgó. Todos los abogados de oficio tienen Global Tel Link, así que llamé al abogado de Johnson, pero no respondió.

Durante muchos días más me apunté para hacer llamadas, esperé en la cola

y marqué el número del abogado. Al octavo intento logré hablar con él por fin. Le rogué que me ayudase a encontrar información sobre Jackson.

Me dijo que lo intentaría y que le diese una semana como mínimo. Cuando finalmente conseguí volver hablar con él, me contó que había estado intentando averiguar quién era el tutor del caso de Jackson pero que había sido incapaz. Aquello era trabajo para un abogado del tribunal de menores.

¿El estado me lo proporcionaría?, le pregunté tratando de controlar el tono de voz, de no sonar furiosa o desesperada.

—Ah, no —contestó, y en la pausa en que yo podría haberle presionado, como si estuviese obligado a ayudarme, interrumpió el silencio antes de que me diese tiempo a responder nada y dijo que estaba muy ocupado con un montón de casos asignados, que el mío no era uno de ellos y que tenía que colgar.

\* \* \*

En cuanto se me consideró apta intenté conseguir un empleo en la prisión. Seguía un consejo de Sammy. Sammy no estaba en mi unidad pero sí en el patio C, lo que significaba que podíamos vernos en nuestro tiempo libre.

—Las blancas se quedan con los mejores trabajos —me dijo—. Tú puedes trabajar de auxiliar, sentada, con aire acondicionado y pasando cartas a máquina, mientras las morenas arrancamos tampones usados del filtro de la fosa séptica por ocho centavos la hora. Aprovéchate.

Era verdad que las auxiliares eran todas blancas. Intenté optar a eso, pero hay que tener un expediente disciplinario limpio y debes caerles bien a los policías.

A Sammy, Conan y a mí nos asignaron a carpintería, que se pagaba a veintidós centavos la hora: pasta gansa. Conan fanfarroneaba que con aquel salario iba a invertir en una máquina de tatuar, poner en marcha un negocio y hacer un poco de arte en su propio cuerpo. Estábamos sentadas en la zona común, esperando a que empezase la película del viernes noche. Iban con retraso porque en la película programada había obscenidades. La tuvieron que cambiar por *Paseando a Miss Daisy*, que nos habían puesto el viernes anterior.

—¿Qué tatuaje quieres? —le preguntó Sammy a Conan.

—Un gran retrato de Sadam Hussein —dijo Conan—. Aquí mismito —

tenso el bíceps—. Solo por fastidiar a estos papanatas.

Dos polis de la unidad intentaban poner en marcha el proyector.

—¡Apoyad a nuestras tropas! —gritó Conan.

—¡Cállate la puta boca! —gritó alguien.

La película empezaba.

Todas mis compañeras de celda tenían trabajos en la carpintería, excepto Button Sanchez, que era demasiado joven para trabajar legalmente. Ahora tenía el vientre plano. Su cara no expresaba ningún dolor, que yo viera. Su bebé había desaparecido. Estudiaba y, después de clase, jugaba con un conejo que había atrapado en el patio principal y tenía domesticado. Le había puesto en el suelo, debajo de la litera, una cajita llena de tampones desmenuzados, a modo de camita. El animal sabía dónde tenía que hacer caca. Se lo traía a clase, escondido en el sujetador reglamentario.

—Soy su mamá —decía.

Le confeccionaba ropita. Hizo una correa. Se lo llevaba a escondidas al patio principal para que viese a sus primos. A veces le mordía, lo mismo que las pulgas y bichitos que tenía la mascota. Lágrimas le dijo que se deshiciese de él. Todas y cada una de las habitaciones de ocho tenían una Lágrimas. La mujer más fuerte de la habitación ponía las normas. Lágrimas amenazó a Button con agarrarla a ella, su colchón y su conejo y tirarlos en medio del pasillo. Button y Lágrimas tuvieron una enganchada brutal. Button era diminuta y Lágrimas enorme, pero las jóvenes tienen una ventaja chungueta. A la menor oportunidad, te parten la crisma con lo que tengan a mano. Button fue a por todas, le plantó cara a Lágrimas con una plancha para el pelo. El conejo tuvo que quedarse.

—Lléname la agenda —me dijo Sammy.

Ella había conocido a muchas mujeres en mi lugar. Por nefasto que fuese aquello, me consolaba saber que no estaba sola. Otras habían encontrado la manera de sobrevivir. Yo había estado en la cárcel del condado de Los Ángeles cuando cayeron las torres gemelas. Fue justo después de que me arrestasen. No teníamos acceso a las noticias, pero la gente averiguaba detalles hablando por teléfono con sus familias. Todo el mundo se subía por las paredes, salvo una chica que dijo que le reconfortaba saber que no era la única a la que le habían destrozado la vida. La gente se le echó encima, pero sé a qué se refería.

—¿Teníais una relación estrecha? —me preguntó Sammy refiriéndose a mi

madre.

Dije que no.

¿Tenía buena salud?

No.

—Al final quizá habrías acabado necesitando a otro tutor para el chico. En el mundo libre pasan cosas que escapan a nuestro control.

Podía coger el dinero que ganaba trabajando, comprar sellos y empezar a inundar las agencias estatales con cartas sobre Jackson, dijo Sammy. Me ayudaría. La biblioteca tenía guías telefónicas con las direcciones de las agencias. «Tienes que empezar desde donde estás.» Era su lema.

\* \* \*

La primera vez que estuvimos en la carpintería, el supervisor de fábricas penitenciarias nos dijo que íbamos a obtener unos conocimientos prácticos que se traducirían en empleo en cuanto nos soltasen.

—¿Y las que no tenemos fecha de salida, qué? —preguntó Lágrimas.

—Normalmente no podéis trabajar en fábricas penitenciarias —contestó—. Normalmente no podemos usaros, porque no necesitáis el aprendizaje, ya que no vais a salir, y lo que se pretende es enseñar a la gente un oficio. Pero tenemos que atender un montón de pedidos, así que habéis tenido suerte. Aquí aprenderéis a hacer muebles y ya os puedo decir, señoritas, que una carpintera experimentada gana pasta.

Conan estaba impresionado con el taller.

—Puñetas, ¿nos van a dejar usar madera de verdad? ¿Sierras? ¿Ingletadoras? En Wasco la carpintería no es de verdad. La madera es aglomerado. Pegábamos las piezas con cola. Esa es la única herramienta que te dan: cola. No puedes ni meterle un clavo, porque el chisme se te raja y se espachurra. No aprendíamos nada. Se lo dije al supervisor: Usted no para de hablar de carpintería acabada, pero en realidad no estamos aprendiendo nada. Y él va y me dice: «Eso es porque sois animales y si os diésemos herramientas os mataríais entre vosotras». Le pregunto: ¿Qué vamos a aprender aquí? Y él: «Estáis aquí para aprender a trabajar. A llegar puntuales. A ser trabajadoras». Como si eso significase algo. En la carpintería de Wasco no aprendimos nada. Nos pasábamos el día esnifando pegamento. Luego nos dieron pegamento no esnifable. No Esnifable, se llamaba, el nombre era ese:

Pegamento No Esnifable. No se puede esnifar. No hace nada. Ni herramientas eléctricas, ni curva de aprendizaje, ni colocoques. Aunque era mejor que otras fábricas de la prisión. Los de la otra punta del pasillo hacían gafas de seguridad para fábricas penitenciarias. Y en el edificio de al lado hacían botas para fábricas penitenciarias.

Me asignaron una mesa de trabajo.

—Soy cien por cien nórdica —me dijo mi nueva compañera de mesa.

La Nórdica medía metro ochenta y tenía una larga melena rubia dividida en varias trenzas. De la parte superior de su mono de carpintera asomaba el tatuaje de un águila calva. El ave llevaba una bandera de Estados Unidos en el pico. Parecía furiosa, más furiosa aún de lo que suelen parecer las águilas.

El supervisor puso a Laura Lipp con la Nórdica y conmigo.

—¿Me puede cambiar? —pregunté.

—No.

—Gracias a Dios —dijo la Nórdica—. Blancas. —echó una mirada a Conan, Lágrimas, Reebok, las tres personas negras con las que había entrado yo—. ¿Qué opináis de los negros? —nos preguntó a Laura Lipp y a mí.

Laura Lipp, entusiasmada por la rara deferencia de que alguien le preguntase algo, se apresuró a responder:

—Ah, intento ser daltónica, pero no siempre. O sea, hay gente que ha tenido que ir más allá que otros para...

—Lo que necesito saber es si dejas que esas te coman el coño.

Laura dio un respingo.

—¡No, por Dios!

—En esta mesa mando yo y necesito saber quién es quién —dijo la Nórdica.

—Bueno, ya que sacas el tema, estoy de acuerdo con que haya relaciones sexuales, porque mi marido era hispano y fue un desastre, me desgració la vida, pero igual te interesa saber que una vez me desmayé y las chicas que se acercaron a ayudarme eran negras, y...

La Nórdica ignoró a Laura Lipp y se me acercó.

—¿Te gusta Iron Maiden? Eso es lo que pongo.

—¿Tenemos radio?

—La radio soy yo, en esta parte del taller.

Aquella tarde la Nórdica estuvo tarareando. «Run to the Hills» y «Iron Man» en bucle. Me sentí de nuevo en el instituto. Pero cuando me preguntó

de dónde era yo, asintió y dijo: «Frisco, guay», caí en la cuenta de lo lejos que estaba de casa. Yo no le pregunté nada. No podían interesarme menos los detalles sobre sus hermanos y novios nazis tuneacoches de San Bernardino o donde fuera. Será esnobismo, pero existe una diferencia cultural. El distrito de Sunset no era exactamente estiloso pero estábamos pegados al Haight-Ashbury, y gracias a esa proximidad con culturas más raras no éramos directamente palurdos, aunque incluso entre nosotros hubiese gente que se volviera supremacista blanca total, como Dean Conte, el pobre chaval de mi instituto del que se burlaban constantemente. Dean Conte había experimentado con diversas soluciones a la hora de ser un marginado. Obseso de la informática, rockero, skater, punk pacífico, punk hardcore, skinhead y finalmente neonazi de traje y corbata. Cuando era skinhead destrozó con sus amigos la feria de Haight Street. Hacia las seis de la tarde, cuando la feria terminaba y los camiones de carga estaban recogiendo el escenario y las mesas de los puestos, un noventa por ciento del aire se llenó de botellas de cerveza, en una zona letal a la altura de la frente, gracias a los skinheads. Cuando Dean era todavía un obseso de la informática, invitó a un grupo de chavales que estábamos haciendo pellas a casa de su padre, en Hugo Street, y nos bebimos todo el alcohol y les prendimos fuego a las cortinas. Me olvidé de aquel día hasta que lo vi ya adulto en televisión. Salió en un programa de entrevistas como portavoz de la supremacía blanca. Uno de los skinheads del público le tiró una silla al presentador y le rompió la nariz. Dean se hizo famoso. Sin embargo, yo seguía viendo al chaval en el hombre. No estoy justificando sus ideas. Es simplemente que se trata de alguien a quien conocí. Estuvo enamorado de Eva y Eva era filipina, pero eso no se lo impidió. Siempre es así. Conocí a un tío en el instituto que luego fue a prisión y se unió a la Hermandad Aria. El tío que se unió a la Hermandad Aria tenía una novia negra e hijos mulatos. Las cosas son más complicadas de lo que algunos pueden admitir. La gente es más estúpida y menos malévola de lo que algunos pueden admitir.

Antes de comer, Laura Lipp se perforó la mano con la taladradora de mesa y la mandaron a la enfermería. Se acabó la carpintería para ella. La Nórdica dijo que aquel era su castigo por casarse con un panchito. La Nórdica llevaba tanto en prisión que no sabía que aquel insulto en concreto estaba pasado de moda, que ya no se usaba, y eso me hizo sentir una lástima inesperada por ella.

\* \* \*

No sé si estaba bien o mal, pero a veces a Jimmy Darling y a mí nos daban lástima los fanáticos.

Como aquella mujer solitaria que regentaba un bar vacío a la que conocimos cuando deambulábamos con el coche por Valencia, donde Jimmy daba clases. Los dos competíamos por encontrar algo destacable en aquel centro comercial del demonio. Una noche pasamos por delante de un aparcamiento de caravanas en Santa Clarita con un cartel desvencijado que decía VIVIENDA PARA ADULTOS. Tío, dijo Jimmy. Lo que hay que ver. Especulamos con que aquellas caravanas quizá hasta tenían mamparas de cristal en la ducha. Camas de agua. Era un sitio para adultos. Solo para adultos. Encontramos una taberna en una carretera abandonada de un condado casi abandonado. La camarera dijo que estaba gestionando la compra del local, pero que no quería clientela mexicana.

—Los mexicanos te apuñalan a las primeras de cambio, en cuanto te das la vuelta —dijo.

Nos preguntó cómo pensábamos que podía atraer a más blancos.

—Ofrezca bocadillos —dijo Jimmy.

—Caray, es una buena idea.

Jimmy y ella se devanaron los sesos para proponer platos. «Pepinillos. Patatas fritas», dijo Jimmy. Ella no sabía que no hablaba en serio. Hablaba en serio y en broma a la vez.

\* \* \*

En la pared de la carpintería, en lo alto, había folletos con imágenes de los muebles orgullosamente manufacturados por presos del servicio de carpintería de la prisión de Stanville.

Esto es lo que hacíamos:

Tribunas para jueces. Bancos para el jurado. Puertas para juzgados. Estrados para testigos. Atriles. Mazos para jueces. Paneles para despachos de jueces. Jaulas de madera para acusados bajo custodia. Marcos de madera para el escudo del estado que se coloca en los despachos de los jueces. Y sillas

para jueces, que acto seguido iban a tapicería, en la puerta de al lado.

Aparte de la mercancía estatal que construíamos, alguien, en algún momento, había hecho un pupitre para niños, como los que hay en los colegios, con una bisagra para poder abrir la tapa y guardar cosas dentro. Tenía una sillita a juego.

—Ese pupitre me pone triste —dijo Conan—. Intento no mirarlo.

Cuando mis pensamientos recaían en mi madre, muerta, real y verdaderamente muerta, me recordaba que Jackson no estaba muerto. Ella sí, pero él no. Me ceñí a esta ínfima forma de alivio.

\* \* \*

Los fines de semana, Sammy y yo salíamos al patio principal. La estampa de miles de personas todas vestidas de idéntico modo es realmente estremecedora la primera vez que la ves.

La gente se apiñaba, charlaba y se ponía al día, jugaba al baloncesto o al balonmano. Unas sacaban guitarras y tocaban para un público reducido (prohibido formar grupos de más de cinco). Algunas hacían corrillos y consumían drogas. Otras tenían escarceos amorosos en los váteres portátiles, o al aire libre, con otras que vigilaban —las vigías— y estaban atentas a los polis.

Era verano y el viento caluroso nos alborotaba la ropa demasiado holgada, que iba del azul más pálido, pasando por el marino, hasta el moteado de granito del tejano (falso tejano). La tela vaquera no es de imitación. Los tejanos sí. Son pantalones cosidos toscamente con tela vaquera, con un cinturón elástico y un solo bolsillo demasiado pequeño a un lado, y no son lo que yo consideraría tejanos.

Caminé con Sammy por la pista. Dejamos atrás a las doscientas trece chicas, que la saludaron con la mano. El patio principal tiene sus códigos, igual que el estado.

Por todas partes unos carteles decían PROHIBIDO CORRER EXCEPTO EN LA PISTA.

Si corres en cualquier otro sitio pueden dispararte.

—¿Quién le consiguió el cortacables?

—¿De quién me hablas?

—De Angel Marie Janicki.

—Tío, estaba como un tren —dijo Sammy—. Era la chica más guapa de Stanville.

—¿De dónde sacó el cortacables?

—De personal de fuera. Un tío. Lo tenía dominado. Ya te digo, era preciosa.

Por los altavoces salían órdenes, altas, claras y concisas.

—Vosotras, las de los lavabos. Os veo fumar. Apagad eso ahora mismo.

—Lozano, estás fuera de los límites.

Un furgón rodeó el perímetro de la prisión, por un camino de tierra entre la valla electrificada y la última valla, la exterior.

—Copley, te has dejado la dentadura postiza en la pista de balonmano —risa audible de los otros guardias cerca del micrófono—. Copley, je-je, ven a la sala de vigilancia a recoger tus dientes.

Cuando hacía calor, los guardias se quedaban la mayor parte del tiempo en la sala de vigilancia con aire acondicionado y nos observaban con prismáticos. Cuando hacía frío también. El patio es gigantesco, y ellos unos vagos.

—¿Cuál es el punto ciego que usó?

—Detrás del gimnasio. Por eso ahora hay candados. Hay un antes y un después de Angel Marie Janicki.

—¿No ven la valla de detrás del gimnasio?

—Desde la Torre 1 no. Pero ahora ya no les hace falta. Tienen la valla eléctrica.

El furgón de reconocimiento tardó al menos diez minutos en rodear el terreno. Once, quizá.

Los guardias saben de quién es la dentadura porque el número de la presa está grabado en un lado, en las encías artificiales.

Pasamos por Playa Ballena justo cuando los guardias empezaban a poner fin a los baños de sol.

—Playa Ballena, nada de bañadores. Playa Ballena, digo que nada de bañadores. Poneos de pie y vestíos.

Playa Ballena es un nombre un tanto desconsiderado, pero así es como la llaman, una zona más allá de la pista donde las mujeres se embadurnan de grasa y se fríen al sol. Los bañadores son camisetas interiores hechas a mano. Se supone que no puedes enseñar carne en el patio principal, pero la gente lo

hace de todas formas, untada en aceite para cocinar o en ese sucedáneo de mantequilla que usan en la cocina, una marca que se llama ¡No me puedo creer que no sea Mantequilla!, o, como la llama Conan, Ni por el forro me creo que esta mierda no sea Mantequilla.

Nadie corre por la pista, dado que esto es una prisión de mujeres y no estamos entrenándonos para matar. Nadie salvo Conan, que nos adelanta a Sammy y a mí haciendo footing.

—¡Acabo de matar diez mil moscas con la boca abierta!

Se dio media vuelta sin dejar de correr de espaldas para mirarnos.

—Prueba a cerrar la boca —le dijo Sammy—. No tendrás ese problema.

Una policía pasó a toda prisa.

—¡No os sentéis encima de las mesas! —gritó.

También era ilegal sentarse debajo de las mesas, que era la única manera de pillar sombra en el patio. Solo nos permitían sentarnos del modo reglamentario.

Conan miró pasar a la policía con rabia. Hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Caray, tiene un buen polvo.

En Stanville puedes dar por hecho si alguien ofrece algo voluntariamente es mentira. También es mentira si la persona se ofrece en respuesta a una pregunta. Los cuentos de Conan eran del tamaño de la Torre 1 y la 2, desde donde los Fudd de turno, armados, nos espían mientras comían chicharrones.

—Va y me dice: No uses solo la lengua, quiero que me soples dentro, como si fuese un silbato. Eso me dijo. Como si fuese un silbato.

La brigada de paisajismo estaba aplicando herbicida por los bordes de la pista. Se encargaban de que el patio fuese una extensión de tierra ininterrumpida.

—Lo tenemos bien limpio —dijo Laura Lipp, que ahora estaba en la brigada del patio.

Una capa superficial de tierra se alzó y remolineó, a merced de las corrientes del valle, cuando un poli nuevo llamado Garcia se nos acercó.

Un empleado nuevo siempre es un pardillo tanto para los presos como para los polis, pero Garcia hacía gala de una vulnerabilidad particular; parecía perdido allí en medio del patio principal, que son tres patios, B, C y D: tres mil mujeres para seis Fudd.

Lo de Fudd era por Elmer Fudd, el personaje de los *Looney Tunes*. Fue Conan quien empezó a llamarlos así.

—Eh, Fuddrucker —le gritó a Garcia, que se paró y parecía no acabar de decidir si fingía que no había oído a Conan o lo afrontaba como un problema.

—Pero ¿Fuddruckers qué significa? —dijo Conan sin dirigirse a nadie en particular, su público habitual—. El chiste es que casi te obliga a decir *fuck*, ¿no? Pero, entonces, ¿qué es un *ruddfucker*? Se inventan esa cadena de restaurantes y luego todos fingimos que esos sitios existen desde siempre. Como si Fuddruckers fuese una gran tradición familiar.

—Mi familia siempre ha ido a esos restaurantes —comentó Laura Lipp con tono aleccionador mientras rociaba el suelo con herbicida.

—Nosotros íbamos a Hooters<sup>[5]</sup> —respondió Conan.

—¿Con tu familia? —Laura sacudió la cabeza.

—Con mi chica y sus niños. Tienen un buen menú infantil. Pero, eh, ¿te has fijado que la o de Hooters es la misma que la O de IHOP, la casa de tortitas? Yo trabajé de cocinero en un IHOP. Para hacer tortitas, le echas agua a un preparado en polvo. Es la Casa Internacional de Échale Agua y a Correr.

Yo también fui camarera en un IHOP justo después de acabar el instituto. Era una de las muchas cosas que compartíamos Conan y yo. Yo era la camarera 43, así que los cocineros gritaban: ¡43, tu pedido está listo! Cosa que, como sabría más tarde, me había estado preparando para este lugar.

Para trabajar en IHOP, primero vas a Walmart o algún sitio así a comprarte calzado apropiado. Allí ves, si es que no lo sabías ya, que la mayoría de zapatos para adultos que venden son para la construcción, hospitales, prisiones, restaurantes y colegios, y los zapatos para niños son versiones primerizas para lo mismo. Zapatos de camarero, de enfermera y de albañil. Imitaciones industriales baratas para gente cuyas opciones son trabajar en esos empleos de mierda o pasar y optar por una categoría mucho peor de calzado, aún más barato y manufacturado en las fábricas penitenciarias.

El poli nuevo se llevó a Sammy aparte y empezó a hacerle preguntas. Tirando de tópicos: Me gustaría conocerte. Así es como hacen las cosas aquí los polis, todos dicen lo mismo y de la misma manera: Me gustaría conocerte.

Hay polis y empleados que quieren tener a una reclusa como chica de compañía. Sammy estaba tanteando al encargado de mantenimiento, un civil que la paseaba en el furgón, le traía hamburguesas de la cafetería de personal y a cambio la magreaba en una zanja de drenaje con los vaqueros

reglamentarios puestos. Ella tenía a un enfermero en el dispensario («apestario», lo llamábamos) que le revisaba los pechos una vez por semana y le daba tabaco. Conan tenía a funcionarias que lo mismo podían ser lesbianas como heteros y que lo veían como un hombre hecho y derecho.

—Me recuerdas a alguien de Filadelfia —le dijo Garcia a Sammy—. ¿De dónde eres?

—Filadelfia, ¿eh? —interrumpió Conan—. ¿Te has fijado en una cosa de la Campana de la Libertad? Tiene una raja. Y a nadie le importa. La tienen ahí expuesta con orgullo y el chisme está rajado.

Garcia apartó la mirada de Sammy y se volvió hacia Conan. Era evidente que tenía ganas de decirle: Largo de aquí, que me estoy camelando a esta chavala.

—¿Esta ropa es reglamentaria, señorita? Porque eso que veo son bóxers, que no están permitidos. Podría sancionarla por eso.

\* \* \*

Salía de asignación de actividades cuando me topé con el profesor de secundaria, G. Hauser. Acababa de tener una trifulca en esa sección, donde dijeron que había activado el detector de metales, así que revisaron todo lo que llevaba. Hasta me desmenuzaron el bocadillo de mortadela en la bolsa del almuerzo que nos dan fuera del comedor para llevárnosla al trabajo. Tuve que desnudarme y soportar un registro en la pequeña zona encortinada de asignación de actividades, así que cuando al fin salí estaba que me subía por las paredes. Pero al ver a Hauser algo me dio un vuelco, se encendió un interruptor. Solté un amistoso hola en voz alta. Una no decide alterar el tono de voz deliberadamente. Sucede de forma automática. Las necesidades son el cambio de marchas de la voz. Las necesidades modifican la perspectiva, ajustan el tono hacia los agudos, que generan más empatía. No fue calculado, pero todo había cambiado para mí desde la última vez que lo había visto.

—Eh —dije—. Me preguntaba si me cruzarías contigo —lo había olvidado por completo. No había pensado ni una sola vez en él—. Estoy en el patio C, y he estado dándole vueltas a tu propuesta de pasarme material de lectura. Estaría genial.

Se entusiasmó, como si le estuviese haciendo un favor al pedirle un favor. Charlamos y, en su creciente entusiasmo, dijo:

—¿Por qué no te apuntas a mi clase?

—Lo único que enseñan aquí es secundaria. Que es el nivel académico de nuestros celadores.

—Ya ves —soltó una risita fugaz, con disimulo—. Pero, dado que es la única que ofrecen, la estructuro alrededor de la lectura. Leemos y hablamos de libros. Prueba a ver. Me encantaría que te unieses al grupo.

Me explicó cómo apuntarme.

\* \* \*

Sammy tenía razón en lo de que tener empleo me ayudaría a no derrumbarme. Así fue. Me mantenía la cabeza en otras cosas. Lo que hacía era concentrarme, como todas las demás, en todo aquello de lo que pudiera sacar provecho.

Conan hacía consoladores en la carpintería. Se puso con ello en cuanto nuestro supervisor del taller empezó su maratón de lecturas. Cada día traía una novela al trabajo, se sentaba al escritorio y leía compulsivamente. En la cubierta aparecían imágenes horripilantes con títulos en relieve, como en *Dos veces asesinada*. Eran siempre libros de bolsillo estropeados por la humedad de esos que encuentras de saldo en cajas. El supervisor leía siete horas seguidas, día tras día, mientras Conan usaba lijas y biseladoras para alisar sus creaciones. Competía con Lágrimas a ver quién hacía el mejor consolador. Ambos tenían también contactos en la cocina central para la venta ilícita de pepinos. Las cocinas de la unidad recibían los pepinos precortados, para prevenir un uso inapropiado e ilegal de las provisiones, por ejemplo como consoladores. Las presas que trabajaban en la cocina central vendían pepinos enteros de estrangis.

La Nórdica hacía esvásticas y pentagramas de madera. Mi innovación fue con el embutido del almuerzo. En los descansos para comer empecé a tostarme la rodaja de mortadela con el hierro que usábamos para marcar nuestros productos. Decía CALPIA, de Autoridad de la Industria de Prisiones de California, y yo era la responsable de la herramienta. Le ponía la marca a mi embutido por los dos lados, y luego también al pan. El hierro tostaba pan y carne a la perfección. Tostaba los bocadillos de otras a cambio de sobrecitos de café instantáneo. Aprendí a esconderme el café en previsión de algún registro después del trabajo. Así iban a ser las cosas. Un continuo

conspirar por cada minucia.

\* \* \*

Los sábados nos dejaban ir a la biblioteca. Lo único que nos permitían sacar eran biblias. La del rey Jacobo o la Versión Internacional, ese era el abanico de opciones de lectura. Sammy y yo íbamos cada semana a investigar a quién podía enviarle cartas acerca de Jackson. Una tarde, al salir, volví a toparme con Hauser. Pronto empezaría su curso.

Aquí no hay nada para leer, le dije.

—Lo sé. Por eso he encargado unos libros para ti. ¿Todavía no han llegado? Tuve que conseguirlos en Amazon, porque no podemos daros libros directamente.

Me imaginé las manos de Sammy recogiendo carrete, cultivando a una víctima. Despacito, me había dicho, tienes que hacerlo despacito.

—Todavía no los tengo —le contesté, pero las cosas llevaban su tiempo. Tenían que cribar el correo de tres mil mujeres.

\* \* \*

Seguí llamando al abogado de Johnson porque era la única persona con la que podía contactar, dado que tenía Global Tel Link. Normalmente no me contestaba, pero una vez cogió el teléfono. Tenía noticias, me dijo. Se jubilaba tras treinta años como abogado de oficio, y ya no podría encontrarlo en su despacho.

Se me estaba cayendo el mundo encima: costaba aceptar que aquello fuese la vida real. A nadie más que a mí le importaba el porvenir de Jackson. No sabía dónde estaba. No tenía manera de hablar con él. Estaba atrapada en una prisión de Central Valley, en una llanura recocida al sol, observando los trinos por encima de las concertinas, calculando cuánto tiempo tardaría en rodear nuestro enorme recinto el furgón de reconocimiento. Me imaginaba a la hermosa y dura Angel Marie Janicki atravesando la valla.

\* \* \*

No dejo de repasar un episodio de cuando Jackson tenía cinco años.

Estábamos en otoño y mi madre vino a visitarnos a Tilden Park, en East Bay. Se alzaban sobre nosotros árboles que habían cambiado a un color del que podría haberme teñido el pelo, un reluciente y suntuoso magenta. Otros tenían hojas doradas y escarlatas. En California no se ven muy a menudo. Nos sentamos, mi madre, Jackson y yo, y contemplamos el viento sacudiendo aquellos árboles resplandecientes. Jackson estaba fascinado.

—Tanta belleza para nada —comentó mi madre—. Mañana se caerán.

—Pero después de que se caigan —dijo Jackson— les saldrán hojas nuevas, abuela, y luego cambiarán de color, como estas.

Continuaría sucediendo una y otra vez, dijo Jackson, por los siglos de los siglos. La caída de las hojas significaba que nacerían otras nuevas. Mi madre lo miró como si se preguntase de qué planeta venía.

Jackson nació optimista, y su actitud no la había heredado de ella, ni de mí. Cuando tenía tres años me preguntó cómo se había formado la Tierra. «¿«Cómo acabó aquí?» Le contesté que nadie lo sabía con seguridad pero que quizá había habido una explosión que llamaban el Big Bang. «Pero ¿dónde metieron a la gente durante la explosión?» En su mente siempre había habido gente. Gente que cuidaba de otra gente.

\* \* \*

El abogado me había dado el número de teléfono de protección de menores, donde me dijo que tal vez podrían indicarme el nombre del trabajador social asignado a Jackson, pero solo podía contactar con gente que tuviera una cuenta de Global Tel Link. Escribí cartas e intenté no volverme loca. Envié una a la antigua dirección de Eva y otra a la dirección de su padre, pero tenía pocas esperanzas de que le llegasen ni una ni otra. Llamé a Jimmy Darling, pero la llamada no llegó, porque no tenía Global Tel Link. Me dije que, si lograba salir un día, pondría una bomba en Global Tel Link.

\* \* \*

Recibí un paquete. Igual que a cualquiera de las afortunadas con familia y ayuda del exterior, a mí, Hall, me llamaron de admisiones y salidas para que fuera a recoger mi paquete. Hauser me había conseguido tres libros: *Mi Antonia*, *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado* y *Matar a un ruiseñor*.

—¿Eso te ha conseguido? —dijo Sammy ahogando una risa—. Hasta yo me los he leído.

Me sentí triste y un poco como si debiese proteger al profesor por no dar más de sí. Decidí quedarme los libros, aun cuando no me apeteciese especialmente leerlos. Eran un vínculo con el mundo exterior. Pero una mujer de mi unidad me ofreció champú y acondicionador a cambio de los tres. El estado nos proporciona a las indigentes únicamente un grumoso jabón en polvo para el cuerpo y el pelo. La posibilidad de lavarme y acondicionarme el pelo bien me hizo sentir feliz, al menos por una tarde, de una manera que no había experimentado desde antes de que me arrestasen tres años atrás.

\* \* \*

Llevaba en clase de Hauser un par de semanas cuando me paró a la salida y me preguntó si me habían gustado los libros.

—Me gustó leerlos —dije— cuando tenía catorce años.

No tenía pensado decirle eso. Desde luego, no era buena táctica para pescar un Keath.

—Dios. Lo siento. Qué bochorno.

—No pasa nada. Es que no me conoces, simplemente.

Me preguntó qué quería leer y le dije que no lo sabía. Le conté que tenía muchas cosas en la cabeza y que me costaba concentrarme.

Me consiguió más libros. Uno que se titulaba *Pick-Up* iba de dos borrachos en el San Francisco de los años cincuenta. Empecé a leerlo y no pude parar. Cuando me lo terminé lo leí de nuevo. Las escenas se me aparecían ante los ojos, aun cuando el personaje del libro no nombrase demasiados lugares aparte de Civic Center, Powell y Market, donde el funicular da la vuelta, cosa que fascinaba a Jackson como a todos los niños. Me lo llevaba allí para que viese a los músicos callejeros. Algunos eran amigos de Jimmy Darling. Jimmy conocía a toda clase de gente, en cambio yo no, y nuestras noches se desarrollaban de muy distinta manera si por casualidad nos topábamos con alguien que nos invitaba a un concierto, a una fiesta o a la proyección de una película.

Cuando era una niña, había un enorme Woolworth's en Powell con Market que tenía un departamento de pelucas en el centro de la tienda. Eva y yo íbamos y fingíamos que queríamos comprar pelucas. Las viejas que

trabajaban allí nos ayudaban a recogernos el pelo con redecillas especiales y nos encasquetaban esplendorosos y rizados pelucones. Nosotras nos partíamos de risa y jugueteábamos ante los espejos, nos metíamos maquillaje y productos para el pelo en el bolso, y nos hacíamos fotos en el fotomatón que había dentro de la tienda. A veces íbamos a Zim's, en Van Ness, pedíamos un montón de comida y nos marchábamos sin pagar. Era algo distinto a comer y salir a escape del Zim's de Taraval, más familiar. En el centro nos sentíamos sofisticadas. A veces entrábamos en el museo, subiendo Van Ness, a escondernos después de huir de Zim's. Allí había un cuadro que le gustaba a Eva. Se llamaba *La chica de los ojos verdes*. Entre los muchachos con los que tratábamos nadie esperaba que te gustaran los museos, pero a Eva le gustaba lo que le gustaba: aquella chica pintada con un cuello largo que parecía embutido en una anilla de servilleta. Nos clavaba la mirada y nosotros se la devolvíamos.

Toda mi larga infancia me la pasé de aquí para allá como un niño sin hogar, con menos raíces que los adolescentes de los carteles colgados en la estación de buses de Sixth Street. Altas figuras silueteadas, como largas sombras, y las palabras FUGITIVOS, PEDID AYUDA. Un teléfono de emergencia. Mi infancia fue la época de las líneas de emergencia. Pero nunca llamamos a ninguna, salvo para hacer una broma, y yo no era ninguna fugitiva. Hasta tenía madre. Podría haberla conocido, pero no, no fue el caso. Por entonces tenía dieciséis años, era demasiado tarde para mí y para ella. Cuando entré en prisión pareció real y definitivamente demasiado tarde. Pero me equivocaba. Solo cuando murió fue demasiado tarde.

\* \* \*

Le conté a Hauser que había leído *Pick-Up*. Me preguntó qué opinaba.

—Que es buena y mala al mismo tiempo.

—Sé a qué te refieres. El final es una sorpresa, ¿verdad? Pero hace que te entren ganas de releer el libro, para ver si había pistas antes.

Le conté que eso era lo que había hecho. Y que había estado bien leer un libro sobre San Francisco, que yo era de allí.

—Ah, yo también —dijo.

No me lo parecía, y así se lo dije.

—Es decir, soy de cerca de allí. Del otro lado de la bahía, del condado de Contra Costa.

Dijo el nombre de la ciudad, pero no me sonaba.

—Es un pueblo de mala muerte detrás de una refinería de petróleo. No es glamuroso como ser de la capital.

Le dije que detestaba San Francisco, que en esa ciudad el mal campaba a sus anchas, pero que me había gustado leer *Pick-Up* porque me recordaba cosas que echaba de menos de allí.

Me había conseguido otros dos libros, el *Factótum* de Charles Bukowski e *Hijo de Jesús* de Denis Johnson. Los leeré pronto, le dije.

—*Factótum* es uno de los libros más divertidos que se han escrito.

Le dije que conocía el otro libro, el de Jesús, porque había visto la peli. Que estaba bien salvo porque la gente que salía parecía que viviese en los años setenta.

—La chica va con la barriga al aire y lleva una chupa de cuero con estola al cuello como los hipsters de San Francisco de los noventa.

—Pero esa gente que describes (tal vez tú, no lo sé), todos sacaban ideas de los setenta, para empezar.

Era verdad. Le conté que Jimmy Darling solía ir a una librería del Tenderloin a comprar *Playboys* de los setenta que tenían apiladas en el suelo de la trastienda. Una vez un anciano le dio un golpecito en el hombro y le susurró: «Muchacho, las nuevas las tienen ahí arriba», haciéndole un gesto con la cabeza hacia las revistas mensuales forradas *Busty* y *Barely Legal*, expuestas en la parte delantera de la tienda.

—Y este Jimmy es...

—Mi prometido. Da clases en el San Francisco Art Institute.

—¿Y sigues... prometida?

—Murió —dije.

\* \* \*

Aquella noche, después de que apagasen las luces, pensé en North Beach e intenté volver a los lugares a los que había ido con Jimmy Darling, que vivía y trabajaba por allí, y antes de Jimmy, cuando era una niña y North Beach un lugar emocionante por el que deambular un viernes noche con los amigos. Merodeábamos entre las mesas de Enrico's y nos acabábamos las bebidas de

la gente cuando se levantaban para marcharse. Vi las luces de Broadway. Big Al's. El Condor Club y su letrero vertical, los pezones de Carol Doda refulgiendo de un rojo cereza, rojo Chinatown. El Garden of Eden al final de la calle, el neón rosa y verde recortado contra la niebla.

Más tarde quitaron el cartel de Carol Doda, pero para mí seguía allí. Todas aquellas luces permanecieron en el mundo que había sido, y este continuó existiendo en mí, el mundo contenido en mí.

En Columbus había un club donde las strippers feministas ganaban once dólares feministas la hora. Era muy poco a cambio de lo que daban ellas, y de lo que soportaban, ver a hombres masturbándose en las cabinas que rodeaban el escenario. El Regal Show World era un peep show que no tenía nada de feminismo. La extraña y desgarbada contable del Regal estaba pluriempleada con nosotras en la sala Marte y, por lo que yo sé, jamás encontró un cliente, pero allí se presentaba noche tras noche; era una mujerona estrafalaria con gafas de culo de botella y lencería de saldo que luego nos agasajaba maternalmente en el camerino con chucherías y cumplidos sobre nuestros maquillajes y vestidos. Nos repartía zanahorias diminutas y las llamaba *crudités*. Le tenía especial cariño a mi amiga Arrow, a la que consideraba su hija de camerino.

Arrow había conseguido acabar en las páginas de *Barely Legal*. Tenía mi edad, veintipocos, pero también un ojo vago que le daba un aspecto inocente, o al menos el aspecto inocente de las mujeres que posan para *Barely Legal*. Arrow y yo hacíamos turnos a veces en el Crazy Horse, donde conocí al padre de Jackson. Era atractivo y divertido, el único portero al que las chicas del Crazy Horse dejaban entrar en el camerino. Fingía leer en voz alta artículos del periódico local mientras ellas se maquillaban, pero se inventaba titulares del estilo de los que publicaba el tabloide de informaciones ficticias *Noticias del Mundo* según iba pasando las páginas: «Una mujer levanta un Volkswagen para salvar su último cigarrillo de escurrirse por un desagüe»; «Muere atropellado por un camión de la leche un hombre que había perdido noventa kilos poniéndose a dieta de galletas de chocolate»; «Última hora: Toledo, Ohio, es producto de la imaginación humana». Al padre de Jackson no le faltaba inteligencia, simplemente no era espabilado en la vida, es decir, ante la autoridad. Pero sí era lo suficientemente listo como para fugarse. Escaló una valla en la cárcel del condado de San Mateo y corrió hasta llegar a San Francisco. Había oído esta historia antes de conocerlo. Me imaginé a un

tío corriendo por la cuneta, como si para ir de San Mateo a San Francisco tuvieses que ir por donde van los coches pero sin carrocería ni motor. Un hombre corriendo y sudando por el lateral de la autopista, nada más. Seguro que no fue así como viajó, pero así es como me lo imaginaba. Lo trincaron casi de inmediato.

Jimmy el Barbas llevaba trabajando de portero en varios clubs de striptease de la ciudad desde los sesenta. Contaba anécdotas. Había una sobre un director de cine chalado que se enamoró de un actor porno llamado Magic Tom. Actuaba en una sala gay hardcore donde Jimmy el Barbas hacía de portero. A Magic Tom no le interesaba el director de cine. Lo utilizó mientras le convino y luego lo dejó por otro. El director de cine, furioso y agraviado, cogió un bus de línea y se fue directo a Syracuse, Nueva York, ciudad natal de Magic Tom. Llamó a la puerta de la casa de la madre de Magic Tom, una señora mayor remilgada y digna de la zona alta de Nueva York. Dice: «¿En qué puedo ayudarle?». El director de cine responde: «Nada, señora, es que se me ha ocurrido que quizá le gustaría ver una cosa». Le pone delante un reportaje fotográfico de Magic Tom con su hermano gemelo idéntico en poses explícitas. Hacían porno juntos. Llegados a ese punto, Jimmy el Barbas se echaba a reír de tal manera que apenas podía desembuchar el resto de la historia. «El tío le enseña a esa señora de Syracuse, Nueva York, una fotografía de sus dos hijos follando entre ellos.» Le parecía la historia más divertida que había oído en su vida. Eso da una idea del sentido del humor que se gastaba Jimmy el Barbas. Que le divirtiera dejarme vendida ante Kurt Kennedy. Después de irme de San Francisco y marcharme a Los Ángeles, Kurt Kennedy siguió insistiendo hasta que averiguó dónde estaba. Se lo contó Jimmy el Barbas.

Después de dos años en Stanville, Gordon Hauser no habría confundido los alaridos de un animal con los de una mujer. El gemido que había oído aquella primera noche en su cabaña era de un puma. No de una mujer, y menos en apuros. Cuando la nieve cubrió la tierra en su primer invierno, unas huellas de garras aparecieron por su propiedad, terrones hundidos que coincidían exactamente con el dibujo y el tamaño de las de su guía de campo, según la cual el rugido del puma había sido descrito en varias ocasiones como similar al chillido, el grito o el gemido de una hembra humana.

Nunca vio a ningún puma, solo los oyó. A primera hora de la mañana, cuando descendía por la montaña en dirección a Stanville, a veces entreveía zorros grises arrastrando sus lustrosas colas mientras él seguía las curvas de la carretera serpenteante y dejaba atrás robledales resecos por la falta de lluvias, con las hojitas dentadas recubiertas de polvo, y grupos de castaños de Indias y arbustos verdigrises de manzanita. Las desnudas y blancas ramas de los castaños de Indias destellaban al sol. Las espigas tenían el amarillo suntuoso de la paja fresca. En su vida había visto unas espigas tan hermosas.

En la recta que conducía a la ensenada marrón el escenario se transformaba en una serie de oleoductos y torres petroleras, con los ejes girando y girando. Detrás de las torres había un naranjal polvoriento, una granja con dos palmeras delante, donde la carretera se bifurcaba. Las palmeras eran de una variedad curiosa, densas, enmarañadas y excesivas como las botas de nieve de un inuit.

En el valle la temperatura era veinte grados más alta y el aire apestaba a fertilizante. Ya no se veían naranjales, ni torres petroleras, solo cables de alta tensión y arboledas de almendros en enormes parcelas geométricas que flanqueaban todo el camino hacia la prisión.

Como todas las prisiones de California, en Stanville se izaban tres banderas: la del estado, la de la nación y la del POW/MIA (Prisioneros de Guerra y Desaparecidos en Combate). A Gordon la bandera del POW siempre le había parecido patética, porque era para recordar a los combatientes que habían desaparecido en Vietnam, una guerra que Estados Unidos había perdido rotundamente. Cualquier prisionero que no hubiera regresado estaba muerto, probablemente, y en cualquier caso nadie iba a volver a buscarlo, pero los guardias de todos los centros penitenciarios del estado hacían ostentación de una bandera en su honor. Ahora cuando capturaban a un soldado era distinto. Muchos eran del ejército profesional, contratados, y los degollaban en directo por internet. El presidente Bush salía en la tele a decir que estaba construyendo hospitales infantiles y colegios para los iraquíes. La mayoría de coches de los empleados de Stanville llevaban el lazo amarillo en el parachoques en señal de apoyo al ejército estadounidense.

En el interior de la prisión era complicado orientarse. A Gordon se le antojaba todo igual, edificios de cemento de una y dos plantas diseminados por una amplia extensión de tierra y hormigón rodeada de alambradas. Atravesó tres accesos de seguridad para llegar al aula, que se encontraba en un remolque sin ventanas cerca de los talleres vocacionales y la cocina central. De la cocina llegaba un olor constante a grasa rancia, únicamente superado por los efluvios de los disolventes del taller de carrocería, donde una hilera de furgonetas —vehículos privados de los guardias— esperaban alineadas a que los presos las pintasen por un precio superreducido.

Gordon tenía permiso para entrar a esta parte de las instalaciones, pero las unidades habitacionales y los patios eran terreno vedado, con la salvedad de un módulo de celdas en el patio A, el 504, donde podía trabajar con gente del corredor de la muerte y en régimen de incomunicación.

Siempre había temido el corredor de la muerte, pero descubrió que la realidad no tenía nada que ver con sus peores pesadillas. Se había imaginado barrotes de hierro, una estampa medieval de sufrimiento. El corredor era moderno y estaba automatizado, y cada diminuta celda tenía su puerta de acero pintada de blanco y su ventanita de cristal. Había doce mujeres, una por celda, y un pasadizo atestado de mesas y máquinas de coser rodeado de una valla de tela metálica. Un guardia recorría el cerrojo de una entrada de la valla y acompañaba a Gordon a visitar a cualquiera de sus alumnas mientras otras cosían o tejían alfombras en las mesas de al lado. Betty LaFrance, que

no era alumna de Gordon pero siempre insistía en hablar con él, se traía una radio de su celda y ponía música de ascensor mientras hacía su labor. Las mujeres hacían tarjetas de felicitación a mano que imitaban las que pueden adquirirse en una máquina automática: en el mejor de los casos se parecían a las que se compran en cualquier papelería, con mensajes vagamente inspiradores escritos con una caligrafía neutra. Tenían permiso para entrar y salir de sus celdas, que olían a ambientador Renuzit y estaban cubiertas de mantas hechas a mano, por la intimidad y probablemente por darles algún uso a aquellas mantas que hacían girar en el grasiento eje del tiempo.

Lo llamaban amorcito, corazón y muñeco. Amorcito le daba grima. Así era como la vieja usurera Aliona llama a Raskólnikov antes de que este lleve a cabo su plan de asesinarla, o al menos esa era la palabra que escogió el traductor. Amorcito.

Régimen de incomunicación, una planta por encima del corredor de la muerte, no disponía de zona común, y no había interacción entre las mujeres a menos que se pusieran a gritar. Las mujeres vociferaban de una celda a otra, imprecaban a los funcionarios, hacían ruido por hacer algo. Gordon esperó en un despachito mientras una alumna recorría el pasillo haciendo entrechocar sus grilletes y entraba en una jaula para asistir a la lección. Allí era donde había conocido a Romy Hall, que ahora iba a su clase. Una cosa en la que se fijó fue que le miraba a los ojos. Muchas mujeres clavaban la vista en su hombro o detrás de él. Desviaban la mirada hacia cualquier lado con tal de evitar la suya. Además, era atractiva, a pesar de las condiciones. Dos ojazos verdes. Una boca con la forma del arco de Cupido, o como se dijera, un labio superior que iba fup para arriba y fup para abajo. Una boca preciosa que decía: Confía en esta cara. Y la cara decía: Esto no es lo que parece. Vocalizaba bien, tenía buena comprensión lectora. Él no buscaba a una experta en vocalización. No buscaba nada entre las mujeres de Stanville.

La había vuelto a ver en lo que los guardias llamaban paseos al perro (las jaulas exteriores donde metían a las mujeres de incomunicación para que hiciesen ejercicio). En su recorrido hasta el 504 pasaba por delante de unas cuantas, y su instinto era evitar mirar a las mujeres atrapadas en aquellos pequeños recintos vacíos. Hall lo llamó con la naturalidad de una mujer que le pide fuego a un hombre o le pregunta a qué hora pasará el tren.

Le gustaba tenerla en su clase. Ella se tomaba en serio la lectura. Un montón de alumnas consideraban a Gordon estúpido, hablaban en clave y se

reían de él, pero no le importaba. Todas tenían sentencias que Gordon era incapaz de asimilar: cadenas perpetuas sin derecho a condicional, o perpetuas múltiples. Ya le costaba entender la idea de una sola cadena perpetua.

Les pasaba secciones fotocopiadas de libros, *Julie y los lobos*, Laura Ingalls Wilder, pero no les contaba a las presas que eran libros infantiles, y puesto que ellas los disfrutaban daba lo mismo. En sus clases utilizaba un lenguaje llano, dado que muchas solo tenían acabada la educación básica. Escribían con letras con forma de burbuja, como adolescentes. Incluso London, a quien las demás presas llamaban Conan y tenía pinta de hombre, escribía con letras de burbuja. London era lista, estaba claro. Se presentaba a clase sin haber leído nada pero hacía reír a las demás, que ya era algo.

—¿Busto es plural? —preguntó London.

—Depende de la persona —dijo alguien.

—Jones y su busto. Suena a peli de aventuras. *La teniente Jones y el busto maldito*.

Geronima Campos, una vieja nativa americana, se pasaba la clase pintando en su cuaderno de dibujo. Gordon pensó que quizá no sabía leer ni escribir. Un día, después de clase, le preguntó qué pintaba. Si admite que no sabe escribir, decidió, podría sugerirle que trabajemos aparte.

Retratos, le contestó la mujer. Abrió el cuaderno para enseñárselo. En cada página había una imagen y, debajo, un nombre. Sabía escribir. Pero las imágenes no eran rostros. Eran rayones de color.

—Este es usted —le dijo, y le enseñó un garabato de líneas negras con un manchón de azul.

Cuando las alumnas debatieron sobre un capítulo de *El pony colorado* de John Steinbeck, aludieron a las montañas del libro y a las que veían desde el patio principal. Parecía que les diesen miedo las montañas, cosa que sorprendió a Gordon. Supuso que las consideraban la libertad, lo único que podían atisbar del mundo natural.

—Ahí arriba tienes que pelearte con los osos —dijo Conan—. Aquí por lo menos solo tenemos ositos. Ositos y pringaditos. Y a esos sé que les gano.

Cuando tuvieron el tercer capítulo, «La promesa», sobre la yegua preñada Nellie, una mujer levantó la mano y contó que cuando ella dio a luz tenía la barriga en forma de corazón, «dividida en dos partes, igual que un caballo, y hasta el médico me lo confirmó, que los caballos tienen la barriga en forma de corazón».

Leyeron fragmentos del capítulo en voz alta. Al mencionarse los cerdos, una alumna interrumpió para comentar que su primo le había escrito desde el trullo de Arizona que tenían una cámara de gas donde un domingo al mes metían un cerdo para probar la máquina.

Gordon trató de reconducir la conversación hacia el libro. ¿Qué había prometido Billy Buck?

La chica cuyo primo le había escrito sobre los cerdos gaseados los domingos dijo que cuando el cerdo «subía por la chimenea», un olor invadía el patio.

—Oía como a flores de melocotón. Eso me contó mi primo.

Romy Hall levantó la mano. Dijo que Billy Buck le había prometido a Jody, el muchacho, un potro sano. Antes, Billy Buck le había prometido que cuidaría del pony colorado y el pony había muerto. Aquel nuevo compromiso era la oportunidad de portarse como un hombre, si conseguía que el potro naciese sin problemas.

¿La mantuvo?, preguntó Gordon.

Ella contestó que ahí estaba el truco del relato. Técnicamente sí, pero para que el potro saliese tuvo que matar a la yegua. Mató a la yegua para salvar al potro, que venía de través. Le machacó el cráneo con un martillazo, cosa que era una manera bastante gilipollas de mantener una promesa. La yegua podría haber dado a luz otros potros que no viniesen de través, pero tuvo que morir porque un vaquero estaba pagadísimo de sí mismo como hombre de palabra.

—Hacer una promesa está bien —le dijo London a Gordon, como si le resumiese el funcionamiento real de la vida—, pero mantenerla no siempre es buena idea.

\* \* \*

Una tarde, Romy Hall no se fue al acabar la clase. Gordon empezó a recoger sus papeles en una postura rara, desde el extremo de su escritorio, a fin de dejar más distancia entre ambos.

Le contó muchas cosas sobre sí misma en el espacio de cinco minutos. Habló con una voz contenida. Gordon pensó que la joven llevaba tiempo guardándose. Fue retrocediendo, para alejarse de ella, y ella fue avanzando hacia él, que no se iba a dejar manipular. Una mujer había intentado que le colase móviles; otra, tabaco. El personal y los guardias andaban metidos en

esos tejemanajes. Gordon no quería saber nada.

Ella tenía la perpetua, le contó, y era madre de un chaval. Le pidió perdón por incordiarlo. Le dijo que se levantaba deprimida. Notaba la niebla en la celda, aunque no tuviera ventana, y le contó que la humedad le recordaba a casa.

Quería que llamase a un número de teléfono para averiguar dónde estaba el chico. Lo tenía todo anotado y esa era precisamente la clase de cosa que él había querido evitar cuando notó que ella se le acercaba. El hecho de que le hubiera comprado unos libros o que la encontrara guapa, el que hubiese pensado en ella de vez en cuando, no significaba que anduviese buscando dramas familiares.

\* \* \*

Había empezado a echar una mano por su cuenta, y contra las normas, a Candy Peña, del corredor de la muerte. Candy había estado llorando como una niña porque no le quedaba lana ni dinero, así que no iba a poder ayudar a los bebés. Las demás presas del corredor de la muerte cosían mantitas para mandarlas a una asociación benéfica cristiana de Stanville.

Gordon sabía que podía traer lana. Casi nunca le registraban la mochila. Estaba desayunando en Baressi's cuando tomó la decisión. Ese local lo serenaba, con aquellas fotos de coches de serie enmarcadas, victorias del circuito local. Tenía una zona de comedor y otra de bar con un piano en un rincón. Las noches de los sábados tocaba una mujer.

En Stanville no había dentista. No había reparación de calzado. No podías comprarte una olla buena, ni siquiera una pasable para alguien tan poco exigente como Gordon, pero había tres tiendas de pasatiempos y manualidades. Entró en una. Compró cuatro madejas de distintos colores. Candy había dicho lana, aunque la tienda de manualidades no vendía madejas de lana cien por cien, ni siquiera con algo de lana, pero quizá lana ya no significaba lana, sino tejido esponjoso para hacer punto. Al día siguiente le dio a Candy lo que había comprado. Ella se deshizo en agradecimientos, y él se sintió fatal. No porque hubiese ido contra las normas, sino porque comprar aquello apenas le había representado una molestia y aun así ella lloraba y decía que nadie había hecho algo tan bonito por ella en toda su vida, ni una sola vez.

No le quedaba otro remedio que hacer favores a otras, para no ser solo el santo de Candy, neutralizar el acto de dar a base de dar más.

Betty LaFrance le pidió a Gordon si podía echarle una carta al correo; iba dirigida a un antiguo amante, le explicó, que estaba en la prisión estatal de California. Los presos no tenían permitido contactar con otros presos sin aprobación expresa del Departamento de Correccionales, como Gordon sabía a ciencia cierta, pero supuso que el romance de Betty probablemente era imaginario. La primera vez que la vio estaba llamando la atención de los guardias a grito pelado: «¡Policía! ¡Por favor, dígame al encargado del aparcamiento que reserve una plaza para mi peluquera!». Desdeñaba al resto de mujeres del corredor de la muerte; a Gordon le dijo que estaban por debajo de su categoría. En una ocasión le preguntó si alguna vez había viajado en primera clase en Singapore Airlines. Cuando Gordon respondió que no, pareció sentir lástima por él. Era una mujer ilusa y condenada a muerte. La compadeció. Le envió la carta.

Compró semillas para una alumna de su clase que cuidaba plantas. Ella le trajo menta fresca como regalo, y cuando él le preguntó de dónde la había sacado le contestó que había entrado en prisión en unos viejos tabloncillos de metro y medio por cuatro que estaban usando para la construcción. La replantó, la regó. Le contó que miraba el cielo a la espera de que los pájaros excretasen semillas, y luego las hacía germinar en servilletas de papel. Supuestamente las normas dictaban que no se podía plantar nada. Pero el capitán del patio D, donde ella vivía, le dejaba tener plantas. Tenía la perpetua. Gordon le dio un paquete de amapolas de California. Ella se cubrió la cara con las manos para ocultar las lágrimas. «Es un regalo del cielo. Gracias, un regalo del cielo», le dijo. Con lo que el ciclo se reinició, la incomodidad, la gratitud desmedida. El paquete de semillas le había costado ochenta y nueve centavos.

Y de la misma manera le había estado mandando libros a Romy Hall. Entrar en Amazon. Clicar sobre un botón. ¿Qué eran veinte pavos para él si gastárselos suponía varias semanas de libertad de pensamiento para alguien en prisión? Pero inmiscuirse en la vida personal de una presa en el mundo exterior, llamar a un número en su nombre: eso era distinto. Era, se mirase como se mirase, inmiscuirse no solo en la vida de ella sino también en la suya propia.

Puso el papel que le había dado Hall en su mesita. Un número de teléfono

y el nombre de su hijo. No llamó, y para su alivio, o para su tibio alivio, ella no le preguntó nada. Charlaron, pero sobre cosas insignificantes. Se piensa que no voy a ayudarla, que me da igual. Pero quería que supiese que sí le importaba, y que no le resultaba indiferente que le hubiera pedido aquel favor.

Se sentó en el sofá, cogió el pedazo de papel con el número y volvió a dejarlo. En lugar de llamar se metió en internet y averiguó cómo encargar material de pintura para Geronima del catálogo de un proveedor. Algo fácil, que no requiriese demasiada reflexión.

Geronima se llevó sus nuevos utensilios de pintura a clase y trabajó con diligencia durante varias semanas antes de abordar a Gordon.

—Me gustaría enseñarle lo que he estado haciendo. Retratos, pero de los que usted prefiere, quizá.

—¿De los que yo prefiero?

—Bueno, de los que la mayoría de gente prefiere —se los enseñó. Eran ilustraciones logradas, inmediatamente reconocibles. De ella misma. London. Gordon. Romy. De todas las presas de la clase. Tenían la economía de las caricaturas. Pasó la página y se encontró con un rostro desconocido que lo miraba fijamente desde el papel, con unas lágrimas cayéndole por las mejillas —. Esa es Lily, que vive en mi unidad y me recuerda a mi hermana pequeña. No tengo ninguna foto de mi hermana, así que le pedí a ella que posase.

En primavera empecé a oír ruidos desagradables y maquinaria, a veces a un volumen sorprendentemente alto, dependiendo de las condiciones meteorológicas. Con el deshielo, por tanto, las plácidas excursiones se echaron a perder por culpa de los gemidos y aullidos de aquellos monstruos de hierro, que resonaban por las colinas a kilómetros. Decidí vengarme. Pero era difícil determinar de dónde provenían los ruidos. Tuve que esperar al verano porque con la nieve mis trampas podrían ser fácilmente sorteadas. Pero al llegar la primavera el ruido cesó. Comencé a oírlo de nuevo en verano. Seguí el ruido hasta averiguar que provenía de una operación de tala en la cuenca de Willow Creek. Estaban despejando una de mis zonas agrestes preferidas. Derribaban los árboles con excavadoras en lugar de serrarlos. Lo contemplé desde un peñasco sin ser visto. Cuando dieron el día por terminado, la superficie entera estaba arrasada. Bajé a la zona después de que se marchasen. En la máquina que usaban para coger los troncos y apilarlos en los camiones había un bidón de aceite de veinte litros. Volqué el aceite en el motor de la máquina y le prendí fuego. Pasé una agradable noche durmiendo en lo alto de la montaña y me volví a casa tranquilamente por la mañana. Me sentí fenomenal con aquello, aunque un pelín intranquilo por la posibilidad de que sospechasen de mí.

Doc había estado en Las Brisas la noche que recibió una llamada por un robo en una casa de empeños de Beverly Boulevard, en Filipinotown. Se había disparado la alarma silenciosa del local. Doc decidió acercarse sin luces ni sirenas, por si acaso la escena del crimen seguía activa.

Al llegar descubre que el sospechoso sigue allí. El coche del tipo, un Chevy Caprice desvencijado, no arranca. Le da al contacto una y otra vez. El motor de arranque chirría pero no se enciende.

Doc se le acerca con sigilo, le encañona la cabeza con su revolver reglamentario y le pide educadamente que se baje del coche. Su voz, la de Doc, se vuelve amable. Como la voz de Mr. Rogers en su programa infantil, pero no como la de quien imita a alguien de la tele. Es una voz que a Doc le sienta como un guante. Tiene una pinta flamante, más que poli parece un dentista. Pensaba en su imagen en términos baloncestísticos: era principios de los noventa, y si en el cuerpo había tíos a los que les iba el estilo y el lenguaje callejeros —como los Lakers con sus shorts hasta las rodillas—, Doc se veía jugando para los Utah Jazz, un equipo cuyos mayores encestadores eran blancos con shorts ceñidos. Hombres que, al igual que Doc, también tenían pinta de dentistas y hablaban inteligentemente de estrategia y técnica, a diferencia de los retrasados que se ponían delante de las cámaras para comentar el partido a toro pasado y decir que habían ganado a fuerza de tomarse su tiempo y tirar en el momento preciso. Me he tomado mi tiempo, he tirado en el momento preciso. Eso era lo único que decía la mayoría de jugadores, como si se lo hubieran aprendido de memoria. Pero en realidad era una buena fórmula. Así era como hacía Doc las cosas.

—Parece que el coche te está dando problemas —dice Doc.

Luego le pregunta con serenidad qué tal ha ido el robo.

—¿El qué?

El tío está confuso. Un negro. En el ámbito profesional de Doc, la gente negra es la que le crea más problemas. O más bien a quienes él crea más

problemas.

Doc pone al tío con las piernas abiertas contra el cacharro y coge del asiento de delante el botín robado, que está metido en una funda de almohada, tal y como recuerda haberlas usado de niño en Halloween para pillar todos los caramelos que pudiera, que se jodiesen los otros. La funda está llena de armas, relojes, joyería, lo habitual. El tío lleva una pistola, así que Doc se la quita también. Es una Glock. Doc se queda gratamente sorprendido de que un tío en un coche hecho polvo que no arranca tenga un arma digna que quizá se quede en lugar de venderla.

La radio policial de Doc balbucea su mensaje de estática: los refuerzos van camino de Beverly con Vendome. ¿Refuerzos? Él no ha pedido refuerzos. Pero la central dice que están en camino. A lo mejor es una patrulla fantasma. Una confabulación que han organizado. El comisario quiere un determinado número de coches de la división circulando. Bueno, pues que le jodan al comisario: los agentes de toda la ciudad engañaban a la central para que creyese que estaban acudiendo a las llamadas cuando en realidad estaban comiendo, jugando a las cartas, en el gimnasio o echando un polvo en un cuartucho por horas al final de Western, el Snooty Fox, un lugar popular entre los hombres del cuerpo. Era un sitio limpio, Doc quiere que lo sepáis, no la típica Venus atrapamoscas para fumetas de crack y mamadas a cinco dólares. El Snooty Fox tenía clase, suites y una buena máquina de hielo, y había espejos en el techo para que te pudieses mirar. (A Doc le parece una extravagancia que un espejo no sea para mirarse uno mismo. Charlaba con los tíos del Rampart y siempre decía lo mismo: «Si quiero verle la parte de atrás a una puta, le doy la vuelta. Para eso no necesito un espejo. A quien no puedo ver sin un espejo es a mí».)

Doc llega a la conclusión de que seguramente la patrulla de refuerzos está mojando el churro en el Snooty Fox.

El sospechoso se vuelve hacia él con las manos en alto.

—Tranquilo —le dice Doc—. Mira, ni tú ni yo podemos escaquearnos de esto, así que vamos a unir fuerzas. Yo te puedo poner las cosas más fáciles. Vas a ir al calabozo. Mañana te leerán los cargos y el tribunal te asignará un abogado digno.

O no, como bien sabía Doc.

—Como mucho te condenarán a dos años.

El sospechoso empieza a sorberse los mocos.

—Eh, te entiendo. Tú solo intentabas pegar un palo rapidito.

El sospechoso mira fijamente a Doc, sin ninguna confianza, porque está asustado y probablemente odia a los polis.

—Esto es una putada —dice Doc.

Oye sirenas aullando rumbo al cruce que forman Virgil, Temple, Silverlake, Beverly. Pues sí que vienen refuerzos de camino. Si los semáforos están en rojo, tiene tiempo mientras el coche patrulla disminuye la marcha para abrirse paso por los carriles múltiples de la intersección con el tráfico en sentido contrario.

Doc saca un cigarrillo.

—Para mí estas cosas tampoco son divertidas.

Le ofrece uno al sospechoso, que le echa un vistazo con cautela y sacude la cabeza, pestañeando para evitar que se le caigan las lágrimas.

—Puedes bajar las manos —le dice Doc exhalando el humo—. Tengo tu pistola, sé que no representas una amenaza. Límitate a no hacer ninguna estupidez. Pero tranquilízate. Me estás poniendo nervioso.

El sospechoso lo mira. Sigue con las manos en alto.

—Tranquilízate, en serio. Voy a dejar que esos que vienen ahora en el coche te fichen. ¿Sabes por qué? Detesto mandar a gente al calabozo. Ahora venga. Te estoy ordenando que las bajas. Ya veo que eres buen chaval. Seguro que era tu primer robo, por eso la has cagado tan espectacularmente. Baja las manos y tómate un respiro. De aquí a un momento esos tíos te van a esposar y las esposas no son cómodas.

Los ojos del sospechoso brillan de temor. Empieza a bajar un poco los brazos.

Se restriega la cara húmeda con la manga de la camisa.

¿Os acordáis de cuando todo el mundo llevaba aquellas camisetas de rugby con franjas estrechas verticales de colores chillones y cuellos de solapa? Eso llevaba el sospechoso.

Doc odiaba aquellas camisetas.

El sospechoso baja las manos del todo.

—Muy bien —dice Doc—. Intenta no preocuparte. Conozco al funcionario de ingresos. Le pediré que no se cebe contigo. A lo mejor hasta te ponen una fianza esta misma noche.

El sospechoso no se limita a bajar los brazos, sino que dirige las manos a los bolsillos.

En el instante en que las mete en los bolsillos, Doc le dispara en la cara. Dos veces, apuntando hacia arriba.

Los refuerzos llegan a los pocos segundos. Unos segundos lo suficientemente largos como para que Doc se guarde la funda de almohada heredada.

Dos agentes de la Comisaría Central se bajan del coche.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado aquí?

El sospechoso está derrumbado contra el morro de su coche. Por detrás, un reguero de sangre salpica todo el capó.

—Le digo arriba las manos —cuenta Doc— y se las lleva directas al bolsillo. No iba a arriesgarme.

\* \* \*

No sabía por qué lo había hecho. El violador de niños, que ardiese en el infierno, pero ¿por qué había matado a aquel chaval en Beverly?

Si el chaval le hubiese preguntado: ¿Por qué haces esto?, Doc quizá se habría contenido, porque no lo sabía. El chaval no se lo preguntó porque Doc no le dio tiempo.

Es verdad que con José, su antiguo compañero, torturaron a un tipo, el encargado de un club de caballeros situado debajo de la autopista 605, y que cuando acabaron tiraron el cadáver cerca de la 710. Pero el tío había violado a la novia de José, o sea, ¿qué se suponía que tenían que hacer? La prensa montó un gran escándalo por lo de la tortura, pero Doc no es un psicópata ni un asesino en serie. Lo hizo así para que pareciese que el asesino había sido alguien con ese perfil.

\* \* \*

No todo era así. Doc era un inspector conocido, alguien a quien igual habrías envidiado en caso de verlo con otro puñado de agentes libres de servicio por los acantilados de Malibú un día cálido y sin viento. Un grupo de policías subía por la Pacific Coast Highway. Doc iba normalmente en su Sportster del 78 y no en una de esas maricacicletas último modelo y superequipadas que a menudo se ven aparcadas fuera del restaurante Neptune's Net en la PCH, el conductor con guantes de mayordomo porque el

trasto es alquilado. Doc odia a los moñas que alquilan Harleys, y él tenía dos, que conste, la Sportster y una Softail, la Softail también sin accesorios pero con alforjas de cuero para los viajes a su casa en Three Rivers, donde tenía una parcela de tierra atravesada por un riachuelo, otro rasgo envidiable de la antigua vida de Doc. Una bella región montañosa, una pesca de truchas fantástica, aire puro. Una cabaña rústica de madera donde se picaba metanfetamina y se tiraba a tías que se traía del sur de L. Á.

Three Rivers lo lleva a recordar algo fascinante: ve caderas y muslos desparramados. Es lo que le pasa al cuerpo de una mujer cuando le quitas la ropa, caderas que se extienden contra la presión esponjosa del colchón lleno de bultos en su casita de campo. Ve el revestimiento de madera barata de las paredes. Un coño peludo, húmedo, de aspecto relajado. Separa los labios con los dedos, usa la otra mano para ponerse a punto. La cosa funciona. No ve una cara pero ni la quiere ni la necesita. Ve los muslos separados y oye el chirrido de aquel viejo somier al colocarse en posición. Nota la calidez de un cuarto tranquilo en un día de verano y la cosa sigue funcionando.

Todo el sexo del que ha disfrutado. Lo único que queda son esos momentos que repites en bucle.

Caderas, presión, maderos, chirridos de la cama. Las manos en el trasero (es un hombre, ¿entendido?, se dice trasero, no culo). Agarra el de ella. Lo agarra con las dos manos. La manera de abrirse las caderas debajo de él en aquel colchón del campo, eso es lo que lo ayudaba a llevar la cosa a buen puerto. Embiste. La cama chirría como loca; está llegando al final y el ruidoso somier mete ruido como si lo estuviesen partiendo a hachazos.

\* \* \*

Pero este otro en el que ahora se hunde recuperando el aliento, no. Esta cama es de hormigón. Yace en medio del calor inmóvil de la celda, trata de mantener la sensación del calor inmóvil de un día de verano en el bosque de secuoyas.

Si su Harley está debidamente calentada no necesita que la ahoguen, solo el contacto para aguantar sin esfuerzo una transición líquida.

En una tarde así habría ido al bar de moteros de Three Rivers, habría dejado a la mujer, la que fuese, en la cabaña, con drogas confiscadas y tele por satélite. Se sienta en la barra y bebe cerveza fría de barril.

La gente desprecia la Budweiser en favor de esas marcas estúpidas de las que nadie ha oído hablar, pero la Budweiser es la reina de las cervezas por un motivo: está buena.

\* \* \*

Su compañero de celda está en la zona común tañendo las cuerdas de su guitarrón amarillo. Suena como Led Zeppelin, pero ¿cuándo los arpegios bluseros de un tío blanco suenan a otra cosa? El compañero de celda es un músico aceptable, para ser una sabandija que se folló a su propia hija.

Todos los demás están en el patio. Doc no sale al patio. Por si no lo sabíais: el patio de la prisión no es lugar para un poli, ni siquiera el patio de Casos Delicados (a menos que sea día de sóftbol, en cuyo caso Doc se arriesga para mirar).

Cuando el compañero de celda vuelve, Doc está dándole de comer a su lagarto. Hace poco descubrió que el papel de forrar —se puede encargar del catálogo de suministros Walkenhorst— sirve de malla para cubrir el techo del terrario de cartón del lagarto. El terrario lo ha construido con una caja de zapatillas Nike. Doc solo calza deportivas blancas, de un blanco hospitalario, trabaja con ellas varias veces al día con el Cell Block 64 y usa diversos pares, con los cuales varias personas del cuerpo de policía le pagan para comprar su silencio. Le está dando de comer al lagarto trocitos de hoja del esqueje que cuida en un tarro. Disfruta de algo de vida animal y vegetal en la celda siempre que sea ordenado y limpio y no introduzca ningún olor extraño. Observa al lagarto mirando la manaza que sostiene la hoja, y entonces...

Algo lo ha reducido a un signo de interrogación.

Está en el suelo, pero recuperándose. El compañero de celda, guau. Le ha pegado un trompazo en la nuca. Con qué, Doc no lo sabe. Algo gigantesco.

No puede respirar. Ahora lo están estrangulando con un garrote casero.

¿Es que existe otra clase de garrote?

Su mente divaga, hasta en instantes críticos. Siempre se dice «garrote casero». Doc alza las manos... Es sólido, está hecho de...

¡No puede respirar!

¿Hilo dental? ¿Una cuerda de guitarra?

Doc balbucea y gruñe con un deseo animal de vida. Intenta...

No puede...

En Los Ángeles sentí que me había librado de Kurt Kennedy, aunque varias veces di un respingo al toparme con hombres que compartían sus repulsivos rasgos físicos: las pantorrillas abultadas, la piel rubicunda, el cráneo calvo e irregular, y en una ocasión creí por equivocación que había oído su voz áspera. Pero Los Ángeles era un planeta nuevo: puestas de sol de polo de naranja, sandalias en enero, gigantescas aves del paraíso, supermercados con pasillos relucientes de productos tropicales. Empecé a relajarme, a sentirme libre de la asfixiante familiaridad de San Francisco.

En realidad, me mudé con Jackson a Los Ángeles no solo para librarme de Kurt Kennedy, sino para poder estar con Jimmy Darling después de que consiguiese el puesto de profesor en Valencia. La propiedad que subalquilaba pertenecía a un viejo pintor excéntrico que se había marchado a Japón. La mayor parte de las estructuras del rancho se habían quemado en un incendio forestal, de modo que el viejo pintor vivía en un remolque Airstream. Había construido una pérgola de madera con enredaderas para que el sitio se mantuviese fresco. A Jackson aquello le encantaba, porque era casi como acampar. A cierta distancia del remolque había un váter portátil verde lechoso marca Andy Gump con la puerta fijada con alambre para que no se cerrase. Fui allí para tumbarme a la sombra en una hamaca con Jimmy, comer los higos chumbos que crecían en los límites de la propiedad y dejar que Jackson les diese manzanas y hierba a las yeguas árabes ya retiradas que pacían en el pasto enorme y encharcado. Pasábamos allí la noche pero siempre nos marchábamos a primera hora de la mañana y hacíamos el largo trayecto de vuelta a mi casa prestada, mi realidad, por así decirlo. No quería vivir con Jimmy. No era el tipo de persona con quien una se muda o monta su vida. Él se dedicaba a lo suyo y yo a lo mío, y cada pocos días nos juntábamos y nos entreteníamos el uno con el otro, pero sin mayor compromiso. Paseábamos por la propiedad. Jackson y él hacían tallas juntos. Le rascaban la cabeza a la cabra barriguda que era la compañera del viejo pintor. Cuando llovía, las

ranas invadían la piscina abandonada de la propiedad quemada de al lado y el coro de su croar hacía las delicias de Jackson. Después de ponerlo a dormir en un colchón en el suelo del remolque, Jimmy Darling y yo tomábamos tequila en una mesa de pícnic bajo un toldo de plástico, y luego disfrutábamos de algo de sexo gratificante y beodo en la única cama del remolque, donde tanto la cama como el mismo remolque eran demasiado pequeños para dos personas, ya fuera por casualidad o a propósito.

El pintor que vivía en el rancho de caballos estaba huyendo de las garras de varias mujeres, le contó Jimmy. El váter portátil era un mensaje para que las mujeres no se pusiesen demasiado cómodas. La cama era individual. Jackson y yo solo íbamos allí los fines de semana. Jackson iba a la guardería, así que era inviable subir entre semana. El trato me venía bien, pero a veces, mientras conducía de vuelta al centro de L. Á. con Jackson en el asiento de atrás, sentía que me hundía en una soledad demasiado aireada y espaciosa. Jimmy, en cambio, probablemente se limitaba a meterse en el estudio del viejo pintor y se ponía a construir o a fabricar, porque era un constructor y un artesano, poco proclive a la introspección destructiva. Yo pasaba en coche por delante de la fea central eléctrica de Burbank, veía el vapor que expectoraban las bocas de los reactores y me encaraba con lo que no me gustaba admitir: que Jimmy Darling estaba libre de preocupaciones y que tenía un lugar en el mundo. Era alguien. La visión que yo tenía sobre mí misma era justo la contraria.

No parecía que esa sensación derivase de algo que yo pudiera arreglar o mejorar. Simplemente surgía de compararme con Jimmy, por lo que mi vida se presentaba como un grabado en negativo. Pero no me habría consolado salir con alguien peor que yo. Poco después de mudarme a L. Á. me topé con un tipo de San Francisco, un guitarrista que salía con una conocida y que había estado en un grupo musical que todo el mundo consideraba guay. Me contó docenas de historias terroríficas sobre sus recaídas en la heroína, sobre las sobredosis de su compañero de cuarto y de su hermano, y algo sobre una tal Noodles, una chica que había intentado endosarle la muerte del compañero de cuarto alegando que era culpa suya por proporcionarle las drogas, y cómo por fin estaba reorganizando su vida, cuánto se alegraba de estar fuera de San Francisco, que debíamos quedar, etcétera. Tenía tatuajes que no recordaba de cuando nos habíamos conocido, caras de monstruos por los brazos. Parecían gárgolas dispuestas para defenderlo de las malas energías, salvo por el hecho

de que él las irradiaba, y yo estaba deseando librarme de su presencia cuanto antes.

\* \* \*

El apartamento que subalquilaba estaba cerca de Echo Park Lane, en una calle curva de edificios victorianos que parecían a punto de desplomarse sobre la ciudad. Era de una conocida mía de San Francisco, una stripper que estaba en Alaska, trabajando en clubes de caballeros. Un montón de chicas viajaban a Alaska a hacer dinero, pero nunca volvían con mucho. Ganaban una barbaridad en los clubes, pero la vida era tan sosa y enclaustrada que todo el mundo se pasaba el día bebiendo, y el alcohol era caro, como todo allí. Las chicas volvían con la experiencia de Alaska y ningún ahorro. Esta en particular tenía un bonito apartamento porque en L. Á. había ganado pasta en los clubes del valle de San Fernando. Estos tenían una reputación que, como luego descubrí, se mantenía. Cuando digo descubrí me refiero a que lo hice después de un inicio incierto, trabajando en clubes de Hollywood que no eran sino hervideros de turistas, parejas que iban allí a mirar embobadas sin ninguna intención de pagar por un lap dance. No hay nada peor que cuando la gente de tu edad se presenta para cachondearse. Siempre es mejor tratar exclusivamente con clientes que conocen las reglas y juegan según estas. Aquellos que vienen en busca del juego, fingiendo que existen chicas emperifolladas con diamantes falsos y tacones de aguja amarillo canario que de verdad se ponen cachondas enterrando la cara de hombres de mediana edad entre sus pechos. Queremos clientes que crean que las chicas eligen los diamantes falsos y los tacones de aguja porque son de la clase de chicas que visten así, y no porque se limiten a fingir que esa clase de chicas existe. En cuanto di con los sitios adecuados donde trabajar, empecé a forrarme. Pero en lo que se refiere a cantidades exactas, tened en cuenta que cada trabajador pagado con propinas, lo mismo un camarero que una stripper, exagera lo que gana. Es la naturaleza humana. La gente no miente descaradamente. Toma el día que se le ha dado mejor en toda su vida, el turno más lucrativo desde el punto de vista histórico, y te cuenta que eso es lo que gana de media. Lo hace todo el mundo. Así que puedo deciros cuánto gané un viernes noche en el Valle, como si se tratase de un turno típico, pero lo que recuerdo es el mejor viernes de todos los tiempos, que no tuvo nada de típico. Los turnos para

comer, lo que me dieron al comenzar, no suponían pasta gansa. Los hombres venían por el bufet chino come-todo-lo-que-puedas y no por la compañía. Yo me sentaba al fondo de la sala, aburrída, esforzándome en no oler el cerdo agridulce, mientras escuchaba a David Lee Roth diciendo «*all you got to do is jump*». «Se diseñó él mismo el vestuario para el vídeo», me repitió como seis veces otra stripper. Se ve que era el único dato que tenía a mano o el único que conocía.

El colegio de Jackson estaba a una manzana del piso, así que podía acompañarlo por la mañana. Y si estaba trabajando, mis nuevos vecinos, una gran familia con cuatro niños que iban al mismo centro, se lo llevaban y me lo cuidaban. Se fue transformando rápidamente de Jackson a Güero, que era como lo llamaban ellos. La abuela era de México y planchaba todas y cada una de las prendas de ropa de toda la familia, calcetines y calzoncillos incluidos. Eran gente entrañable que quizá no entendían del todo a qué me dedicaba, pero los niños no hacían juicios ni tenían necesidad de comprender.

No veía ninguna fatalidad en el horizonte. Al menos estaba lejos de Kurt Kennedy, y Jackson parecía feliz.

Aunque había presenciado fatalidades. Me rodeaban. Pero en aquel momento pensé que la mala suerte de otros confirmaba que yo iba por el buen camino.

\* \* \*

El fontanero, por ejemplo. La chica que me subarrendaba tenía un fontanero que no dejaba de pasarse por la casa. Era de Guatemala y muy simpático. Demasiado simpático. Tenía un montón de planes para mí. ¿Os gusta cuando vuestro fontanero tiene un montón de planes para vosotros, socialmente hablando? Daba a entender que la anterior arrendataria del sitio y él habían sido buenos amigos y esperaba que yo también lo fuese. Yo trataba de comenzar una nueva vida, y aquel fontanero no paraba de llamarme para contarme que un sábado me iba a llevar a Home Depot para que escogiese un lavabo, que el casero supuestamente tenía que hacer instalar, y yo le decía: Me da igual, tráete cualquiera, estoy subalquilada, Victor (era el nombre del fontanero), qué importa. Pero Victor decía, como por consideración hacia mí y a lo que realmente quería yo (siempre que alguien haga esto, cuidado): No, no, iremos juntos. Yo te llevo, no hay problema, de verdad.

Para mí sí había problema, porque no me quería pasar el sábado con Victor. Se presentó el día acordado con una camisa de estampado brillante y bañado en colonia. Tanta colonia que parecía incrustado en la fuente original, el lugar desde donde fluyese la cosa aquella. Dejé a Jackson con la familia Martinez, y la abuela, a quien Jackson empezaba a llamar Abuela, miró a Victor y asintió como si lo comprendiese todo.

Nos fuimos a comprar el lavabo; para mí las horas empleadas en ello fueron una pérdida de tiempo, porque no quería estar en su furgoneta. No quería que su felicidad dependiera de mí, una felicidad que parecía basarse en la pura nada, una fina capa de alegría extendida sobre el vacío. Eché de menos a Jackson, eché de menos a Jimmy. Quería una vida que no tenía. Pero tampoco estaba preparada para admitirlo. Quería librarme de Victor para poder beberme una cerveza en el porche mientras la camioneta de los helados hacía sonar su soniquete deforme y bobo, y Jackson y los niños de los vecinos formaban cola para pillar una diabetes de tipo 2. Estaba bien ser una desconocida en Los Ángeles. Estaba mal ser una desconocida en Los Ángeles en compañía de otro desconocido con una camisa chillona. Si todo le iba tan genial al tal Victor, ¿por qué desperdiciaba su sábado ignorando ciegamente las muestras de hostilidad y antipatía que le daba una mujer que no tenía ningún interés en él? Me desesperé, pero era una desesperación muy distinta de la que sentía Victor.

Tras descargar el lavabo en mi apartamento, intentó convencerme para ir a tomar margaritas flambeados a un local mexicano del Sunset. Le dije que me daban dolor de cabeza. Usan butano para quemarlas, le dije, aunque igual no es verdad. Y él me dice que podemos tomar vino blanco, suponiendo que sería de esas estilosas que beben vino blanco. Como soy una persona amable, le mentí y le dije que tenía que trabajar, aunque no trabajaba en todo el fin de semana; planeaba pasarme un buen rato pensando, sentada en la cama de aquella chica que se había ido a Alaska, oyendo la camioneta de los helados, con la mente en blanco, que más tarde llenaría de pensamientos sobre cómo vivir como una adulta. Eso me tenía ocupada. Era importante para mí. Sin nadie que me importunase, observase, acosase, llamase, persiguiese ni espíase. Había sufrido aquello durante meses con Yuyu Kennedy, y ahora era libre y no quería que el tal Victor me lo enturbiase.

Cuando oyó mi mentira del trabajo, Victor quiso llevarme a bailar salsa a la salida. Le dije que no, y después de insistir varias veces por fin me lo pude

quitar de encima.

Una semana más tarde me llamó y preguntó:

—Romy, ¿te encuentras bien?

Estoy bien, le dije. ¿Por qué iba a ser asunto suyo si yo me encontraba bien o no?

—He tenido un sueño horrible en el que salías.

Siempre que alguien sueña contigo, el sueño habla de ellos, no de ti. Se trata de su fantasía privada y se delatan al proclamar con quién sueñan. Pero Victor era supersticioso y estaba convencido de que teniendo en cuenta lo que había soñado debía preocuparse por mí.

Victor murió en un accidente poco después de aquella llamada, en la furgoneta en la que habíamos ido a buscar el lavabo a Home Depot.

En su pesadilla había soñado con la persona equivocada.

\* \* \*

Poco después de que Victor muriese, un vecino, un tipo joven llamado Conrad, murió de sobredosis. Yo sabía que Conrad era un yonqui. A veces hacía de ayudante para Victor, pero era una cuestión de caridad por parte de Victor. La hermana de Conrad se presentaba a diario en nuestra calle y se plantaba ante la casucha en ruinas donde vivían Conrad y su espeluznante madre. Cada mañana la hermana llamaba a gritos al hermano para que lo oyera todo el vecindario.

La madre de Conrad, Clemence, había llamado a mi puerta cuando me mudé para decirme que no pidiese pizzas. La miré y me dijo: «¿Sabes, esas bolsas de vinilo negro que llevan los chavales del reparto? ¿Bolsas térmicas para pizza? Traen el mal. Si ves esas bolsas térmicas, ya puedes decir que el mal está en camino».

Después de la advertencia sobre las bolsas térmicas para pizzas empezó a hablar de J. Edgar Hoover, de Jimi Hendrix y del resto de «individuos conocidos» fallecidos en el vecindario y con quienes su familia estaba relacionada. Se mostró vaga y aprensiva sobre sus relaciones superestrechas con aquellos individuos conocidos. Que sí, señora. Me excusé y me metí en casa. Rara vez la volví a ver y a Conrad lo mismo, pero oía a diario los gritos de la hermana. A diario se plantaba en la acera y llamaba a Conrad. Un día dejó de hacerlo, porque al parecer Conrad había muerto la noche anterior. Se

acabó Conrad. Aun así, no se me ocurrió que la calle estuviese maldita, a pesar de que experimenté un sobresalto, una especie de repelús, cuando vi a un repartidor bajarse de su coche con una enorme bolsa térmica negra para pizzas en las manos.

Poco después de las muertes de Conrad y Victor, me encontraba en casa haciendo tiempo hasta las tres para ir a recoger a Jackson cuando oí al vecino de al lado gritando una y otra vez. Tardé unos instantes en darme cuenta de que la palabra que gritaba era mi nombre. Salí a ver qué quería. El hombre estaba en la entrada con la mano envuelta en una toalla, y de la toalla chorreaba sangre por toda la acera.

—Tiene que llevarme al hospital —dijo.

Al principio, cuando llegué, aquellos vecinos habían intentado ser simpáticos, pero yo mantuve las distancias. Tenían unas pintas disuasorias. Cejas afeitadas, piel cetrina, pelo teñido de negro, uñas pintadas de negro, un coche fúnebre antiguo. Victor había hecho algún trabajo de fontanería allí y me dijo que tenían un ataúd de niño en la cocina para guardar las latas de conserva. Acababan de comprar su edificio, de cuatro pisos, y estaban desalojando sistemáticamente a los inquilinos para subir el alquiler. Eran unos caseros góticos de los barrios bajos. Dos de sus inquilinos se habían largado, pero la familia de la tercera vivienda no tenía intención de mudarse. No tenían adónde ir. El hombre era diabético y acababan de amputarle un pie. Andaba con muletas y se empeñaba en ir solo al hospital, así que se le infectó la pierna y tuvieron que amputarle aún más arriba, hasta la rodilla. La mujer limpiaba casas, tenía asma y había perdido el sentido del olfato por culpa de los productos tóxicos que le obligaban a usar. Eran gente pobre sin papeles, de México, con tres niños. Yo sabía todo eso porque, pocos días antes de que el vecino gótico se pusiese a gritar mi nombre con la mano envuelta en una toalla sanguinolenta, la mujer a la que pretendía desalojar me preguntó si podíamos hablar. La dejé entrar. Se sentó en el sofá, se echó a llorar y me contó lo de su familia y su situación. Dijo que el casero estaba intentando echarlos por alcohólicos. «Somos adventistas del Séptimo Día. No bebemos.» Me dio tanta pena que busqué un sindicato de inquilinos y la ayudé a concertar una cita para hablar con un abogado. Se marchó dándome las gracias y no me sentí mejor. Su marido había perdido una pierna. Tenía que sufrir a aquellos caseros que, según contó, hacían ruidos poco cristianos de noche.

El casero gótico gritaba mi nombre porque había visto mi coche fuera. Necesitaba ayuda y sabía que estaba en casa. Se había cortado tres dedos con su propia sierra. Llevaba los pedazos cortados en una bolsa de basura. Lo llevé al Kaiser Hospital de Hollywood, el Burger King de la atención sanitaria, tocando el claxon por los cruces de Sunset Boulevard, mientras el tío sangraba en los asientos del coche; una putada, porque era un coche bonito: mi Impala. Me quedé atrapada en la sala de urgencias con él hasta que su novia llegó del trabajo. Le habían quitado la camisa y puesto una vía intravenosa para los calmantes. No pude evitar mirarle el tatuaje, una cruz invertida que le ocupaba todo el pecho.

—Esto me lo hice para fastidiar a mi hermano —dijo con la lengua pastosa por la medicación—. Es cura.

Menuda lección le diste, me guardé de decirle.

\* \* \*

Victor muerto, Conrad muerto, el vecino gótico con media mano. Sus inquilinos afrontando la miseria, la amputación, el desarraigo, las calles.

La mala suerte me rodeaba, aunque lo del vecino con la sierra fue más bien mal karma. Pero tal vez el peor augurio fue el veterano, todo de negro como un estornino. Una sombra que se cruzaba en mi camino bajo la forma de un hombre.

Había llevado el coche al taller para que le purgasen el radiador. El taller al que iba estaba en las afueras de Glendale, desde donde podía volver a casa rápidamente en autobús. El bus que me iba bien era el 92. Estaba esperando en la parada cuando el tipo en cuestión se me acercó como quien no quiere la cosa, con la palabra «Vietnam» tatuada en el cuello en vertical. Sombrero negro de fieltro, ropa negra, zapatos negros sin calcetines, gafitas de sol tintadas, distinguido de una forma malsana.

—Fui prisionero de guerra —me dijo enseñándome el tatuaje casero de la mano: POW.

Hay dos planos temporales: el plano de la espera del bus, y el plano en que el bus por fin aparece al fondo. Yo estaba en el plano que menos me convenía y atrapada con un loco. El calor suave y el humo racheaban contra mis piernas desnudas a medida que los coches aceleraban colina arriba.

—Me cortaron el capullo —dijo el prisionero de guerra.

—No me lo cuentes.

—Perdón. Eh, ¿llevas algo suelto?

Le tendí un dólar, porque todavía no había ni rastro del bus y quería que se largase. Cogió el dólar, abrió su cartera, pero antes de guardarse el billete le dio la vuelta a la cartera para que no viese el dinero que llevaba. Siempre es así. Los locos lo último que pierden es la picardía, si es que la pierden.

Llegó el bus. Me senté atrás. El fantasma de mi infancia vive en la parte trasera de los autobuses. Dice: ¿Qué pasa?, y alza la barbilla. El POW se sentó en los asientos para discapacitados de delante, inició una conversación, molestó a otro. Se bajó en el Arco, pasado Glendale, donde se compra y vende la heroína. Yo lo observaba por la ventanilla. Alargué el cuello para ver si pillaba jaco. Pero ¿quién me daba a mí el puñetero derecho de tomar nota de lo que hacía o dejaba de hacer? Por un dólar no eres dueño de nadie.

\* \* \*

Gracias a Jimmy el Barbas y a su particular idea de lo que es una broma, Kurt Kennedy se subió a su moto y condujo todo el viaje hasta Los Ángeles. Aparcó entre dos coches. Esperó en mi porche tras un tupido entramado de buganvillas de manera que no se le viera desde la calle.

Aquella mañana de domingo estábamos a treinta y dos grados cuando me levanté. Jackson y yo nos fuimos a la playa con Jimmy Darling. Nunca había estado en el paseo marítimo de Venice, y a lo mejor lo de llevarme allí fue la particular idea de lo que era una broma para Jimmy Darling.

Dimos un paseo, pasamos por delante de los tragasables, los puestos de tatuajes y piercings. Las mesas con incienso de piña, incienso de arándanos y aceite con fragancia de melón. Cachimbas de mango y fresa. Crunk y hip-hop de la vieja escuela atronando mientras los hippies bailaban como locos meneando sus barbas y collares hasta la cintura. Ciudadanos centenarios sin hogar dormidos en charcos de orina. Patinadores sin camisa, sudorosos y bronceados artificialmente, mezclándose entre las multitudes y las indiscretas vomitonas en el suelo. La gente empujaba. Los niños lloraban.

Esto es horrendo, dije.

Jimmy Darling me echó el brazo por el hombro y me dijo que a él le gustaba considerar aquello como *lo mejor de lo mejor* que podía ofrecer California. Fuimos hasta las pistas de skate porque Jackson quería ver a los

adolescentes patinando de aquí para allá sobre el hormigón. Cuando llegamos allí había dos skaters enzarzados en una discusión. Uno le reventó la tabla al otro en la cabeza. Apareció gente de la nada y de repente aquello era una multitud de tíos sin camiseta pegándose.

Jimmy cogió a Jackson y echó a correr. Los seguí. Encontramos el coche, nos subimos y nos sentamos. Yo estaba alteradísima. Aquel crujido del monopatín contra el cráneo. Jimmy me tranquilizó. Llevamos a Jackson a un bar lejos de la playa, comimos hamburguesas y vimos un partido de los Dodgers. Después del partido, mientras nos despedíamos, sentí que podía confiar en alguien. Nos besamos a través de la ventanilla de la furgoneta de Jimmy hasta que me aparté y le dije adiós.

Conduje hasta casa. Jackson se quedó dormido en el asiento de atrás. Debían de ser las nueve de la noche cuando aparqué en mi calle. Sé que eran las nueve porque luego cada minuto contó.

Subí las escaleras cargando con mi niño dormido al hombro.

En mi porche, en mi silla del porche, estaba sentado Kurt Kennedy. Kennedy, con aquella cabeza calva e irregular, la cara llena de pecas, el rulo cervical, la voz ronca, la perseverancia, allí estaba.

Me había mudado y me había sentido libre por primera vez en muchos meses, pero de pronto volvía a casa y me lo encontraba esperando.

También yo tenía mala suerte.

Candy Peña tejió mantas para bebés con la madeja que le trajo Gordon Hauser. Un funcionario de la unidad las recogió y las depositó en la oficina de admisiones y salidas. Cada vez que Gordon pasaba por la oficina las veía, en una bolsa de deportes gigante, con los colores de la madeja que había escogido sobresaliendo, chillones y tristes. Un día le preguntó a la funcionaria que trabajaba allí. La funcionaria era una rubia teñida con una coleta tirante, brusca, exmilitar. Rebufó:

—¿Eso? Nadie las quiere. Siempre se me olvida pedirles a los porteros que las saquen a la basura.

Aquella misma funcionaria supervisaba las visitas familiares, cuando las presas disponían de treinta y seis horas con sus consanguíneos en el apartamento de imitación de la cárcel.

Consanguíneos. Sonaba tan violento. O quizá Gordon estaba perdiendo perspectiva por la deformidad que lo rodeaba.

¿Era duro verlos despedirse?, le había preguntado a la funcionaria al principio. Él había visto, al pasar por la zona de visitas, a niños pequeños aferrados a sus madres y llorando histéricos. Alguien había pintado una rayuela en la entrada a los módulos familiares.

—No es para gente con la piel fina —dijo la funcionaria haciendo una mueca con la boca como para señalarlo: esto es piel dura—. Sobre todo cuando sabes que es culpa de la propia madre.

Ojalá las mantas hubiesen ido a parar a la basura. Lo que sucedió, en cambio, fue que uno de los policías de la unidad las redistribuyó entre las mujeres del corredor de la muerte que las habían tejido. Cuando Gordon volvió, Candy Peña había cosido dos mantas para bebés para formar una especie de poncho de un azul con amarillo suave y vaporoso. Se lo tendió. «Espero que le vaya.»

Tejido participio y tejido sustantivo no se diferenciaban en nada. Y nadie quería lo que Candy Peña había tejido, ni siquiera Gordon, que metió el

poncho dentro de una bolsa de papel en el maletero de su coche y trató de olvidarlo.

\* \* \*

Dejó que el whisky le acolchase el cerebro una noche en Baressi's y lo invadió la nostalgia de Simone, la mujer con la que había salido en Berkeley. Ella le había dejado un mensaje hacía poco, preguntándole si había enchufado el frigorífico. Eso era un chiste de cuando salían, con el que ella insinuaba que Gordon aún no estaba listo, pero sí en un proceso encaminado hacia una vida con un frigorífico enchufado. Era una manera de identificar la falta de instinto doméstico de Gordon con el hecho de haber rechazado a aquella mujer, algo que lo hacía sentirse más culpable de lo que ella sospechaba, porque no era del todo cierto. Con quien Gordon tenía reservas era con ella, no con abandonar la soltería. No le había devuelto la llamada, ¿por qué? Ahora que estaba un poco borracho y se sentía solo no se le ocurría por qué. La camarera, joven y con una gran sonrisa, los pechos falsos presionando contra los botones de la camisa, no dejaba de preguntar a los bebedores congregados por separado, todos hombres, si necesitaban algo. «¿Tenéis de todo?» Lo preguntaba como si estuviesen en los Apalaches en lugar de en el Central Valley.

En la tele que tenía encima de la cabeza aparecían las imágenes de una ciudad invadida por una milicia chií, hombres y muchachos con máscaras blancas desfilando ante la cámara en motocicletas, montañas de escombros ardiendo en el fondo como si nada. Alguien le pidió a la camarera que pusiese un partido de béisbol. Gordon leería lo de la milicia cuando llegase a casa. La guerra era privada. Era entre un hombre y su ordenador. Gordon podría haber optado por una vida más ascética y renunciar al ADSL, pero el inquilino anterior ya lo tenía. El casero le dijo que era de los pocos con esa suerte. Muchas viviendas repartidas por la montaña no recibían señal.

Le mandaré una postal a Simone, pensó. Emplear indirectas. Que no se notara que deseaba hacerla llorar como aquel puma de la montaña, en el episodio que se imaginó. Simone se presentaba en su cabaña del bosque, los libros por el suelo sucio en pequeñas pilas, la botella de whisky en la encimera de la cocina. Una mujer que presenciase su vida solitaria, su gusto adquirido por la belleza del valle (nada bello, para el ojo poco acostumbrado).

El valle era un paisaje brutal, plano, lleno de máquinas, con una extraña luz amarillo limón, con tierra en suspensión y otros contaminantes provenientes de la maquinaria agrícola y de las refinerías de petróleo. Era un infierno en la tierra creado por el ser humano, y al mismo tiempo un auténtico valle, con sus cordilleras a uno y otro lado. Era del tamaño adecuado para la agricultura industrial, hecho a medida. Costaba imaginar qué aspecto habría tenido antes de que lo labraran. Costaba incluso imaginar qué aspecto habría tenido cultivado a la antigua, por gente. Unas máquinas zarandeaban los almendros con violencia sincronizada. El fruto caía al suelo con cada sacudida mecánica. Otras máquinas barrían las almendras sin pelar hasta unos surcos, y otros aparatos automáticos las absorbían por unas rampas hasta unas tolvas. Todo esto sucedía a toda velocidad una vez al año, la cosecha de septiembre. La mayor parte del tiempo las enormes parcelas de los almendros estaban vacías y silenciosas.

Pagó la cuenta y caminó hasta la gasolinera de al lado. La gasolinera era el proveedor de alcohol principal del pueblo y había cola, hombres y muchachos escrutando bajo las luces molestas mientras esperaban para comprar whisky y cervezas Mad Dog. Gordon sacó una botella pequeña de Perrier de las neveras, para el viaje de vuelta a la montaña. El agua carbonatada le ayudaba a estar alerta mientras conducía. El chaval de detrás de él en la cola echó una ojeada a la bebida de Gordon cuando la puso en el mostrador.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

La botella de cristal verde con forma de pera de repente le pareció hermosa y exótica. Gordon comprendió que el chico la había confundido con algo alcohólico.

—Es, ejem, un agua francesa.

—Agua francesa —comentó el chico con un chasquido de la lengua—. Yo pensaba que era algún nuevo tipo de priva.

En la gasolinera no tenían postales. Pruebe en el Dollar Tree, le sugirió el cajero. No encontró postales de Stanville. Por lo visto, no era un lugar digno de recordar, así que si quería mantenerse en contacto con Simone podía limitarse a enviarle un e-mail como una persona normal.

\* \* \*

Aquella Navidad, en su fin de semana libre, subió en coche hasta Berkeley para dormir en el sofá de Alex.

—¿Qué tal te va viviendo en un solo espacio? —le preguntó Alex.

Gordon no se puso en contacto con Simone. Hizo el proverbial recorrido nostálgico con Alex: las librerías de segunda mano, el bar irlandés de la urbanización, las cafeterías de Telegraph llenas de mujeres atractivas que se esforzaban por parecer espontáneas y naturales. La barbacoa de Shattuck y el club de blues contiguo, que cuando iban a la universidad podría haber colgado el letrero: LA TABERNA MÁS LLENA DE HUMO DE LA TIERRA, pero nadie fumaba ya en los bares: era ilegal. Alex y Gordon charlaron de la guerra. Ambos consultaban los mismos sitios web obsesivamente, Informed Comment para los análisis e iCasualties para las estadísticas. Encontraban graciosas y atroces las mismas cosas. El modo en que Bush hablaba de «Mr. Maliki», a quien la CIA había puesto de presidente. «¡Intento echarle un cable a ese hombre!», dijo Bush con un tono de desesperación auténtico pero irreflexivo en una rueda de prensa fallida.

¡Intento echarle un cable a ese hombre!, repetía Alex.

Justo después de Navidad, el nuevo gobierno iraquí ahorcó a Sadam Hussein. Gordon y Alex lo vieron por televisión.

—Iba todo digno —comentó Alex—. Lo abucheaban mientras moría y aun así creo que tuvo la última palabra.

Gordon paseó solo por el puente de San Francisco, comió en un restaurante vietnamita del centro del que le había hablado su alumna Romy Hall. No es que se lo hubiese recomendado sino que lo había incluido en la lista de lugares que echaba de menos. El cocinero tiene una costumbre curiosa, le había contado. Después de usarlas, golpea dos veces las pinzas de cocinar y se las cuelga de la camisa. Lleva en ese punto de la chaquetilla un manchurrón de grasa. Y su padre fuma sin parar mientras pica carne en el piso de arriba, junto a los servicios. El cocinero estaba allí cuando fue Gordon. Golpeó dos veces las pinzas y se las colgó de la camisa. El padre estaba arriba, fumando sin parar y picando una enorme montaña de carne.

La noche de Año Nuevo fue con Alex a una fiesta en Oakland, una escena típica de gente hacinada en una cocina haciéndose preguntas inútiles como: ¿A qué te dedicas?, y ¿De dónde eres? Las mujeres prestaron una atención especial a Gordon, al no saber todavía de qué iba, cosa que ya habían

averiguado de los demás solteros de aquella fiesta, según Alex. Algunas eran estudiantes de posgrado que se pasaban al psicoanálisis desde los departamentos de Lengua Inglesa, Retórica o Literatura Comparada. Y no solo eso, sino que abrían una consulta. Alex dijo que lo habían etiquetado como macho histérico, lo que venía a significar principalmente que la mujer que lo había diagnosticado tan alegremente quería acostarse con él pero lo encontraba demasiado astuto y un poco inmaduro como para una relación seria.

Cuando Gordon mencionó con aire vacilante a lo que se dedicaba, después de que se lo preguntasen varias veces, las mujeres de la cocina se abalanzaron sobre él como una plaga de langostas.

—¿De verdad? Una prisión. Tiene que ser duro.

—Celadoras. Yo no sería capaz de mirar siquiera a esa gente.

—Ni siquiera visten su propia ropa. Como polis, pero peor aún. Qué vida más chungu.

Las mujeres hablaron mucho sobre la escoria de la sociedad que trabajaba en la policía. No tuvo el valor, o quizá la voluntad, de preguntarles si habían conocido a alguna policía. ¿Y por qué iba a defender a las policías? Él mismo las detestaba. Pero si una persona salía de su burbuja veía que los policías eran gente pobre que carecía de oportunidades. Uno se acababa de volar los sesos en una torre de vigilancia de Salinas Valley. Podría haberles dicho eso, enzarzarse en una discusión con aquellas mujeres de la fiesta. Pero ¿acaso no era obvio? Ni siquiera vestían su propia ropa. La interacción le hizo revivir las obsesiones del posgrado, la manera en que sus colegas criticaban a otros de quienes no sabían nada.

Como primer y único miembro de su familia que había cursado lo que llaman educación superior, tal vez Gordon fuera proclive a la hipersensibilidad. En el posgrado se había topado con gente deseosa de declarar su pedigrí de clase obrera, cuando quizá tenían un padre con menos educación o la familia había sido «pobre», pero con formación universitaria. En cualquier caso, si alguien ponía demasiada insistencia en sus auténticos orígenes, Gordon lo tomaba normalmente como una prueba de que no pertenecía a la clase obrera. Si hubieran tenido un historial como el suyo, habrían sabido ocultarlo, como hacía él, porque su estatus de pionero servía de prueba por sí solo de cuán endeble era su huida.

Algunos conocidos se pasaron por la fiesta, amigos del departamento con

posdoctorados que hablaban de sus próximas entrevistas de trabajo o los detalles contractuales de sus publicaciones académicas como si se tratara de temas interesantes. Las mujeres hacían eso tan de posgrado de entrecomillar con los dedos para distanciarse de las palabras que escogían, aquellas ratas de biblioteca y su torpeza que antes se le antojaba encantadora. Gordon no quería hablar de su vida con aquella gente. Se dedicó a beber como bálsamo provisional de su marginación.

Alex y él se despertaron con resaca.

Con Alex, por lo menos, podía hablar un poco de lo que suponía trabajar en Stanville. Había estado describiéndole a sus alumnas, dándole la impresión de que Romy Hall solo era una estudiante más a quien ayudaba, o intentaba ayudar, al igual que las otras; así fue como se le hizo evidente que no era el caso.

Alex empezó a preguntarle sobre su relación con las presas. Habló de Norman Mailer y de Jack Henry Abbott. Dijo que se preguntaba si Mailer era responsable de lo que sucedió después de sacar a Jack Henry Abbott, su experimento particular, de la prisión.

No era un experimento particular, le dijo Gordon.

—Ya, ya. No lo era. Era una persona. Pero ¿eso lo sabía Norman Mailer?

\* \* \*

El primer día de vuelta al trabajo, el alcaide decidió dictar medidas de seguridad excepcionales a causa de la niebla. Ni siquiera era niebla de verdad. Era una bruma proveniente de los fumigadores que rociaban los campos de almendros que rodeaban la prisión. Todo el mundo quedaría confinado en su celda. No habría asignación de actividades, ni clases, ni movimiento alguno. Le pagarían por no hacer nada como a todos los de allí, pero a Gordon se le cayó el alma a los pies. No la vería, no le contaría que había ido al vietnamita aquel de Sixth Street.

Se volvió a casa y se dejó llevar por los impulsos. Llamó al número que ella le había dado. Jackson Hall era el nombre del niño, escrito en un trozo de papel rosa. Solo voy a preguntar. Ni siquiera tiene por qué saber que he llamado. La persona que lo atendió le dijo que llamase a otro número. En el nuevo número lo tuvieron en espera un buen rato, y luego lo pasaron con el buzón de voz de alguien. Tras varios días, alguien le devolvió la llamada y

dejó un mensaje. Gordon estaba en el trabajo. Llamó al número al día siguiente, se encontró con el buzón de voz y dejó otro mensaje. Así siguió durante semanas, porque Gordon no estaba mucho en casa, dado que trabajaba en el valle y vivía en la montaña.

Lo que acabó averiguando, cuando habló con un ser humano de Servicios Sociales para Menores y Familias de San Francisco, fue la demostración fehaciente de por qué no debería haberse metido en ese asunto jamás.

Hace un par de años unos capullos construyeron una casa de verano en la otra punta de Stemple Pass Road. Unos fanáticos de las motocicletas y de las motonieves. Pasaban zumbando de aquí para allá por delante de mi cabaña casi todos los fines de semana, en verano e invierno. El verano pasado estuvieron peor de lo habitual, a veces montaban fines de semana de tres días. La cosa se estaba poniendo absolutamente insoportable. Mi corazón iba de mal en peor. Cualquier estrés emocional, la ira sobre todo, hace que me palpite desacompadamente. La cosa llegó a tal extremo que el ciclo constante de ruido me estaba sofocando de ira, se me desbocaba el corazón. Era arriesgado cometer crímenes tan cerca de casa, pero llegué a la conclusión de que si no acababa con aquellos tipos la ira me mataría literalmente. Así que una noche de otoño me acerqué a hurtadillas por allí, aunque estaban en casa, y les robé la motosierra. La enterré en el pantano.

Un par de semanas más tarde entré a saco en su casa, destrocé el interior concienzudamente. Era un sitio lujoso a más no poder. Tenían también una caravana. La abrí. Dentro encontré una moto plateada. La machaqué a hachazos. Fuera tenían cuatro motos de nieve. Les machaqué a conciencia los motores.

Una semana más tarde subieron unos polis y me preguntaron si había visto a alguien deambulando por las casas de las cercanías. También me preguntaron si tenía algún problema con las motos. La verdad se les pasó por la cabeza. Pero probablemente no sospechaban seriamente de mí. De lo contrario sus preguntas no habrían sido tan mecánicas.

Estoy satisfecho de la serenidad con que respondí a las preguntas de los polis.

Así es como un tío no quiere despertar jamás en su vida: esposado y en la cama de un hospital. Pero es como se encontró Doc. Esposado a la cama. Entró un médico. No un auxiliar médico de la prisión, sino un médico de verdad. Llevaba hasta bata blanca. Se inclinó sobre él.

—Está despierto —dijo—. ¿Me oye bien?

Doc asintió.

—¿Sabe cómo ha llegado aquí?

Doc negó con la cabeza. No tenía ni puñetera idea.

—Muy bien, muy bien. Empecemos por lo básico. ¿Sabe en qué año estamos?

—Estamos...

Doc no sabía qué año era. Pero se le ocurrió que sabía cómo responder a aquella pregunta tonta.

—Estamos en el año que sigue al año pasado.

El médico frunció el ceño.

—¿Sabe dónde está?

Doc miró a su alrededor. No vio más que un carro metálico con vasitos de papel llenos de pastillas. Un guardia armado sentado en una silla. La habitación no tenía ventanas y no había nada en las paredes. Bajó la mirada hasta su cuerpo. Vio un camisón que era medio camisón. Llevaba una mano enyesada y con una aguja clavada y sujeta con esparadrapo. De la mano en alto subían unos tubos hasta una horquilla de metal con una bolsa colgada, llena hasta la mitad de un líquido transparente. Una persona que debía de ser una enfermera se acercó y miró fijamente la bolsa. La estrujó de una manera quizá temeraria y salió del cuarto. Doc tenía las muñecas esposadas a las barandillas metálicas de la cama. También los tobillos. No tenía ni idea de dónde estaba. Lo único que sabía era que le dolía el cráneo como si se lo hubiesen partido en dos con un conducto de desagüe de hormigón armado. El agua helada corriendo por el desagüe y separando las dos mitades de su

cerebro.

—¿Alguna intuición de dónde se encuentra? —le volvió a preguntar el médico.

—Sí. Estoy justo en el centro de la tierra.

Eh, por lo menos era una respuesta.

El médico se sonrió.

—Vale, muy gracioso. ¿Y me puede decir su nombre?

—Sí —dijo Doc—. Me sé mi nombre. ¡Me lo sé!

—Me muero de la puta alegría —soltó en voz alta el guardia desde la silla.

—Richard L. Richards. ¿Ve esto?

Doc se miró el antebrazo, donde llevaba tatuado un enorme signo del dólar y debajo: «Fuck you I'm rich». Era un chiste. Era rico, *rich*, Rich Richards, aunque la gente lo llamase Doc. Lo descubrió en la pared de un tatuador de Hollywood, entre los dibujos que podían escoger los clientes. No tenía amnesia. Sabía quién era. Jodeos, soy Rich. Simplemente le habían zurrado la badana de alguna manera y no era capaz de recordar ni la alguna ni la manera.

Llevaba una cadena alrededor de la cintura. Una cadena paralizante, de hecho. Como intentase zafarse le pegaría una descarga de las buenas.

—¿Qué he hecho? —le preguntó al médico—. ¿He matado a alguien?

El guardia armado de la puerta soltó una estruendosa carcajada.

—¿He matado a alguien? —repetió imitándolo con voz aguda.

—Sufrió usted un traumatismo craneoencefálico —le explicó el médico—. Casi muere. Ha estado en coma inducido durante ocho semanas mientras esperábamos a que bajase la hinchazón.

—¿Ese gilipollas ha estado ahí sentado vigilándome todo el tiempo?

—Y lo que te rondaré, moreno —respondió el gilipollas.

El médico le contó que estaba en un hospital de Lodi.

—Joder, odio Lodi.

Pero ¿había estado alguna vez en Lodi? No lo tenía claro.

\* \* \*

Traumatismo craneoencefálico, le repetían. El médico le dio un folleto: «Enseñar a tus seres queridos sobre tu TCE». Era lo que te daban en aquel hospital, donde no trataban a presidiarios a menos que los obligasen. Doc no

tenía seres queridos, pero se lo leyó igualmente. Dormiría un montón, sus seres queridos imaginarios tenían que comprenderlo. Podría parecer que había experimentado un cambio de personalidad, y aparecer ahora más tibio o más colérico, menos o más proclive a estallidos violentos, dotado de cierta sabiduría o embotado y sin agudeza intelectual o práctica. Los seres queridos, quien los tuviera, debían ser pacientes con estos cambios, y con las confusiones y sensibilidades del convaleciente, con sus mareos, sus ocurrencias atípicas y sus erráticos estados de ánimo.

Doc tuvo, de hecho, un montón de pensamientos extraños a lo largo de los días que estuvo tumbado en aquella cama, esperando a que viniese la enfermera a estrujar y cambiar la bolsa. Principalmente eran pensamientos sobre estrellas de la música country, que deambulaban por su mente como ponis uncidos a un torno. Aquellas estrellas, hombres y mujeres, eran sofisticados, iban engalanados para actuar ante miles de personas en el escenario y ante muchos miles más en el mundo de la televisión. Eran individuos que se le antojaban viejos amigos de la familia, pero no sabía de qué familia, o de la de quién. Una sensación de reencuentro le llenaba la mente, mucha gente reunida en el escenario para un espectáculo de primeras figuras. Dolly Parton con sus hoyuelos. Roy Acuff. Ray Pillow. Ray Price el Vaquero Cherokee. Skeeter Davis. Ferlin Husky. Todos juntos cantando «Wildwood Flower».

Corte publicitario de Harinas Martha White, cantado por Flatt y Scruggs.

El médico le dijo que los daños cerebrales podían provocar eso. Hacer que vieses un recuerdo claramente, o que oyeses una música, o en este caso ambas cosas.

Al sádico padre de acogida de Doc, Vic, le gustaba el espacio radiofónico de música country Grand Ole Opry y veía el programa de televisión. Porter Wagoner era su cantante favorito. Porter Wagoner llevaba chaquetas vaqueras con cola de chaqué para resaltar la hebilla tamaño sartén de su cinturón de rodeo. Tenía la cara larga y ovalada como la lona delantera de una caravana del oeste. Las arrugas de sus pantalones eran afiladas como cuchillos, unos pantalones demasiado ceñidos como para necesitar cinturón, y menos aún una hebilla de rodeo, y la idea de que un dandi como Porter Wagoner hubiese sido ganador o participante siquiera de ningún rodeo reglamentario no era realista, pero formaba parte de la cultura.

\* \* \*

El tiempo pedaleó marcha atrás y los pensamientos de Doc flotaron en caída libre, otorgando a los días y las noches una semejanza perfecta, un insomnio aturdidor, una bolsa intravenosa nueva, un intercambio de ligera hostilidad con el guardia apostado en la puerta y unas cabezadas fulminantes.

Un día le enfundaron el uniforme penitenciario y lo mandaron de vuelta a New Folsom, pero no a su antiguo pabellón. Doc tuvo que ir al dispensario especial, porque dormía veinte horas diarias y tenía problemas de equilibrio, se caía cuando intentaba caminar.

Sabía qué año era. Sabía dónde estaba. No era capaz de recordar por qué odiaba Lodi, pero quizá no fuera importante. Jodeos, soy Rich. Había recuperado la información, más o menos, pero se sentía cambiado. Modificado. No solo en cuanto a la música country que se le colaba por un oído o cualquier otro punto de entrada, silbando y rellenándolo de sonidos e imágenes del pasado. La diferencia más extrema era su temperamento. Era como si alguien se le hubiese metido ahí, en su cabeza (no el mejunje biológico que contiene el cráneo, sino su yo real, los recuerdos y sentimientos, las imágenes almacenadas). Como si alguien se le hubiese metido ahí y hubiera andado trasteando con todo, cambiando cosas, durante el coma. Se sentía distinto. Se sentía bien. Aun cuando padeciese jaquecas debilitantes y no siempre diese con las palabras que buscaba. Tenía la sensación de que todo iría bien. Cosa rara, porque nada iba a ir bien. Estaba cumpliendo cadena perpetua sin condicional. Y era poli, y ahora aquel secreto tan bien guardado se sabía. Todo el mundo lo sabía, y esa era la razón por la cual su compañero de celda había intentado matarlo. Doc estaba sentenciado. Le esperaba un futuro muy jodido. Lo transferirían a una prisión de custodia protegida. Una vez allí, si descubrían su tapadera, si la gente averiguaba su pasado, no quedaría ningún lugar al que trasladarlo. Lo más probable era que Doc sufriese una muerte violenta. Y, aun así, se tomó las cosas con calma y no se dejó llevar por el pánico. Experimentaba una sensación de paz, y era nueva, una sensación nueva para él. Tal vez había perdido la agudeza, tal y como advertía el folleto dirigido a sus seres queridos imaginarios.

—Me siento bien. Me siento bien de cojones —le dijo a la pared vacía de su pequeña celda.

—¿Qué te han dado, cariño? —gritó una voz desde la celda contigua—. Quiero un poco. A mí solo me dan Tramadol.

—No me dan ninguna droga —dijo Doc—. Me siento bien y ya está. Es porque me machacaron el cerebro. ¿A ti qué te pasó?

—A mí me asaltaron y los polis se quedaron mirando. Nadie me ayudó.

La voz del vecino era aguda. A Doc le gustó cómo sonaba. Había oído a las enfermeras hablar de él. Su vecino era una jugadora de sóftbol. Se llamaba Serenity y Doc quería saberlo todo de ella.

—¿Eres blanca o negra? —le gritó a través de la pared.

—Soy de colorines, cariño.

Pero vio, por la estrecha ventana de la puerta de la celda, cuando se llevaban a Serenity a las duchas, que era negra. Era delgada, de complexión delicada y tenía cara de ángel. Un puto ángel. La vio. La chavala estaba buena. Pero pobrecilla. Llevaba el brazo en cabestrillo y una pierna enyesada. La empujaban por el pasillo en silla de ruedas. Su manera de sonreír cuando se volvió hacia su cuidador dejó maravillado a Doc. Tenía sonrisa de mujer, y algo en aquella sonrisa hacía que valiese la pena sonreír en el mundo.

\* \* \*

Intentó vislumbrar un atisbo de ella cada vez que oía el trajín cuando abrían la celda contigua.

—Eh, Colorines —le dijo una mañana—. Creo que eres muy guapa.

—No eres mi tipo, amor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te tengo visto. Tienes la cabeza como una pelota de sóftbol con tantos costurones.

Doc se echó a reír.

—Yo también te he visto. Te han puesto fina, ¿no?

La habían apalizado hasta dejarla inconsciente. Lloró mientras se lo contaba.

Más tarde, cuando Doc estuvo pensando en lo que le había contado Serenity, supo que no estaba cambiado del todo. Supo que seguía siendo el viejo Doc, porque era capaz de azucarar su propia ira a fuerza de pensar en lo que le había sucedido a ella. Le entraban ganas de cargarse a las dos personas que le habían hecho daño. Dispararles en la cabeza. Meter sus cadáveres en el

maletero del coche y tirarlos en el basural del desierto que hay entre L. Á. y Las Vegas.

Le iba cogiendo cariño a la voz de la celda de al lado. A la chica de al lado. Él solía insultar a las jugadoras, ¿y por qué? Eran mujeres, y estaban encerradas en un trullo de hombres. Había disfrutado de sus tetitas pero no las había tratado como a seres humanos. Serenity se acercaba bastante a lo que es una auténtica señorita: no tenía picha. No tenía nada «ahí abajo». Ella se burlaba de él por decirlo de aquella manera, pero no quería decir ordinarièces en presencia de una mujer. Se había cambiado de sexo pero con la celda por quirófano, por su cuenta, en un momento de arrojo y desesperación. Casi muere desangrada. Se recuperó. La reintegraron a la población general. La atacaron, la violaron y la agredieron dos hombres de su unidad. La prisión quería tenerla permanentemente en incomunicación.

—Dijeron que no podían garantizar mi seguridad. Aunque me metiesen en una prisión de soplones no estaría segura.

Estaba solicitando que la reclasificasen como mujer y la enviasen a una cárcel femenina. Su abogado le contó que otro preso lo había hecho. Era el sueño de Serenity.

—Ojalá tu sueño se haga realidad —le gritó Doc al otro lado de la pared.

Doc iría pronto a la prisión de soplones, pero esto no se lo contó a Serenity, como no le contó nada personal. ¿Qué le iba a decir? ¿Fui un poli corrupto que mataba gente? Puede que le hubieran hecho papilla los sesos, tal vez fuese más blando y más débil que antes, pero tonto no era.

\* \* \*

A lo largo de aquellos meses en el dispensario especial, cuando no estaba hablando a voces con Serenity, escuchaba la música country, que más o menos sonaba todo el tiempo. En su cerebro había un dedo apretando el play. Escuchaba a Grandpa Jones. Booger Beasley. The Possum Hunters. The Fruit Jar Drinkers. The Tarpaper Sharecroppers. Stringbean y su String Band. Stringbean era un cantante que llevaba los pantalones por los muslos, muy muy abajo, con la camisa cosida para que pareciese todo de una pieza. Tenía su gracia por aquel entonces. En los sesenta. Por lo menos su padre de acogida, Vic, le veía la gracia y quería que Doc se riera con él. O quería que Doc le fuese a buscar un cenicero. Stringbean era alto pero los pantalones

eran diminutos —por ir ceñidos muy abajo, por los muslos— y mucho más cortos que las piernas de un hombre alto. No se estaba burlando de cómo los jóvenes negros llevaban los pantalones caídos. Fue mucho antes de eso. Si le hubieses dicho a Stringbean que sus pantalones eran estilo gánster, es más, estilo carcelario, ceñidos por los muslos, bueno, no habría entendido nada. No habría habido manera de explicárselo. El programa musical del Grand Ole Opry era para blancos. La música country era para blancos, incluso cuando la cantaba Charley Pride. Los pantalones caídos de Stringbean eran un eco extravagante, casual. Las bandas hillbillys cantaban jingles para Harina Hillbilly, que era una marca. Hillbilly. Little Texas Daisy Rhodes cantó para el anuncio con los Golden West Cowboys. Tenía mala piel, ojos oscuros y un atractivo horripilante y granuloso. Nada guapa, pero bastante sexy.

Hank Williams estaba desnutrido y tenía la columna torcida. Minnie Pearl había estado de criada limpiando habitaciones cuando Judge Hay le dio el espaldarazo, a la proecta edad de veintiocho años. Hank Snow había sido grumete. Marty Robbins se crio en una tienda de campaña, vivía de cazar caballos salvajes. Porter Wagoner solo tenía la educación primaria. Dolly Parton vivía con doce hermanos y sin agua corriente. La música country era un asunto de campechanería. Y no la campechanería de gente que llevaba pantalones caídos como Stringbean, pero no como una broma, no la campechanería a la que ellos se referían, que era otra manera de decir hermano o amigo.

Texas Ruby Owens murió en un remolque incendiado. Los incendios en remolques eran un riesgo para muchos tipos de gente, la gente de Doc. Pero también la clase de gente a la que Doc arrestaba. Se personó en un incendio de un remolque en Westlake a principios de los ochenta. Se trataba de un lugar mugriento destrozado por sus propios habitantes, unos mexicanos que mezclaban la cerveza con zumo de almejas y de tomate, encendían velas por superstición y se ponían finos. Se olvidaron de las velas y una se cayó. «Una choza alucinante», dijo Doc después de que los bomberos extinguieran las llamas y el remolque quedase reducido a un cascarón carbonizado y humeante. Le hizo gracia que aquella gente hubiese perdido a la vez la casa y la vida. Joder, menudo gilipollas estaba hecho.

Le contó a Serenity que había sido mala persona. Se había juntado con otra mala persona y habían matado a un tío. Le contó la historia entera a Serenity, lo de Betty, su marido y el sicario de su marido. Serenity dijo que si el tío era

un sicario igual habían hecho algo bueno. Igual Doc no era tan malo. Serenity era coqueta, solía dorarle la píldora, probablemente era una de las razones por las que ella le gustaba tanto.

—Maté a un chaval sin motivo —dijo, pasando al peor de sus actos, el episodio frente a la casa de empeños de Beverly—. Le volé los sesos.

—Yo también maté a alguien —respondió Serenity, para gran sorpresa e irritación de Doc. Aquel era el gran momento confesional de él y resultaba que los dos eran unos gilipollas. Y de repente le entraron ganas de competir para ver quién meaba más lejos, de insistir en que él era peor. Pero entonces recordó que Serenity era una dama y que no debía competir. Trató de concentrarse en lo que le estaba diciendo.

—A mi primo Shawn se le ocurrió la estúpida idea de robar no sé qué mierda de una casa. Se suponía que no iba a haber nadie allí. Eran personas que trabajaban y pensábamos que estarían fuera, pero estaban en casa. Shawn pasó del plan y los ató, pero el hombre se soltó y escapó. Solo teníamos a la mujer chillando a pleno pulmón. Shawn me ordenó que le disparase. Yo obedecí. Daría lo que fuese por traer de vuelta a esa señora.

\* \* \*

Serenity consiguió la reclasificación. El estado la consideró mujer. Después de eso todo fue rápido. Tuvieron que quitársela de encima, porque de repente tenían a una mujer ingresada en el dispensario especial de hombres.

Doc percibía toda su emoción y sus nervios a través de la pared. Le dio la enhorabuena y le deseó suerte.

—Tengo miedo —le dijo ella—. ¿Y si las mujeres no me aceptan?

Doc le dijo lo que Judge Hay le había dicho a Minnie Pearl cuando estaba empezando y estaba más verde que las colinas de Tennessee y nerviosa por salir a aquel escenario solemne del Grand Ole Opry delante de tanta gente.

—Lo único que tienes que hacer es salir ahí y amarlos, cariño.

Judge Hay le había dicho eso a Minnie Pearl, y Doc se lo repitió a Serenity.

—Limítate a salir ahí y amarlas, y ellas te devolverán amor.

\* \* \*

Seis semanas más tarde, el abogado de Doc le dijo que estaba lo suficientemente recuperado como para pasar a una planta médica de un pabellón de Casos Delicados de una prisión de soplones en el desierto de California.

—No veo la puta hora —dijo Doc sin una pizca de sarcasmo.

Un día tuve visita. De antemano, no sabes quién es. Gritan tu nombre y te envían a visitas. Llevaba tres años y medio en Stanville y nunca había venido nadie a verme. Ni siquiera recibía correo. Yo había escrito a unos cuantos amigos de San Francisco. Ninguno me respondió. La gente se aparta rápidamente cuando desapareces en una prisión.

No se me ocurría quién podía haber hecho el viaje.

Cuando hube pasado el cacheo, vi que era el abogado de Johnson.

—No tengo noticias para usted —me dijo en respuesta a mi mirada de sorpresa esperanzada—. He venido a ver cómo estaba. La cosa es que cuando uno se jubila no se jubila de pensar. De aquí me iré a Corcoran a visitar a un tipo con cinco perpetuas, y a otro con una sin condicional. Se la ve sana.

—No lo estoy —dije—. Es que estoy bronceada.

Me había pasado tanto tiempo en el patio sin sombra que tenía los brazos y las piernas del color castaño de las rosquillas sin glasear.

Lágrimas también estaba en la sala de visitas. Sentada con un viejo. El tío sudaba profusamente. Aparentaba unos noventa y cinco años. No sabía que la gente tan vieja pudiese sudar. Lágrimas medía un metro ochenta, era fuerte, semimasculina, colérica y guapa, con el pelo recogido bien tirante y la cara como un arma. El viejo era encorvado y calvo, y no dejaba de agarrarse el pecho. Era evidente que se trataba de un camello al que había convencido por correo. En otra mesa estaba Button Sanchez, también con un viejo. Este le había comprado una selección completa de los artículos que había en la máquina expendedora: hamburguesa de microondas con patatas fritas, sándwich helado y dos tipos de refresco. Ella le sonreía mientras él le devoraba los pechos con la mirada.

Lágrimas y Button, y otras mujeres a mi alrededor, se trabajaban a sus Keaths: no era distinto de la sala Marte, salvo en que aquí se pavoneaban y vendían sus culos a cambio de comida basura envasada. O, en el caso de Lágrimas, por una bolsa de heroína.

Yo necesitaba recaderos como la que más. También yo tenía ahora un perfil en un sitio web de amigos por correspondencia. Pero lo que podía lograrse por este camino no tenía ningún valor real. No conducía a la paz mental, a ayudar a Jackson. No conducía más que a la existencia animal con colonia encargada por correo, dos opciones, Tabu o Sand & Sable.

—¿Hay alguna manera de ponerme en contacto con mi hijo?

—Eso no está a mi alcance. Si pudiera ayudarla con eso lo haría, pero no puedo.

—Tengo que salir de este sitio.

Vi cómo el viejo le pasaba un paquete a Lágrimas, que se lo embutió hasta el fondo de sus pantalones de prisión.

—Tiene que ayudarme.

El abogado abrió su maletín y sacó un fajo de papeles.

—Estoy deshaciéndome de algunos expedientes y he pensado que quizá le gustaría tener el suyo. Es el material de su caso, declaraciones, notas, entrevistas a testigos, averiguaciones.

Ver aquella pila de documentación, el expediente de lo sucedido, de lo que me había sucedido, fue superior a mis fuerzas. Le grité para no echarme a llorar. Le dije que había estado investigando por mi cuenta y que estaba bastante segura de que me había defendido con incompetencia.

—Ay, querida —dijo—, eso sería desperdiciar energías por su parte.

—¿Por qué? ¿Porque le haría quedar mal?

—Porque no funciona. Hasta en esos casos increíbles en los que el abogado no sabe ni dónde tiene la mano derecha, siguen poniéndose de su parte. Un tipo se quedó dormido durante el interrogatorio de su cliente. Otro era directamente un criminal que llevaba un caso de asesinato en calidad de servicio comunitario, pero no tenía experiencia como abogado litigante. ¿Usted cree que esa gente era «incompetente»? Según el Tribunal Supremo, no. Obtuvo usted una condena muy dura. Eso está fuera de toda duda, y lo lamento.

—Ojalá hubiera podido permitirme un abogado.

El hombre negó con la cabeza.

—Romy, hay gente que contrata abogados privados pero no puede permitirse a uno bueno, me refiero a uno caro, y, la verdad, es una pena. Debería ver los abogados privados con los que acaba la gente. Tipos que se dedican a denuncias por conducción bajo los efectos del alcohol y que de

repente se encargan de un caso capital. Debería ser ilegal. Le fue mejor a usted con un abogado de oficio.

Me costaba imaginar que pudiera haber sido peor y así se lo dije. Me corrían las lágrimas por el cuello. Quería cargarle la culpa a aquel hombre. Y, sin embargo, era la única persona que había venido a verme en todo ese tiempo.

El visitante de Lágrimas se desplomó sobre la mesa. Los polis de la garita entraron en tromba. Parecía que al viejo le estaba dando un ataque al corazón. Sonó una alarma. Los paramédicos entraron apresuradamente en la sala.

—Las visitas se han acabado —resonó en los altavoces—. Las visitas se han acabado. Vuelvan a sus unidades.

\* \* \*

Hauser había dejado bastante claro que yo le gustaba. Todas las mujeres de la clase lo sabían. Se había convertido en una broma recurrente, Conan tarareando la marcha nupcial cuando yo entraba en el aula-remolque, sudorosa y cubierta de serrín de la carpintería.

A Sammy se le fue la olla con el encaprichamiento de Hauser, y se puso a especular con que igual adoptaba a Jackson cuando le dije que le había dado el número para llamar. Sammy era una historiadora andante de cualquier persona que hubiera afrontado cualquier adversidad en la prisión y era capaz de aportar ejemplos de todos los casos en los que el personal, o incluso los celadores, habían dado un paso al frente y habían criado a los niños de algunas presas. Siguió con ello, y su intención era buena, pero a mí no me consolaba. No creía que estuviese entendiendo bien la situación, que ninguno de sus ejemplos fuese relevante. No sabía cómo explicárselo: Este es un chico universitario majo y normal que probablemente separa las botellas y las latas del resto de la basura. No va a adoptar a mi hijo. Se casará con una chica maja como él que también recicle y tendrán sus propios hijos.

Pero en realidad, había empezado a vivir para sus clases, aunque no lo admitiese. Estaba decidida a trabajármelo por Jackson, pero también lo hacía por un motivo más nimio y menos fantasioso. Hauser conocía lugares que yo conocía. Cuando hablaba con él me convertía en alguien de un lugar. Podía deambular por los barrios, visitar mi apartamento del Tenderloin, con mi cama abatible, mi alegre mesa de formica amarilla y, en la pared, el póster de

*Bullitt*, con Steve McQueen. Si eres de San Francisco, te gusta *Bullitt* y estás orgullosa porque se rodó allí. Además, Steve McQueen fue un delincuente juvenil que llegó a estrella pero siguió molando, hacía las escenas de choques sin recurrir a un doble. Me burlaba de Jimmy Darling diciéndole que, comparado con Steve McQueen, apenas podía considerársele un hombre. Jimmy no se daba por ofendido porque, tal y como me dijo, ni siquiera aspiraba a convertirse en uno.

Justo una manzana más arriba de mi apartamento del Tenderloin, y al doblar la esquina, había un antro que se llamaba The Blue Lamp, donde iba a veces con algunas chicas de la sala Marte después del trabajo. La camarera, una señora mayor adorable que llevaba jerséis de cuello vuelto con un brillante broche prendido, siempre se alegraba de vernos. Nos invitaba a copas y nosotras le dábamos buenas propinas. Hacia la medianoche aparecía el cocinero francés —no un chef, sino un cocinero—, un alcohólico con un delantal lleno de manchas y el logo de un hotel del centro. Era bretón y fumaba unos cigarrillos extranjeros queapestaban. Contaba una y otra vez el mismo chiste y ni siquiera era propiamente un chiste: nos miraba a las chicas de la sala Marte y gritaba «¡Soy lesbiana!», golpeándose el pecho para darle énfasis.

Una noche, al echar el cierre, estalló una pelea callejera delante del bar. Putas que trabajaban en la zona se daban porrazos por el suelo. Les tiraron cubos de agua desde un edificio de apartamentos, como hace la gente con los gatos para que se callen. Las mujeres continuaron, empapadas, con el pelo revuelto, destrozados y arrugados los vestidos que casi se habían arrancado mientras luchaban. Todos menos yo se reían de las que se estaban pegando, mojadas y forcejeando, revolcándose por la acera, intentando hacerse daño. Me tenía fascinada la escena, aunque la verdad es que no sé por qué.

\* \* \*

Estábamos todas esperando el recuento de la tarde (hay que quedarse sentada en la cama hasta que se acaba) cuando Laura Lipp anunció a nuestra habitación que tenía una sorpresa para nosotras, y que no era buena. Se tumbó boca arriba en su catre y nos dirigió su sonrisa socarrona, exultante por ser la portadora de malas noticias.

—Suéltalo ya, zumbada —le dijo Lágrimas.

—Sé que os encantan los motes, pero no respondo al nombre de Zumbada. Lágrimas agarró a Laura por el pelo y le dio un tirón.

—Dilo y cierra el pico.

Laura gritó de dolor con la melena en el puño de Lágrimas.

—¡Hay un hombre en la prisión! ¡Hay un hombre aquí y quieren meterlo en la sección C!

\* \* \*

Lo que más indignaba a la gente, a medida que la campaña se hacía más virulenta, era que la prisionera aquella, Serenity Smith, había matado a una mujer antes de operarse a sí misma y convertirse en una más. Se fue urdiendo la historia de que nos habían endilgado a un hombre peligroso y que nos íbamos a tener que apañar por nuestra cuenta. Tal vez tendríamos que compartir habitación con él. Desnudarnos delante de él. Ducharnos a su lado. Y era la maldad personificada, malo, malo.

Como Laura hizo saltar la liebre, retrasaron la hora de integrar a Serenity Smith, con la esperanza de que la situación se acabara calmando.

Se formaron facciones. Conan, que había tenido que soportar la humillación diaria de oírse llamar «señorita» y «señora», que había tenido que superar una serie de exámenes psicológicos y rellenar una ristra interminable de papeleo y esperar años para poder llevar calzoncillos en lugar de bragas de vieja, estaba en el bando de la aceptación. Él y otros marimachos de la sección C, nuestro trasunto de hombres, formaban una comunidad y decidieron, como grupo, que era importante apoyar a la señorita Smith, como Conan la llamaba respetuosamente. Darle la bienvenida. Porque los polis eran unos gilipollas con cualquiera que no encajase en las estrechas normas del género, y nosotras, y ellos, odiábamos a los polis y teníamos que permanecer juntos. No me entusiasmaba la posibilidad de compartir el cuarto con una mujer que había sido un hombre que se había cortado la polla y los huevos por su cuenta. Pero a medida que la tensión iba en aumento y me enteré de los planes que se estaban fraguando de atacar y apalear a aquella persona, recordé la cara de una mujer que había conocido en The Blue Lamp, en Geary. Se sentaba en la barra vestida de secretaria, con una lustrosa peluca caoba. Era menuda y exageradamente femenina. Guapa, pero rara. Tenía la voz ronca como la de quien sufre una laringitis permanente. Supongo que

biológicamente era un hombre, pero no por ello era menos mujer ni menos frágil. Se sentaba sola en la barra, sorbiendo su gin-tonic por una pajita finísima. Fruncía los labios pintados y esperaba a que los hombres se le acercaran. La recuerdo yéndose con uno y volviendo más tarde con un ojo morado disimulado con maquillaje. Me pregunto si estará viva esa mujer de los labios pintados y la peluca caoba de The Blue Lamp, con su solitario puesto ritual en la barra. Quizá no. Que Serenity Smith hubiera sido antes un hombre no significaba que no fuese vulnerable.

\* \* \*

Dejaron a la señorita Smith en custodia protegida. Cuando la trasladaban de sitio era como si trasladasen a alguien del corredor de la muerte: doble escolta, con francotiradores apuntándola desde las torres de vigilancia. Mujeres vociferando obscenidades. La bañaban con botes de orina.

La lucha anti-Smith era una campaña de odio acompañada de pasajes bíblicos y declaraciones sobre moralidad y valores cristianos. Laura Lipp usó la fotocopidora del despacho de administración para hacer panfletos. Escribió cartas al gobernador, al alcaide, a diputados y a todo aquel que se le ocurrió. Su madre hacía campaña fuera. Laura sacudía su brillante cortinilla de pelo y expresaba su indignación porque se alojara a un asesino entre nosotras.

\* \* \*

Había empezado a echarle una mano a Button con los deberes de la clase de Hauser. La cosa me reconfortaba más de lo que había esperado. Era algo en plan hermana mayor. Sammy era mi hermana mayor y yo era la de Button, y Conan algo así como un padre. Teníamos una familia. No era tan satisfactorio, pero era algo, por más que Button fuese una tocapelotas. Siempre cabreada y buscando bronca. Pero cuando Lágrimas se comió el conejo conocí un lado distinto de Button.

Lágrimas había hervido el conejo en una cazuela con la resistencia mientras el resto estábamos en programación de actividades. Cuando volvimos para el recuento de la tarde, el cuarto estaba impregnado del denso olor a carne cocinada.

—Pero ¿qué banquete es este? —preguntó Conan.

Estofado Brunswick, dijo Lágrimas.

Más tarde, Conan seguía repitiendo: «No tenía ni especias, es que ni pizca», como si la infracción fuera esa, comerse la mascota de Button sin especiar. «De todas formas, un estofado Brunswick como Dios manda es de ardilla, no de conejo.»

Button se encaramó a su catre con la camisita que le había cosido a su conejito. Se pasó así el día entero.

—¿Estás enferma? —le gritó un poli de la unidad.

Button, de cara a la pared, no contestó.

—Si no estás enferma y no asistes al programa que tienes asignado te voy a sancionar, Sanchez.

Aquella manera de estrujar la camisita me recordó a cómo abrazaba Jackson a su patito de peluche cuando dormía. Lo hacía desde que era un bebé. Lo tenía agarrado toda la noche. La última vez que vi el patito fue la noche que me arrestaron. Jackson llorando, la policía a su alrededor. Agarrado a su patito y chillando: ¡Mamá!, ¡Mamá!

—Puedes coger otro conejo —le dije a Button—. Se te dan bien.

Eso hizo al final, y lo educó, le puso la misma ropa y el mismo nombre.

Solo una vez me había hablado de su bebé. Me contó lo que había pasado. De la prisión se la llevaron a un hospital, donde la metieron en una habitación con un guardia armado. El tío la seguía incluso al cuarto de baño, donde intentaba, esposada, con una cadena en la cintura y grilletes en los tobillos, limpiarse, lavarse entre las piernas la sangre y los restos de la placenta, ponerse las bragas de posparto y una maxicompresa gigante que le tiraron de mala manera.

—Tenía a alguien encima todo el santo día.

Me imaginé a un poli inclinado sobre el recién nacido, ya medio criminalizado, vigilándolo para asegurarse de que no hiciera ningún movimiento brusco.

El parto había dejado hecha polvo a Button y casi no podía caminar por culpa de los puntos que le dio el médico.

—Un pájaro carpintero con un pañuelo en la cabeza estampado de banderas norteamericanas. No una sola bandera, sino muchas, de diversos tamaños. Lo único que era capaz de ver era aquel dibujo mientras me cosía. Esas putas banderas. Le dije: ¿Cuántos puntos voy a necesitar? Y él me

suelta: Intenta no verlo de esa manera.

Una enfermera le dio una botella de algo para que se lo exprimiese en los puntos y que se le curasen bien. Button estaba encadenada a la cama, pero la enfermera amable le alcanzó al bebé. Tenía cuarenta y ocho horas para encontrar a alguien que lo reconociese. No tenía claro si conocía a nadie con coche que pudiese ir a Stanville a recogerlo. Observó al bebé respirando en su cuna de hospital. Escrutó la carita perfecta mientras dormía, los párpados violáceos cerrados, la boquita. Exhausta, descansó ella también. Se despertó y el bebé había desaparecido. Los guardias le dijeron que se vistiera. Se puso la ropa de la prisión. Le dijeron que no se podía llevar la botella exprimible para los puntos. La metieron a empujones en la trasera de un furgón, donde llenó de sangre todo el asiento de plástico duro y le dolía tanto la entrepierna remendada que se pasó el trayecto de vuelta a la prisión sentada sobre un glúteo.

\* \* \*

Jackson me preguntó de dónde había salido su patito.

—Te lo dio tu padre —le dije.

Miró al patito con amor y asombro. Le dio un beso.

Su padre jamás le dio nada. Ajax, aquel chaval de la sala Marte, lo había robado en la tienda de regalos de un aeropuerto para mí, al volver de visitar a su familia en Wisconsin. Se lo daré a mi hijo, le dije. Me miró confuso, como si se hubiese olvidado de que tenía un hijo, pero mantuve las distancias, así que Ajax y Jackson no se conocieron.

\* \* \*

Le conté a Hauser que había leído *Hijo de Jesús* y le pregunté por qué había escogido ese libro. Tuve la paranoia de que pensase que era una exyonqui inútil como los personajes de aquellos relatos.

Dijo que me lo había regalado porque era excelente. Que era uno de sus libros favoritos.

Hay un relato en el que dos tipos roban cobre de una casa y el protagonista ve a la esposa del otro flotando en el cielo y piensa que se ha metido en el sueño del otro tipo y para mí tiene todo el sentido del mundo, le conté a

Hauser. Le dije que conocía a gente que se dedicaba a eso, a robar cobre. Algunos eran como los tipos del libro, drogas en busca de dinero fácil, pero había otros que lo hacían como si se tratase de una profesión.

Hauser continuó trayéndome libros, y después de leerlos yo se los pasaba a Sammy, que también los leía. Las dos nos habíamos saltado séptimo. Ni la una ni la otra resultamos ser alumnas de matrícula, lo que es una extraña coincidencia. Yo había ido al colegio con mexicanas y las dos compartíamos inclinaciones y ciertas pintas: pantalones chinos negros, zapatillas chinas, el delineador de Maybelline que había que calentar con una cerilla; así que podía dedicarme a recordar con Sammy para pasar el rato. Algunos fines de semana iba a su unidad habitacional y miraba su colección de fotos. Pude ver en imágenes las anécdotas que me había contado cuando estuvimos encerradas en incomunicación. Fotos de ella de joven, y de otra gente, amigos a lo largo de los años. Una foto de ella en la CIW, California Institution for Women, una cárcel para mujeres más al sur, que Sammy llamaba CIWonderful.

—Esto fue antes de los encarcelamientos masivos —me dijo, como si los encarcelamientos masivos fuesen una especie de catástrofe natural. O un cataclismo, como el 11 de septiembre, con un antes y un después. Antes de los encarcelamientos masivos.

En la CIWonderful tenían piscina. Había bañadores reglamentarios, pero tenías que dejarte la ropa interior puesta porque eran compartidos. Yo disfrutaba de aquellos detalles de la prisión de antaño, anterior a la actual. Estoy segura de que era asqueroso, pero según Sammy algunas tenían pececitos en tanques. No tenían torres gigantescas con francotiradores ni kilómetros de vallas electrificadas. Los cuartos no eran de hormigón. Las habitaciones tenían estanterías y armarios de madera. Tenían un césped verde. En la cantina se vendía maquillaje, y el preferido de todas era un pintalabios que se llamaba Violeta. Al lado del terreno de la prisión había un campo de golf, y el novio de alguna presa había arrastrado una lanzadora de pelotas hasta el campo y había arrojado pelotas rellenas de heroína y joyería al patio principal de la prisión. Cuando yo estaba deprimida, Sammy me contaba anécdotas de la CIWonderful. Aquello era el paraíso antes de la debacle.

Toda la colección de fotografías de Sammy era de dentro de la prisión. En una salía una chica preciosa y triste llamada Dormilona que estaba con la

perpetua sin condicional. Era la única foto de Dormilona, dijo Sammy. Se la dio cuando dejaron libre a Sammy y en manos de Keath. La tal Dormilona no tenía a nadie. Le dio la foto a Sammy porque quería asegurarse de que alguien libre la recordase, que pensara en ella de vez en cuando. No llegué a conocer a Dormilona. La trasladaron al norte antes de llegar yo. Pero sabía por qué le dio la foto a Sammy, lo que quería de ella. Sammy tenía algo que provenía del mundo y permanecía en el mundo (en el antiguo, el de la libertad). La pobre Dormilona debió de pensar que si podía vivir en el corazón de Sammy, quizás podía vivir. Me deprimió tanto que me entraron ganas de hacer pedazos la foto cuando Sammy no mirase.

\* \* \*

No había nada que celebrar, pero a veces hacíamos fiestas. A Conan le apasionaba organizarlas en nuestra habitación. Había explicado a todo el mundo cómo no tragarse los medicamentos psiquiátricos. Compras mantequilla de cacahuete en la cantina o si, como en mi caso, no tienes dinero, coges un poco de la mantequilla de cacahuete de Conan. Te pegas un trozo en el paladar antes de ponerte en la cola para la pastilla. Cuando abres la boca como un caballo para demostrarles que te has tragado la medicina como Dios manda se ve vacía, pero la pastilla está pegada en la mantequilla. Las que llevan dentadura postiza se las esconden debajo. Hay otras que se las guardan bien en los carrillos. Había contribuido la gente de toda la unidad 510. Conan destapó la provisión de pastillas después del recuento de la tarde. Las machacó con la base de un bote de champú e hizo un «ponche», que consiste en pastillas disueltas en un vaso mezclador de té helado. Es un *short island*. Sammy se coló a hurtadillas en nuestra unidad y vino a nuestra habitación mientras las celdas seguían desbloqueadas, cuando la manecilla larga del reloj estaba en la cuña roja para las imbéciles.

—Me está entrando mal rollo —comentó Conan, y mezcló el ponche.

Yo misma no me sentía muy alegre, que digamos, mientras me bebía mi parte. Sammy rechazó su vaso. Pensaba seguir limpia, dijo. Yo me sabía capaz de seguir limpia aun bebiendo ponche. No somos todas iguales. Era la noche de un domingo. Conan puso en la radio el programa de peticiones y dedicatorias de Art Laboe, que era el programa semanal preferido de todas.

—Esta es de parte de Tiny, que está en Pelican Bay, para Lulu, alias Bonita

Blue Eyes. Tiny quiere decirle a Lulu que la quiere como a nada en este mundo y que su corazón será siempre suyo. Está aquí para ti pase lo que pase y de aquí no se va a mover.

—Eso es porque el hijoputa tiene la perpetua —dijo Conan.

Puso un viejo éxito. Los trinos y gorgoritos de la voz del cantante me bombardearon con sensaciones de añoranza indeseadas. Me bebí otro vaso de ponche.

En el siguiente periodo de cerrojos desbloqueados la gente se apiñó en nuestro cuarto. Laura Lipp se tapó la cabeza con la almohada e intentó ignorarnos. Conan puso música para perrear y Button bailó para todas.

Luego bailé yo para todas, pero no tengo un recuerdo claro. Solo recuerdo a Conan diciéndome después: «Hay veces que ves algo y dices: Para mí».

Conan era fuerte, musculoso —por algo lo llamaban Conan— y me hacía reír. Dejé de reírme cuando acabé en su catre aquella noche y el suave ejército de su lengua se puso en marcha. «Dios mío», susurraba yo una y otra vez. En lugar de darme alguna réplica de las suyas, ahondó. Estábamos todavía en ello cuando oí un golpetazo tremendo. El ruido le pegó tal susto a Conan que se echó hacia atrás y se abrió la cabeza contra la cama de arriba. Era la funcionaria Garcia, en plena ronda nocturna por la unidad, que golpeaba la ventana con su porra.

Se nos cortó el rollo, así que dejamos la inesperada sesión de arrumacos. Le vendé la herida, que le sangraba, y bebimos más ponche. Estaban todas apiñadas en el baño, que los polis no veían desde el cristal de observación.

Quizá por ser joven y bajita, Button era la que estaba más apartada. Empezó a hablar de Dios. Dijo que era Dios quien estaba en la torre de vigilancia del patio. ¿En qué torre, preguntó alguna, en la Torre 1 o en la Torre 2? Ella respondió:

—Tiene una panorámica completa de nosotras. Nos ve.

—Ese no es Dios —dijo Conan—, es el sargento Rintler, un Elmer Fudd como cualquier otro, ahí arriba echando siestas y pajeándose. Cazando desgraciadas.

Conan habló con deje de vaquero:

—Señora, recule, señora. No me obligue a sancionarla, señora.

Button se echó a llorar.

—Pero controlan el cielo entero. Ahora esto es el mundo. Si el Señor no está en las torres, ¿dónde está? ¿Dónde?

Laura Lipp entró en el cuarto de baño. Nos callamos y nos quedamos mirándola. Parecía el Exorcista. Había pillado ponche a escondidas. Estaba borrachísima.

—Yo soy de Apple Valley —dijo.

—Lo sabemos —gritamos todas.

Sammy se puso en pie para sacar a Laura del baño a empujones.

—Pero nunca he sabido, no lo he oído, no lo he escuchado. Nunca he entendido qué significa. El valle de las manzanas. Se refiere a la tentación, ¿verdad? Pecado. ¿Veis? Fruta envenenada. Ah, es que sienta tan bien tener un sitio donde desatar tu cólera, donde castigar a alguien igual que te han castigado a ti. Esa es la verdad y cualquier mujer como yo lo sabe. La que pega a su niño con una percha o con una correa, o la que sacude al bebé, es todo lo mismo. Lo haces porque te hace sentir bien. Eso no te lo van a decir. No te van a decir cómo son las cosas. No tienen valor. Os lo digo yo. Se nos mete el diablo dentro y hacemos eso para sentirnos bien. Ojalá me hubiesen parado, pero nadie lo hizo. Dios detuvo la mano de Abraham. Intervino. Pero ¿dónde estaba Dios cuando lo necesité? No estaba. Nadie me ayudó. Nadie.

Se tambaleó como una ciega, se arrodilló en el suelo, estiró los brazos y sollozó.

\* \* \*

Me tomé la libertad de dormir en el catre de Conan aquella noche. Las cosas se habían puesto tan raras que necesitaba la compañía de alguien que no estuviese chalado.

Soñé que acababa de ganar en *El Precio Justo*. Se oyó el estruendo de los aplausos, vítores y silbidos cuando gritaron mi nombre. Una catarata ensordecedora de palmadas y gritos. Subía correteando hacia el escenario en medio de aquel escándalo, con los vítores del público del plató, cuando me desperté.

Conan ya estaba despierto limpiando con papel higiénico mojado las manchas de sangre que había dejado por todas partes la herida de su cabeza. Le recompuse el vendaje.

—La cabeza me está matando —dijo—. Anoche no pude dormir porque todo el rato me despertaba un brrrrrummm, brrrrrummm, como si alguien le diese al acelerador de un coche con el motor en ralentí.

—Yo soñé que ganaba *El Precio Justo*.

—Es... ¡un coche nuevo! Lo malo de ese programa es que la tía no viene con el coche. A la tía no te la llevas. Solo el coche.

Aquel día en el trabajo todas tuvimos resaca de las pastillas.

—Me siento como Blácula —dijo Conan—. En la escena final esa cuando le da el sol y se convierte en una humareda espesa que se alza de entre la ropa que llevaba encima.

A la hora del almuerzo en la carpintería, Conan me soltó el sermón de «En realidad no me van las mujeres blancas». Yo quería a Conan, pero no en ese sentido. Era como jugar al incesto mientras jugábamos a la familia, pero solo éramos amigos.

La funcionaria Garcia pasó por el taller. Conan gritó: «¡Hola!». Se señaló la cabeza vendada y le lanzó una mirada desafiante.

Me topé con Hauser mientras esperaba para la asignación de actividades.

Tengo noticias para ti, me dijo.

Había conseguido averiguar quién era el tutor de Jackson. Empecé a agradecersele efusivamente y él me advirtió que no era adecuado darle las gracias.

Pero te has saltado las normas, le dije.

—Han anulado tus derechos maternos. ¿Lo sabías?

—¿Qué significa que los han anulado?

—Me han dicho que lo hacen para que un niño pueda pasar directamente al proceso de adopción. Para que los niños puedan formar parte de otra familia. Se supone que no debería contártelo. Esa mujer me hizo un favor al echarle un vistazo al caso. Lo único que pudo decirme fue que, teniendo en cuenta tu condena, tus derechos quedaban anulados y el niño pasaba al sistema.

—Yo estoy en el sistema. Jackson es un niño. No pertenece al sistema.

—Lo que me han dicho es que el estado se responsabiliza de él. Creo que eso significa que está en régimen de acogida.

—¿Dónde? ¿Lo sabes? ¿Puedo escribirle?

—Creo que no lo entiendes. Y yo tampoco, hasta que me lo explicaron. Pero resulta que averiguar dónde está tu hijo es, dentro de la burocracia de protección de menores, como intentar encontrar información sobre un desconocido total. Salvo que el desconocido, en este caso, no deja expedientes accesibles debido a todas las normas de privacidad para menores.

—Pero soy su madre. No pueden decirme que no soy su madre. Jackson

necesita una madre. ¿Por qué me hacen esto?

Yo era consciente de mi tono de voz, de la expresión de mi cara, me daba cuenta de que increpaba a aquel tío, el mensajero, como si las noticias que me traía fueran culpa suya, pero era incapaz de dejar de llenar el aire con mi urgencia.

\* \* \*

Aquella noche nos confinaron en las celdas, así que no pude hablar con Sammy. Me quedé encerrada en mi cuarto. Estuve con Conan. Otra vez con Conan. Lloraba de impotencia en lugar de ser la protectora de mi hijo y eso me devolvió a la irrealidad sin rumbo que había experimentado la primera noche en la cárcel del condado. Había hecho algo que no podía deshacer. Pero Jackson no había hecho nada. Era inocente. Y ahora estaba perdido, en mitad del mundo sin amor, sin nadie.

Cuando conseguí calmarme, Conan me contó una historia.

—Mi hermano pequeño y yo nos criamos con mi abuela, que vivía en Sunland. Allí había granjas de caballos. Tenía un jardín. Prácticamente era el campo. La queríamos y nos encantaba vivir con ella. Un día vino mi madre a llevarnos con ella. Apenas la conocíamos. No nos había criado. Mi abuela y mi madre se pelearon. Mi madre pegó a mi abuela delante de nosotros. Le pegó en su propia cocina. No pudimos hacer nada. Lloramos. Estábamos asustados. Yo tenía siete años y mi hermano cinco.

»Tuvimos que irnos a vivir con mi madre y con su novio en Bell Gardens. El novio era un cabronazo de primera categoría. Se metía con mi hermano. No sé por qué. Quizá porque era un chico. Cuando cumplí los once empezó a meterse conmigo, pero de una manera distinta. El hijo de puta me violó. Y no una sola vez. Se convirtió en una costumbre. Así que cuando yo cumplí doce años y mi hermano diez, nos largamos. Habíamos pensado en volver con nuestra abuela a Sunland. No la habíamos visto en años, porque mi madre y ella no se hablaban. Yo me acordaba de la casa. Sabía dónde estaba exactamente, saliendo de la calle principal, más arriba. Cogimos un bus. Nos costó un buen rato llegar hasta allí, porque nos equivocamos varias veces de autobús. Al final acabamos cerca. Fuimos andando a su casa y mi hermano estaba emocionadísimo, venga a charlar de la abuela, tratando de recordar los platos que cocinaba, su manera rara y anticuada de hablar. Cómo se quedaba

dormida en una silla. Nunca la vimos irse a la cama. Era como si estuviese siempre despierta, para vigilarnos, y nunca se tomase tiempo libre. La mujer dormía en una silla, por si necesitábamos algo.

»Llegamos a su casa, yo estaba convencido de que era aquella casa, pero la abuela ya no vivía allí. La gente de la casa nos contó que se habían mudado allí después de que ella muriera. Se había muerto y no nos habíamos enterado. Así que allí estábamos, en Sunland y sin dinero, sin abuela, sin un sitio adonde ir. Aquella noche dormimos en un parque. Al día siguiente empezamos a hacer autostop. Acabamos en Santa Bárbara; dormimos en la playa y rebuscamos en los contenedores de basura para comer. Nos colamos en un tren de cercanías, nos escondimos en el lavabo cuando pasó el revisor, pero luego la gente empezó a golpear la puerta así que nos arriesgamos a ocupar un par de asientos. Mi hermano se mareó. Empezó a cagarse encima y a vomitar en el tren. Estaba enfermo y no podía controlarse, y no teníamos billetes. El revisor viene y nos dice: No podéis quedaros en el tren. Así que el tren se para en la siguiente estación y nos echan. Mi hermano estaba hecho polvo. Ardía allí tirado en el andén de donde fuera que estuviésemos, no sé qué pueblo, y nos daba miedo que se entrometiese la policía. Lllamarían a nuestra madre y tendríamos que volver con ella y con el gilipollas con el que vivía.

»Un hombre nos ofreció ayuda. Nos prometió no llamar a la poli. Nos llevó al Ejército de Salvación. La gente de allí metió a mi hermano en una cama con sábanas y demás. Lo cuidaron. Dijeron que tenía disentería y que podría haber muerto. Lo dejaron descansar y le ayudaron a recuperarse. Nos dieron ropa limpia. Me dieron espaguetis con albóndigas.

»Hay gente buena por ahí —dijo Conan—, gente buena de verdad.

---

### III

Cuando Doc era adolescente, el presidente Richard Nixon cantó en el Grand Ole Opry. Doc y su padre de acogida, Vic, lo vieron por la tele. Era la primavera de 1974 y Nixon ya había caído en desgracia, cosa que cabreaba al viejo y maligno Vic, que le fue leal hasta el fin.

El presidente Nixon subió al escenario del nuevo gran teatro de Nashville y saludó a la gente de Opryland, Estados Unidos

Cuando la multitud se calmó, el presidente Nixon dijo que la música country era el corazón del espíritu norteamericano. Música tradicional que ensalzaba valores sencillos, el amor a la familia, el amor a Dios y el amor a la nación. La música country era patriótica y cristiana, dijo Nixon.

—Comenzó aquí y es nuestra —le dijo el presidente Nixon al público de Opryland. El público de la cadena TV Land también escuchaba, chavales norteamericanos con rapado militar y grandes orejas, como Doc, que tenía diecisiete años, robustos, cachondos y deprimidos—. No es una cosa que hayamos aprendido de otra gente ni de otra nación, ni nada que hayamos tomado prestado o heredado de nadie. La música country es de lo más nativo que se pueda encontrar en Estados Unidos. Refleja valores esenciales de nuestro carácter, en una época en que Estados Unidos necesita carácter. La música country proviene del corazón de Estados Unidos, y es el corazón de Estados Unidos. Dios bendiga al Grand Ole Opry, y Dios... bendiga... ¡a los Estados Unidos de América!

La multitud de Opryland se volvió loca.

Nixon se sentó al piano y desgranó «God Bless America» con un estilo feo, las manos como palancas mecánicas aporreando de aquí para allá. Al terminar, apareció Roy Acuff con un yoyó descolgándose de la palma de una mano.

Los chicos orejudos del teatro y los que estaban tumbados en alfombras raídas en su casa se animaron al ver a Roy Acuff manejar un yoyó con tanta gracia.

Empezó a tocar una banda de country de Misisipi. El cantante, un barítono panzudo, se puso a cantar una canción sobre un talador que destrozaba un bar de carretera con una motosierra.

¿Por qué lo hizo? La canción explicaba el porqué. Fue porque el camarero lo llamó paleta y se negó a servirle una cerveza fresca. Así que arrasó el lugar.

Acto seguido, para entretener al presidente Nixon, a quien le encantaba la música country, llegó Tammy Wynette, que cantó «D-I-V-O-R-C-E».

Roy Acuff cantó «The Wreck on the Highway».

Charlie Louvin cantó «Satan Is Real».

Wilma Lee y Stoney Cooper cantaron «Tramp on the Street».

Porter Wagoner optó por un éxito seguro con «Rubber Room».

Loretta Lynn berreó «Don't Come Home A-Drinkin».

—Voy a pedirles un minuto de silencio para recordar a nuestro querido hermano, el banjo David «Stringbean» Akeman —le dijo Grandpa Jones al público—. Stringbean debería haber estado hoy aquí. Era mi mejor amigo. Mi vecino. Mi compañero de caza. Y lo más importante, un miembro de la familia que formamos los del Opry. Hace cuatro meses, como muchos sabréis, fue asesinado, junto a su maravillosa mujer, Estelle, por dos piojosos de Dickerson Road. Recordemos a este hombre sencillo, con su larga camisa y sus pantalones cortos, y a su amor por la anticuada música de las montañas.

La cara de Nixon se volvió de plástico frío mientras la sala se iba quedando en silencio. Parecía una plañidera profesional, alguien que hubieran traído al teatro para establecer el tono taciturno y ceremonial.

Los ánimos se distendieron un poco cuando salió Cousin Minnie Pearl y le dijo a la multitud que después de que los Servicios Secretos la cachearan con motivo de aquella ocasión especial se había puesto a la cola para repetir. Contó chistes sobre endogamia e incesto, y cantó una canción sobre una mujer tan celosa que se agenció un bulldog para vigilar a su amado mientras dormía.

Del Reeves cantó un tema sobre un camionero que fantaseaba con lo que le haría a una chica medio desnuda de una valla publicitaria en la autopista.

Porter Wagoner cantó «The First Mrs. Jones». El señor Jones de la canción ha matado a su esposa y advierte a su segunda señora Jones que, como lo abandone, acabará igual que la primera.

Hubo una canción sobre un contrabandista que se escapa de la policía.

Otra donde un hombre asesina y entierra a su esposa, pero todavía la oye incordiarlo toda la noche.

El público de Opryland estalló en una escandalosa risotada.

Nixon estaba sentado a la izquierda del escenario, mofletudo, majestuoso y tieso, presidente de aquel gran, gran país, con sus brazos demasiado largos agarrados a los lados de la silla como las barras estabilizadoras de un tractor.

En el artículo donde glosa las virtudes de las manzanas silvestres, Thoreau admite que solo saben bien si se comen al aire libre. Ni siquiera un paseante, dice Thoreau, soportaría una manzana silvestre en la mesa de la cocina. Su sabor amargo se excusaba mejor en el contexto de una hermosa caminata otoñal. Gordon Hauser iba caminando a todas partes siempre que podía, subía por senderos en el bosque, atravesaba pastos propiedad del gobierno federal y que se extendían a lo largo de kilómetros. Encontraba cráneos de animales, casquillos de escopeta y un viejo vertedero de botellas antiguas, algunas ni siquiera rotas. En un camino de vacas que discurría más arriba de su cabaña se topó con un avispero de papel. Parecía un casco medio aplastado en medio del camino. Gordon cogió y colocó encima de su mesa aquella cosa imponente y misteriosa, medio desinflada y despanzurrada.

A menudo se quedaba fuera hasta que oscurecía para observar la lenta transición hacia la noche. Le gustaba contemplar el proceso entero de principio a fin. Cuando desaparecía la última luz, oía gemir a los búhos. Enormes búhos cornudos. A veces lechuzas comunes. Una tarde de mayo, Gordon se encontró un búho en el suelo, batiendo las alas y temblando. Tenía la cabeza tan grande como la de un gato macho, y peluda. Emitió un chasquido e intentó apartarse de Gordon con sus gigantescas y nudosas patas. Los ojos eran humanos, con pupilas redondas como las de una persona. También sus párpados eran como los de una persona. Parpadeó y se le quedó mirando. Él dio por hecho que estaba herido, y que si no le ponía remedio se lo comería algún depredador. Se fue a casa e hizo unas llamadas. Gordon y sus llamadas. A esto se reducía su vida personal últimamente. Contactar con burocracias. Una guarda forestal le dijo que probablemente era un búho joven que se había caído del nido, lo normal en esa época del año. Se sacuden las plumas de cría y alzan el vuelo, le contó. Gordon volvió y el animal había desaparecido. Una vez le pareció verlo entre los árboles al atardecer. Pudo haber sido cualquier búho, pero no le hacía daño a nadie si quería creer que

se trataba del polluelo.

Después de pasear se preparaba la cena, una lata de sopa, el plato básico de su vida de una sola habitación, y luego se metía en internet, donde había desarrollado un mal hábito, una adicción a la que se había enganchado de forma rápida e indolora. Había comenzado a «rastrear» los nombres de las presas, como estas habrían denominado su actividad. Rastrear el nombre de alguien significaba que un contacto de fuera de la prisión buscara en Google a esa persona o preguntara sobre ella.

La presa que pedía que le rastrearan un nombre no buscaba revisar un expediente lleno de tristes detalles, ni cotillear la inoportuna foto de la ficha policial al alcance de cualquiera —sobre todo en Florida y California—, que subían los funcionarios del condado, por lo que parecía que una parte desproporcionada de inútiles provenía de esos estados. Las imágenes eran todas iguales: luz fría y formato de impresión penitenciario por los ojos hoscos y el pelo revuelto de gente desgajada de la vida, arrestada, numerada, engullida y exhibida.

Cuando las mujeres de la prisión hacían rastrear un nombre no les interesaba que les dieran detalles de los traumas y de la pobreza que rodeaban a sus crímenes, detalles accesibles en los casos que recibían la atención de los medios de comunicación, o cuando la transcripción del juicio o el sumario estaban online. Lo que las mujeres querían confirmar era si su vecina de celda, su amiga de la unidad, su socia de trabajo, su compañera del grupo de plegarias, su amiga, su follamiga o su enemiga habían hecho daño a un niño o si habían declarado contra su cómplice. Esos eran los dos tipos de persona que necesitaban verificar, asesinas de bebés y chivatas.

La búsqueda de Gordon era más amplia. No sabía lo que estaba buscando. Esperaba que pudiera establecerse cierto equilibrio a fuerza de obtener datos. También intuía que aquello de los datos y el equilibrio era una mentira que se decía para rastrear detalles sórdidos que no le incumbían.

Según los códigos sociales de las presas, se suponía que no podía preguntarse a la gente por qué estaba en la cárcel. No preguntar era cuestión de sentido común. Pero el oprobio de preguntar era tan grande que hasta estaba prohibido especular, aun en la intimidad. Se suponía que no ibas a preguntarte por los hechos que habían determinado la vida de las personas. Recordaba algo que había dicho Nietzsche sobre la verdad. Que cada hombre se merece tanta como es capaz de soportar. Tal vez Gordon no buscaba la

verdad, sino que pretendía descubrir sus propios límites a la hora de tolerarla. Algunos nombres no los tecleaba. Se resistía a teclear Romy Hall; desviaba la tentación hacia otras pesquisas.

El primero que buscó fue Sanchez, Flora Martina Sanchez, a quien las demás llamaban Button. Su caso estaba por todo internet. Sanchez y otros dos adolescentes habían asaltado a un estudiante universitario chino cerca del campus de la USC. Cursaba el primer año de Medicina y era el único hijo que su familia había podido tener con permiso del estado. Según la confesión de Sanchez, el estudiante había intentado «darle un golpe de kárate». Los tres chavales mencionaron en sus confesiones que la víctima gritaba algo en un idioma extranjero mientras lo golpeaban con un bate de béisbol. El bate era de aluminio verde, de la marca Worth. Tenía huellas dactilares de los dos chicos y de Sanchez. Sanchez había renunciado a sus derechos Miranda. Todos hicieron lo mismo, confesaron, fueron a juicio, les cayó la perpetua sin condicional.

No sabían lo que estaban haciendo. Gordon estaba convencido de ello mientras leía.

Cuando trataron de robar al estudiante, no sabían lo que estaban haciendo. Cuando mataron al estudiante, aún menos. Cuando los cogieron, por separado, a la mañana siguiente y se los llevaron para interrogarlos y hablaron libremente, pero cada uno mirando por sus propios intereses, con inspectores de homicidios, sin padres presentes y sin abogados, no sabían lo que estaban haciendo.

Habían escogido a la víctima, dijo uno de los chicos, porque dieron por hecho que siendo asiático sería rico. Lo único que querían era su mochila. No pretendían matarlo. El estudiante se las arregló para llegar a su casa. Su compañera de piso lo oyó sorberse los mocos desde su dormitorio cerrado. Dio por hecho que había pillado un catarro. No sabía que sorbía porque estaba tragando sangre.

Gordon creía en una especie de juramento hipocrático, no solo como profesor sino como persona, el compromiso de no hacer daño. Quizá aquel cotilleo era dañino. Lo llevó a cabo igualmente.

Todos aquellos detalles de los artículos periodísticos construían un retrato, una serie de impresiones. Gordon había conocido a Button en el otro lado, una chiquilla desorientada que aparentaba doce años. Una vez, cuando Sanchez le sonrió mientras él la elogiaba en clase, vio su esencia juvenil. Se

la veía tan necesitada y radiante que tuvo que apartar la mirada.

La palabra *violencia* había quedado vacía y se había vuelto genérica por el uso, y aun así seguía teniendo potencia, todavía significaba algo, pero los significados eran múltiples. Había crudas muestras de violencia: apalazar a una persona hasta la muerte. Y había formas más abstractas: dejar a la gente sin trabajo, sin hogar, sin colegios adecuados. Había demostraciones a gran escala: las muertes de decenas de miles de civiles iraquíes en un solo año, por una engañosa guerra de mentiras y chapuzas, una guerra que bien podía no acabar nunca, pero, según los fiscales, los verdaderos monstruos eran adolescentes como Button Sanchez.

En la zona primitiva de la mente la violencia era cuerpo a cuerpo, consistía en aporrear, apalear y cortar. Esa gente acababa en prisión. No se les dispensaba ningún tipo de piedad. Se apuntaban a las clases de Gordon Hauser. Cumplían con sus lecturas o no.

De repente, después de leer sobre esos complicados hechos, comprendió por qué aquellos chavales, Button y sus amigos, habían asesinado al pobre estudiante y habían echado a perder sus vidas.

Para ellos, el estudiante no era una persona. Ese era el motivo. No le habrían hecho daño a alguien que considerasen del todo una persona. Para ellos era un extraterrestre, y su fluidez en mandarín una cosa que no tuvieron en cuenta en ningún momento.

El estudiante estuvo sorbiendo ruidosamente. Su compañera de piso contó en los juzgados, entre lágrimas, y por medio de un intérprete de mandarín, que pensó que había pillado un catarro.

Gordon miró una y otra vez una foto de la pequeña Sanchez y los otros acusados en el juicio. Estaban arrellanados en poses infantiles de tipos duros y todos llevaban gafas. Él era su profesor y jamás la había visto con gafas. Probablemente sus abogados de oficio habían insistido en que las pidiesen, y entre los pocos servicios de sanidad que podían obtenerse desde la cárcel del condado estaban las gafas graduadas; o quizá los abogados fueron a Walgreens y les compraron unas gafas estándar. La foto de los tres jóvenes con las gafas, aburridos y distraídos de su propio juicio criminal, le hizo odiar a Sanchez. Las gafas pretendían alterar la percepción del jurado. Deformar la verdad. Pero se dio asco por aquel odio repentino suyo, y es que tal vez culpa e inocencia no formaban siquiera un eje auténtico. En las vidas de la gente las cosas se torcían.

Al leer sobre el caso, Gordon se sintió como si intentara cruzar a pie una autopista de ocho carriles. Ya tenía elaborada una explicación de por qué Sanchez era una víctima cuando encontró un artículo que citaba a un abogado de la Autoridad Juvenil que testificó haber oído a la adolescente hablar del crimen. «Y ni siquiera sacamos nada del chino ese», había dicho Sanchez.

\* \* \*

Aquellas fueron las peores noches. A la luz del día sus ánimos mejoraban. Mientras bajaba por las carreteras que serpenteaban hacia Stanville, con la hierba de la ladera de puntas verdes y suave como la angora, masas de muérdago apelonado en las ramas de los robles como colmenas gigantescas, era consciente de que no podía juzgar. No puedo juzgar porque no sé nada.

Desde su época en la facultad y en el posgrado, Gordon estaba acostumbrado a tratar con niños ricos. Si naces rico, tocas un instrumento musical, violín o piano. Formas parte del grupo de debate. Prefieres una marca concreta de vaqueros con el dobladillo de cierta manera, y a lo mejor fumas un pitillo o das caladas a una pipa con tus amigos en el Lexus de papá y llegas tarde a las clases de preparación para el examen de acceso a la universidad. Pero muchos otros chavales iban por caminos muy distintos, y se los obligaba a ir por caminos muy distintos. Si eras de Richmond, de East Oakland o, como Sanchez, del sur de Los Ángeles, puede que te adiestrasen prácticamente desde la cuna para representar a tu barriada, a tu pandilla, para labrarte una reputación, cultivar el orgullo, ser dura. A lo mejor tenías que encargarte de un montón de hermanos y posiblemente no conocerías a casi nadie que hubiera acabado el colegio o tenido un empleo estable. La gente de tu familia igual estaba en prisión, franjas enteras de tu comunidad, y acabar allí formaba parte de tu vida. De modo que nacías jodido. Pero, al igual que los niños ricos, también querías divertirte los sábados por la noche.

Todos los niños intentan lograr una imagen positiva de sí mismos. Todos los niños. Se obtiene de diversas maneras.

PROHIBIDO LLEVAR CAMISETAS DE TIRANTES, decía el letrero de Orientación Juvenil. Porque se daba por hecho que los padres eran lo suficientemente brutos como para presentarse en el juzgado con unas pintas horribles. El

cartel bien podría haber dicho: VUESTRA POBREZA APESTA.

\* \* \*

Durante la mayor parte de su vida, lo que Gordon sabía del asesinato se había reducido a la literatura. Raskólnikov mató a la vieja usurera. Fue una decisión febril la de destruir su propia vida y cambiarla por una ensoñación, un sueño que no podría interrumpir como lo haría con la fiebre. Era un estudiante graduado pobrísimo como lo había sido Gordon. Casi daba risa cómo todo en las novelas de Dostoyevski acababa reduciéndose a rublos. Una palabra que resonaba como algo pesado y metálico. Rublos. Mételos en un calcetín, como harías con un candado, y blándelos.

Al final de *Los hermanos Karamazov*, Aliosha les pide a los niños que recuerden siempre los buenos momentos compartidos, como homenaje y celebración de la vida de su bienamado amigo muerto, el niño perdido.

Recordad eso siempre, dice Aliosha, y lo dice en serio, como un antídoto. Conservad la inocencia del sentimiento más honesto que hayáis experimentado en la vida. Parte de vosotros permanece inocente eternamente. Esa parte de vuestro ser vale más que el resto.

\* \* \*

Sanchez estaba en prisión y allí moriría. Le había contado a Gordon que nunca había tenido ningún visitante. Pocas de las mujeres que él conocía recibían visitas. Cuando les preguntaba ponían excusas. Era bochornoso que nadie viniese nunca a verlas. No se les ocurría que el motivo no fuesen ellas, que no era culpa suya que viajar hasta la prisión exigiese un coche decente, horas libres del trabajo, dinero para gasolina, comidas y hotel, y para gastar en las carísimas máquinas expendedoras de la sala de visitas.

Gordon siguió buscando, rastreando a otras.

Se dio cuenta, llegado un momento, que estaba haciendo aquello para evitar buscar a la persona sobre la que tenía más curiosidad, y a quien más dudaba en traicionar.

Sería fácil, porque su nombre no era corriente.

Le costaba deshacerse de la culpa por haber sido él quien le había contado

lo de su hijo. No le gustaba cómo lo hacía sentirse. Como si ahora, debido a las necesidades de esa mujer, él tuviese poder sobre ella. En clase, esos pensamientos se interrumpían, porque en persona no parecía necesitada. Era la alumna en quien confiaba a la hora de responder a una pregunta de manera productiva; le servía para saber si las demás lo estaban siguiendo, si no se habían perdido, si no estaban contra él. Ella se reía de los chistes de Gordon y hablaba de una forma que confirmaba sus razones para pensar que lo que hacía valía la pena, porque obviamente contar con libros para leer y sobre los cuales debatir la ayudaba. Pero todo aquello era una gran mentira, aun cuando fuese verdad. Ella le atraía y estaba prohibida. Pensaba en ella con frecuencia, dado que sus fantasías no las patrullaba el departamento de correccionales.

—¿Alguna vez has visto el rayo verde en Ocean Beach? —le preguntó ella después de clase.

Pues no, le contestó. Ella le explicó que se trataba de un efecto óptico durante la puesta de sol, cuando los rayos de la parte superior del sol que se hunde se vuelven verdes. Ella tampoco lo había visto nunca, dijo.

—¿Estás segura de que no es un cuento inventado por los irlandeses borrachos que viven allí?

Ella se echó a reír. Estaban fuera del remolque-escuela. Era una tarde de junio, cuando el sol se pone tarde. La dorada luz envuelta en la neblina del valle le daba en los ojos y le iluminaba el iris.

Mirar a alguien que te devuelve la mirada era una droga tan potente como la que más.

—¡Muévete, Hall! —gritó un policía. Era hora del recuento de la tarde—. ¡Mueve el culo, ya! ¡Ahora mismo!

\* \* \*

Investigó sobre el rayo verde de una puesta de sol. Existía. Había sitios web con explicaciones extensas sobre la física de la luz. No introdujo las tres palabras del nombre de ella. En lugar de eso continuó con las demás. Betty LaFrance, que les pidió a los funcionarios que reservasen una plaza de aparcamiento para su peluquero. Betty, cuya carta Gordon había enviado, y quien, al preguntarle cómo estaba su hombre, le había contestado: «Lo mandé estrangular». Estaba convencido de que mentía, pero cuando lo dijo los pelos

de los brazos se le pusieron de punta. Encontró su página en un sitio de amistad por correspondencia penitenciaria.

«Soltera y sin compromiso, chica chapada a la antigua aficionada al champán, los yates, el juego, los cochazos, las emociones MUY caras. ¿Puedes permitirte a alguien como yo? Escribe para averiguarlo.»

Había una lista de preguntas estándar que Betty LaFrance estaba obligada a responder en el sitio web, para sus usuarios.

*¿Le importa pedir un traslado?* «No».

*¿Cumple cadena perpetua?* «No».

Pero al final, debajo de *¿Está usted en el corredor de la muerte?*, había tenido que marcar «Sí».

Sobre Candy Peña, Gordon se enteró de que su madre había trabajado en franquicias en la Disneylandia de Anaheim. La propia Candy había trabajado en un McDonald's. Su encargado testificó para la defensa que jamás le había dado problemas. La madre de la víctima de asesinato de Candy, una niña, había vitoreado en pleno juzgado cuando se anunció la pena de muerte. ¡ESO ES!, gritó.

Y después Gordon encontró una cita posterior de la mujer, que decía sentirlo por la madre de Candy Peña, porque sabía lo que era perder una hija.

London: al principio no encontró nada. Lo llamaban London Conan, o Bobby. Introdujo «Bobby London», y encontró una página de Yelp de un restaurante de Los Ángeles. Las tres primeras reseñas empezaban todas igual: ¡Vete a la mierda, Bobby London!

Recordó que el nombre de pila era Roberta. Bingo. «Mujer que se hace pasar por hombre encerrada y condenada a una prisión masculina por robo a mano armada.» Otro titular: «El estado la pifia». London no se hacía pasar por nada, sino que era una de las personas más naturales que Gordon había conocido. London era London.

Por lo visto, London ya había cumplido las dos penas por el robo con allanamiento de morada y ahora estaba cumpliendo sentencia por un tercer delito de fraude. Lo habían condenado a cadena perpetua por firmar un cheque falso.

Este era el panorama.

Cualquier nombre que se le ocurriese, con tal de evitar el de Romy Leslie Hall.

Geronima Campos, la que había pintado un retrato de Gordon: por lo visto,

Geronima había tirado el torso de su marido por un puente cerca de Inland Empire. Lo encontraron, y más tarde hallaron la cabeza, con una bala incrustada de una pistola con licencia a nombre de Geronima. No tenía ninguna coartada. Había sangre del marido en la bañera, en el coche y en la ropa que llevaba el día de su desaparición.

Geronima se metió en un grupo de asesoramiento para compañeras y enseñaba derechos humanos a cualquier presa que deseara aprender. Era una veterana de la prisión. Tenía un título académico por correspondencia y un expediente disciplinario impecable. Había solicitado la condicional en cinco ocasiones y en las cinco se la habían denegado, a pesar de su historial de servicio y del apoyo de la gente del exterior que se organizó para ayudarla. Existía una página de internet que hacía campaña en apoyo a la siguiente condicional de Geronima. Quienes la firmaban adjuntaban sus motivos.

Geronima ha cumplido su condena.

Ya no representa una amenaza para la sociedad.

Libertad para Geronima.

Es una superviviente del maltrato conyugal.

Geronima es una anciana indígena y lesbiana que el correccional de Stanville mantiene encerrada injustamente.

Ser lesbiana no es ilegal.

Su comunidad la necesita.

Ha cumplido su condena.

Libertad para Geronima.

Desde luego que había cumplido su condena. Había cumplido la condena que le había impuesto el tribunal. Y Gordon conocía a Geronima. Era una anciana a la que le gustaba pintar. Todo era verdad. Era hora de que Geronima volviese a casa. Había cumplido la condena que le impusieron.

Cada vez que Geronima se presentaba ante la junta de libertad condicional —que Gordon se imaginaba como un puñado de Phyllis Schlaflys puestas en fila, con el pelo acartonado, medias manufacturadas y broches con banderitas norteamericanas diminutas ondeando como esas que llevan los candidatos republicanos en los debates políticos—, les decía que era inocente. Quienes la apoyaban afirmaban que había cumplido su condena y que ya no representaba una amenaza. Se plantaba delante de la junta de libertad condicional y decía: Soy inocente. Era absurdo. Pero Gordon comprendía por qué lo hacía.

Si Geronima había necesitado encontrar un modo de afrontar lo que había

hecho, la prisión no se lo había proporcionado. La prisión era un lugar donde tenías que endurecerte para soportar el día a día. Si te parabas a pensar a diario sobre cualesquiera actos horrendos que hubieses cometido, con tanto detalle como para demostrar a la junta de la condicional que habías llegado a la comprensión de tus actos, la proverbial comprensión que deseaban, que necesitaban, para dejarte marchar, te podías volver loca. Mantenerte cuerda, esa era la cuestión. Para mantenerte cuerda construías una versión de ti misma que pudieses creerte.

Y en caso de que demostrara comprensión, y les dijera qué se le había pasado por la cabeza el día que asesinó a su marido, por qué y cómo lo hizo y qué sintió después, entusiasmo, culpa, negación, temor, repugnancia; si mostraba a la junta cuán honesta y precisa podía llegar a ser en su comprensión del crimen y sus motivaciones, si hablaba abiertamente del impacto que tuvo en su víctima y en otros, en la sociedad; si sacaba a relucir todo el horror del asunto, estaría al mismo tiempo reactivando ante la junta de libertad condicional todos los motivos por los que habían querido encerrarla. No se les podía convencer. No había manera de ganar.

Dejad que se marche y punto. Libertad para Geronima.

Pero la contradicción, que Geronima se plantase ante la junta y dijese: «Soy inocente», mientras sus defensores del exterior decían: «Ha cumplido su condena. Ya no representa una amenaza»: eso era lo que preocupaba a Gordon.

Y aun así. Geronima, Sanchez y Candy, todas ellas eran personas que habían sufrido y a lo largo de su sufrimiento habían hecho sufrir a otros, y Gordon no veía que hacerlas sufrir durante el resto de su vida fuese a traer ninguna justicia. Añadía nuevas heridas a las antiguas, y que él supiera ningún muerto volvía a la vida.

\* \* \*

Alex había estado llamándolo, mandándole correos electrónicos, pero Gordon no tenía nada que contarle porque lo único en lo que pensaba era en las mujeres de la prisión, y eso no daba para conversaciones divertidas. Se encontraba en una especie de exilio.

Sentado en la barra de Baressi's, se sentía desesperado y envidiaba a los demás clientes, trabajadores de la construcción y de la agricultura que hacían

pensar que en el Central Valley no solo había prisiones, y para ellos así era.

«Bah, hay esperanza de sobra —podría haberle dicho Alex haciéndose el Kafka—; esperanza infinita, solo que no para ti, Gordon».

Ante el piano había una nueva cantante. Era buena, o quizá solo era buena para Stanville. Gordon se emborrachó un poco sin querer, se le acercó y puso un billete de veinte en la copa de balón, el bote internacional de las propinas para pianistas.

—¿Le gustaría algo en concreto? —la mujer tenía una voz alegre y ligera.

No se le ocurrió ni una canción que pedir. Le había dado propina porque sí.

—Cante su favorita. Lo que tararea cuando nadie la oye.

—Entonces «Summertime» —dijo sin pensárselo.

De vuelta a su taburete, se preguntó si pedirle a una desconocida que cantase lo que cantaba en privado no entraba en el territorio de lo grimoso. Hay gente que atropella a otra constantemente como si eso formase parte del curso natural del día, de la vida. Era consciente. Él no era de esa clase de gente. Pero aun así.

Mientras la mujer cantaba, Gordon comprendió que, ya fuese o no su canción privada, no le estaba dando nada a él. Estaba actuando. Su profesión era actuar. Cantó «Summertime», y él se vio arrastrado por el apasionado registro de su voz mediocre.

—Siento lo de tu prometido —le dijo una noche que Romy Hall se quedó un poco después de clase.

Estaba apilando fotocopias de una manera innecesariamente meticulosa para rapiñar unos minutos con ella antes de que un celador viniera a supervisar el traslado de las alumnas desde asignación de actividades.

—¿Qué sucedió?

Era fácil, pensó, afectar el tono preocupado de un consejero, cuando en realidad estaba sacándole información para saber si tenía competidores.

—No era mi prometido. Y no está muerto. Pasó de mí.

Romy dijo que había mujeres en su unidad que se casaron con hombres que habían conocido por correo.

—Jimmy no era un pringado como esos. Tenía una vida. Y estoy segura de que la está viviendo.

Se burlaba de la moda artesanal que había en la prisión, pero decía que trabajar con las manos le hacía bien. Estaba haciendo joyería, le contó, para explicar lo que le había pedido a Gordon que le trajera. Este no acababa de

creerla, pero sí hasta cierto punto, porque se prohibía especular. Estaba harto de especular. Pronto se largaría de Stanville. Volvería a la universidad para sacarse un máster en trabajo social. Probablemente era una imprudencia dejar un empleo con la economía hundiéndose, pero los ritmos del mundo no siempre se coordinan con los ritmos de la persona.

\* \* \*

*¿Qué tal la fauna natural en cautividad?*, preguntó Alex por correo electrónico.

*Esta mañana he visto a un halcón peregrino comerse las crías de un nido de gorriones*, le contestó él. *Mucho alboroto. Drama total en la Sierra Nevada.*

*Ah, seguro que son deliciosos*, respondió Alex. *Hay un pajarillo que los aristócratas franceses se comen entero, con huesos y todo. Es ilegal, y la costumbre es que se haga con un trapo sobre la cara, como si fuera la capucha de un verdugo. A lo mejor lo que le falta a nuestra implacable destrucción de la naturaleza es tradición y elegancia. Bueno, ¿y cuándo vuelves?*

\* \* \*

El día después de darle a Romy lo que esta le había pedido, Gordon fue en coche a la ciudad. Aparcó en la calle mayor de Stanville, llena de escaparates con los cristales empañados. Al final de la manzana había una pequeña iglesia católica. Un viejo edificio de gruesas paredes de adobe. Las puertas estaban abiertas. Parecía que dentro hacía frío.

Nuestra Señora del Valle olía como el forro de un viejo monedero de mujer. Nuestra Señora del Monedero, que llevaba décadas acumulando restos de maquillaje y esporas de moho. Gordon no era religioso aunque había reflexionado sobre la idea de misericordia que ofrecían las iglesias, un dios cristiano, y que nunca ofrecía el estado. Se sentó al final de una fila de bancos. Al otro lado del pasillo había un confesionario. El lado del pecador tenía una rejilla para poder hablar con el sacerdote. La rejilla era una placa metálica perforada de forma irregular. Parecía una señal de tráfico agujereada a balazos.

El viento circulaba por la iglesia procedente de una sola puerta entornada al fondo. En algún lado se alzaron y revolotearon papeles, y pareció que había alguien, pero no. Un viento que removía papeles y nadie más en el templo aparte de Gordon. Observó los respiraderos desde el banco.

Había límites reales, epistemológicos, para el conocimiento. También para el juicio.

Solo puedo conocerme a mí mismo, como mucho. Solo puedo juzgarme a mí mismo.

\* \* \*

Fue Thoreau quien lo dijo primero.

*Jamás soñé enormidad mayor que la que he cometido, ni he conocido ni conoceré peor hombre que yo.*

¿Por qué Thoreau era Thoreau mientras que Ted Kaczynski era Ted? En la cabeza de Gordon, uno aparecía con el apellido, el otro con el nombre de pila. Ted.

Resultaba más familiar estar furioso y ser malo. Quizá por eso.

\* \* \*

Norman Mailer no había metido a escondidas cortacables en una prisión para dárselos a Jack Henry Abbott. Norman Mailer escribió cartas, usó su influencia. Mailer presumía de que la puesta en libertad de Abbott había sido cosa suya, presumió hasta que de repente fue una carga que su nombre se viese involucrado en aquel asunto, y entonces negó su papel en ello, pero después no pudo evitar volver a fanfarronear, dijo que lo había hecho por el arte, por puro arte. Era 1981 y metieron al pobre Abbott en una casa de reinserción del Lower East Side de Manhattan. Estaba rodeado de yonquis y sordidez, así que cogió el hábito de llevar un arma para protegerse. No tenía ni idea de cómo vivir en sociedad y confundió una cosa con otra, pensó que lo habían amenazado a la antigua usanza, en plan carcelario. Se sacó el cuchillo y lo clavó bien hondo en el corazón del agresor. En la cárcel no tienes mucho tiempo para pelear, de manera que tus movimientos son tácticos, predefinidos. El tipo murió al instante, allí en medio de la Primera Avenida. Jack Henry Abbott volvió a prisión y se acabaron las cenas con

famosos, escritores y mujeres atractivas con apellidos como Norris. ¿Quién coño le pone a su mujer Norris? Quiere decir a su hija. Gordon sabe que uno no le pone nombre a su mujer.

\* \* \*

Gordon casi había acabado de recoger la cabaña. Dos cajas de libros, varios cacharros de cocina, un chisme de la cafetera que se colocaba encima de la taza, ropa en bolsas de basura. Echó un leño en la estufa, observó cómo ascendía el líquido azul-dorado para asegurarse de que prendía y luego tecleó el nombre. Se había puesto normas, y esta era una: no buscarlo hasta aquel momento.

Romy Leslie Hall.

Nada. Ninguna entrada.

Romy L. Hall. Hall prisión Stanville. San Francisco cadena perpetua Hall.

Buscó y buscó mientras la leña ardía, iba cayendo, las brasas producían su harinoso crepitar.

Jimmy San Francisco enseñanza Art Institute. Nada. Se pasó horas revisando las listas del profesorado. Había un James Darling en el departamento de cine. Googleó James Darling. Festivales de cine. Declaración de intenciones del artista. Pero ni siquiera estaba seguro de que fuese aquel tío.

Oyó ladrar a un perro en algún punto de la montaña, más abajo.

La gente de aquella zona volvía la naturaleza doméstica, y también hostil, con sus perros guardianes, sus cuidado-con-el-perro. Pastores alemanes. Dóbermans.

El perro ladró y ladró, abajo, y los ecos subieron. Un ladrido excavador a las tres de la madrugada, cavando y cavando en la nada.

Al verano siguiente puse una trampa para matar a alguien, pero no voy a decir de qué tipo ni dónde, porque si alguna vez se encontrase esta hoja podrían quitar la trampa con toda tranquilidad. También tendí en el cruce de encima de Rooster Bill Creek un cable a la altura del cuello para los motoristas después de que el rugido de los motores me estropease una excursión. Luego descubrí que alguien había enrollado el cable alrededor de un árbol. Por desgracia, dudo que nadie resultase herido.

Subiendo South Fork Humbug, le disparé en la cabeza a una vaca con mi calibre 30-30 y salí por patas. Sí, he dicho una vaca, y no un alce. También bajé al amanecer y machaqué el buzón de mi vecino con el hacha de manera que pareciese como si un vehículo hubiese chocado contra él.

El noviembre siguiente volví a Chicago desde Montana, por una razón principalmente: para intentar asesinar a un científico, a un hombre de negocios o a alguien así con más facilidad. También me gustaría matar a un comunista.

Subrayo que mi motivación es la venganza personal contra aquellos que me privan o amenazan con privarme de mi autonomía. No pretendo tener ninguna clase de justificación filosófica o moral.

Iba a venir la persona con quien salía Sammy. Llevábamos juntas en prisión casi cuatro años. Estábamos en octubre y cada día el cielo era la misma cúpula azul, y nosotras, debajo, también de azul. Algunas iban cumpliendo su condena y se marchaban. Sammy se marcharía, bien por ella. La sensación eterna, en el patio principal, de miles de mujeres de azul se quedaría, yo me quedaría.

Las montañas más allá del patio también eran eternas, pero no como el perpetuo hormigón automatizado de la prisión. Soñaba que allí arriba había antiguos mundos, una civilización perdida de gente que me daría una oportunidad. Era un sueño infantiloides surgido de un libro que leí en clase de Hauser. Las montañas, de un morado marronáceo, una tarde de invierno. Gente en una choza donde un fuego crepita. Acogen al forastero y le enseñan a vivir. En alguna de mis ensoñaciones Jackson ya estaba allí con aquellos amistosos desconocidos, esperándome. Estaba entre gente que me daría una oportunidad. Se le veía sucio y fuerte, un chaval asilvestrado que se había buscado la vida. Estaba allí en la choza, esperando mi llegada con los demás, mi rehabilitación, para usar el lenguaje de este sitio. Con eso no te ayudan. Tienes que hacerlo por tu cuenta.

—Cuando salga de este sitio igual puedo intentar hacer algo por ti —dijo Sammy.

Yo era consciente de que lo decía en serio, pero Sammy entraba y salía de prisión y apenas era capaz de cuidar de sí misma. Era una persona leal a sus propios problemas.

Habré escrito como mínimo cuarenta cartas al tutor legal. El tutor solo me respondió una vez, con una carta breve donde decía que mis derechos habían quedado anulados y me aconsejaba que me hiciese con un abogado familiar si pretendía apelar la anulación, pero que debía comprender que las anulaciones casi nunca se revocaban.

\* \* \*

Ahora Serenity Smith llevaba en custodia protegida casi un año. Algunas se habían rendido, dando por hecho que no la reintegrarían jamás. Laura Lipp continuó luchando. Era su pasión. Hubo gente que opinaba que Laura Lipp no era una buena líder para el grupo, dado que había matado a su propio hijo, un bebé, para vengarse de un hombre. Dos muchachas recién llegadas que intentaban hacerse un nombre por su cuenta le dieron una paliza y le cortaron el pelo.

Después de eso, Laura se volvió discreta. El movimiento contra la señorita Smith se enconó, revalidado por la pérdida de Laura como cabecilla. La Nórdica tuvo que ver en ello. La Nórdica delataba a las mujeres que se cogían de la mano, que en Stanville era ilegal. Lo mismo que abrazarse o cualquier tipo de contacto físico sostenido entre presas.

—Esto es el colmo. No pienso vivir con desviados. Nos quieren meter a un hombre en el trullo y esperan que traguemos.

La Nórdica hablaba de Stanville como si ella fuese su protectora retrógrada de valores familiares, una defensora orgullosa de los baremos de la institución, en lugar de una patética y furiosa presa del montón. Lágrimas también se inmiscuyó, probablemente porque para ella agredir y apalear a la gente era una perspectiva prometedora. Lágrimas y Conan, históricamente colegas, discutieron a fondo el asunto. «¿Cómo no vas a querer proteger a una hermana?», le preguntó Conan, dando a entender hermana negra. Lágrimas dijo que lo último que le faltaba era tener que aguantar a hijaputas del gueto. Se pelearon a puñetazos en los váteres portátiles del patio principal y ganó Conan. A Lágrimas la cambiaron a otra habitación.

\* \* \*

—¿Alguien ha atravesado alguna vez una valla electrificada? —le pregunté a Sammy.

Paseábamos por la pista, fuera del alcance de los micrófonos de la sala de vigilancia.

—Dos tíos en Susanville.

—Pero cómo.

—Usaron un trozo de madera para calzar la valla y pasaron por debajo. El

mango de una escoba, creo. Un tío de Salinas Valley se encaramó. Se aisló no sé cómo. Casi lo consigue, así que lo abatieron a disparos.

Conan se nos acercó haciendo footing.

—Iba corriendo cuando cerca de los lavabos he visto una silueta blanca, un hombre, con los brazos abiertos. Iba vestido de blanco, con unos pantalones de esos acampanados. He pensado que era Elvis, ¿sabéis?, en la época loca, cuando engordó y llevaba aquellas gafas chorras. Pero cuando me he acercado solo eran los contenedores.

La visión de Conan estaba empeorando por culpa de la diabetes. Tenía cita para que lo visitase un auxiliar del médico técnico, que era nuestra versión de un paramédico, dentro de ocho meses.

—Eh, ¿qué coche tenía Elvis? —me preguntó Conan.

No me había reído de él por confundir los contenedores con Elvis. Siempre cambiaba de tema y hablaba de coches cuando me veía taciturna.

—Un Stutz —respondí, pero en mis palabras y en mi actitud no había vida—. Tenía un Stutz Blackhawk.

\* \* \*

Jimmy Darling se había ido a Graceland con una cámara y contó que allí no había nada que grabar. Nada que ver. Salvo los grafitis de las paredes que rodeaban la propiedad.

¿No está hecho todo para que parezca pomposo y deslumbrante?, le pregunté.

Y tanto, dijo él, y tanto.

¿Y el coche, qué?

El coche, dijo, era como la imagen de la Virgen María en una tostada. En cuanto lo fotografías se esfuma el milagro. Pagó de más para ver los aviones. Los jets privados de Elvis. Dentro de uno tenía una cama doble. En medio, por encima de la colcha, un cinturón de avión superancho. Mientras miraba aquella cama con cinturón y la butaca de ejecutivo junto a una ventanilla, Jimmy Darling percibió el espíritu de Elvis en el avión, despierto a las tantas, en plena noche, a toda pastilla por los cielos, más solo que la una, sin nadie con quien compartir su momento más oscuro. Jimmy Darling recibió la visita, en el avión, del soplo del alma vacía de Elvis.

\* \* \*

También Hauser conocía el museo mecánico de Ocean Beach. «Vean a Susie bailar el cancán», dijo para demostrarlo. La Camera Obscura, donde un enorme plato mostraba la espuma de las olas. Kelly's Cove, que en mi grupo no tenía que ver con surfear sino con ir pedo y con chicos. Un cartel enorme que anunciaba Playland, pero ni rastro de Playland. Solo el cartel descolorido por el sol junto a un precipicio falso, artificial, que la gente decía que habían puesto ahí para engañar a los japoneses durante la guerra.

En lo alto de Irving hay una pizzería, dijo Hauser. Le dan vueltas a la masa en las ventanas.

Lo vi todo. Los discos enharinados cada vez más finos que se despanzurraban entre las manos de los pizzeros con sus gorros de cocinero, los puños amasando los discos, la masa levando, crece su órbita, y luego de nuevo por los aires. Vi la enorme corona de flores colgada en la entrada una mañana, anunciando la muerte del viejo, el patriarca de la pizza. Nunca había visto una corona funeraria tan grande. Tenía ocho o nueve años. Todavía no andaba metida en problemas. Relacioné las flores con la muerte. Aquella enorme corona funeraria las relacionó por mí.

Vi la brillante tapa del océano desde Irving Street alzándose en un día claro, como algo que respirase, que estuviese vivo, al fondo de las avenidas.

A mi hijo le gustan las iglesias, le conté a Hauser. Cuando llevé a Jackson a la Grace Cathedral tuvo el reflejo natural de guardar silencio en la casa del dios de alguien, no el suyo, ya que no éramos religiosos. Echó un vistazo a su alrededor y me dijo con una voz alegre y susurrante, como si acabase de caer en algo, una idea: «Mami, cuando sea grande creo que igual quiero ser un rey».

Nunca fue un niño mimado, le conté a Hauser, pero mientras lo decía intenté disminuir el instinto de elogiar demasiado a Jackson. La gente debería saber que algunos niños no son únicamente gentecilla amable, sino superiores a la mayoría de adultos. Pero no quería que eso echase para atrás a Hauser, que sospechase que trataba de endilgarle un adoptado. Aun cuando ese fuera mi plan. Era la única opción que se me ocurría que pudiera funcionar. La gente en prisión estaba llena de fantasías estúpidas sobre cómo podía ir su futuro. Las mías eran lo único que tenía.

—Tienes algo con él —me dijo Sammy—. La mayoría no se relaciona con

presas. Demasiado agotador. Acabaremos aprovechándonos de ellos. Pero él está receptivo.

Hauser tenía una cualidad poco común. No era alguien a quien en principio le esperase gran cosa fuera del trabajo. No es que charlase de su vida con nosotras. Para nada. En Stanville era un bicho raro para el resto del personal. Los funcionarios se burlaban de él, principalmente como una manera de burlarse de nosotras. Váyase a enseñarles a leer a esas zorras, señor Hauser. Enséñeles a esas bobas cuántos son dos y dos. Consideraban que dedicaba su vida a algo inútil, que no era un empeño digno como observarnos a través de cámaras de seguridad o masturbarse en una torre de vigilancia.

Hauser no era idiota. No era un Keath. Pero a veces se comportaba como si lo fuese. Cuando le pedí que me trajera un cortacables a la biblioteca estaba bastante segura de que lo haría. No tenía planeado usarlo. Se lo pedí para ponerlo a prueba.

Candy Peña fanfarroneaba de que Hauser era su novio, que le había dado material para tejer «por un tubo». Lo que a ella le diese la gana, le contaba Candy a quienquiera que volviese a incomunicación y se pusiese en su conducto de ventilación. Si no hubiera estado en el corredor de la muerte, Candy habría sabido que una no fanfarronea sobre algo así. Te lo guardas y lo cultivas en la intimidad.

\* \* \*

El duodécimo cumpleaños de Jackson era ese martes, el 18 de diciembre. Ese día me desperté y miré la foto de un niño de siete años, que era lo único que tenía, de la última vez que había visto a mi hijo, hacía más de cuatro años, cuando mi madre lo trajo a la cárcel del condado. Me vi con ellos a través de un panel de plexiglás lleno de arañazos. Ya había crecido mucho. Tenía cinco cuando me arrestaron. No sabía qué aspecto tendría ahora.

Me escondí la foto en el sujetador. Durante toda la clase de aquella tarde pensé en lo que iba a decirle a Hauser, qué palabras emplearía para obligarlo a ayudarme con Jackson. No seguí la conversación de la clase, no levanté la mano ni una sola vez. Estaba concentrada en el instante en que le daría la foto.

Supe que las cosas no iban bien cuando levantó la mirada de su escritorio mientras las demás salían. No se alegraba de verme: esa era la clave.

—Hoy es el cumpleaños de mi hijo.

Puse la foto en la mesa para enseñarle lo precioso que era Jackson. Nadie había dicho jamás que Jackson no fuera precioso.

Apenas miró la foto.

—Es él —dije sin vacilar—. Te la puedes quedar.

Era la foto de cuando hacía segundo curso. Aparecía arrodillado sobre un tronco de mentira delante de un fondo falso de otoño. Sonriendo y resplandeciente como si su cara fuese una manzana pulida.

Hauser no cogió la foto.

—No puedo aceptarla.

—Te la voy a dar. Quiero que la tengas tú.

—Sé que es lo que quieres, pero no está bien. Guárdala para ti.

¿Ni siquiera quería ver cómo era Jackson?, le pregunté tratando de controlar el tono, porque la rabia no me iba a llevar a ningún sitio. Estaba lista para poner las cartas sobre la mesa, para pedirle ayuda. Empecé, pero me interrumpió.

—Lo siento muchísimo por tu hijo, pero no me puedo implicar.

\* \* \*

Eran las vacaciones de Navidad, una época de disfrute sin obligaciones en Stanville.

En enero, cuando estaba programado que se reanudaran las clases, nos dijeron que la formación continua se había suspendido. Hauser había dimitido o lo habían despedido. Las cosas que atañían al personal no nos las contaban. Los rumores circulaban, pero a nadie excepto a Candy Peña le importaba demasiado Hauser. Cuando castigaron con una estancia en incomunicación a Lágrimas, Candy le vociferó por el conducto de ventilación que habían echado a Hauser debido a su familiaridad con ella.

\* \* \*

Para mí significó un antes y un después. Me quedé sola con las fotos de Jackson, las más recientes casi con cinco años de desfase. Tenía el cortacables que Hauser me había dado, de cuando se comportaba como se suponía que debía. Tenía un tarugo enorme que me había hecho en

carpintería. Escondí ambas cosas en el patio, más allá de la Torre 1. Cavé con las manos. Había visto a las nativas americanas esconder el tabaco así en el patio principal. Había llovido, que era cuando la gente enterraba cosas. Escarbaban con paciencia, empleando las uñas, las manos, como herramientas para cavar. Me quedé un buen rato detrás de la Torre 1, el tiempo que me hizo falta para enterrar el tarugo y el cortacables. Nadie me reconvino ni me vio. A lo mejor Sammy tenía razón y era un punto ciego. Eran fantasías. Si aquella fantasía se hacía realidad, sería una fantasía de muerte. Me freiría en la valla como los conejillos que se acercaban demasiado.

Un coyote murió en la valla, colgado allí a la vista de todos.

En el callejón de detrás del piso que tenía subalquilado en Los Ángeles vivían coyotes. Correteaban por la acera delante de casa en pleno día. Por las noches oíamos su catarata de ladriditos. Jackson se hacía el asustado y se aferraba a mí pero fingiendo, porque es divertido asustarse de los animales salvajes de fuera estando uno dentro con su madre. Me acordé de Jackson contándome que los coyotes tienen el hocico más largo que los lobos, que esa es la principal diferencia, la forma del morro.

Estuvimos confinadas en las celdas mientras los funcionarios apagaban la valla para sacar el coyote muerto. La época de Angel Marie Janicki se había acabado. Nadie iba a largarse.

\* \* \*

La puesta en libertad de Sammy se acercaba. Tenía planeado coger la condicional en una casa de reinserción, donde seguían un programa estricto de rehabilitación y la prepararían para buscar empleo. Prácticamente no bajaba al patio. Se quedaba en su habitación, sin relacionarse. Cuando alguna tenía una fecha de libertad inminente, sus enemigas intentaban meterla en líos para fastidiarle la excarcelación.

Un equipo de televisión entró en prisión para grabar a Button y a otro puñado de adolescentes condenadas. Button se pasó el día preparándose para la grabación, como si fuera un concurso de belleza.

—Tienes que parecer triste —le dije—. Joven. Inocente.

Pero era su gran momento y quería estar fabulosa. Cosió ropa a cambio de un tratamiento capilar en el taller de cosmetología. Robó maquillaje a una

mujer de la habitación de al lado, una marginada que le tenía miedo. Le dio una bofetada a la que la peinó por rizarle mal el flequillo.

El equipo grabó durante las horas de visita del sábado y el domingo. El domingo estaba yo en el patio con el resto de chusma sin visitas, que era la mayoría. Algunas recibían visitas de gente de la Iglesia, desconocidos que se ofrecían voluntarios por pura bondad. Las mujeres que conocí que contactaban con ellos lo hacían por tener visitantes y para contar con la posibilidad de picotear de las máquinas expendedoras. Yo me quedaba en el patio y me burlaba de las hipócritas que fingían ser indígenas para poder celebrar el ritual de la cabaña de sudar con el resto de mujeres indígenas. No había confusión sobre quién pertenecía a una tribu, porque controlaban el tráfico de tabaco y compraban en la cantina con los fondos tribales.

Aquel domingo noche Button no paraba de hablar del documental. Todo el mundo se iba a enterar de su historia.

—Ni siquiera debería estar aquí —dijo.

—¿Qué es lo que te hace tan especial? —estaba harta de ella.

—Tenía catorce cuando se cometió el crimen. A esa edad el cerebro no está desarrollado del todo.

Probablemente era cierto, si hablamos de cerebros de chavales. Aquí siempre se habla de escoger, tomar decisiones, como si la gente las tomase cuando comete un crimen. Una chavala de catorce años no está tomando decisiones. Está en la prisión del presente. Cuando yo era así de joven no era capaz de imaginar nada más allá de aquel día, del siguiente. Pero aun así Button me cabreaba, por separarse del resto de aquella manera.

Había una presa llamada Lindy Belsen a quien habían condenado siendo menor y el gobernador le conmutó la pena. Era famosa en Stanville. Un equipo de abogados voluntarios se reunió para tratar su caso. Lo construyeron como una historia de trata de blancas. Había disparado a su chulo en el cuarto de un motel. Este llevaba preparándola para la prostitución desde los doce años. Era una historia triste, y quizá merecería que la pusieran en libertad, pero que los abogados la presentaran como inocente indiscutible era complicado para el resto de presas. Lindy Belsen era un rostro ideal para los activistas pro mundo libre que deseaban a una presa modelo por la que luchar. Era guapa, y hablaba como una persona educada. Pero lo más importante: se la podía describir convincentemente como víctima en lugar de como criminal. Mucha gente en prisión le guardaba rencor a Lindy Belsen,

porque ¿qué decía su historia, la historia que contaron sus abogados, de las demás? Muy pocas se alegraron cuando se marchó.

\* \* \*

Integraron a Serenity Smith en la población general. La metieron en la sección B, pero en custodia intensiva. En una unidad corriente, pero confinada, con otras siete presas en custodia intensiva, sin libertad para entrar y salir a su antojo de la habitación. Con el tiempo le levantarían el confinamiento, la pasarían a un cuarto normal. Conan y su grupo de consejeras sobre transgénero estaban decididos a proteger a Serenity. Celebraban reuniones al respecto. Estaban de su lado. Otras fabricaban armas para plantarles cara. Conan y su grupo pensaban rodear a Serenity, como un escuadrón de seguridad de marimachos, para mantenerla a salvo de Lágrimas y el resto de gente peligrosa que quería hacerle daño.

Sammy dijo que un motín en prisión era algo espantoso. Había habido uno en la CIW, el norte contra el sur. Aquello era una picadora de carne, dijo.

Para evitar la violencia organizada en el patio, los polis no decían cuándo iban a levantarle la custodia intensiva a Serenity.

No era asunto mío. La vida volvió a la normalidad. Después de marcharse Hauser, nuestras posibilidades de seguir estudiando consistían en formar parte de grupos de autoayuda que se reunían en el gimnasio: Autoestima. Control de la ira. Vida en transición (solo para mujeres con fecha de puesta en libertad), y Relaciones 101. Hubo recortes presupuestarios y otros cambios. Las presas de nivel cuatro, como yo, ya no podían inscribirse en carpintería. Comencé a trabajar en la cafetería, donde los policías me manoseaban mientras yo repartía pegotes de ración Mortimer. La encargada de cocina llevaba una chapa enorme con la inscripción «Ni te molestes». Ni te molestes en intentar manipularme con tus historias lacrimógenas y tus necesidades. Así era una gran parte del personal. Los más receptivos no querían ayudarnos, sino ganar pasta pasando material de contrabando.

Recibí una carta del padre de Eva. Le había escrito como diez cartas para intentar localizar a Eva y esta era la primera que me respondía después de cinco años en prisión.

«Eva murió el año pasado. Había estado guardando tus cartas y tenía pensado dárselas pero no lograba localizarla. He pensado que debías saber

que puedes dejar de intentar ponerte en contacto con ella.»

Algunas veces fantaseaba con que Hauser me escribía. Que había pedido que lo pusieran en mi lista de visitas. Ahora que no trabajaba en Stanville, las normas de confraternización no tenían validez. Estaría en el exterior, en el mundo libre, y listo para empezar algo nuevo. Aunque no me atrajese lo más mínimo, nos casaríamos y tendríamos visitas conyugales con Jackson. Hauser era serio y amable. Habría sido un buen padre. No tenía manera de ponerme en contacto con él para decírselo, y me salió el tiro por la culata, por más que estuviera convencida de estar usándolo y manipulándolo.

\* \* \*

Una noche tuve dos sueños relacionados con el agua. En el primero estaba con Hauser. Al menos creo que era Hauser. Era un hombre que tenía alguna relación conmigo, un vínculo, algún tipo de obligación. Hubo una tormenta y nos quedamos mirando mientras el río Los Ángeles crecía. Se desbordó de las márgenes de hormigón. Hauser se tiró de cabeza para nadar, pero sin fijarse en la velocidad del agua. Se lo llevó la corriente. Me preguntaba si podría nadar con suficiente fuerza como para agarrar una rama o una raíz, cogerse a algo y salir del agua. Fui a una tienda. Le conté al dependiente que a un amigo mío se lo había llevado el agua. Me dijo: «El río baja a ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora». Comprendí que Hauser estaba muerto o se precipitaba hacia la muerte. Me desperté.

Cuando volví a dormirme, tuve otro sueño. Estaba conduciendo un coche viejo. El embrague iba duro, frenaba mal y el acelerador tardaba un poco en responder, el volante era aparatoso, pero conocía el coche y sabía conducirlo. Algo sucedía más adelante. Me paraba y bajaba. Había un hombre amenazando con matarse. Había una joven tratando de disuadirlo. Luego estábamos los tres caminando junto a un dique o un terraplén. Era Ocean Beach. Unas olas gigantes se hinchaban y caían, como si el agua estuviese en pendiente y no recta. Era agua escarpada. El hombre empezó a bajar por el dique. De repente la chica era yo. El hombre me miraba a mí, que no era yo, sino la persona que le respondía en el sueño, miraba a esa yo y empezaba a meterse en el agua. Yo dije: No, no lo hagas. Mientras lo decía, me di cuenta de que me estaba atrayendo hacia el agua, al insinuar que iba a ponerle fin a su vida me estaba tentando a poner fin a la mía. Me desperté preocupada de

que Jackson tuviera sed y no hubiese un vaso de agua al lado de la cama, pero entonces supe que estaba en mi litera de la habitación catorce de la unidad 510, sección C.

\* \* \*

Soltaron a Sammy. Dijo que estaba nerviosa y que no quería marcharse. Percibí su emoción, por debajo de lo que afirmaba. El programa de reinserción estaba en los barrios bajos y eso le preocupaba.

—Quien juega con fuego acaba quemándose —dijo.

Me dio su antifaz para dormir con estampado de cerditos y alguna otra cosa. Me prometió que me escribiría. Nos despedimos con un abrazo.

\* \* \*

Se dice que el tiempo te golpea por oleadas. El mío me estaba golpeando. No veía la manera de aceptar esto como vida, de vivirlo hasta el final.

Estaba deprimida y dormía un montón. Un domingo me salté el desayuno y la primera apertura de cerrojos. A la hora de comer salí al patio a ver a Conan.

Laura Lipp y su sección barrían la tierra. Era un domingo soleado y el patio estaba atestado. Había unas dos mil mujeres allí fuera.

Empujé el torniquete y cuando chirrió al abrirse fue como si todas tuviesen cabezas de lechuga, sobre un pivote. No sabía qué andaba mal, pero la tensión era tremenda.

Dejé atrás las pistas de baloncesto buscando a Conan. Estaban jugando un partido, algunas chicas hacían pícnic con provisiones de la cantina en los laterales.

—¡Ahí viene! —gritó alguien.

Pensé que la gritona se refería a mí y me entró el pánico. La gente se acercó corriendo hacia la entrada principal desde todos los puntos del patio. Las jugadoras de la pista detuvieron el partido. La pelota entró en la cesta pero no había nadie debajo para atraparla. Botó solitaria por el campo desierto. Todo el mundo corría hacia los torniquetes.

Entró Serenity Smith. Había llegado sola al patio. Una mujer negra y guapa de brazos largos y gráciles caminando erguida y orgullosa.

Laura Lipp y su pandilla de jardineras se fueron hacia ella con palas y rastrillos. Oí un chillido. Era la Nórdica, que corría hacia Serenity. Conan, Reebok y las suyas se apresuraron a atacar a la Nórdica y las jardineras. La gente se acercaba desde todas partes.

La primera persona que llegó a Serenity fue la Nórdica. La agarró e intentó tirarla al suelo. Serenity se resistió. Conan derribó a la Nórdica y empezó a pisotearla con todas sus fuerzas. Toda la furia acumulada de Conan se le escapó por la suela de las botas, que incrustaba una y otra vez contra la cabeza y la cara de la Nórdica. La cabeza le empezó a chorrear.

Serenity corría para escapar de Laura Lipp y su horda. Laura Lipp la golpeó en la espalda con la parte plana de la pala y la tiró al suelo. Se abalanzó sobre ella y le arañó la cara. Así es como pelean algunas mujeres. No pueden evitarlo, es instinto. Serenity se puso en pie, empujó a Laura contra una mesa y se puso a pegarle puñetazos. Sonaron las alarmas, el ensordecedor fonk-fonk-fonk que significa AL SUELO.

Las demás jardineras tironeaban de Serenity mientras Serenity aporreaba a Laura. Les lanzaban cubos de la basura. Las alarmas continuaban sonando. Todo el mundo peleaba.

Lágrimas había agarrado una pala y estaba apaleando a Serenity como quien golpea una alfombra para desempolvarla. Porrazos lentos, pesados, uno detrás de otro. Serenity chillaba. Las alarmas fonk-fonkeaban. Se me ocurrió que quizá los polis estaban dejando que aquello ocurriese. Que le hiciesen daño a Serenity o que la matasen.

Nadie se tumbó en el suelo. El patio era un caos. Soltaron nubes naranjas de espray pimienta contra los grupos de camorristas, que continuaban peleando. Los polis retrocedieron hasta la sala de vigilancia por su propia seguridad. Se oyó un sonido que no reconocí, como una sirena antiaérea. La situación era grave. Se les había ido de las manos. Las alarmas y las sirenas aullaban.

Reculé hasta la Torre 1. Había un guardia allí arriba, pero apuntaba su arma contra las amotinadas. Estaba disparando proyectiles de madera contra ellas.

Escarbé con las uñas en la tierra detrás de la Torre 1 hasta que encontré lo que buscaba.

\* \* \*

Cómo se enganchan las concertinas en la tela: te agarran como manos que tiran de ti. Diciendo: No te vayas. Quédate. No te muevas. No te marches. Quedarme en aquel sitio sería una muerte lenta hasta que averiguase una forma de morir rápido.

Me corté de lo lindo mientras cavaba un agujero lo suficientemente grande como para atravesar la valla interior.

Llegué a la segunda valla, la electrificada. Las alarmas aullaban y yo estaba lista para arriesgar la vida. Toqué la valla con el tarugo que había hecho en el taller.

Ninguna descarga.

Empujé la base de la valla, la doblé hacia arriba y me deslicé por el suelo, por debajo, conteniendo la respiración, lista para freírme.

\* \* \*

Pero al momento estaba al otro lado, en el camino de tierra por donde circulaban los furgones de reconocimiento. Había alcanzado la frontera del universo.

Una valla por atravesar. Seguía oyendo la alarma, el mandato repetido de acatar las órdenes, el rebotar de los proyectiles.

Corté con rapidez, hice un agujero, lo abrí con el trozo de madera para evitar cortarme aún más.

Me encontré en un campo de almendros. Oí la alarma a lo lejos. Corrí bajo los árboles, crucé una carretera y seguí corriendo.

Cuando Gordon Hauser tenía doce años hubo una crisis de alcance comunitario, una conmoción, el día en que un convicto llamado Bo Crawford se fugó de la vieja cárcel de la ciudad de Martinez. Una unidad militar se trasladó a la bahía de San Pablo. Hubo barreras de vigilancia, vehículos militares armados, francotiradores, patrullas con perros, carreteras cortadas e informes estremecedores de que Bo Crawford había dejado rastros o había sido visto en Pinole, en Benicia, en Vallejo, en Pittsburg, en Antioch. Durante diez días el condado estuvo en estado de alarma, hasta que por fin lo atraparon escondido en un cobertizo abandonado cerca del estrecho de Carquinez, justo pasado Port Costa.

Fugarse no era irse de vacaciones. Tenías que mirar por encima del hombro a cada instante. La gente decía que la prisión era peor, pero, tal y como Gordon se lo había imaginado, era demasiado tarde para que Bo Crawford se echase atrás. Se vio obligado a sobrevivir en las grietas, en los márgenes, escondiéndose en un mundo en el que no había buenos sitios donde esconderse. Donde todo el mundo compraba escopetas, incluido el padre de Gordon, y esperaba avistar al fugitivo en su propiedad.

Dos niños vieron a Bo Crawford cerca del aparcamiento de la refinería C&H de Crockett.

Una camarera del Flippy's de Rodeo dijo que se había presentado una madrugada y había pedido huevos con beicon. Cuando se metió en la cocina para llamar a la poli, el hombre se largó.

Tuvo entretenido al condado entero, a la gente de todas las comunidades, y también a los marginados sin comunidad; todos deseaban y temían su llegada. Era famoso y los haría famosos. Podían ser los escogidos para verse afectados por su fuga. Era un hombre buscado. Un hombre peligroso.

¿Por qué se le buscaba? Por fugarse. También por atraco a mano armada.

Una mujer que trabajaba en la lavandería de la cárcel, Vena Hubbard, había confraternizado con Bo Crawford, había abrigado sentimientos hacia él. Empezó a soñar con una nueva vida. Todo esto se descubrió después, en revelaciones periodísticas que pretendían narrar cómo había sido burlada la seguridad de la cárcel. Vena y Bo habían charlado sobre México y, antes de dirigirse allí, sobre hacer una paradita en casa de Vena para matar a su marido, Mack. Irían hasta la frontera con el coche de ella, un Honda Civic. Tenían mapas y los ahorros de Vena, además de una escopeta que pertenecía a Mack, que podían coger después de matarlo (¿cabría una escopeta en un Honda Civic?, se había preguntado Gordon).

Bo tenía una inteligencia innata y un autocontrol perfecto. Hacía doscientas flexiones diarias. Meditaba. Serró, poco a poco, un agujero en el fondo de un armario de la lavandería, mientras su compañero de brigada se comía el pollo frito y la ensalada de macarrones que Vena se traía a la cárcel para alimentar a los hombres de su brigada de lavandería. Más tarde la atención se concentraría en el papel de Vena llevando comida a la lavandería de manera ilegal, señal de su carácter débil y de su sometimiento a la astucia del preso. «Les dejaba comerse lo que yo no podía acabarme e iba a tirar», testificó en un interrogatorio. Había llevado, según los presos que trabajaban en la lavandería, comida para veinte hombres, aparte de bocadillos tamaño barra de pan y un montón de porciones de lasaña del súper. Culogordo, así se refería Bo a su compañero de brigada, que en realidad se llamaba J. D. Joss, y que estaba metido en el ajo pero no tenía tanta madera de fugitivo como Bo. Si bien era a Bo a quien Vena amaba verdaderamente, J. D. se ocupaba de ella de una manera más explícita, cosa que dio a Bo el tiempo y el espacio necesarios para investigar la escotilla que había abierto en el armario de la lavandería. J. D. se había cosido con la máquina de la lavandería una solapa secreta en los pantalones reglamentarios para que Vena pudiese jugar con su polla bajo la mesa de supervisión cuando estaban allí sentados. Mientras tanto, Bo estaba trazando una ruta a través de una tubería que iba por debajo de la cárcel y desembocaba en un desagüe en plena calle.

El día acordado, el único día libre de Vena, tenía que esperar a Bo y a J. D. en una esquina concreta con el Honda Civic, los mapas, la escopeta y el dinero. J. D. y Bo salieron de la lavandería por el agujero del armario mientras el supervisor sustituto almorzaba. Llegaron hasta el desagüe y

fueron caminando hasta la esquina de Martinez donde se suponía que debía recogerlos Vena. Pasó un coche, no era el Civic. J. D. se lanzó entre los arbustos de un jardín particular. Bo, según le contó luego a la policía, le gritó: Comportate como una persona normal, coño. Como una persona libre, y no como un preso pasmado huyendo por patas.

No llegó ningún Civic a rescatarlos, de manera que enseguida se convirtieron en presos huyendo por patas que no podían hacer otra cosa que esconderse, sin mapas, sin armas, sin plan, sin nada.

\* \* \*

Cuando llegó la hora de ir a recogerlos y volver acto seguido a casa para matar a Mack, Vena y Mack Hubbard estaban viendo una película en el sofá. Hacía un rato que debía haberse marchado, pero la película no terminaba. Mack, por primera vez en meses, le estaba haciendo caso a Vena. Le echó el brazo por encima del hombro en el sofá y el brazo parecía decir: «Sé que tienes un plan relacionado con México y un asesinato, pero esto tampoco está tan mal, ¿no?». La hora de reunirse con Bo y J. D. se esfumó. Probablemente no habrían logrado llevar a cabo la fuga. Esa esperanza tenía. Pero ¿y si venían a por ella?

Se quedó toda la noche despierta en la cama, sobresaltándose al menor ruido. Mack roncaba como un idiota, ignorante de que su vida estaba en peligro. Pero era un hombre sencillo, y por eso se había enamorado de él, y luego por eso mismo lo despreció, y ahora por eso mismo le gustaba de nuevo. Abrazó el montículo que formaba su espalda y rezó por su propia salvación, por la de Mack y ella, por todas las cosas minúsculas de la vida que no había sabido apreciar.

\* \* \*

J. D. Joss y Bo Crawford se separaron. J. D. allanó una casa abandonada, comió comida caducada y agua contaminada, se manchó los pantalones y dejó pistas. Lo pillaron casi de inmediato, borracho, cubierto de picaduras de insectos, con una mochila en la que llevaba un paquete a medias de galletas Oreo y un martillo.

Bo evitó la captura durante diez días. Creó una leyenda en los pueblecillos

fabriles que rodeaban la bahía de San Pablo, como el pueblo en el que se crio Gordon Hauser, por ejemplo. Más tarde, las autoridades cerraron la cárcel de Martinez. Construyeron una nueva. Moderna, de última generación. No habría más fugas.

\* \* \*

Durante los diez tensos días de alerta roja, una mujer llamó a una emisora de radio local. Vivía en las afueras de Crockett y había visto a Bo Crawford aparecer entre los árboles, cerca de las vías del tren. Se le puso delante sin ningún miedo, contó; intentó cruzar una mirada con él, que *lo supiese*. Gordon lo recordaba pero que muy bien. La voz de la mujer por la radio.

Quería que *lo supiese*.

¿Qué quería la mujer que supiese?, se preguntaba Gordon cuando pensaba en ello tantos años después, tras oír la noticia sobre Stanville, sobre Romy Hall.

¿Qué le hizo saber, en aquella vía ferroviaria? ¿Y qué sabía ella?

Que Bo Crawford existía. Que era un fugitivo. Lo vio y quiso que la viera. Estaba dispuesta a correr el riesgo. Era un hombre peligroso, posiblemente iba armado, pero ella se quedó allí plantada sin esconderse, terca. Lo miró fijamente. Si le devolvía la mirada, sabría que no tenía derecho a la libertad en esta tierra.

*Te pillarán.*

Eso era lo que quería decirle con aquella mirada.

Parte de la intimidad que adquiere uno con la naturaleza consiste en el aguzamiento de los sentidos. No es que el oído y la vista se nos agudicen, sino que percibimos mejor las cosas. En la vida urbana tendemos a andar replegados en nosotros mismos. El entorno está atestado de imágenes y sonidos irrelevantes, así que uno se ve obligado a aislar de la mente consciente la mayoría de ellos. En el bosque la conciencia está vuelta hacia el exterior, hacia el entorno. Somos mucho más conscientes de lo que sucede a nuestro alrededor. Sabemos a quién pertenecen los ruidos que oímos: Eso es el trino de un pájaro, aquello es el zumbido de un tábano, esto es un ciervo que huye sobresaltado, eso es el resonar de una piña cortada por una ardilla. Si oímos algún ruido que no sabemos identificar, nos llama la atención de inmediato, aunque sea levísimo, apenas audible. Percibimos cosas en el suelo que no pasarían inadvertidas, como plantas comestibles o huellas de animales. Si un ser humano ha pasado por allí y ha dejado siquiera una minúscula parte de la huella del pie, probablemente la veremos.

---

**IV**

Kurt Kennedy se despertó con dos botellas vacías de rosado y una jaqueca. La aeromoza —él ya está al tanto de que ahora no se las llama así pero la otra palabra nunca se le ha acabado de quedar en la cabeza, en cualquier caso—, la muy zorra, le quitó la bebida mientras dormía. No el rosado, que lo llevaba en la mochila metida entre las piernas, sino el ron con cola que había pedido y que no se había terminado cuando se lo quitó de la bandeja, y esa era la gracia de los vuelos internacionales. La priva era gratis, te la bebías y nadie te incordiaba con si era mucha o poca. No era de recibo que te la dosificasen. Encendió la luz de emergencia que tenía sobre la cabeza. Iba a insistir en que le trajeran otro vaso porque no se había acabado el que se habían llevado. Llegó la azafata y le dijo que le había retirado la bebida porque estaba durmiendo. Él respondió que eso era lo que lo ayudaba a dormir precisamente y la razón por la que necesitaba otra.

La azafata se inclinó sobre él.

—Usted y yo sabemos que es una norma estúpida, pero no está permitido traerse botellas de vino.

Intentaba camelárselo con el «usted y yo». Tengo planes para cuando me baje de este trasto y no te incluyen, vejestorio.

Debía de tener unos cuarenta. En realidad, era una tía atractiva y él se habría tirado a una cuarentona. Él tenía cincuenta y cuatro. Una mujer de su edad, solo de pensarlo le daban ganas de vomitar. Pero de repente un montón de cosas le daban ganas de vomitar. Podría vomitar sin motivo. No se sentía muy bien. Llevaba toda la noche por ahí en Cancún y tenía como diez sellos de clubes estampados en el dorso de la mano. La última parte de la noche no era capaz de recordarla. Tenía el recuerdo de subirse en el todoterreno de alguien, un hombre mayor e incluso más borracho que él, y el tío era incapaz de salir del aparcamiento, venga a embestir al coche de delante y luego al de detrás, y vuelta a empezar, hasta que Kennedy le gritó que parase y se bajó del todoterreno del tío, pero ¿qué había pasado luego? No lo recuerda. Se

despertó en su Novotel con la ropa meada.

Por lo menos no perdería el vuelo. Y le daba tiempo a ducharse, porque como todo hombre sabe se supone que eso te limpia de las miserias y te deja como nuevo para viajar. Le dieron arcadas con el extractor del baño. La gente no sabe hacer nada. Ni ventilar una cañería siquiera.

Compró el vino en el duty-free porque podía y porque quería llevar en el avión algo de bebida suya. Le daba claustrofobia tener que sentarse y esperar a que le trajesen algo. Con ver el carrito que no avanza por el pasillo ya se le quedaba la boca más seca que el Death Valley, y su medicación ya le secaba la boca bastante. No pensaba esperar, iba a llevarse sus propias bebidas al avión para el largo vuelo de Cancún a San Francisco. Cogió dos botellas y un vaso de plástico. Abrió una de las botellas en la puerta y empezó a servirse, volcando la mochila como si fuera un refresco, con una camiseta entre las dos botellas para evitar el tintineo.

No diría que estaba mamado al subirse al avión. Estaba empezando a relajarse. Había estado de los nervios todo el tiempo que pasó en Cancún. Se suponía que eran unas vacaciones pero a cada instante comprobaba si se estaba divirtiendo y no lo sabía, y eso le daba ansiedad, así que se tomaba otro clonazepam y se tumbaba o se iba al bar o paseaba por la arena, pero se quemaba los pies y tenía que asumir que no estaba hecho para la playa, lo único que quería era volver a casa, irse a la sala Marte y ver a Vanessa, sentársela en el regazo. Era la única manera que conocía de conseguir algo de paz. Todo el mundo se merece paz. Se refería a él, si cualquier otro la merecía lo mismo le daba. Él necesitaba ciertas cosas para sentirse bien. Vanessa era una de esas cosas. Necesitaba cortinas oscuras y gruesas, porque tenía problemas para dormir. Necesitaba clonazepam porque estaba mal de los nervios. Necesitaba oxicodona porque tenía problemas con el dolor. Necesitaba alcohol porque tenía problemas de alcoholismo. Necesitaba dinero porque tenía problemas con el día a día, y decidme una sola persona que no necesite dinero. Necesitaba a aquella chica porque tenía problemas con las chicas. Problemas igual no era la palabra adecuada. Tenía una fijación. Se llamaba Vanessa; ese era su nombre artístico, aunque para él era su nombre-nombre, porque era aquel por el que la había conocido. Vanessa llenaba todos los pensamientos nebulosos de su mente con algo específico, real. Cuando la tenía cerca se sentía bien. Todo el mundo merece sentirse bien. Sobre todo él, por ser él quien era.

—Pues claro que se puede llevar vino en el avión —le dijo a la vieja azafata, a quien se le formaron unas arrugas alrededor de la boca mientras acusaba la respuesta. Kurt señaló con un gesto los compartimentos del techo, llenos de botellas de vino del duty-free de otros pasajeros.

—Por desgracia, no puede bebérselo dentro del avión.

Demasiado tarde, pensó. Se había pimplado las dos botellas, una en la puerta y la otra justo después de despegar.

Insistió en que le trajese otra copa. Le señaló que quedaba otra hora y que tenía un problema de sequedad bucal.

De pronto ella se mostró conciliadora, demasiado. Me va a tangar, dio por hecho, y tanto: le trajo una Coca-Cola sin ninguna botella de la compañía aérea, asegurándole que ya llevaba ron.

A su lado había una pareja vueltos el uno hacia el otro como si no quisieran hablar, pero él probó igualmente. A veces estar de palique con la gente ayuda a matar el tiempo. Les habló de su barco, y la cosa es que no tenía ningún barco, pero llevaba tanto tiempo hablando como si tuviese un barco que básicamente, a estas alturas, tenía un barco. Pero no les interesaba. Así que se volvió hacia el chaval que había al otro lado del pasillo y empezó a hablarle de su barco. A veces consideraba a la gente como niños, los llamaba niños crecidos, pero Kurt se dio cuenta de que aquel niño era un niño-niño.

¿Cuántos años tienes?, le preguntó.

—Trece.

—Muy bien —le respondió Kurt con tono de hala, qué mayor. A los chavales les gusta que los animen. Estaba premiando a aquel chaval por tener trece años. Trece era pubertad, edad suficiente para pelársela. Le entraron ganas de enseñarle una foto de Vanessa. Dejarle ver las maravillas de las mujeres que saben comportarse como mujeres. No como aquella azafata y probablemente la mayoría de las mujeres de aquel avión, mujeres que en esta época encontramos por todas partes, que apenas se comportan como mujeres. Si hubiese tenido una foto de Vanessa, se la habría enseñado al chaval. Había una actriz porno que se le parecía un poco, pero tampoco tenía ninguna foto de la actriz.

Una mujer avanzó por el pasillo y se inclinó sobre el chaval. El chaval se levantó. Un hombre llegó por el pasillo y se sentó donde estaba el chaval. Eran familia y estaban intercambiando los asientos. Encantado de conocerle,

dijo Kurt, y el chaval dijo: Lo mismo digo.

Nadie iba a charlar con él, y menos aún a escucharlo, así que sacó su libro, *Chickenhawk*, una novelucha sobre Vietnam que llevaba intentando leer desde hacía tres años. Le interesaba porque hacía muchísimo que había empezado a contarle a la gente que había combatido en la guerra, aunque no era así. Estuvo en una base en Alemania. El libro era sobre un piloto de helicópteros y Kurt no iba ni por la mitad. Como le estaba costando tanto leerlo y era un ejemplar de segunda mano de papel barato, lo llevaba metido en una bolsita para congelados. Leyó unas páginas en el avión mientras le daba sorbos al ron con Coca-Cola sin ron gracias a la capulla de la azafata, pero le costaba leer. Lo malo de leer era que no se acababa nunca. Te las arreglas para concentrarte lo suficiente como para leer un párrafo entero y luego viene otro, y no es el último. Más que nada era un paripé para el resto de pasajeros, por más que nadie lo mirase ni se fijara. Guardó *Chickenhawk* en la bolsita de plástico de nuevo. No era capaz de hacer funcionar la pantallita de su asiento, así que cerró los ojos e hizo planes para cuando llegara a casa y pudiera ver a Vanessa.

\* \* \*

La niebla corría a ráfagas calle abajo cuando se bajó del taxi delante de su apartamento aquella noche. A veces en la ciudad hacía un frío como en ninguna otra parte del mundo. Llevaba pantalones cortos como los turistas que hacen cola para el teleférico de Powell. Los muy imbéciles nunca se enteraban de la previsión meteorológica de San Francisco. Él sabía que hacía frío. Tuvo que ponerse los pantalones cortos para el avión porque los únicos pantalones largos que tenía apestaban a meado.

Al día siguiente se levantó y fue a la sala Marte. Era sábado y Vanessa siempre trabajaba los sábados.

No estaba allí.

Él se había ido una semana a Cancún y mientras estaba fuera por lo visto Vanessa había dejado la sala Marte, según el taquillero de la entrada. Kurt no conocía al taquillero y supuso que el tipo no entendía quién era él, un habitual que se gastaba un montón de dinero en el club. Alzó la mirada (la taquilla estaba en una plataforma como la de la ventanilla de las fichas de un casino) y le dijo que llamase al encargado. La plataforma hacía parecer enano a todo

aquel que se acercaba, y aun así el mismo taquillero podría haber sido un enano, tan alta era la plataforma, aunque era poco probable. Vino el encargado y le estrechó la mano a Kurt. Kurt era un habitual y el encargado no iba a pasar de él sin más. Pero dijo lo que el otro: No tenemos a ninguna Vanessa en plantilla. *Ninguna* Vanessa. Como si pudiera haber varias Vanessas y ninguna trabajase los sábados, o ni eso.

\* \* \*

Fue a Clown Alley a comerse una hamburguesa, porque no tenía nada más que hacer. Clown Alley estaba en North Beach, al doblar la esquina de un sitio que solía frecuentar Kennedy cuando no sabía que no valía la pena. Cuando no conocía la sala Marte, ni a Vanessa.

El sitio cerca de Clown Alley era un escenario con cabinas privadas. Las mujeres se contorneaba y hacían como que se tocaban, mientras los hombres, dentro de las cabinas situadas al borde del escenario, miraban a las mujeres haciendo como que se tocaban y se tocaban a sí mismos en sus cabinas privadas. Podías escoger si querías que te vieses o no detrás del cristal, para que las mujeres que hacían como que se tocaban pudiesen verte o no verte tocarte a ti mismo. Si querías contacto visual o eras una especie de exhibicionista podías obtener lo que necesitabas, pero costaba, como todo en esta vida. Aquel sitio no le parecía mal porque no conocía otro. Después de empezar a ir a la sala Marte, en Market Street, no volvió al sitio de las cabinas, pero seguía comiendo en Clown Alley porque hacían unas buenas hamburguesas y podía aparcar la moto, una BMW K100, enfrente del escaparate y vigilarla por si algún memo la tiraba, con la de memos que había por todas partes, al tomar la curva como un zombi.

Volvió a la sala Marte aquel sábado por la noche, esperando que Vanessa trabajase, pero no estaba en el programa.

¿Se habría cambiado el nombre artístico? Algunas se lo cambiaban con frecuencia. Una semana eran Cherry, o Secret, y a la siguiente eran Danger, o Versace, o Lexus o cualquier chorrada similar. Vanessa era un nombre de mujer tradicional y creíble, le pegaba y no se lo debía de haber cambiado, qué va. Pagó la entrada y entró, se pasó una hora escrutando la sala y no la encontró, ni aquella noche ni al día ni a la noche siguientes, ni ninguna de las sucesivas.

\* \* \*

La primera vez que Kurt la vio llevaba un rato con la cachonda de Angelique. Bailaban en una especie de túnel que había al fondo de la sala Marte. Lo llamaban bailar pero no hacías más que intentar restregarte contra ellas todo el rato. En el túnel ese había otra pareja, un tío trajeado y Vanessa. El cuerpo de ella pegado contra el trajeado. Bailaba con él como si le fuese la vida en ello. Estaba pegada al tío del traje en sujetador y bragas. Angelique dijo en voz alta que Vanessa estaba infringiendo una norma y que si estaba colocada, que qué se había tomado, porque no se podía follar en el túnel. Frotarse contra el regazo de los hombres con las nalgas, bien, pero si lo hacías por delante, las demás chicas te daban la murga.

—Sí, voy colocada —dijo Vanessa balanceándose contra el tipo trajeado—. Con una droga que se llama felicidad. Deberías probarla.

Continuó restregándose contra el tipo, que ni se dio cuenta del rifirrafe entre las dos mujeres y siguió moviéndose contra la preciosa Vanessa como bailarían un hombre con su mujer en sus bodas de oro o en un anuncio de la tele que aprovechase una ocasión como esa para vender Viagra.

A Kurt le pareció divertido. Luego Vanessa pasó por su lado en el pasillo y él se lo dijo. Ella respondió: No me gusta hablar, pero si quieres un bailecito cuesto veinte por canción. De modo que él le dio un Andrew Jackson, como los llamaban las chicas, y así empezó la cosa. La manera habitual de empezar algo con cualquier chica de la sala Marte, salvo que aquella chavala no se limitaba a aprovecharse de él por dinero. Había algo entre ellos dos.

Todas hacían un número en el escenario, o eso se suponía, y cuando le tocó a Vanessa él se sentó más cerca del escenario de lo habitual. Cuando Angelique lo vio solo e intentó ofrecerle compañía, él le dijo que se pirase.

Vanessa tenía una canción que claramente era la suya. Cuando sonaba se movía como si tratase sobre ella. El cantante tenía una voz estrafalaria. Kurt no sabía si era de un hombre o de una mujer y aquello se le antojaba bastante raro, pero encajaba con esa chica aun cuando ella fuese cien por cien mujer. «*Come on down to my place, baby, we'll talk about love.*» Vanessa llevaba puestas unas gafas de sol que le daban un puntito cómico a su actuación. Levantó las piernas y eran las piernas más preciosas que Kennedy había visto en su vida. Algunas chicas tenían las piernas pálidas y fofas, tubos amorfos

que le recordaban a jeringuillas de cristal. Las piernas de Vanessa eran piernas-piernas, largas y delgadas. Parecía una broma —y de mal gusto— que una chica de primera clase como aquella estuviese en lo alto de un escenario en la sala Marte. Él lo veía claro, ya os lo digo. Vanessa vivía a tope como tendrían que intentar vivir todos alguna vez, pero no lo lograban o no podían porque no eran libres como aquella chavala sexy de fabulosas piernas. Culo precioso. También las tetas las tenía preciosas. Agarrables. Tamaño manos. Y entonces se agachó y lo enseñó todo, inclinándose, de espaldas. Eso era lo que más le gustaba, cómo se veía todo suspendido desde atrás cuando se agachaba. Lo estaba haciendo solo para él. Era consciente. La chavala era realmente consciente. Esa era la cuestión con Vanessa. No era una idiota que mease fuera del tiesto. Estaba meando justo en el tiesto que tocaba. Había comprendido cómo ponerlo cachondo y eso era lo que hacía.

Se sentó con él cuando terminó su número.

—¿Sabes qué es lo que me gusta de ti? —era una trampa de Kennedy para poder responder a su propia pregunta—. Todo.

Le gustaba llevar la voz cantante. Se sintió a gusto con ella. Se sintió cómodo. Le encantaba tocarla. Era como un pulpo.

Le dio billetes de veinte uno tras otro, salió y sacó más dinero y se lo dio, sacó más, y se lo dio también, porque de verdad, de verdad, de verdad que le gustaba la chica aquella.

\* \* \*

Empezó a ir con más frecuencia a la sala Marte. Tenía una pensión de invalidez y un montón de tiempo libre. Y estaba fascinado. Se lo gastaba todo en aquella chica. Lo único que tenía que hacer ella era girarse y mirarlo, sentada en su regazo, y él le soltaba la pasta.

Antes de que lo contratasen como agente judicial, que estaba bien pagado pero casi le cuesta la vida, había trabajado en seguridad para el Warfield Theatre, una manzana más abajo de la sala Marte. Caray, la de anécdotas que podía contar. Ocho noches de la Jerry Garcia Band. Diez noches de Jerry Garcia. Hippies patéticos que acampaban en medio de la acera, montaban su asquerosa aldea callejera, con tambores y gente puesta de drogas, y los de seguridad tenían que estar despejando el campamento y asegurando el orden. Todavía mantenía cierto contacto con algunos de los tipos de seguridad del

Warfield, así que cuando empezó a ir a la sala Marte aparcaba delante del teatro y les pedía que le vigilasen la moto.

En San Francisco había mujeres que conducían motos. Eso le molestaba. Porque las mujeres cómo iban a comprender las leyes físicas del asunto. Si no te enteras de las leyes físicas no puedes controlar la velocidad. A Vanessa no la pillarías conduciendo una moto. Llevaba zapatos de aguja y minifalda cuando salía de la sala Marte. Aunque podría sentársela detrás. Enseñarle a agarrarse fuerte, a inclinarse cuando él se inclinaba. El caso es que algunas tías ni siquiera sabían ir de paquete, se inclinaban para el lado contrario cuando cogía una curva. Agárrate como si formases parte de la moto, les explicaba, pero no lo pillaban.

Se suponía que tenía que estar en casa recuperándose de su accidente, pero se aburría. Se había estampado en la barriada de Potrero Hill y se había destrozado la pierna, tras deslizarse por el cruce con la rodilla atrapada debajo del enorme tanque del combustible de su K100. Lo operaron cuatro veces y ahora cojeaba. Dijeron que fue un accidente, pero para Kurt había sido intento de homicidio. Los chavales del barrio habían derramado aceite en medio de la calle para que se la pegara. Había intentado repetidas veces entregar unos documentos legales, hacer su trabajo simplemente, en una dirección de la urbanización. A la sexta visita fue consciente, en cuanto entró en el cruce y empezó a resbalar, de lo que le habían hecho. Pero no hubo manera de encontrar a los chavales en cuestión para demostrarlo.

Se quedó encerrado en casa, esperando a que se le curase la rodilla. Le dijeron que quizá no se le curaría. Su apartamento de Woodside se convirtió en una sala de espera en la que la espera parecía no tener final. Trasteaba por la casa, se sentaba en el sofá, hojeaba una revista, cambiaba el canal de la tele, echaba un vistazo al frigorífico, miraba circular los coches en la calle, hacía sus diez ejercicios, miraba los coches intentando aparcar en paralelo — casi nadie sabía aparcar en paralelo—, se sentaba en la cama, leía la misma frase del libro, *Chickenhawk*, una y otra vez; se daba cuenta, metía el libro en la bolsita, cambiaba de canal y al final se levantaba, cogía la moto rumbo a la sala Marte y entraba cojeando a ver si Vanessa estaba trabajando.

Ahora conocía a un montón de chicas allí, pero la única que le gustaba era Vanessa. Le contó que era agente de homicidios. No era del todo mentira. Quería investigar a los chavales que habían intentado matarlo vertiendo un lago de aceite en el cruce cercano a la barriada. Había aprendido a no contarle

a la gente que era agente judicial porque cuando explicaba cómo entregaba los documentos, las tácticas que se veía obligado a usar, no sonaba noble. La gente lo trataba como si fuera una especie de asqueroso matón a sueldo.

Le habló a Vanessa de las tensiones de su vida sin darle detalles. Habló y habló.

Tocó su piel desnuda con las manos y dijo cosas, expresó sentimientos, y se encariñó. Se encariñó de ella.

Recorrí una hilera de almendros. Dejé dos a un lado y bajé una, otras dos y abajo de nuevo, y otra vez y otra. Correr era mi única opción. Correr y encontrar un lugar donde esconderme hasta la noche.

Gracias a las montañas, sabía dónde estaba el este. En los huertos, las líneas son rectas, así que cuando llegué al borde de uno y me topé con la carretera vi que las carreteras también son rectas, que era como las recordaba de cuando hicimos el trayecto en bus a la prisión. Crucé y seguí corriendo, crucé y seguí corriendo. Si ya me estaban persiguiendo, debería costarles ubicarme con exactitud, teniendo en cuenta que avanzaba en zigzag. Zigzagueaba pero mantenía el rumbo al este, hacia las grandes montañas.

Llegué a la zanja de un desagüe. Tenía una tubería abierta en la que cabía y donde pude esconderme hasta que oscureció.

En la zanja vi que estaba sangrando. No lo había notado, ni tampoco la humedad de los pantalones. El agua fría pareció detener el sangrado. Tenía un largo tajo en el muslo, de la alambrada.

Después de un rato oyendo el ruido del agua, fui capaz de escuchar más cosas. De distinguir otros sonidos: insectos. Un cuervo. El zumbido de un coche al pasar por la carretera que quedaba más cerca. Bebí con las manos del agua de la zanja de irrigación.

Al caer la noche salí de la tubería. Caminé apresuradamente con el uniforme de prisión húmedo y destrozado. No veía las montañas, pero sabía en qué dirección quedaban. Allí todo era recto. Estaba en una cuadrícula gigante; vacía de gente pero construida por gente. El mundo entero, o al menos este mundo, el del Central Valley, desde las montañas hasta el horizonte de poniente, era una gigantesca prisión. Huertos y líneas de alta tensión en lugar de alambradas con púas y torres con francotiradores. Sin hombres al cargo, pero obra de hombres.

La cuadrícula me ayudó a ubicarme. Evitaba que me perdiera, me permitía sortear las carreteras y avanzar por los senderos de los huertos.

Caminé toda la noche, más lento o más rápido.

Antes del amanecer llegué a una casa con dos coches por ahí desguazados. La cocina emitía una fría luz mercurial. El jardín desprendía un olor a guayabas. Había un tendedero con ropa colgada. Ropa, debería coger esa ropa, pero con la luz de la cocina era peligroso. Oí un ruido en el interior y eché a andar. Pasé por delante de varias casuchas destartadas en aquella carretera, todas a oscuras, sin ropa que me tentase a cogerla. Tras un largo trecho sin casas apareció otra, y tenía ropa secándose en unas sillas de plástico junto al porche. Me arriesgué, me acerqué a hurtadillas hasta las sillas y cogí unos pantalones y una camisa.

\* \* \*

Al amanecer estaba en las afueras de una pequeña ciudad. Había un aparcamiento con un cubo de la basura en el que metí mi uniforme penitenciario. Me puse los pantalones, unos vaqueros de hombre, rígidos, y la camisa. Hice prácticas de caminar, no correr, comportarme como alguien legal, no ilegal, como una persona que tiene derecho a pasearse por la calle.

Allí no había huertos, no había carreteras en cuadrícula. La carretera serpenteaba entre árboles, salientes rocosos y extensas praderas. Encontré unos matorrales apartados y me tumbé debajo. Dormí como buenamente pude hasta que anocheció. Estaba débil, pero me obligué a caminar conforme iba oscureciendo. No había bebido desde que había estado en la zanja, y no tenía comida.

Oí el aullido de algún animal. Notaba el corazón desbocado desde que había salido del patio de la prisión, palpitando por el miedo, la poli, la más mínima señal de que me estuviesen alcanzando. Ahora también me daba miedo la oscuridad. Aquel animal que aullaba de nuevo. El aullido era casi humano, pero con ese algo casi humano de un animal salvaje.

\* \* \*

Llevaba un buen rato caminando cuando vi luces. Era una intersección con una gasolinera, y una carretera que zigzagueaba hacia las montañas. Era medianoche. La gasolinera estaba abierta.

Se paró una camioneta. El conductor se bajó para repostar. Un hombre

solo. Intuí que saldría bien. Que era la persona indicada a quien pedírselo. Me acerqué.

—¿Qué tal? —dijo él. Un tío rechoncho con una chaqueta vaquera desteñida.

—Necesito que me lleven.

—Que te lleven. Quizá. Quizá. ¿Estás casada?

—No estoy casada.

—No tendrás un tío por ahí escondido para asaltarme, ¿no?

Le dije que iba sola.

—¿Hacia dónde vas?

—Hacia arriba —señalé a las montañas con un gesto de la cabeza.

—¿Hasta dónde?

—Hasta arriba.

—Sugar Pine Lodge, ¿trabajas allí o qué?

—Pues sí.

—Vale. Espera a que llene esto. Ya tienes quien te lleve —dijo con voz cantarina, como si las gasolineras remotas estuvieran repletas de mujeres venga a suplicar favores y él fuese a consentir una vez más.

Cogió una garrafa de refresco del asiento de la camioneta. Era de cuatro litros y en la etiqueta ponía Thirst Destroyer.

\* \* \*

Subió el calefactor a treinta y un grados, le dio un sorbo a aquel refresco ridículamente enorme y empezó a contar que iba a meterse en el negocio de las máquinas expendedoras. El tajo se me había vuelto a abrir y estaba manchando de sangre el asiento de la camioneta. Estaba mareada de sed. Pero si dejaba que se viese tan claro cuánto necesitaba que me diera de su refresco podía darse cuenta.

Lo miré mientras sorbía por la pajita, gruesa como el extremo de la pistola de un surtidor de combustible, y me esforcé por no desmayarme.

—Solo tienes que hacer la inversión, reponer y recoger el dinero —a partir de ahí acumularía los beneficios y compraría una franquicia—. Comprar un Dunkin' Donuts cuesta cuarenta y cinco mil. Un Taco Bell es más caro. Lo que hay que hacer es comenzar con las máquinas expendedoras, luego comprar un Dunkin' Donuts, calcular el valor del patrimonio y entonces

comprar un Taco Bell.

Nos bamboleábamos a izquierda y a derecha al coger curvas cerradas. Bebió de su refresco. Eructó.

—Tengo un montón de proyectos. Quiero meterme en el negocio inmobiliario. Ya sabes lo que dicen.

Esperaba mi respuesta.

—No.

—De la calle vendrá quien de tu casa te echará. No está mal, ¿no? Que el ocio no quede impune; quien no trabaje, que ayune. La ocasión la pintan calva. ¿Has visto esos carteles de «Compramos casa fea punto com»? Esa gente pica piedra, contra la fortuna no hay arte alguna. Otro dicho: a quien madruga Dios le ayuda. Es profundo, ¿eh?

»Y otro: dime con quién andas y te diré quién eres. Yo no me junto con pringados. Sigo mi camino. Eh, tengo que echar un meo.

Aminoró hasta detenerse en un recodo, estacionó la camioneta. No se bajó. El motor seguía en marcha. Se me quedó mirando.

—¿Te va la fiesta?

—No.

—Pues deberías salir de farra conmigo.

—No creo.

—Si me has pedido que te lleve y tal.

—Porque me hacía falta.

—Bueno, pues habrá que ver cómo salimos los dos contentos.

—Tú llévame hasta arriba y ya veremos qué pasa.

—De acuerdo. Guay. Vale.

Se bajó, se fue al borde de la carretera y se bajó la cremallera. Se había bebido como la mitad de su garrafa de Thirst Destroyer.

Me deslicé hasta el asiento del conductor mientras meaba en la maleza. Metí la marcha y aceleré.

Una noche Kurt Kennedy siguió a Vanessa al salir de la sala Marte. No era un perverso ni nada de eso. Era solo que se había encariñado tanto con aquella chica que necesitaba asegurarse de que llegaba a casa sana y salva. La vigiló mientras se subía a un taxi Luxor y la siguió en su moto, hasta un bloque de viviendas de Taylor Street. Estaba en la parte de arriba del Tenderloin, en Nob Hill, el Tenderknob, un edificio más cutre que donde se la había imaginado viviendo. La observó entrar allí aquella noche. Y algunas otras noches. Otras muchas noches.

Algunas veces iba a casa de un mamonazo, un apartamento en North Beach, en lugar de a su casa. El tipo tenía toda la pinta de ser homosexual, desde el punto de vista de Kurt, y ella tampoco iba tan a menudo allí como para pensar que fuera algo serio.

Consideraba su deber vigilarla. Era una responsabilidad. Aparcaba cerca de su edificio algunas mañanas, a la vuelta de la esquina, en O'Farrell, que tenía buenas vistas de la entrada. A veces se pasaba allí los domingos enteros, puesto que la sala Marte estaba cerrada. Si ella salía se bajaba la visera del casco, giraba la moto y le daba tiempo a seguirla si cogía el autobús de Geary Street. O si se subía a un Luxor. ¿Por qué cogía únicamente taxis de la compañía Luxor? Le preocupaba que el conductor fuese otro novio o algún tío con ganas de zumbársela, pero comprobó, gracias al acopio de pruebas que iba acumulando, que eran conductores distintos y al azar.

Si iba andando a algún sitio en lugar de coger un taxi, Kurt daba media vuelta en la moto y no la perdía de vista mientras la seguía a poca velocidad. Algunas veces salía del edificio con un chaval. De la mano. Qué monos. Como una mami, si no fuese porque estaba seguro de que no era su hijo. No le pegaba. Igual el chaval vivía en el edificio. Una vez estaba con el chaval y otra mujer con dos niños más; Kurt pensó que lo más probable era que los tres niños fueran de la otra mujer, eso explicaba las cosas. Le molestaba que algunos aspectos de la vida de Vanessa le estuviesen vedados, aun cuando le

siguiere el rastro de cerca y supiera con exactitud lo que hacía, adónde iba, cualquier día. Mientras pudiese verla salir del edificio, enterarse de adónde iba y saber cuándo volvía, no habría perdido del todo el hilo.

Mantener el contacto, seguirle la pista, seguir concentrado en ella, eso es lo que quería hacer y hacía.

Al principio ella no tenía ni idea. Por entonces la cosa era más limpia. Los primeros tiempos. Pero Kurt se encontró con que durante un largo periodo ella dejó de presentarse en la sala Marte, así que, como es natural, quiso hablar con ella. ¿Tan mal estaba eso? A él se le antojaba una minucia. Solo quería saludarla. No podía verla en la sala Marte, así que deambulaba por las inmediaciones de su casa. Se la encontró por allí. Ella se comportó como si Kurt estuviera cometiendo una ilegalidad al comprar en aquella tienda de tercera. Una tienda es un lugar público. En una tienda puede entrar cualquiera.

Después de verlo en la tienda, mosquearse y largarse, cuando por fin volvió al trabajo y él le hizo aquello de silbarle en la sala Marte, aquello de psst, para que se le sentase al lado, ella lo ignoró, recorrió el pasillo entre butacas y se sentó con otro tío. Cada día lo mismo. Nada de compañía. Él siguió presentándose en el local. De repente su dinero no era lo bastante bueno. Seguía yendo, seguía insistiendo. Esperando al borde del escenario a que ella bailara.

Caray, cómo la echaba de menos. La echaba de menos de verdad. Intentó decírselo. Lo único que podía hacer era seguir insistiendo. Se sentó con Angelique, le dio sus sudorosos billetes de dólar, ni de cinco le daba.

\* \* \*

El número de Vanessa lo consiguió rebuscando en su basura, que estaba en un contenedor abierto al lado del edificio. Estaba en la acera, prácticamente era público. La vio echar una bolsa. Se la llevó entera a casa, atada en la moto. La cribó y se sintió diligente y feliz. Encontró sus facturas pasadas. Ahora sabía también su nombre, pero no la llamaba así mentalmente. Intuía que había un compromiso, ante él o ante alguien, algo de mayor calado, cuando le había dicho: «Me llamo Vanessa». Así que la seguiría llamando así. Era un acuerdo y no pensaba permitir que se echase atrás como si nada.

El número de teléfono estaba impreso en el reverso de la factura telefónica.

La llamó. Ella respondió. Él colgó. ¿Qué opciones tenía? Si decía: «Soy Kurt», ella le colgaría a él. Lo sabía porque cuando lo veía fuera de la sala Marte, o en la calle de su edificio, o cerca, en la tienda, en cualquier parte donde pudiera hacerse el encontradizo, ella lo ignoraba. De manera que cuando la llamaba solo tenía un instante para oír su voz, y luego colgaba antes de que colgase ella. Llamaba, ella respondía, colgaba. Llamaba, ella respondía, colgaba.

A veces, en los días malos, los días de aburrimiento y de dolor insoportable en la rodilla, tenía la sensación de que el mundo que conocía y en el que vivía era un papel garabateado que algún dios hubiera estrujado y lanzado a la papelera hecho una pelota y olvidado, y no podía evitar llamar. Llamaba veinte, treinta veces, hasta que ella desconectaba el teléfono, suponía, arrancaba el chisme ese de plástico de la cajilla del rodapié, y sonaba y sonaba pero ya no sonaba en el apartamento de ella. Llegados a ese punto, no le quedaba otra que ir hasta allí, aparcar y esperar a que saliese. Sabía, por su empleo de notificador, que para localizar a alguien se requería vigilancia. Lo había hecho un montón de veces. A Kurt no lo iban a engañar. Era un profesional, aunque ya no pudiera trabajar.

Más o menos estaba entregado a una vigilancia de veinticuatro horas cuando llegó el momento del viaje a Cancún que tenía planeado. Una oferta barata que había reservado meses atrás, antes de conocer a Vanessa. Normalmente le gustaba viajar, y daba pena ver lo reticente que era a marcharse. Pero supuso que le iría bien dejar de pensar en ella un tiempo. Si posponía el viaje, no le devolverían el dinero. Lo había pagado por adelantado, así que tenía que ir. En realidad no dejó de pensar en ella. Pensó en ella cada segundo que estuvo en Cancún, intentando no pensar en ella.

\* \* \*

Como al volver ella no estaba en la sala Marte, tuvo que ir a su edificio.

Al principio se quedó esperando delante. Pero luego entró. En la entrada había una cabina, y en su interior un viejo de pelo canoso y grasiento con la piel amarillenta.

—Cinco dólares —dijo el hombre.

—¿Qué?

—Cinco pavos por subir —le gritó el hombre a Kurt, como si así quedara

más claro.

En el edificio vivían camellos, así que la administración quería su parte. El viejo cogió de mala manera los cinco pavos de Kurt. Tenía unas uñas largas que parecían quemadas por las puntas, como si fueran de plástico derretido.

La gente estaba en el rellano de la segunda planta y a lo que hacían no se le podía llamar de otra manera: pululaban. Se comportaban de manera esquiva, hablaban en voz baja, abrían y cerraban puertas. Kurt intentó actuar con naturalidad. Dijo que buscaba a una amiga.

Una chica blanca, ¿verdad? ¿La buscas? En el ocho, colega.

Puerta ocho.

Dos tíos empezaron a discutir en el rellano. Una mujer salió de otro cuarto y le gritó a uno de ellos. Kurt llamó a la puerta número ocho mientras aquella gente gritaba. No hubo respuesta.

Tres días se pasó montando guardia delante del edificio. Ella no salió ni entró, que él supiera.

Fue a todos los lugares habituales. La charcutería donde la había visto comprar bocadillos durante el descanso de la sala Marte. El colmado de la esquina cerca de aquel edificio de mala muerte.

Un día reconoció a uno de los tipos del rellano en la calle, en Taylor, apoyado entre dos coches, vendiendo o comprando drogas o lo que hiciese con su vida, y el tipo le dijo a Kurt:

—Tu chica se ha mudado.

Volvió al edificio a hablar con el portero del pelo grasiento. Le explicó que buscaba a alguien, a una inquilina.

—Aquí salen y entran inquilinos cada dos por tres. Prácticamente a diario.

La chica que digo vivió aquí bastante tiempo, le contó Kurt. Castaña. Guapa. Con unas piernas preciosas. Con todo precioso. ¿Me entiende?

El viejo negó con la cabeza. No y punto. No a cualquier pregunta que pretendiese hacerle.

—Soy detective —dijo Kurt como de pasada, pensando que el otro creería que era un poli. Lo había hecho un montón de veces para entregar notificaciones. No funcionó.

—Pues consigue una orden, gilipollas, y entonces podrás mirar el registro de alquileres.

\* \* \*

La operación de la rodilla había salido mal, así que iba a tener que pasar por otra. Le dolía todo el tiempo y se había acomodado a una nueva rutina consistente en desayunos de cerveza y siestas de seis horas. Cuando podía se acercaba a la sala Marte y entraba renqueando con el bastón que ahora se veía obligado a usar, pero ella no estaba. Angélique le contó que había dejado de trabajar allí definitivamente, pero él sospechaba que la chica fingía tener información para poder sacarle dinero.

\* \* \*

Y cuando menos se lo esperaba llegó la Pascua. Fue a la sala Marte y encontró el huevo de Pascua.

El portero, un tío barbudo, le dijo:

—Estás buscando a Vanessa, ¿verdad? Dejó un mensaje para ti, me dijo que te diese su dirección.

Se había mudado a Los Ángeles. ¿Por qué le había dado aquel tío la dirección? Se la dio y Kurt no se creía que Vanessa quisiera que él la supiese. El portero tenía una sonrisa burlona de mamón. Kurt no veía dónde estaba la gracia. No sabía si estaba cachondeándose de él o iba en serio, pero tenía que investigarlo. Volvió a casa, metió un par de cosas en la maleta, cogió su moto y se fue a Los Ángeles, parándose solo para poner gasolina, comprar barritas energéticas y Red Bull para tragarse la medicación.

\* \* \*

Para cuando llegó a la dirección, el carenado de su moto estaba verde de insectos despachurrados. Los nudillos de los guantes igual. Tenía unos dolores tremendos. Notaba la rodilla como si estuviese hecha de un yeso quebradizo que alguien hubiera estado aporreando sin parar con un martillo de bola. Le crujía al andar. Había tenido que usar esa pierna para cambiar de marchas a lo largo de la interestatal 5. Se suponía que no podía conducir. Se suponía que no tenía que ir de aquí para allá, ni caminar siquiera. Cuando caminaba tenía que usar dos bastones, uno en cada mano.

Encontró la casa y aparcó. Subió los tres escalones con gran esfuerzo y llamó a la puerta. No respondió nadie. Podría haber supuesto que no habría

nadie. Era un dúplex con puerta de cristal y se veía el interior. Tenía pinta de deshabitada. Eran las últimas horas de la tarde y hacía calor. Había un porche. Estaba a la sombra y tenía una silla. Se sentó allí, se tomó un par de pastillas más para el dolor. Descansaría y la esperaría. Tenía tiempo. No iba con prisas.

\* \* \*

Se despertó al oír voces. Estaba oscuro, se había quedado dormido mientras anocheceía y por un instante se sintió confuso, olvidó dónde estaba.

Oyó pasos en los escalones.

Después de tanto tiempo, allí estaba. Con aquel chaval que hacía tanto había decidido que no era de ella sino de otra.

—Vanessa —dijo.

Tenía la rodilla tan hinchada que si intentaba ponerse en pie se caería. Necesitaba los bastones. Se le habían resbalado al suelo, fuera de su alcance.

El porche estaba a oscuras. No la veía bien, pero por el tono de voz parecía furiosa. Le ordenó que se marchara.

—Vanessa, corazón. Vanessa, solo quiero hablar contigo.

Alargó un brazo. La echaba tanto de menos. Necesitaba tantísimo tocarla. Notar la calidez de su piel. Ella retrocedió y abrió apresuradamente con la llave. Metió al chaval en la casa y salió de nuevo.

Lo único que quería era hablar con ella. Solo necesitaba hablar con ella. Lo repitió.

—Largo —dijo ella—. Largo de aquí, cojones.

No podía ponerse en pie. Tenía por rodilla una bolsa de yeso machacado a martillazos y era incapaz de apoyarse sobre esa pierna.

Alargó el brazo en busca del bastón, el que tenía más cerca. Ella se movió hacia allí, como si fuese a tenderse. Cogió otra cosa, algo parecido a una palanca. Fuese lo que fuese, el chisme hizo un pesado ruido metálico contra el hormigón al levantarlo ella. Estaba demasiado oscuro para ver nada.

—Te he dicho que te largues. Que me dejes en paz.

—¡Eh!

Le había golpeado con aquello. Volvió a darle.

Ahora veía un tablero de ajedrez. Cuadrados blancos y negros. Cuadrados. Le zumbaban los oídos de una forma atronadora. El dolor le inundó la

cabeza. El suelo de hormigón se alzó y le golpeó. La pesada barra de hierro descargó más golpes.

¡Para!, gritó él. ¡Para!

**V**

No había pueblos, solo densos bosques que horadaba con los faros de la camioneta. Estaba en la cima de la montaña cuando llegué a un cruce. Unos portones metálicos bloqueaban ambas direcciones. Cerrado durante el invierno, decían los carteles. Si daba media vuelta y bajaba de nuevo hacia el valle tal vez me encontrara con que la policía había cortado la carretera.

Le quité la tapa al refresco y me lo acabé. Los cubitos de hielo me hicieron daño en la garganta al tragarlos. Dejé la camioneta en la carretera y me interné en el bosque.

Aquí arriba el aire era más frío. Frío y seco, y me costaba respirar. La luna había salido. Una media luna que proyectaba luz suficiente para ver el sendero por donde iba. Estaba rodeada de árboles. Solo oía el suave crujir de la pinaza y las ramas quebrándose bajo los pies a medida que avanzaba.

\* \* \*

Al amanecer, la niebla se había aposentado. Flotaba a ras de suelo, un vapor deslizándose entre las ramas de los árboles. Me había salido del sendero. Caminé pisando troncos, bordeé caminitos alrededor de una cresta, me adentré cuesta abajo en una ladera donde me encontré con un árbol que tenía una anchura como de diez árboles. O Doce. O veinte. Era grande como una casa, y en la base se extendían unas enormes raíces retorcidas como garras de león. Unas gruesas líneas verticales de corteza roja envolvían el tronco como listones de terciopelo. La neblina se prendía de sus ramas, que nacían por encima de mi cabeza, a media altura del árbol. La mayor parte del árbol era corteza sin ramas, y mucho más arriba, donde podría haber habido cielo, crecía una ciudad de ramas. Rodeé la base. Al otro lado había una abertura. Aquel árbol gigante estaba hueco por dentro. Había otro árbol enorme enfrente de este. Habían crecido allí juntos, los dos.

Fui viendo otros árboles enormes a medida que la niebla se alzaba y se

disipaba, y un resplandor se abrió paso, el bosque fue revelándose a la luz del día. Ahora que conocía la escala, ahora que sabía que aquel árbol era posible, vi otros árboles gigantes en la misma ladera. Había pasado por delante sin darme cuenta. Se habían estado camuflando con su propia inmensidad. Tenían la anchura de muchos árboles juntos. Invisibles y totalmente a la vista.

Penetré en la caverna del árbol. Era alto por dentro, con un techo donde el tronco se cerraba sobre sí mismo, por encima de mi cabeza, donde no llegaba. Por las paredes interiores bajaban chorretones de savia negra, brillante y espesa. Toqué la savia esperando que estuviera pegajosa. Era suave y fresca como cristal. También había savia roja, también como cristal. Y savia amarilla. A veces a los rubios se los considera pelirrojos. Los llaman güeros y me han dicho que significa rubio, pero el pelo de Jackson es castaño claro.

El suelo dentro del árbol estaba cubierto de piñas diminutas. Aquel árbol tan inmenso daba piñas minúsculas. Necesitaba agua y comida. Me dolía la pierna. Quizá tenía fiebre. No me encontraba bien. Sin duda, andaban detrás de mí. Había abandonado la camioneta en la bifurcación. Había caminado toda la noche. Me tumbé y dormí.

\* \* \*

Me desperté al oír un zumbido. No lejos, sino cerca.

Me puse en pie y salí del árbol. El zumbido se oía más alto, pero cerca del tronco, como si el mismísimo árbol emitiera aquel sonido. El sol estaba bien arriba, los rayos pintaban la parte superior del árbol de amarillo dorado. El ruido era de abejas. Las vi, como motas de polvo, apareciendo y desapareciendo al flotar entre los rayos del sol, que inundaban las ramas altas. Vivían allí arriba. El sonido bajaba por el tronco y lo hacía zumar todo, hasta el suelo.

Desde el interior del tronco, el zumbido de las abejas era el zumbido del árbol.

El sonido del árbol era silencioso, de manera que las abejas hablaban en su nombre. El sonido de ellas era el del árbol, el que este me había hecho oír.

Oí otro ruido, un clip-clip. Una familia de pájaros pasó a toda velocidad por el suelo. Los pequeños rodaron por un terraplén pronunciado como pelotas de ping-pong siguiendo a los grandes. Corrieron a esconderse en un

matorral y se quedaron allí.

Los dos árboles tenían zonas del tronco chamuscadas, dentro y fuera, madera negra calcinada y seca, quebrada en una geometría de grietas. Probablemente les había caído un rayo. El bosque entero había ardido a su alrededor y ellos habían sobrevivido simplemente porque sí. Porque habían podido. Igual tenían mil años. Dos mil años.

Para el árbol quizá no era tanto tiempo. Vida, solo. Igual que para un ser humano la vida es la duración de una vida. Había otras escalas vitales. El árbol era tan alto que no veía la copa, solo las ramas más pequeñas, las ramas pequeñas que empezaban en lo alto, a la altura del cielo, lo suficientemente alto como para estirarse hasta otro mundo, o hasta el extremo de este.

El futuro dura eternamente. Quién lo dijo y qué quería decir. El árbol apuntaba hacia arriba, hacia el tiempo en el que Jackson sería un hombre, y más allá, mucho más allá. Él mismo tendría un hijo. Moriría.

Oí otro ruido. Un ruido taladrante, rápido, breve. ¿Están aquí? ¿Qué hacen? Y entonces de nuevo el ruido, un taladro. Era un pájaro carpintero afanado en su labor solitaria. Todavía no estaban aquí.

\* \* \*

Una corre hasta encontrar un lugar seguro y ese árbol era el mío.

El bosque de noche está oscuro de veras. Tuve que salir del árbol tanteando. Fuera me encontré bajo un centelleo de estrellas. Oí un susurro, el del viento. Oí a aquellos pajarillos apostados en el matorral, o lo que quiera que estuvieran haciendo.

Vi la ancha senda de la Vía Láctea, o lo que supuse era la Vía Láctea. Nunca la había visto. ¿O sí? Supe que lo era. Había estrellas brillantes entre la diseminación de otras más tenues. El cielo está atestado de estrellas y si vives en una ciudad no lo sabes. Si vives en una cárcel no ves una sola estrella, por culpa de las luces. Aquí estaba a medio camino del cielo. Allí donde no hay gente, se abre el mundo. Allí donde no hay gente, la noche se desparrama, negra y sin nadie.

\* \* \*

Unos haces de luz zigzaguearon por el bosque.

Ya estaban aquí.

Oí un helicóptero en lo alto. Unos reflectores barrieron el suelo de forma intermitente.

El armario de la abuela, solían decir los chavales. Así llamaban al rincón donde te escondías para protegerte del viento y encenderte un porro. Bajo las gradas del estadio o en una parada de autobús. El refugio que apestaba a orines de Forest Hill. El armario de la abuela. Cualquier sitio valía.

No paran de hablar de arrepentimiento. Te obligan a construir tu vida alrededor de una cosa, la cosa que hiciste, y tienes que ir creciendo a partir de esa cosa que no puede deshacerse: quieren que saques algo de la nada. Consiguen que los odies y que te odies a ti misma. Hacen que parezca que son el mundo y que tú los has traicionado a ellos, pero el mundo es muchísimo más grande.

La mentira del arrepentimiento y de la vida descarriada, fuera de los raíles. Qué raíles ni qué ocho cuartos. La vida son los raíles. La vida son los raíles mismos y va a donde va. Traza su propia senda. Mi senda me ha traído aquí.

Ojalá Jackson pudiera ver estos árboles. Nunca lo traje aquí. Yo no conocía este sitio. Ni sabía que existía. Que existe. Vio secuoyas en Point Reyes. Estas son de otra clase, más grandes, raras. ¿Sabe la gente que estos árboles están aquí? Jackson podría ver árboles como estos o alguna otra cosa —como esto— que no conociera, inesperada.

Hay gente buena. Gente buena de verdad.

El helicóptero descendió. Resonó una voz con eco, como proyectada por los altavoces del patio principal.

Hall. No deberías estar ahí, Hall.

La vida son los raíles y yo estaba en las montañas con las que soñaba desde el patio. Ahora estaba en las montañas, pero cuando te acercas nada es como lo veías desde lejos.

Sí, creo que soy especial. Eso es debido a que soy yo misma. No tengo que preocuparme de nadie más que de Jackson, de quien me preocupo. Creedme. Lo llamaban Güero pero no era rubio. Lo llamaban Güero porque lo querían. A mí no me querían y no tenían por qué. No había ninguna necesidad. Lo querían a él, y yo lo quería.

La humedad de la niebla, como ahora, la tengo dentro. No me afecta. Ni siquiera me hace tiritar. Ese tipo de frío forma las capas más profundas de mis recuerdos, desde mi infancia en las calles sin árboles construidas sobre la

arena y la mala mar, la mar de botella rota con esa enorme curva del muro de hormigón. ZONA DE AHOGAMIENTOS MORTALES, decían los letreros en cada hueco de escalera. Una escalera que bajaba hasta la hoguera, a pintar con espray, a pelearse a puñetazos. En la playa, el armario de la abuela estaba en cualquier coche. O detrás de un coche. O, dependiendo del viento, en esos huecos de escalera. Zona de ahogamientos mortales.

Nadábamos con la ropa puesta. Ni una sola vez nos preocupamos por los ahogamientos. La muerte no estaba en el futuro. Nadie vive en el futuro. El presente, el presente, el presente. La vida insiste en ser eso.

Hall, te tenemos rodeada.

Me hablaban a mí. Sonaba como las órdenes del patio.

Diciéndome que me alegrase de que Jackson no estuviera aquí. Que la vida no descarrila porque la vida son los mismos raíles, va a donde va.

Ladridos de perros. Más cerca ahora.

Unas luces bañaron el bosque, ahora estaba iluminado como si fuera de día.

Arriba las manos, dijeron. Sal despacio con las manos donde podamos verlas.

Si Jackson estuviera aquí, no podría protegerlo. Está a salvo de esto.

Salí del árbol y me volví hacia la luz, para nada despacio. Corrí hacia ellos, hacia la luz.

\* \* \*

Él está en su camino igual que yo estoy en el mío. El mundo ha continuado girando durante mucho, mucho tiempo.

Le di la vida. No es cualquier cosa. Es lo contrario de nada. Y lo contrario de nada no es *algo*. Es todo.

## *Agradecimientos*

Doy las gracias por su sabiduría y experiencia en la red visible e invisible de la zona penal del mundo —y por otras mil cosas que milagrosamente sabe — a Theresa Booboo Martinez.

Gracias a Mychal Concepción, Hakim, Tracy Jones, Elizabeth Lozano, Christy Clinton Phillips y Michele Rene Scott por todo lo que he aprendido de ellos. Gracias también a Ayelet Waldman, Joanna Neborsky, Maya Andrea Gonzalez, Amanda Scheper, Justice Now de Oakland, California, y Paul y Lori Sutton.

Gracias a Susan Golomb por sus muchísimas muestras de increíble apoyo, y a Nan Graham por creer en mí y por su orientación crucial y certera desde el punto de vista editorial.

Doy las gracias a Michal Shavit y Ana Fletcher por su contribución editorial, así como a Don DeLillo, Joshua Ferris, Ruth Wilson Gilmore, Emily Goldman, Mitch Kamin, Remy Kushner, Knight Landesman, Zachary Lazar, Ben Lerner, James Lickwar, Cynthia Mitchell, Marisa Silver, Dana Spiotta y, sobre todo, a Jason Smith, por lo que se me antoja un caudal interminable de generosidad intelectual.

Le agradezco a Emily que haya testificado en muchos sentidos.

Gracias a Susan Moldow, Katie Monaghan, Tamar McCollom, Daniel Loedel y a toda la gente de Scribner. El proyecto *Two Cabins* de James Benning y su película *Stemple Pass* me inspiraron directamente los pasajes sobre Henry David Thoreau y Ted Kaczynski. Le agradezco a James su amistad y su ayuda, su entusiasmo a la hora de embarcarse en largas conversaciones sobre tiempos ya pasados y que me haya permitido el uso de los diarios de Ted.

La Fundación Guggenheim, la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras y la Fundación Civitella Ranieri me permitieron mantenerme mientras escribía este libro.

## Notas del traductor

[1] Vino casero fabricado por los presos en sus celdas.

[2] «Vándalos Blancos Fumados.»

[3] «Harina Blanca para Rosquillas.»

[4] «Esas zorras no valen el sueldo.»

[5] Hooters es una famosa cadena de restaurantes estadounidense creada en 1983 que hoy en día cuenta con más de cuatrocientos locales repartidos por todo el país. Su principal seña de identidad es el uniforme tremendamente escaso de sus camareras.

**Novela del año según *TIME* y finalista del Man Booker Prize.**

**«Áspera, empática, finamente construida, sin edulcorantes y cargada de golpes, ninguno de ellos suave.»**

Margaret Atwood



«La mayor parte de los libros de ficción literaria son de corta duración. *La sala Marte* permanecerá. Es auténtica.»

Stephen King

El camino que recorre Romy, condenada a dos cadenas perpetuas, es el que parece programado para ciertas personas y que pone en cuestión el sueño americano: un camino que va directo desde la pobreza hasta la cárcel. En *La sala Marte* entramos de lleno en este mundo extraño situado tras los muros de una prisión de mujeres, cargado de detalles y de un idioma y una rutina propios; un mundo aparte pero unido íntimamente al del exterior.

La minuciosidad con la que Rachel Kushner trata la violencia latente y explícita de esta red carcelaria, la oscuridad y la comicidad de sus personajes, la implicación con la que se ha empapado de la realidad más subterránea de su país, han convertido a esta novela en una obra clave de la literatura americana actual.

### **La crítica ha dicho...**

«*La sala Marte* es una novela inmensa.»

*The New York Times*

«La prosa de Kushner chispea con tanto peligro como la valla electrificada que rodea Stanville, sus observaciones son afiladas como alambre de espino, su humor es árido y oscuro. [...] Se te queda marcada como un tatuaje.»

*The Guardian*

«Brillante [...], una novela desgarradora, verdadera y casi perfecta.»

*NPR*

«Una de las novelistas más dotadas de su generación [...]. Un libro que se devora [...], de esos que te encolerizan incluso cuando que te están rompiendo el corazón.»

*The New York Times Book Review*

«Una novela inolvidable».

*Daily Telegraph*

«Kushner utiliza la novela como un lugar en el que ser exuberante y divertida y contar historias que hagan avanzar, pero sobre todo como un terreno amplio en el que pensar.»

*The New Yorker*

«Con su tercera novela, rica en texturas, Kushner confirma su lugar como una de las grandes novelistas estadounidenses del siglo XXI.»

*Entertainment Weekly*

«Una de las mejores novelas que he leído en años.»

Rob Doyle, *The Irish Times*

«Merece ser leída con el mismo nivel de pasión, amor y humanidad con el que evidentemente fue escrita.»

*Publishers Weekly*

«Devastadora.»

*Los Angeles Times*

«*La sala Marte* es tan sensual y convincente que te deja la marca de la alambrada metálica en la frente y, al mismo tiempo, su compasión reúne tanto a la asesina de bebés como a un policía brutal dentro de los despiadados confines del sistema de justicia norteamericano. Un logro literario extraordinario.»

Adam Thorpe

«*La sala Marte* ofrece una rara combinación de frases admirablemente bien asentadas y unos personajes y una trama que me hicieron quedarme despierta hasta tarde. La situación de Romy es insoportable [...] pero está tan bien escrita y las ideas tratadas de una manera tan experta que es un placer leerla en medio de tal devastación.»

Sarah Moss

## Sobre la autora

**Rachel Kushner** (1968) es una prestigiosa escritora estadounidense que también ha trabajado como periodista. En 2013 recibió la beca Guggenheim y sus dos primeras novelas, *Los lanzallamas* y *Télex desde Cuba*, estuvieron en la lista de los más vendidos de *The New York Times* y fueron finalistas del National Book Award. *La sala Marte* ha sido un éxito internacional, finalista del Man Booker Prize y ganadora del Premio Médicis étranger. Sus obras han sido traducidas a veinticuatro idiomas y sus relatos han aparecido en *The New Yorker*, *Harper's*, *The New York Times* y *The Paris Review*. Actualmente vive en Los Ángeles.

Título original: *The Mars Room*

© 2018, Rachel Kushner

© 2019, Rubén Martín Giráldez, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3786-6

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Imagen de cubierta: © Kristina Hruska / Millenium Images, Uk

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[La sala Marte](#)

[Cita](#)

[Parte I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Parte II](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Parte III](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Parte IV](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Parte V](#)

[Capítulo 32](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)